

Letras

Vicente Medina

Año 1918




LIBRARY
SEP 18 1968
UNIVERSITY OF TORONTO

AP
.3
135
37:3

AL COMENZAR EL AÑO

Los grupos humanos, las ciudades dan su flor de intelectualidad... Detenemos esta bella flor ó tendremos que negar su cultura.

Entusiastas nosotros de todo lo que es arte y sentimiento, hemos buscado la rara flor en la ciudad y la hemos encontrado.

Hemos encontrado, no una flor, sinó varias flores, aunque, es cierto, diseminadas, esparcidas, poco agrupadas hasta el punto de no advertirse fácilmente que forman [illegible].

En Rosario de Santa Fe no escasean los intelectuales, como á primera vista parece. Están en los escenarios de las letras, en sus cátedras y hasta en sus periódicos comerciales. También están entre los jóvenes que, en la inquietud mercantil y prosaica, alzan sus idealismos como las bellas banderas de [illegible] nuevas.

Pero decimos que las bellas flores de intelectualidad están esparcidas. Y, á más de esparcidas, ocultas. Algo [illegible]. La visible promoción intelectual de esta ciudad es lamentablemente escasa. Pocos libros de autores de Rosario vemos en los escaparates... pocos cuadros expuestos... pocas esculturas...

Sabemos que algún artista, acaso un joven escultor notable que trabaja obscuramente, nos podría decir con tristeza: "¿Para qué quiere usted que expongamos nuestras obras? El ambiente nos rechaza: no hay público aficionado ni ricos que sepan gastar su dinero."

Pero nosotros creemos que no es cosa del público ni de los ricos, sino de nosotros que debemos trabajar no solo en la obra de arte, sino dándola á conocer incansablemente, imponiéndola con noble confianza y haciendo con gran entusiasmo, y sobre todas las cosas, ambiente... ambiente... ¡ambiente de idealidad!

El ambiente y la afición son más necesarios y redentores que la propia obra artística.

Hagamos obra artistica é intelectual; pero, más que por la obra en sí, trabajemos con la elevada aspiración de hacer ambiente y de extender la cultura, para que sea la vida, sutil, delicada, amplia, bondadosa, tolerante...



No olvidamos que en esta ciudad, existen algunas agrupaciones que tienen estas elevadas aspiraciones intelectuales y artísticas, y que estas agrupaciones se esfuerzan muy laudablemente en hacer afición y ambiente; pero, en este orden es mucho más lo que le corresponde hacer todavía á esta ciudad, por ser la segunda de la república.

Ya sabemos que Rosario de Santa Fe tiene Hipódromo, Bolsa de Comercio con Mercado á término, Bancos, Clubs, cinco estaciones de ferrocarriles, grandes muelles y cargadores de grano en el puerto... ¡Pero Rosario de Santa Fe no tiene un Ateneo científico, literario y artístico!

Y, aunque se sonrían los que todo lo ven mercantilmente, diremos que tener eso que parece todo, (Bancos, Hipódromo, Clubs, etc.), es cómo no tener nada, si se carece de una fuerte idealidad y de una bien arraigada orientación de cultura.



De manifestaciones de cultura nos ocuparemos preferentemente en LETRAS del presente año 1918; de manifestaciones de cultura... favorables ó negativas.

Todavía creemos y esperamos en la cultura, pese á los espectaculos de barbarie que nos dan algunos pueblos que blasonan de cultos.

Creemos y esperamos. Si la idealidad, si la intelectualidad, si la cultura del sentimiento no salvan al mundo, no lo salvará nada.



Y ahora celebremos una grata sorpresa y una risueña esperanza que hemos reservado para final de estas líneas.

Nosotros somos muy feministas. Creemos, sencillamente, que las mujeres valen tanto como los hombres y acaso más.

Se demuestra en cuanto á la mujer se le dan medios y horizontes para su preparación y no se le usurpan sus justas prerrogativas.

En esta república el elemento educador se compone, en su mayoría, de mujeres, y nosotros, en nuestra busca de almas luminosas, nos hemos orientado hácia las Escuelas Normales de esta ciudad. Creíamos encontrar en ellas algo de lo que constituye hoy nuestra más pura ilusión (cultura, sencillez, sentimiento, vocación artística) y hemos encontrado no solamente algo, sino mucho.

Y es el ambiente: allí se razona, se estudia, se define, se investiga... Allí se dibuja, se canta, se recitan versos... Se escribe y se lee cuidadosamente... Los niños (y mucho más las niñas) mientras asisten á las escuelas, suelen ser más cultos, más delicados, más sensibles...

¡Qué sorpresa! En las Escuelas Normales hemos encontrado bandadas de maestritas y de futuras maestritas, cansadas sus cabecitas de pensar... delicados sus corazones de sentir...

¡Y qué esperanza! Las clases de composición (teniendo por temas lo observado, lo vivido, lo natural, lo simple, lo ingenuo...) nos han descubierto un mundo de escritoras nuevas...

Pongamos nosotras, más [illegible] al alma [illegible] que en las todas nuestro esfuerzo y [illegible] el [illegible] puesto de las almas jóvenes.

*

—¡Discípulas!—se nos dirá.

Tradicionales; pero [illegible] lo que [illegible] no es una [illegible] [illegible].

Decimos que [illegible] ser [illegible], [illegible]; ¿pero por qué no [illegible] con estas [illegible] almas que piensan y estos sentimientos que sienten?

¿No es precisamente [illegible] cuando más se nota en el mundo la falta de sentir y de pensar?

¿Y no es una bella esperanza saber que estas muchachas que sienten y piensan son las que van a educar las nuevas generaciones?

*

LETRAS empezando en este número publicará trabajos de composición de los que las Escuelas tengan a bien confiarle y tendremos para ellos la más cariñosa observación crítica. Al pie de las firmas indicaremos "profesora" ó "alumna de [illegible] año".

Pondremos más interés en publicar trabajos de aquellas alumnas que veamos que persisten con acierto en una modalidad literaria, pues esto puede ser indicio de personalidad artística y revelación de la escritora.

. . . .

LETRAS publicará, desde este número, trabajos de profesoras y de futuras profesoras de las Escuelas Normales.

Insistimos en promover la literatura femenina y de pedir frutos de espiritualidad femenina.

Hay quienes, por una mal entendida modestia, temen dar á conocer sus trabajos literarios, haciendo, posiblemente, más grandes y condiciones para producir. Busquen otras personas el consejo del amigo discreto y no olviden nunca que todos hemos comenzado así nuestros avances en el camino de las letras. Publíquelas, copias y confórmense, en cuanto se han empezado los escritores y todos los artistas.

Y hace falta mucho arte, mucho estímulo del sentimiento y de la claridad.

Las mujeres, verdaderamente femeninas, son las llamadas á señalar á los hombres la orientación al amor noble, á la belleza, al hogar consagrado y á la paz.

Crónicas de Bonafoux

LA ROSA DE RODIN

Rosa, en su juventud, había sido el modelo de Rodin. Sus rasgos fisonómicos tenían entonces una belleza trágica. Sus cabellos dispersos y rebeldes aureolaban su semblante, como las sierpes de Euménides. Y así inspiró al maestro muchas obras magistrales, entre ellas la *Bellone*, cuya crispada máscara reflejaba una cólera sublime. Más tarde, mucho más tarde, cuando ella se transformó en una buena abuela, muy gastada, ¡toda blanca y temblorosa, Rodín, enseñándole esa temible *Bellone*, solía decirle con malicia:

—Esa diosa eres tú, Rosa. ¿Te acuerdas?

A lo que Rosa respondía tímidamente:

—Sí, señor Rodín.

¡Señor Rodín! Jamás lo llamó de otro modo. Lo veneraba como á un dios. Le decía *usted*, aunque él la tuteaba. Ella había asistido á su ascensión y nunca pretendió elevarse con él, sino acurrucarse á su sombra. Era su sirvienta abnegada.

Rodín no podía sufrir los cuidados de ninguna otra persona. Cuando él invitaba á comer en su casa á un personaje célebre, ella no se atrevía á sentarse á la mesa. Llevaba los platos y desaparecía. Rodín le decía:

—Rosa, ¿por qué no comes con nosotros?

Y entonces ella se sentaba, objetando entre dientes:

—Los hombres son extravagantes. Creen que una puede estar en el comedor y en la cocina al mismo tiempo.

—Rosa, gruñía Rodin, ¡ese azucarero es horrible! Yo te había dicho que no quería verlo más; y sin embargo.....

Rodín alargaba la mano para coger el objeto que no le gustaba. Pero Rosa, levantándose vivamente, se le adelantaba.

—Si no lo cojo, decía luego, lo rompo contra el suelo.

Anochecido, cuando Rodín volvía de París á su residencia de Mendon, permanecía en el coche, detenido en medio del patio. Desenganchaban el caballo. Pero Rodín, sentado en el coche, seguía meditando... Entonces Rosa cuidando mucho de no distraerlo, entreabría tímidamente la portezuela y, con mil precauciones, deslizaba sobre las rodillas del gran hombre una manta que le preservase del frío. Una hora después bajaba él del coche.

Dejábase cortejar por actrices, por bailarinas hasta por marquesas. Y Rosa sufría en silencio. Solían pasar meses sin que él volviese á Mendon, donde ella le esperaba, sola con sus perros, con sus cisnes, con sus gallinas, con sus patos, con su vaca.

Cuando Rodín, desengañado, volvía á su ermita, Rosa se inundaba de alegría. El, á veces, cogía una flor y se la ofrecía, diciéndole:

—Toma para tí, Rosa.

—¡Oh, gracias, *señor Rodín!* decía ella, extasiada, como si hubiese recibido el Santo Sacramento.

El se arrepentía de haber sido cruel con ella. Hace dos años *La Ilustración* lo fotografió en su jardín. Rodín atrajo á Rosa hacia él, casi á la fuerza, para que saliese al lado de su gloria, y en el grabado se echa de ver que ella luchó contra el honor que se le hacía.

Se enfrió, tosió, se debilitó. Y Rodín, para darle un tónico celestial, se casó con ella, que vió abierto el Paraíso.

Pero estaba minada por la enfermedad. Sentada en una silla, en lo alto de la escalinata que domina el jardín, se calentaba al sol. Rodín sentábase á su lado, y un mismo chal los abrigaba. Sin decirse nada pasaban horas enteras. Sólo cuando ella tenía un acceso de tos, el le cogía la mano bajo su gorda garra de león, como para impedir que la muerte entrase.

Y cuando Rosa murió, su última frase fué, sin duda:

—Adios, *señor Rodín.....*

EL RINCÓN AGENO

..."Yo quisiera que España fuera el mejor rincón del mundo, y él para vivir el mejor rincón de España. Mas al lado del patrimonio de desear, está la realidad."

Así piensa y escribe Baroja, y en la corrupción general de las mentalidades, es muy de estimar que haya un español que piense con la cabeza de antes de su [illegible].

Y ya que nombramos en la revista de estos días uno más famoso que esta del movimiento novelista español, [illegible] y [illegible] a un [illegible] ¡Ah! [illegible] dicho — si en todas partes se dividieran en mayoría los hombres que piensan y escriben así, qué diferente andaría el mundo.

El patriotismo es morbo — fuente inagotable de tantos males — el único que ha primado hasta ahora en el mundo. Es en él que se nacen con los primeros latidos, el [illegible], como amor a madre, en el corazón. La Patria se le dice, acaba allí, en aquella montaña alcorpila ó en aquel pueblecillo desvencijado, y más allá no hay nada, ¡nada! Le parece adentro del terruño todo es perfecto: los hombres son los más [illegible], las más espirituales, los más [illegible]; las mujeres son las más bellas, las más espirituales, las más honradas sobre todo; el campo produce lo que ningún otro rincón del planeta en frutas y legumbres, como el ingenio da en ciencias, artes, letras, industria, etc., lo que ningún otro rincón del mundo. La patria propia es un dechado de perfecciones, de tal modo que cuando "sale", por casualidad, un hombre ó una mujer notables en el Extranjero, al punto se averigua que sus respectivos tatarabuelos, al menos, eran del mismo pueblo del patriotero; y si surge allí un invento, es [illegible] y [illegible] de él; y si se da en el huerto ageno una [illegible] descomunal, la simiente fue arrebatada y [illegible], por un viento extranjero, del huerto del patriota.



HENRI MORISSET — Le Bouclier

ES LA GUERRA

(Canciones de la guerra)
— por Vicente Medina —

Así, en el amor paroxismal de todo lo propio, y en el odio morboso de todo lo ageno, va formándose el alma infantil, con las flores para dentro de casa, con las espinas para fuera. ¡Y por eso se execran entre sí los pobres pueblos¡

"....Yo quisiera que España fuera el mejor rincón del mundo, y el país vasco el mejor rincón de España. Mas al lado del patriotismo de desear, está la realidad."

Y la realidad consoladora, habrá enseñado á Bareja, en sus múltiples y accidentadas andanzas, que todos los rincones de la Tierra son un mismo rincón; que el clima de la Turena y de la Toscana, que él echa de menos, no es mejor que el de Murcia y Andalucía; que los lagos de Suiza, que él envidia, no son más pintorescos que los Picos de Europa; que Shakepeare y Dickens y Tolstoi y Dostoieoski, con valer tanto, no valen más que Cervantes; y que en punto á leyes y costumbres mejores, como las desea él para España, todas son peores...

Lector: si no debes esperar de mí ni una sola línea que se refiera, siquiera indirectamente, á asuntos é incidencias de la guerra, sí puedes esperar que aproveche ideas como la de Baroja para fijarlas en las páginas de esta revista noble, con más justificada razón que la que asiste á las Cámaras para decretar que se fijen en las paredes de los rincones de los pueblos ciertos discursos, que no valen un comino, de ciertos flamantes diputados, que valen menos todavía que sus discursos.

Luis Bonafoux.

HISTORIA DE UN HELECHO

Muy temprano me separaron de mi padre el monte. Elisa, [illegible] Ramoncito á su amiga, me eligió entre las numerosas plantitas que adornaban el patio y, arrancándome de allí, me ofreció como regalo.

En una tarde del mes de Noviembre entré en mi nueva [illegible]: [illegible] que la acogida que me hicieron, muchos ojos castaños se posaron sobre mí. Había muchos niños. Me colocaron en el balcón de una pieza destinada á la costura. Al otro día pusieron una jaula á mi lado, al oscurecer oí los gorjeos de un canario precioso que cantaba de noche. Durante el día, una madrecita joven se sentaba cerca. Tenía sus labores, sus encajes, bordados y sonrisas: era una madrecita joven que cantaba siempre.

Y llegaban los niños: éste solicitaba una caricia, aquélla quería un pedacito de puntilla para adornar una muñeca desnuda, otros discutían y preguntaban para cual de ellos se hacían esos chiches tan lindos. Y cuando todos se descuidaban, una chiquita rubia, que no tendría dos años, se subía á una silla y creyendo hacerme caricias, hundía sus manecitas entre mis ramas y las revolvía con fuerza en todas direcciones.

[illegible] centro de la mesa: se reunían todos [illegible] que [illegible] olvidándome á veces... [illegible] un niño [illegible] caricias para poder vivir.

Y en creciendo se extendieron mis ramas con innumerables hojas y me quisieron mucho y me cuidaron más. ¡Bien conocía yo las manos que me acariciaban y que apagaban mi sed!

Llegué á ser el rey rodeado de una corte de plantas; pero, una noche en que hacía mucho frío me dejaron olvidado. Yo miraba los cristales hacia adentro: brillaba la luz, y los gorjeos del canario eran una maravilla.

¡Cuánto sufrí! Mis hojas se extremecían de frío, amanecí helado.

Volví á brotar, quería vivir para aquella casa, aunque se olvidasen de mí.

Pero no fué olvido: las mismas delicadas manos de otras veces me acariciaron de nuevo y supe para quién eran los clii-ches que se habían hecho con tanto afán: eran para una nueva chiquita rubia... ¡rubia como un rayito de sol en los brazos de su madre!

Las flores de las fresias eran preferidas de los niños, pero no las cortaban hasta haber encontrado mis mejores ramas. Un día fueron arrancadas las fresias porque alguien había oído decir que propagaban no sé qué enfermedad.

Yo me alegré... no cortarían mis ramas, no florecerían las fresias..., ¿para qué, si en este hogar continuamente florecía la dicha, cultivada por una madrecita joven que cantaba siempre?

Así pasaron largos años; los niños fueron dejando, con la inocencia de la infancia, sus travesuras irreflexivas. Tenían sus libros, hacían preguntas, jugaban un poco y gozaban mucho. Pero un día, ¡qué cambio!, alguien hubo gravemente enfermo en casa y, yo que quería vivir para ver á los niños crecer y para escuchar sus risas, sentí muchas veces sus llantos y ví brotar muchas lágrimas amargas; los suspiros que se escapaban de sus tiernos pechos, agitaron mis hojas mientras me herían sus penas.

Ojalá el viento frío de aquella noche de invierno hubiera helado mis ramas, mis hojas y mi alma; así, hoy, no vería sufrir tanto á la que jamás me olvida, á la que me trae frescura y me prodiga caricias, á la madrecita triste y enlutada...

Juana Goyenecheu Diaz.

Alumna de 4°. año—Escuela Normal N°. 2



LOS MUÑECOS

Hay en mi casa muchos muñecos y con ellos juegan mis hermanitos. Es gracioso ver estos muñecos, pues uno, el más simpático, es gordo, muy gordo, muy bajito, y lleva un sombrerito plano, por cuyos costados se asoman mechones blancos; pero como es tan bajito, hace siempre de nene. Unas veces tiene meses, otras es recién nacido y, las más, va á la escuela. Seguramente que él protestaría del papel que le asignan, pero Coquito—mi hermanito—habla tan ligero que el muñeco tiene que bajar la cabeza resignado.—Tú tendrás 3 meses y, cuando tu mamá huya con el vigilante, tomarás leche de esta cabra—y el pobre gordo, á pesar de ser muy viejo, simula tomar la leche.





Otro muñeco, el más alto, lleva las piernas al aire, pues va vestido de corredor, y por su busto, muy desarrollado, hace el papel de mamá. Esta mamá es muy rezongona, según manifiestan los chicos, y dice siempre; — "Se obediente, hijo mío", "no te ensucies, hijo mío", "no peleen, hijos míos" y otras cosas por el estilo.

Pero no les he hablado del preferido, de un gran muñeco





LA GARZA

en su camino: el alambrado de su jaula; se detiene un instante y torna á pasearse en la estrechez del cuadrado de tierra. Ahora, la garza. llama más mi atención: ¡qué movimiento continuo; qué estirar y recoger el cuello; qué coquetería la del animal que, de pronto, lo alarga desairadamente, para arquearlo luego con gracia y para dejar, con el contraste, una impresión más fuerte de belleza!

La grácil columnata de plumón y seda no está quieta un instante: el animal juega con ella como el ruiseñor con su canto, el pavo real con su cola, la mujer con el brillo de sus ojos, ¡oh suprema coquetería de los seres!

Mas, cansada de encontrarse á cada instante con el alambre que forma su prisión, torna á pararse al borde del charco, donde queda inmóvil, en un mudo quietismo de esfinge:

En sus ojos vágos é indiferentes me parece encontrar una emoción: la nostalgia de aquellos días en que caminaba por la Pampa sin que el alambrado de la huerta de una escuela la privara de la libertad, de la noble y hermosa libertad.

Ana María Benito.

Alumna de 4°. año—Escuela Normal N°. 2



MICHA

La "Micha" gozaba de todas las atenciones.

No pasaba día sin que fuese objeto de caricias y palabras amables.

Solía ocupar una cunita vacía destinada á un futuro huésped.

Las personas que llegaban á la casa querían saber de la "Micha" como de algo que se estima mucho.

¿Y ahora qué sucede?

Desde hace algunos días nadie pregunta por la "Micha", nadie se preocupa de averiguar si está ó no en la casa.

Permanece sola y parece huir de todo bullicio. Se la ve un momento á la hora de comer y desaparece nuevamente.

Desde que un nenito ha llegado á la casa han cesado las atenciones para "Micha". Todas son para el que, rodeado de alegría, vino á ocupar la cunita vacía.

La pobre "Micha" se resigna á mirar asombrada al raro usurpador de tantas atenciones.

Señoritas Zulema y María Lola: ¡Sabrán que ya son tías! Ustedes esperaban ansiosas la gran noticia. Hoy por la tarde llegó un Periquín que les ha dado el título.

La primera que lo conoció fué la "Micha". Se sintió alarmada ante tanto desorden y movimiento en esta casa de ordinario tan tranquila.

Estoy por creer que la "Micha" ha pensado que aquel huésped era de los de su familia.

"Micha", extrañada al verlo llorar, lo vió ocupar, antes que la cunita, la cama de mama-Rosa. Lo vistieron todo de blanco. Las batitas celestes que "las tías" le regalaron, por intermedio

Me animan los [illegible] muy grande [illegible] espontáneamente a aumentar el [illegible] propósito [illegible].

Yo pienso que [illegible] consiguen la [illegible] y se [illegible] que [illegible] agreguen con el trabajo propio.

Las niñas que han [illegible] hoy [illegible] ocuparse en [illegible].

Espero que las [illegible] el buen ejemplo el digno [illegible] muy pronto [illegible] una obra de este [illegible].

[illegible]

Alumna [illegible] Escuela Normal [illegible]



EN EL TRANVIA

[illegible]

[illegible] 1870.

[illegible]

[illegible]

Los lectores [illegible] y [illegible] hacen [illegible] "La Nacion", "La Prensa", "El [illegible]". Así sigue su camino el tranvía, interrumpido en cada esquina y, á veces, [illegible] su velocidad porque un

carrero ha colocado su carro delante y marcha calmosamente. El motorman hace una llamada, pero suele no ser atendido y el carrero, apoyados sobre las rodillas los codos, marcha sin siquiera darse vuelta. Por fin, como por lástima, apártase el carrero y, entonces, pasando el tranvía, viene el cambio de palabras entre carrero y motorman, que suelen decirse algunas lindezas.

Enriqueta Caranti.

Alumna de 4°. año—Escuela Normal N°. 2





Colaboradoras de LETRAS

1, Ana M.ª Benito
2, Juanita Goyenechea
3, Carlota Daza
4, Enriqueta Caranti

DE LA CLARIDAD Y DE LA SENCILLEZ

Hablamos y escribimos para que nos entiendan.

Tenemos el deber de decir las cosas claras y sencillamente.

Lo claro y sencillo lo entenderán todos.

Y todo se puede decir clara y sencillamente.

No nos vengan los embolicados sabios con que es cuestión de entendederas.

Más bien creemos que ha de ser cuestión de explicaderas.

En matemáticas como en metafísica todo se puede reducir, por elevado que sea, á fórmulas claras, sencillas, comprensibles.

Hay cerebro que emite y cerebro receptor.

El trabajo del cerebro receptor es de simple impresión y rara vez no comprende, siendo la emisión bien hecha.

El activo, fuerte y cuidadoso trabajo ha de estar en el trabajo del cerebro que emite. La emisión del pensamiento impresionará claramente si es una imagen nítida.

No iremos contra los que no entienden, sino contra los que se explican mal.

No nos lamentemos de la ignorancia de los que no nos entienden.

No se trata de ellos; se trata de nosotros, que no sabemos hacernos entender.

Los maestros y escritores que da Francia en el exquisito arte de hacerse escuchar o leer con gusto, de ser fácilmente comprendidos y de presentar las cosas, por algebraicas ó metafísicas que sean, claras y sencillas, como un inocente A. B. C.

Vicente Medina.

EL MODELO

Sé, mis maestritas [illegible] habéis llamado á Luisito, el [illegible] listo y bueno, y lo habéis presentado ante los demás.

"Aquí tenéis—habéis dicho—un modelo de aplicación, de bondad, de docilidad... Habla, Luisito, di esto, di aquello"...;

Y Luisito, como un pequeño lorito amaestrado, ha dicho monadas y ha contestado todas las preguntas y hasta ha cantado.

Y habéis seguido, mis severas maestritas, diciendo á los niños:

"¿Lo han visto ustedes, señores haraganes? Luisito lo sabe todo; no es como ustedes que son desaplicados, pícaros y desobedientes. Sírvales de ejemplo este niño modelo y avergüéncense!".

Y vosotras, maestritas de mi más dulce afecto, habeis premiado á Luisito y lo habéis besado y colmado de alabanzas, ante los otros pobres desafortunados, humillados y entristecidos niños.

***

Pues bien, amiguitas mías, yo no estoy conforme con eso; yo hubiese presentado el modelo de otra manera. Veréis.

Yo hubiese llamado al estrado al niño más desafortunado de la clase y, acariciándolo dulcemente, hubiese dicho á los otros niños:

"Hijos míos: aquí tenéis á este pobrecito; compararos con el y veréis qué afortunados sois. Vosotros tenéis la inteligencia despejada y á él le cuesta mucho trabajo aprender las cosas. Vosotros lleváis buenas notas y premios á vuestras casas y él

sufre penitencias. A vosotros os miman vuestros padres y á él le suelen reñir los suyos. Tened presente, niños, que el nacer ignorantes no es culpa, sino desdicha; y tened presente, niños, que los que habéis sido favorecidos por una clara inteligencia, ya tenéis con ello tanta gracia que, en justo reconocimiento, debéis ser generosos y bondadosos y sencillos y humildes con los ignorantes."

***

Este hubiese sido mi modelo, maestritas delicadas, jardineras del jardín humana, encomendadas de guiar los tiernos arbolitos de los nuevos planteles.

¡Pobrecitos los torpes, los desaplicados, los descuidados, los abúlicos!... ¡Entonces, entonces, es cuando hace falta la dulce atención, la delicadeza, la cultura exquisita que habéis atesorado al prepararos para vuestra misión de educadoras, que es la más noble de la vida!

Vicente Medina.

UN MUERTO DESCONOCIDO

En la caja negra duermes sin miedo
entre dos blandones
que lloran tu duelo
y que se dirían dos [illegible]...

Duermes sin miedo, como dormimos
de niños: la muerte es madre también;
sentiste un descanso que no conocías
y en un pecho helado dejaste tu sien.

Duermes para siempre en la [illegible]
tan blanca, tan blanca tu rígida cara,
como si tu alma que se fué a la [illegible]
la luz de ese mundo en tí reflejara.

¡Qué humilde tu muerte! Algunas vecinas
te rezan; no tienes ni llantos ni galas;
sólo hay en la puerta dos leves cortinas
que son como alas...

¿Dónde está tu madre que no está a tu lado?
¿No tuviste hermanos? ¿No hallaste un amigo?
Nadie te quería, nadie te ha llorado:
has muerto lo mismo que un viejo mendigo.

¡Tus manos te adornan!, cruzadas cual rosas
encima del pecho;
y dan la idea de todas las cosas
sencillas y buenas que ayer habrán hecho.

No sé tu pasado, no sé lo que has sido.
¿Buscaste la dicha, la gloria y el oro?...
Es igual...: lo noble es haber sufrido,
y eso sí, tu honda soledad no ignoro.

No ignoro que viendo la muerte cercana,
buscaste la almohada caliente de un brazo;
llamabas, ¿no es cierto? á un alma lejana
para que te diera la fe de su abrazo.

Y no vino nadie; y al dejar el suelo,
cuando un ángel vino para preguntarte
con qué ser querías estar en el cielo,
¡no halló tu recuerdo quien pudiera amarte!...

Hermano: quisiera poner en tu mano,
lo mejor que tengo, que es mi corazón,
para que supieras de algún ser humano
que ha dejado triste tu separación.

Hermano: si puedes, sé bueno, y espera
mi última hora, y llora por mí:
tal vez yo no encuentre nadie que me quiera
y tal vez me muera, como tú, así...

Pedro Miguel Obligado.

¿Quién es Pedro Miguel Obligado? No lo sabemos, pero podemos asegurar que es un gran poeta. De su libro "Gris" hemos leído al azar *Un muerto desconocido, Resignación", El perfume del heliotropo, El pefrume del junquillo* y *Vuelvo á tí...* Todo este libro da una delicada sensación, sentida, melancólica...

LA LADRONA DE LA INOCENCIA

¡A ver! ¿Donde está esa que se lleva el sueño de los ojos de mi niño?

R. Tagore.

Tú, criatura, estabas encantada...

¿Quién fué la bruja que te abrió los ojos y te robó tu inocencia?

¡Malhaya la bruja que te hizo mal!

Ha tenido que ser la bruja Malicia.

Tú, gozosa, corrías y saltabas..., tú cantabas y creías en todo...

Tú te mirabas en el espejo de las fuentes y seguías en las dormidas aguas el curso de los pececillos, veloces como flechas, ráudos y rosados como tus pensamientos...

Tú amabas las cosas, y tus rosados deditos gozaban del dulce dolor de punzarse quitándoles las espinas... Y pensabas, angelical, que tenías, en el mundo, la divina misión de ir quitando espinas!....

Tú mirabas las estrellas y soñabas... y hablabas con ellas ...y sabías de muchas cosas delicadas, preciosas á tu corazón, porque las estrellas te las habían contado...

Tú eras feliz en aquella inocencia que nos deja gozar el éxtasis de una noche de luna, de un verso, de una canción, de una mirada, de una sonrisa...

Oh, tú eras feliz porque, para tí, todo tenía luz, y aroma y armonía...

Oh, tú eras feliz porque creías en el amor y en el heroísmo y en la generosidad...

Y esa maldita bruja, ladrona de inocencia, vino y te dijo:

—No te creas nada, todo es mentira, no te fíes...

Y tú, pobrecita, abriste los ojos atemorizada y viste que ya no eras inocente.

Tu inocencia te la habían robado la bruja de los desencantos y de la realidad y de la envidia...

Y tú, pobrecita, que ya no eras una candorosa criatura inocente, dejaste de ser feliz y te mofaste de todo... de las noches de luna, del amor puro, del perfume de las rosas, del fulgor de las estrellas y del encanto de los versos...

Sí, pobrecita: esa bruja te ha hecho mucho mal.

Ya he comprendido que ya no eres una criatura inocente y que ya no eres feliz... ¡Porque de todo gozabas... ¿Que ya te burlas de todo, tan dolorosamente?

Vicente Medina



EL IDOLO

Y me dijeron:

El mundo no te tomaría en cuenta las debilidades amorosas si el ídolo tuyo fuese una mujer de belleza admirable; pero se trata de una chiquilla sin bellezas atractivas, y es ridículo tanto amor y tanta idealidad...

Y yo vi claro que mi amor era puro y sublime por eso mismo.

***

Y, luego, cuando supieron lo mal correspondido y mal tratado que por aquella chiquilla, [illegible], se vió mi dulce amor, se desataron contra mí de esta manera echando el ídolo al suelo y queriéndolo hacer pedazos:

"¿Has visto? No muestras de la sensibilidad exquisita que en ella tú ponderabas. No entiende tu fino sentimiento y, porque no aborreces, llama asquerosa tu bondad; también te califica de infame porque eres noblemente sincero; y ni siquiera alcanza el puro ideal que te inspira: porque haces de ella, en tus versos, una figura inmortal, llama tu obra de artista, obra de ignorante... ¡Todo te está bien merecido!"

Y, viendo que decían verdad, ví también, que aquella chiquilla, humana al fin, era, por su flaqueza de [illegible] y de juzgar ligero y equivocadamente, más merecedora á mi tierna solicitud... Porque el apoyo fuerte del verdadero amor lo reclama, no lo perfecto é inconmovible, sino lo débil y tornadizo, que de tal apoyo anda necesitado... ¿Ella ¡pobrecita! humana al fin, qué culpa tenía?

Tacto cuidadoso y muelle blandura debe nuestro espíritu á la débil fragilidad...

***

Y recogí el ídolo del suelo resguardándolo delicadamente entre mis brazos y apretándolo contra mi corazón... Ni estaba roto, ¡ni lo romperá nadie! ¡Idolo mío!

P. Saroso.

¡QUE BUENA!

A Pilarica Medina.

Pilar: ¿No sabes? Que al verte
con tu cara linda y fresca...
con tu cara que es un pomo
de rosas de primavera...
voy á decirte: "¡Qué hermosa!"
y siempre digo: "¡Qué buena!"

Que cuando miro tus ojos,
donde los míos contemplan
siempre un cielo... ¡y es tu alma
que en tus ojos se refleja!...
voy á decirte: "¡Divina!"
y siempre digo: "¡Qué buena!"

Que ríes con una risa
tan angelical é ingenua,
tan sana... ¡precioso, dulce
bálsamo para las penas!...
que pienso: "¡Qué encantadora!"
y siempre digo: "¡Qué buena!"

Y hablas de un modo, que siempre
mi corazón te contesta...

¿Cómo hablas que, enagenado,
voz de ángeles, me recuerdas
y al decirte: "¡Qué ángel eres!"
siempre te digo: "¡Qué buena!"

Bendita tú, Pilarica:
Dios guarde las rosas frescas
de tu cara... de tus ojos
la inmaculada pureza...
esa risa dulce, sana,
que es un bálsamo de penas...
esa voz cautivadora
que al corazón siempre llega...
y yo, que siempre al decirte:
"¡Qué hermosa!", diga: "¡Qué buena!"

Vicente Medina.

DIAMANTE O VIDRIO

De mano me tiraste, solo
por lo que de mí te han dicho...
¡y olvidas lo que en mí bueno
tus propios ojos han visto!

La torre de tu firmeza
la derrumbó un "me dijeron"...
¡Como pluma liviana
cambias al soplo [illegible] del viento!

Pero, ¿y también debería
yo atenerme á tus palabras...
¡pues no sé qué me dijeran
para que yo te olvidara!

Y es que, en esto del querer,
pasa como en el diamante:
ó es falso, porque es de vidrio,
¡ó es puro é inquebrantable!

Vicente Medina.





LA CEGUERA

París-Londres.

Ojos negros, ó azules, ó verdes, ó garzos; ojos pintones y pálidos; "ojos claros, serenos...", muy interesantes todos; pero no tanto como los ojos lechosos y hueros, los que no dicen nada los que, por exhaustos de luz, no pueden decir absolutamente nada. No son ojos tristes. Son algo mucho más atroz, porque son ojos que no ven; y ojos que no ven, corazón que no siente...

De esos ojos, como de luciérnagas muertas, como de soles calcinados, los pueblos están llenos ahora; tanto, que ya se les ve con indiferencia. Ahí van por esa plaza, por aquella calle bandadas de soldados que andan con torpeza, y como á tientas, en la luz, sirviéndoles de guía una enfermera. Son jóvenes que parecen muy viejos, que llevan en los ojos, vidriosos y como entornados, la frialdad horrible de la muerte... ¡de la muerte en vida! Van en correcta formación, codo con codo, como en ola humana, como en masa para un asalto. Y marchan, entre tinieblas, á las 2 de la tarde.

En aquel campo se enseña á otra bandada de soldados á ser ciegos; en aquel río se enseña á otros, que tampoco tienen ojos á remar; en el pórtico de la iglesia se les va á enseñar otra cosa más difícil: á amar y ser amado, sin ojos. El novio, vistiendo kaki, da el brazo á la novia, toda florida de azahares, que sonríe placentera, mientras él mira, con sus ojos lechosos y hueros, á lo Desconocido.

Al volver la esquina, hacia Picadilly, tiende á desaparecer como si el suelo se lo tragase poco á poco, un cortejo de pobres faldas, coronadas por dos cuencas adonde no llega nunca la luz y de aquel triste montón anónimo surge una campanilla advirtiendo al transeunte que no lo tropiece é implorando de él una limosna.

Pero ¿quién es aquel hombre de aspecto trágico, plantado en medio de la calle, y mirando, al parecer, con severidad el

flujo y reflujo de la marea de pieles y gasas? Hace que mira; pero no ve, por fortuna suya.

Más allá pasa una tartana automóvil, cuyos faroles son ojos lechosos y hueros, de inválidos —¡y cantan!...,—mientras una enfermera, expresando una gran pena, irisada de lágrimas, los retrata en el azul, límpido, de sus grandes ojos.

Hay aquí, cerca de mí, una niña, como de 10 años, que vive en una casa de vecindad. De lejos yo la había visto repetidas veces en el arroyo, en el portal de su casa, á la entrada del parque siempre igual, impasible, como borrosa, y en actitud de espera; y un día que me acerqué á ella vi con espanto que bajo el áureo casco de su cabellera, en su palmito de niña bonita, destacábanse infinitamente tristes, sus ojos ciegos...

Más tarde, durante un *raid* infanticida, cuando las bombas sorprendieron á rapaces y rapazas que, aprovechando lo luminoso de la mañana, correteabàn por calles y plazas; cuando el corredor de la casa de vecindad llenóse de obreras con sus crías en brazos, volví á ver á la niña, á tientas á lo largo del balcón que, levantando la cabeza, como si se esforzase en mirar al cielo á través de sus pupilas extintas, parecía parpadear una reconvención triste.

A donde quiera que vuelvo mis ojos, que no están ciegos pero sí hartos de ver horrores, tropiezan con ojos lechosos y hueros. Son ya una obsesión mía, los veo en todas partes, me persiguen, me entristecen, y á veces veo una ceguera profunda extendiéndose sobre la faz de la Tierra.

Le Maud Allan, repentinamente ciega en mi imaginación baila el *valse triste* de Sibilius, tocado por una orquesta sin ojos, cuyo director es un ciego que encauza con la batuta el murmullo del valse, el cual es como un cigarrón muriendo entre las cuerdas; y al querer yo ver tanta tristeza por mis propios ojos, noto que se me saltan de pena, ¡y que también ellos están hueros y lechosos!

Luis Bonafoux.



ESCUELA AL AIRE LIBRE

(Párrafos del informe elevado al Inspector General de Enseñanza Secundaria y Normal, sobre la marcha en 1917 de la Escuela Normal N.o 2 del Rosario).

Debo mencionar, siquiera sea en sus características más salientes, una iniciativa singularmente grata á esta Escuela, porque quizás denuncia el espíritu austero con que sus hijas se incorporan al apostolado de la enseñanza. Me refiero, Señor Inspector, á la llamada "Escuela al aire libre".

Bajo el paraisal de un rincón del Hipódromo; sin otro mobiliario que los bancos destinados al público en los días de reunión; sin más material escolar, que los pizarrones de las cotizaciones, algunas pizarritas comunes, un poco de tiza, un montón de diarios viejos y de papel de estraza, media docena de toallas, cuatro lavatorios, algunas barras de jabón, una maquinita de cortar el pelo, y agua corriente en cantidad no tasada,—surgió un día, en Junio de 1916, algo que sus iniciadores llamaron escuela, aunque no tenía ninguno de los caracteres que las reglamentaciones oficiales establecen.

Se le agregó "al aire libre", sin con ello querer indicar una más para débiles y retardados, pues á niños normales se la consagraba.

"Al aire libre", pero no sólo por funcionar en plena naturaleza, bajo los rayos directos del sol, atemperados sus rigores por la sombra de los árboles, con gran luz, en una atmósfera de oxigenación máxima, sino también porque se la deseaba abierta á todos los vientos del espíritu, á todas las iniciativas, á todas las audacias pedagógicas.

"Al aire libre" para que la bondad de Cristo, las geniales direcciones de Pestalozzi, los delirios de Rousseau, el libertinaje de Tolstoi, no encontraran muros que les cerraran el paso ni puertas enmohecidas detrás de las cuales, en tantos establecimientos oficiales custodiamos aforismos y sentencias de esos grandes maestros, sí, pero aforismos y sentencias á los que, poco á poco, les hemos suprimido el alma con que desbordantes nacieron.

"Al aire libre", sin paravientos ni celosías, para que la prédica empapada en aquellas doctrinas que en libros, revistas y conferencias, viene sosteniendo en nuestro país, desde hace 30 años el infatigable Vergara, sufra de una vez la prueba de fuego y nos dé, si puede, el tipo ideal de la escuela para la democracia.

"Al aire libre" para que si nuestros estadistas alguna vez pasan á su vera, abrumado el espíritu por la obsesionante preocupación del analfabetismo, que gangrena el organismo nacional, encuentren alivio pensando que la obra redentora de la escuela no reclama la complicada poción en que el edificio, siquiera emule la pocilga, el mobiliario especial escolar, convertido á fuerza de sutilezas y medidas en lo que con tanta verdad llamó la señora Montesori, aparato ortopédico, destinado á remediar quién sabe qué deformaciones en el físico de niños normales, las ilustraciones pictóricas de origen exótico, que no por ser caras iluminan las cabecitas infantiles, más de lo que pudieran hacerlo las naturales que al alcance de la mano están, la pletórica cartera de útiles y de libros escolares que para la primera edad la industria inventa y que el desamparado hogar mira aterrorizado por la amenaza que para su economía encierra,—insume cantidades de dinero que el erario público no puede satisfacer sin sentir el vértigo de la bancarrota.

"Al aire libre" para que los maestros de la escuela primaria argentina, en justicia pecadores por imitación en el afán de lo nuevo con que la industria escolar nos deslumbra, volvamos del Eldorado en que pareciéramos querer tomar carta de ciudadanía y nos curemos en contacto con la santa naturaleza, de desviaciones que estropean la obra, complicándola.

"Al aire libre" para que el magisterio infantil no sea el factor espiritual eternamente sacrificado, porque la fatalidad ha querido que cuando las cajas fiscales se abren para fundar una nueva escuela, dirigentes y dirigidos no nos demos tregua en lo de adquirir unos porque reclaman los otros, cosas materiales con que al poco rato andará tropezando sin saber dónde ubicarlas ni qué hacer con ellas, el maestro cuyos emolumentos, sino los costeados por la Nación, tres cuartas partes de los que asignan las provincias, constituyen verdaderas raciones de hambre que inducen al gremio de profesionales á abandonar la escuela, renunciando á caros ideales de su alma, pues sigue siendo verdad de la vida la sanchesca de que oficio que no da de comer no vale dos habas.

"Al aire libre", en el sentido más literal de la expresión, para que cuando nuestros gobernantes recorran el territorio argentino, no vuelvan á la comprobación penosa de que sólo troncos secos y ramas sin brotes se encuentran donde creíamos cultivar Jardines de Infantes. De semillero calificado trajimos robustos retoños que para arraigar reclamaban plena tierra, en plena naturaleza; pero á los que hemos tratado como plantas de invernáculo colocándolos primero en el estrecho macetero que se llama aula cerrada y alimentándolos después con abono de sutilezas intelectuales, como si se nos hubiese agotado la ubérrima solicitud maternal que el buen Froébel pedía para su criatura. El Kindergarten debió ser la institución en que se plasmara el tipo ideal de nuestra escuela primaria elemental; pero en vez de abrir puertas se dejó echar cerrojos, y antes que reclamar parques, arboledas, plazas y jardines, aceptó jaulas, algunas quizás doradas, pero jaulas siempre, y pidió adminículos escolares que sujetaron la actividad infantil y retasaron la alegría con que su fundador soñara cuando en el Libro de las Madres entregó, en forma de juegos y de cantos, lo más fundamental de su fuerte concepción pedagógica para que — son sus palabras — "en alas del amor, al cielo el alma suba en ascensión sublime".

"Al aire libre" por conmiseración humana, por el deber que la sociedad tiene de tutelar la vida, ya que la ciencia y la experiencia médicas afirman que el medio confinado y la sobrecarga de tarea á que en él están condenadas por la organización escolar actual, son los responsables de que la neurastenia, la dispepsia, la cefalalgía, la laringitis y la implacable tuberculosis, señalen un porcentaje aterrador entre nuestras jóvenes maestras, que, casi criaturas, viven, ó mueren, marcadas por la decrepitud más inmerecida. El recetario simple con que esos males se atacan en sus comienzos: descanso, tranquilidad de espíritu, cambio de ambiente, mucho aire, mucha luz, ejercicios físicos moderados, encontrarían con suficiente abundancia en esas escuelas las pobres maestras á quienes la farmacopea oficial, cuando es generosa, despacha la fórmula asignando quince días ó un mes de permiso con goce de sueldo y hasta seis meses si la paciente se condena, condenando con ella al modesto hogar que de esa entrada vive, á no recibir emolumentos. Que la que empieza á debilitarse vaya á trabajar allí y que en el aula ocupe su lugar la que está fuerte, tal sería la simplista solución que un médico amigo encontraba ideal para un gran número de casos.

"Al aire lbire"...... pero disculpe señor Inspector General, el mucho

tiempo que con mi disgresión explicatoria, quizás impertinente, le he ocupado. Reanudo mi información.

Las fundadoras eran alumnas que egresaban de esta Escuela Normal en el año anterior que, sin empleo público hasta entonces y sin esperanzas de conseguirlo, no se resignaban á estar inactivas. En las aulas se les había hablado de una misión trascendental para cuando de ellas salieran, y sin amargura, llenas de optimismo, á pesar de que sus diplomas no les garantían, como esperaban, la materialidad de la vida, fueron á ese barrio suburbano, que carecía de escuela, con su inorgánica tentativa.

Había maestras, pero los alumnos no llegaban. Las familias no se convencían de que "eso" pudiese ser una escuela: recorrer los hogares solicitando, implorando casi, que los niños que no cumplían con la obligación escolar en establecimientos formales fueran mandados al Hipódromo, ocupó la actividad durante semanas enteras.

Al fin fueron apareciendo niñas y niños: hoscos, desconfiados, algunos con todas las taras de la miseria encima; lamentables en su desaseo muchos; no pocos haraposos y alargando la mano sólo ejercitada hasta entonces en la colecta de la limosna pública, y presentables en su aspecto externo el menor número. Tal fué el plantel.

Rostros alegres vieron al llegar; palabras afables saludaron su arribo; manos maternales acariciaron sus cabezas. Bajo el duro entrecejo se dibujó una tímida sonrisa, pero cuando al estirar la mano pedigüeña comprobaron, por la falta de resultado que allí no se había abierto una nueva puerta de beneficencia pública, que quizás oyeron sospechar en sus hogares, y que así, tal como estaban se los recibiría en la nueva escuela, la sorpresa y el desencanto pudo leerse en muchas caras.

Rara escuela aquélla en la que los descalzos, los descamisados, los mugrientos, no eran repudiados y devueltos á sus casas, pobres rancherías muchas de ellas, incapaces de realizar lo que las escuelas oficiales les reclaman y que éstas á su vez no saben, no pueden ó no quieren hacer.

Las clases empezaron: Junto á las canillas de agua corriente la docencia, representada por una gentil niña, bregaba por la higiene con maternal afán; la maquinita de cortar el pelo pasaba de una cabeza á otra civilizando rústicas cabelleras; después el jabón y la benéfica agua adicionada con unos pocos gramos de bicloruro de mercurio daban, sin anunciarlo, buena cuenta de parásitos y mugres. No distante de allí, alguien se afanaba en una original

clase de economía doméstica y labores para varones y mujeres: mientras que un grupo, frente á una rústica cocina vigilaba la preparación de café con leche para los que no se habían desayunado, otros confeccionaban una modesta sopa que sería servida un rato después á todo el que la apeteciera, y el resto se entregaba, con singular atención á restaurar sus pobres vestimentas, cosiendo desgarrones, aplicando remiendos ó pegando botones con unas pocas agujas y algún carretel de hilo salido como todo, quién sabe de dónde. Pero todavía el programa de la materia no estaba realizado: había que dirigir el lavado de la indumentaria que generalmente no tenía repuesto en la primera tentativa, pero que se sustituía en la segunda con la intocable pieza aparecida en el rincón oscuro donde la miseria arroja sus detritus. No importaba: eso se maliciaba por la flamante maestra que pocos días después afirmaba, con no escasa verdad, que si en nuestros pobres hogares hay mucha miseria, es mayor aún la negligencia y el descuido. Frente al pizarrón de las cotizaciones una maestra enseñaba á leer, en tanto que guiaba la torpe mano en la formación de las letras; más allá otra iniciaba un grupo en aritmética haciendo contar cosas de que con generosa abundancia la proveía el paraje en que actuaba y hacía numeración escrita diseñando cifras que los alumnos imitaban en la arena del parque. La música hizo sentir desde el primer día su acción bienhechora: una niña, de aptitudes artísticas no sospechadas por la Escuela Normal que la formara, entonaba á viva voz los coros aprendidos en el aula y dirigía juegos y rondas que los chicos encantados imitaban. El dibujo encontraba en un montón de diarios viejos y de papel de estraza eficaz material con qué reemplazar el demasiado costoso que hemos, entre otras tantas desviaciones, ascendido á la categoría de indispensable para ejercitar en la materia. Los ejercicios intuitivos, innecesario es afirmarlo, encontraron allí el más propicio de los ambientes, y las conversaciones sobre lugar, animales, plantas, etc., rindieron, sin esfuerzo, excelentes resultados. El trabajo manual no se echó al olvido: modelar en barro, tejer rafia y cortar papeles fué lo pimero; después alguna silla deteriorada del menaje casero dió oportunidad para iniciar el esterillado.

La escuela Yasnaia Poliana proporcionó la fórmula de gobierno escolar: los niños procedían con absoluta libertad, pasando por movimiento espontáneo de un grupo á otro; no había táctica escolar que regimentase la actividad infantil, ni campana que midiese el tiempo. De ocho á once de la mañana y de tres á cinco de la tarde todos podían entrar ó salir sin que nadie los

regañara por retardo, ausencias ó retiradas; cada uno llegaba cuando sus ocupaciones se lo permitían y abandonaba el lugar cuando lo deseaba. Así el sirvientito, el chico de los mandados, el vendedor de diarios, el limosnero, etc., recibían lecciones que en vano hubiesen reclamado en los establecimientos oficiales, hechos á una medida en la que no caben irregularidades tales.

Deberes para sus casas, ni soñando. En la escuela misma se finiquitaba la labor diaria, y á la mañana siguiente ni criaturas atemorizadas por la perspectiva del reproche, mínimun del castigo con que el más natural de los olvidos ó la más justificada de las fatigas se convierte en falta grave, ni maestras agriadas desde el amanecer por el regañar con que inician la tarea comprobatoria de las faltas de sus alumnos, ni hogares á cuyas puertas, si casi nunca llega la palabra plácida por las encantadoras bondades de sus hijos, golpea con desesperante frecuencia la perturbadora denuncia de la lección no estudiada, de la plana no hecha, del problemita no resuelto, del cuaderno no traído.

La sustracción al vagabundeo, al callejerismo, era ya una obra moral; la higiene del aseo, del arreglo personal, en un ambiente lleno de sol y de aire, aseguraban desde el punto de vista físico la salud de los concurrentes, y todo ello se completó con la mejora intelectual de que habla un porcentaje de más del 60 o o que en el total de casi 150 alumnos aprendió á leer, escribir y contar en períodos no mayores de seis meses.

¿Quién podría negar que precisamente educación moral, intelectual y física, así entendida, es la que reclamamos á nuestra escuela primaria infantil? ¿En qué podría ser superior la obra que los dos primeros grados de la escuela común realizan?

Poco á poco las escuelas fiscales fueron incorporando á sus personales docentes á las maestras fundadoras. Absorbidas por sus funciones oficiales muchas de ellas dejaron de concurrir, y entonces, por turno, las reemplazaron en la tarea nuestras alumnas maestras que fácilmente se amoldaban á la tradición de perfecta libertad en la ejecución de la obra.

Cuando se emplearon, las maestras de la escuela al aire libre llevaron al aula tanto calor, tantas iniciativas que hoy es un título ante la Inspección General de Escuelas del Rosario, la actuación previa en ese ambiente escolar nuevo entre nosotros.

La provincia de Santa Fe posiblemente las ensayará oficialmente este

año. Entre Ríos creo que ya las tiene en sus llamadas escuelas de familias, iniciadas hace algunos meses.

Algún centro obrero nos pide que en el patio y la huerta anexos á su local hagamos funcionar una.

Quizás dos, en un rincón del Parque Independencia la otra, sean las que atendamos en el próximo curso: en ellas nuestras alumnas de 4.o año harán la práctica de la enseñanza en condiciones que corrijan la estrechez dogmática con que el aula cerrada hubiera podido enfermarlas.

Si el señor Inspector General estimara que de lo ensayado hay motivos para esperar frutos apreciables en la formación de la maestra primaria elemental á que esta Escuela Normal se consagra, solicito su autorizada intervención para que dos maestras de grado sean agregadas á su personal docente, con cargo de dirigir las dos escuelas proyectadas.

Martín Herrera.

COSITAS DEL AMOR

Pensais que está en que nos quieran
nuestro bien,
¡y nuestro bien es el gozo
de querer!...

* * *

No te quejes...
¿En amor, de qué te quejas?
¡La dulce miel del amor
es la pena!...

* * *

Es de la dicha, en amor,
el quejarse...
¡y no es amor el amor
sin pesares!...

* * *

Si tú no quieres también,
con ser querido ¿qué tienes?
¡Ya es tener, tener cariño!...
y el que quiere ¡qué más quiere!

Vicente Medina.

DIME, ESTRELLITA

Dime, bella estrellita, ¿qué virtudes
se ocultan en tu seno?
¿En tu lumbre, qué amor tan santo vive
que así tan pura brillas en el cielo?

Y la estrella me dijo:
"Vuestra Tierra,
con sus perversidades,
con sus miserias,
también brilla en el cielo
como blanca y purísima estrella."

¡Como estrella nosotros!...
¡Dios mío! y, todavía,
hay quien en duda pone
tu bondad infinita!

Lilí Kelly.

COMO PASO YO ALGUNAS TARDES

Pueden imaginarse ustedes un día pesado, como solemos decir, uno de esos días que más bien debieran ser noches para pasarlos mejor. He terminado de almorzar, es la una y media de la tarde ¡qué hora tan aburrida! Yo la considero como á la más triste del día y por mí debiera dedicarse á Morfeo. ¿Dormiré?... ¡no!, después me levantaré con dolor de cabeza..., con mal humor... y además los chicos, mis hermanitos, no me dejarán dormir... Mejor será que lea el diario, sacaré más provecho enterándome de lo que haya ocurrido ayer. Aquí está el diario... veamos la "Crónica Social"; ¿qué tal habrá estado la kermesse y el baile?... Leamos..., la kermesse concurridísima; el baile muy lucido, etc.; este retrato?... ah! de una niña que se casa: más abajo compromisos..., enfermos y viajeros, ¡lo de siempre!, no me interesa. Bien, ¿qué más leeré? ¿Policía?, ¡qué esperanza! ¿La guerra?, no me interesa. Pasemos á los Cines. Gran estreno: "Fedora". Ay!, cuánto lo siento, no podré ir á verla á causa de que el horario marca tantas lecciones mañana, ¡qué lástima! Pero, si en vez de hacer comentarios estudiara en seguida, terminaría temprano y podría ir... Antes hablaré por teléfono á las chicas á ver si piensan ir... ¡Hola!, ¿con quién hablo? Con Adela? Sí, con Ida... ¿qué me dices de lo que dan hoy en el cine? Has visto? Ah, sí? Vas á ir? Yo... no sé... según. De mi parte tengo una gana de ir!... pero... ¿y los estudios?; en fin, haré lo posible. ¿Has salido anoche?, ¿dónde fuiste?; ¿quién estaba?, etc., etc. Y entre conversación y conversación, llegan las 3. Bueno, ahora voy á trabajar! Aquí está el horario. Miércoles! ¡qué día! más que antipático!, con esa química que no la puedo pasar! Geografía, es tan fácil que con leer mañana ya se sabe; Historia, con leer ahora una vez es bastante; Literatura, ya tengo hecho el deber; Química, no sé si voy á estudiar; Crítica, nada.

Empezaré á leer "Historia", busco la lección, abro el libro, miro la extensión del capítulo y lo dejo sobre la mesa. Antes veré la hora. Ya son las tres y media, me peinaré antes de estudiar. Ah! ni puedo peinarme como se debe hoy... Tienen razón en decir que, cuando hay prisa, se tarda más. En fin, no perderé el tiempo: total, con el sombrero, no se verá si me he peinado á la ligera. Ahora prepararé todo lo demás; el vestido, el sombrero, los guantes, el abanico, la cartera... ¿estará todo?... Estoy ocupada en esta tarea y son ya las 4.30'. Oigo una voz que dice "¡A tomar el té!" Pero... cómo se pasa el tiempo... no voy á tener tiempo de leer Historia... Aún no he terminado de tomar el té y ya vienen á buscarme; no estoy vestida, ni estudié nada. Me visto apresuradamente; me acuerdo de la lección; pero ya no hay tiempo... Bueno, á la vuelta leeré... Vamos! Hasta luego! Ya estoy en la calle, marcho sonriente para disimular la inquietud, que llevo conmigo. En el cine, de á ratos me acuerdo del mal que me hago; al fin no me divierto, estoy inquieta, me falta la tranquilidad de quien sabe que no ha cumplido su deber.

Ida Nícoli.

Alumna de 3er. año—Escuela Normal N.o 1.

CORRESPONDENCIA

Sí; remítame ó cuénteme esa história de dolor, con mucho gusto trataré de orientarle. No me dice su dirección y no sé cómo comunicarle.



ACOMPAÑAMIENTO

(*A Záira Senac*).

Tocas el violín,
Záira...
El arco en tu mano
blanca,
tu cabeza
doblada
sobre la armoniosa
caja
y erguido el cuerpo
de estatua...
Tocas el violín,
Záira...

Tu brazo, de nieve, arqueas
con gracia
y la nota
triste arrancas...
Y la nota
como otra nota, acompaña
la dulce melancolía de tu gesto
y tu mirada
que de un anhelo indefinible y vago
nos habla...

* * *

Yo que te contemplo cuando
tocas el violín, Záira,
siento como una onda
de armonía dulcísima
que, de tí toda, emana...

¡y me inundas con ella
ojos y pecho y pensamiento y alma!

Y yo no sé si es tu arte
    ó tu gracia...
tu boca que entreabres dolorida...
    tu mirada...
ó esa manera de abandono lánguido
que al andar, en tu gesto, ó cuando hablas,
    tienes de navecilla
    débil... ¡dejada
á merced de la suerte,
del mar y la borrasca!...

Lo cierto es que me llegas al corazón y que esta
nota, á compás de tu violín, me arrancas,
    sin que sepa yo mismo
si es que yo te acompaño ó me acompañas...
.. ..
.. ..
Y es lo cierto que un todo
    armónico me siento
contigo en las más puras
    regiones elevadas,
embelesado cuando
tocas el violín, Záira.

Vicente Medina.

Crítica de Bonafoux

DEL HUERTO DE MARIANELA

El Sr. Pedro L. Balza, editor de las *Crónicas de Marianela* advierte:

"Aparte su mérito literario, puesto de relieve en un estilo fácil, terso y armonioso, contienen otra cualidad más esencial aún consistente en su sana orientación ética, en una crítica suavemente irónica, de nuestros hábitos y costumbres. Trátase, en fin de un libro interesante, ameno, instructivo, en el cual, á la belleza artística, se unen, en consorcio admirable, útiles normas de conducta, expuestas con delicado humorismo y singular gracejo narrativo".

"La *Advertencia* de este Editor — *rara avis* por su plumaje literario, en el corral editorial — es una crítica, acertada y sintética. de los trabajos de *Marianela,* que no son, en verdad, crónicas, sino algo más alto: artículos de costumbres á lo Mesonero Romanos en España, y con psicología á lo *Colomba,* ó Fouquier en Francia. Todo lo más, como tales crónicas, podrían ser á lo Severine, en otro tiempo, á lo Marcelle Tinayre ahora; pero la verdadera crónica como género literario, no es eso, sino las de Claretie, Aréne, *Jean-Bernard,* etc. En España figuró lucidamente como cronista un escritor de escaso valer literario: Fernández Bremon.

Cuenta *Marianela* que una lectora suya le escribió que sus crónicas le parecían excesivamente graves y un tanto sermonarias y que debía tratar asuntos más divertidos, más alegres..... ¿Qué es, en suma, la labor de esta escritora? Ella misma la describe con singular acierto:

"Hemos tocado, dice, temas graves y temas ligeros, procurando dar un poco de gravedad á los ligeros y un poco de ligereza á los graves, siguiendo en esto el orden mismo de la vida

que mezcla la alegría frívola y la tristeza profunda, el dolor y el placer, la risa y las lágrimas": un arco iris en la existencia humana.

Flexible, fluida, con diálogos muy movidos, es la prosa de esta escritora ingeniosa, ingenua y pícara (muy pícara), erudita á lo Anatole France en Francia, á lo Eduardo Benot en España á lo Arístides Rojas en América, ó sea dando la erudición en píldoras, doradas por añadidura; prosa cortada á trechos por digresiones humorísticas simpáticas, como la del final del artículo *Las Paces*, y por nonadas encantadoras, como la de que su marido nunca tuvo buena vista, excepto cuando la eligió á ella (¡picaronaza!); prosa que entraña verdades femeninas, como aquella de decir que las mujeres se ofenden cuando las miran mucho, pero que se ofenden mucho más cuando no las miran nada, y aquella otra de que las mujeres del Norte y las mujeres del Sur son la misma cosa—ó la misma cosita, no habiendo entre ellas lo que los franceses llaman *la petite différence;* — y aquella otra, en fin, de que el gaucho es más piadoso y tierno con el árbol caído, que el mundo de frac con el personaje que cae...

Asoma raramente, por entre tantas verdades, alguna insinceridad, pero es cuando la escritora habla de sí misma, para decirnos—de mentirijillas, claro—que su estilo es endeble y desmayado, por su pobreza ideológica, etc.; y asoma alguna vez por entre su buena prosa una *independizada,* ó un *distanciamiento* ó un *coyundar,* y dice que la casamentera "combina matrimonios en frío", por decir, que combina friamente matrimonios pues éstos, á lo menos al principio, siempre resultan en caliente: ¿no?

Pero discurre bien y sanamente, como al describir el amor y el cariño, y la dulzura y suavidad de carácter en la mujer como atadura del hombre, formada por tenues hilos de seda. Las ideas son buenas; y á veces son mejores, por españolas rancias.

Tiene este libro cosas bonitas, delicadas y tiernas; artículos notables, como *Las reinas en la guerra, Frivolidad y Tilinguismo, La inutilidad de San Juan Bautista,* la hermosa carta de *Ro-*

salía, desde los Carpinchos; y tiene—porque de todo ha de haber en la viña del Señor, ó de la Señora,—algún artículo cursilorticillo, como la *Desaventura trascendental*, y algún otro sermonario, como la *Pequeña defensa de la murmuración*.

La preceptiva amorosa de la autora suele ser vacilante, ó no sabe definitivamente á qué carta quedarse. Enseña, por ejemplo que una mujer sólo á los 25 años está en condiciones para elegir ó aceptar esposo. Pero siendo así que pasan bastantes años desde que la mujer es fisiológicamente *mujer*, hasta que cumple los 25, ¿qué hará para matar el tiempo y llenar el vacío?

Según *Marianela*, la doncella debe bailar mucho, conversar mucho y "flirtear" algo. Bien. Pero ¿qué entiende la señora por *flirteo?* ¿Se refiere á un *flirteo* superficial, como quien dice, á flor de cutis, ó á un *flirteo* tirándose á fondo, como quien no dice nada? ¿Aprueba, por ejemplo, el *beso playero* y los *colchones flotantes* que estuvieron en boga este verano en las playas yanquis? *Flirteos* hay que pasan de castaño oscuro, aunque un sapiente negro catedrático haya proclamado que la *mujer no es jabón para gastarse*...

No terminaré estas líneas sin felicitar á *Marianela* por las bellas flores de su huerto, y á su marido por cultivarla á ella que, como palomita sin hiel, con seguridad es superior á toda la ormitología noctivaga de las pampas.

Y, como dicen en Castilla, que la goce con salud muchos años...

Luis Bonafoux.

Londres.

CRONICAS DE MARIANELA

ROSALIA EN "LOS CARPINCHOS"

La crónica de esta semana me la da hecha una carta que acabo de recibir de mi mejor amiga, compañera en el colegio y luego en los salones, Rosalía Arregui del Moral de Pérez y Cámpora. Esta retahila de apellidos merece una pequeña explicación. Mi amiga es rica por sí y por su marido, aunque ha venido un poco á menos, como ella misma explica en su carta, debido á dos causas coincidentes: el excesivo gasto del matrimonio en Buenos Aires y ciertas especulaciones malogradas por la crisis. La fortuna de Rosalía arranca de su abuelo, el vasco Arregui, hombre tenaz y laborioso, que empezó de alambrador de campos y terminó en gran estanciero. La de Ricardo, el esposo de mi amiga, proviene igualmente de su abuelo, el señor Pérez, uno de los primeros registreros de la calle Rivadavia, allá por los tiempos de la presidencia de Sarmiento. El segundo apellido de Rosalía, el sonoro del Moral, pertenece á nuestro patriciado del año 19, época del directorio de Pueyrredón, del cual fué muy amigo y eficaz colaborador don Sofanor del Moral, ascendiente de Rosalía por línea materna. El segundo apellido de Ricardo, el resonante y prestigioso Cámpora, viene de un bizarro coronel, don Marcos Cámpora, que acompañó á San Martín en su gran campaña del paso de los Andes. Así, pues, los dos primeros apellidos, Arregui y Pérez, representan la creación de la fortuna en su doble actividad, comercial y pastoril. Y los dos segundos, del Moral y Cámpora, significan el abolengo, la tradición, la historia patria. Y es natural que Rosalía luzca estos dos apellidos aristocráticos junto á los otros oscuros, aunque meritorios. En las crónicas sociales el nombre de mi amiga ocupa tres líneas, bien merecidas, desde luego, ya que ella resume en sus cuatro apellidos la historia militar y política del país y la representación de los modernos progresos

económicos. Claro está que la significación social de mi amiga reside en los dos segundos apellidos. A ellos debe,—y muy justamente—su merecida representación en nuestro gran mundo. Con los apellidos de Rosalía ocurre lo que con los hombres del Evangelio: "Los últimos serán los primeros". Pero ello no quita para que los manes y cenizas de los primitivos Arregui y Pérez sientan cierto íntimo orgullo por su entronque con Cámpora y del Moral.

Ahora, he aquí la carta de mi amiga Rosalía:

"Los Carpinchos", julio 15 de 1916.

Queridísima Marianela: No te puedes figurar cuánto te recuerdo desde este retiro de "Los Carpinchos" donde voy pasando el invierno, si no como en la gloria, por lo menos como en el limbo, que es el lugar intermedio entre la gloria y el infierno. No hay que ser ambiciosa, queriendo alcanzar el cielo de un solo golpe. Leo tus crónicas femeninas y me río mucho con ellas, porque te leo entre líneas, que es lo más divertido en toda la lectura. Pero, para leer entre líneas, es necesario conocer mucho el espíritu y la vida de quien escribe; saber por qué dice ciertas cosas; qué fin tienen determinados conceptos; á quién se dirige tal frase; cuál es el objeto de tal palabra; ver, en fin, la intención que guió la pluma. Y como yo te conozco tanto, puedes imaginarte lo que me divierto leyéndote. A Ricardo le digo siempre: "Mira, esto lo dice Marianela por las de Fulano, y estotro por las de Zutano, etc." De manera que, ante mi marido, yo vengo á poner ilustraciones en el texto. Si estuvieras aquí ¡cuánto nos reiríamos! ¿Por qué no vienes á pasar unos días? Ya sabes que tenemos buena casa y bastantes comodidades, aunque sin lujo, porque, hijita, hemos venido á trabajar, a ver si nos rehacemos de los disparates cometidos, que ¡ay! no han sido pocos.

Mi vida en "Los Carpinchos" transcurre dulcemente. Al principio me aplanaba esta soledad; me aburría como una ostra, como dice nuestro noble amigo, ó nuestro amigo el noble. Pero luego, poco á poco, fuí viendo que entre los cuatro

terrosos tabiques de un pobre rancho existen las mismas pasiones, las mismas inquietudes, los mismos anhelos, las mismas desventuras y las mismas alegrías que en la ciudad más populosa. Es cuestión de saber ver, de fijarse, de poner interés en cuanto nos rodea. El espectáculo del mundo, más que en el mundo mismo, está en los ojos que lo contemplan. La humanidad es igual en todas partes, en "Los Carpinchos" y en el teatro Colón. "Visto un león, están vistos todos los leones; vista una oveja, están vistas todas las ovejas"; y vista una persona, casi están vistas todas las peronas. ¡Que bien dirías tú todo esto que yo no acierto á expresar sino en términos de una humilde pastora! Aquí hay amores, odios, despechos, celos, ambiciones, vanidades, todo ello en cuatro ranchos, lo mismo que en las ciudades. Tenemos dos puesteros que andan detrás de la cocinera; uno de ellos es ahorrativo y laborioso; el otro es un perdulario que, "vuelta á vuelta" está en la pulpería, muy guitarrero y cantor. Pues la cocinera prefiere á éste, que no va con buen fin, y no al otro, que quiere casarse de veras. Y es inútil que yo la diga nada. En cambio, tenemos una chinita á quien le gusta mucho el laborioso y ahorrativo, pero éste está entusiasmado con la cocinera y no hace caso de la chinita. Pon ahora celos tormentosos, ansiedades, odios ardientes, angustias, todo, en fin, como en las ciudades; sólo cambian los trajes; en lugar de frac, chiripá; en vez de vestido de seda y escote, una faldilla de percal y un pañuelo al cuello. Pero, por debajo de unos y otros atavíos, los instintos son los mismos y los corazones arden igual.

Por lo demás, mi vida transcurre dulcemente. Cuido de las gallinas, que son de lo más ponedoras; tengo también una pollada de patitos, que no te puedes imaginar lo que gozan cuando los llevo á una lagunita que hay inmediata á la estancia. Los días claros me entretengo en contemplar los reflejos del sol en sus plumas azules. Están lindísimos los patitos. Tengo también una pareja de cisnes, á los cuales sólo les falta el esquife de Lohengrin. ¡Qué fastuosos y qué infatuados son estos

cisnes! Nadan entre los patos con el aire de dos señores feudales entre una plebeya y vil democracia. Doy también grandes paseos por el campo. Y me quedo horas muertas mirando los teros. Me entusiasma este pájaro, tan elegante, tan señoril, tan paquete, tan erguido, tan gracioso en su manera de caminar. Parece que va siempre vestido de frac, con las plumas tan planchadas, pulcro, coquetón, peripuesto, andando despacito por la pampa, como si fuera la platea, y volviendo la cabeza á un lado y otro, acompasadamente, cual si hiciera á los palcos el regalo de su mirada. Las dos puntitas rojas que tiene en el codo de las alas parecen los símbolos de una condecoración. Lástima que toda esta gracia y toda esta elegancia las eche á perder cuando vuela y cuando chilla. Su vuelo es tardo, desigual, como de beodo en los aires; su chillido es inarmónico, estridente. Posado y andando, en cambio, tiene una finura y una delicadeza encantadora. Nunca debía levantarse del suelo ni abrir el pico. Es como esos buenos mozos que pierden mucho cuando hablan.

Después, en casa, leo, toco el piano, tarareo la ópera que se va á dar en el Colón, me entero de lo que dicen los diarios, de los noviazgos, de las reuniones, bailes y fiestas. Entretanto, Ricardo trabaja en el campo; cura ovejas, marca novillos, hace apartados, traza nuevos potreros, levanta alambrados. No te puedes imaginar la actividad que desarrolla. Va poniendo la estancia que es una maravilla. Está fuerte, curtido, colorado. Su contacto con la Naturaleza, con el sol, el aire, las lluvias, le da un brío y una fortaleza admirables. Me dice que es necesario rehacer la fortuna; que hemos de volver á ser tan ricos como antes. Hijita, casi nos fundimos del todo. Cuando la especulación, se metió á comprar cosas. En la Pampa, en Mendoza, en Río Negro, en las provincias, en todas partes compraba leguas y leguas con dinero de los Bancos. Y no quería vender nada. Todo iba á valer tanto y cuanto; todo iba á subir á las nubes. Y siempre esperando compradores fantásticos que vendrían de Inglaterra, de Francia, de no sé dónde, para hacer ferrocarriles y obras de riego y qué sé yo cuántas cosas más.

Yo, que estoy por lo positivo, le decía: "Vende, Ricardo, vende". Sólo pude lograr que vendiera unos terrenos. Le pagaron una barbaridad. Y nos fuimos á Europa. Gastamos toda la ganancia en París y en los balnearios, sobre todo en los balnearios. Como es tan generoso — ya conoces á Ricardo — me hizo comprar no sé cuántos trajes; me regaló un montón de alhajas, dos automóviles, ¡la mar!, como dicen los españoles. Cuando volvimos, hijita, la crisis. Las tierras que había comprado no valían nada. Llovieron los vencimientos, los pagarés, las letras. ¡Qué apuros! Ricardo no dormía; tenía los nervios como una prima de violín. Todos los días metido en los Bancos, pidiendo, suplicando, él, que es tan altivo y tan hombre, inclinado y haciendo reverencias á esos señores gerentes, que se dan un corte, hijita, como si fueran reyes. Al verle así, tan triste y tan abatido, le dije: "Bueno, Ricardín mío, á liquidar; prefiero que nos quedemos en la calle antes de verte sufrir de esa manera. ¡Paga á todo el mundo y viviremos con lo que quede, tranquilos y felices". Total, vendió todas las tierras, casi media Rusia, por la quinta parte de lo que habían costado. Y como no alcanzaba para pagar, tuvo que vender también dos estancias de las tres que teníamos. Nos quedamos con la mía, la heredada de mi abuelo, porque Ricardo es tan delicado que prefirió vender las suyas, sabiendo que yo tenía mucho cariño al campo donde había nacido mi padre. Gracias al remoto vasco Arregui nos hemos salvado. ¡Dios le tenga en la gloria! Pero, ¡qué temporal, querida Marianela, qué temporal hemos corrido!...

Una vez liquidadas todas las deudas, nos quedó, como te digo, la estancia vieja y unos trescientos mil pesos. Y entonces me dijo Ricardo: "¿Tú te atreves á enterrarte unos cuantos años en "Los Carpinchos?" — "Yo me entierro contigo en el fin del mundo"—le respondí. Gran abrazo. Los abrazos en la desgracia saben mejor aún que en la felicidad. Levantamos la casa de la avenida Alvear; echamos á los porteros, á los sirvientes, á los lacayos, á los "chauffeurs", una punta de vagos que, puestos en fila, llegaban á la acera de enfrente, y nos vinimos á "Los Car-

pinchos", á trabajar, hijita, como unos gringos recién llegados. Con la platita que salvamos de la quema, compramos vacas. Tenemos como tres mil. Y dice Ricardo que pronto se harán cinco ó seis mil. También tenemos muchas ovejas. "A la vuelta de pocos años — me dice Ricardo — nos podemos farrear anualmente en Europa unos dos mil novillos, alrededor de trescientos mil pesos de renta".—"¡No, Ricardo, no, por Dios! — le digo,—porque ya le he visto las orejas al lobo, y no quiero verte con insomnios y sufriendo como un condenado cada vez que tenías que ir á ver á los señores gerentes, que Dios confunda".

No tienes idea de cómo trabaja Ricardo. Se levanta al alba; aún relucen las estrellas. Muchos días no vuelve hasta la noche; almuerza en cualquier puesto para no perder tiempo. Llega cubierto de polvo, otras veces de barro, sucio de sarnífugos, de curar ovejas, hecho un gauchote, un facineroso. En tal facha, por embromarme, abre los brazos y se viene hacia mí. Yo grito: "¡Sal de ahí, adorado sarnifuguero!" Se baña, se fregotea durante una hora, se pone un traje de casa, y á la mesa, á cenar. Mientras cenamos me hace la crónica social de todos los ranchos, que suele ser tan divertida como la de los salones. La tragicomedia es la misma, como te he dicho; sólo cambian el medio, las formas y los trajes. La humanidad es una misma edición; sólo varían las cubiertas; unos cuantos ejemplares de lujo y los demás á la rústica; pero el contenido es igual.

Luego toco un poco el piano. Y aquí viene una escena que quiero contarte. Ya sabes que Ricardo tiene una voz de tenor muy fuerte, pero muy desafinada, porque carece de buen oído para la música. Pues bien: muchas noches me hace tocar la pira del "Trovador" y se pone á dar unos gritos formidables. Pero en lugar de cantar "madre infelice, etc.", hace esta reforma:

"No debo nada,
Ya soy feliz
Con Rosalía..."

Y al decir Rosalía da un do de pecho estupendo que deja tamañito á Tamagno. Cuando el viento es favorable le oyen los

de Zubiaurre desde su estancia, que queda á tres leguas. El do es terrible, pero el pecho es magnífico, y lo que hay dentro del pecho, el corazón, supera á toda magnificencia. Al gritar Rosalía parece que se le dilatan los pulmones. Con ninguna otra palabra su voz sube tan alto. Yo me río como una loca: pero la verdad es que ese do de pecho penetra en lo más hondo del mío. ¿Quieres creer que hasta como tenor me gusta Ricardo? ¡Es el colmo, hijita! Su energía pulmonar, sin entonación musical, como un grito primitivo, me produce una embriaguez y una emoción superior á todos los poemas. Todas las galanterías y todas las finuras que me dijo de novio en los salones me parecen ahora insignificantes y artificiales ante ese grito estupendo con que lanza mi nombre á los aires libres del campo. Quizá me estoy volviendo un poco salvaje. Ya ves, pues, que hasta tenemos ópera en "Los Carpinchos". Y es un canto apasionado, ¡oh! apasionadísimo...

Algunas veces se le mete en la cabeza á Ricardo que yo estoy triste. "Te aburres, Rosalía; lo veo, lo noto; sufres la nostalgia de Buenos Aires. ¿Quieres que nos vayamos por unos dias?" — "No me aburro — le digo;—no hay tal nostalgia; me hallo muy contenta. Estando á tu lado, me sobra todo el mundo".

Yo sé que él no quiere volver hasta que podamos brillar como antes y ocupar la misma posición. Y aunque algunas veces—la verdad—se apodera de mí cierta melancolía, la venzo al instante y me muestro alegre, satisfecha y feliz con esta vida. Es necesario que encuentre en mí un firme apoyo y un fuerte estímulo para realizar su ideal. Después de todo, lo hace por mí más que por él. Además, en los disparates hechos, la culpa fué mía tanto como suya, quizá más mía. Así, pues, quietos aquí, cuidando vacas y ovejas, gallinas y patos, y cantando la pira...

Estuve tentada de irnos una semana á Buenos Aires para asistir al baile que dió el Intendente. Me escribió Matilde, diciéndome que Adela me iba á mandar invitación y que no fal-

tara. Vacilé; pero, al fin, resolví quedarme. Y ahora me alegro, pues según me dicen las de Arnedillo en una larga carta, el baile fué un fiasco completo, aunque parece que hubo mucha "gente". Además, el ambigú estuvo servido de una manera deplorable. Figúrate que el Presidente de la República tuvo que ir al mostrador para poder tomar una copa de champaña. Si nada menos que el Presidente tuvo que andar así, ¿cómo andarían los demás? Es verdad que, como don Victorino está por caer, ya nadie le hará caso. El mundo, sobre todo el mundo de frac, es desvergonzadamente exitista. Los gauchos son más piadosos y tiernos con el árbol caído. Un Presidente, cuando está por caer, ya no está sobre nadie, y depende de todos. ¡Pobre don Victorino, viejo, pesado, con su humanidad tan densa, tan maciza, rebulléndose para alcanzar su copa! Pero el hombre, como buen gaucho al fin, llegó hasta el mostrador. Don Victorino es de los que han sabido llegar á todas partes. A mí me es muy simpático.

Bueno; ya he charlado bastante. Ricardo te envía un saludo y yo mi mejor abrazo.—*Rosalía.*"

Sólo me resta pedir disculpa á mi amiga Rosalía por lanzar su carta á los cuatro vientos de la publicidad. Lo hago porque, aparte del pequeño chismorreo final, la carta encierra una enseñanza y revela las mejores virtudes que pueden adornar á una mujer.

ESPERANDO

Empujé la puerta y entré. Me recibió el perfume de los nardos y me sorprendió. No recordaba, que no hacía mucho, había colocado en la mesita de mi dormitorio un ramo de nardos.

Las ventanas que daban á la calle estaban abiertas. entraba la luna. un rayo caía sobre un espejo, otros se perdían debajo de los muebles.

Rayos de luna, calma, perfume de nardos, ¡si nuestras almas tuvieran esa claridad, esa paz sublime, ese perfume único...!

Pensaba tantas cosas!... Recordé otra noche: un gran jarrón de porcelana blanca y azul contenía un precioso ramo de nardos; había mucha tranquilidad, mucha dulzura, oía las palabras de un querido maestro; leía sus versos "Si tú volvieras" y su voz era ruego, era gemido, era sollozo...

Llovía mucho afuera, adentro había poca luz y nacían las sombras. Yo inclinaba la cabeza, no quería mirar nada, escuchaba... también la voz del piano era ruego, era gemido, era sollozo...

"Si tú volvieras" y seguía lloviendo mucho, mucho; se oían sus palabras con unción, se esperaba, flotaba la música en un ambiente perfumado de nardos, reinaba una paz sublime, ¡la misma que yo quisiera para nuestras almas!...

Esta noche no llueve, esta noche hay brisa, luna, nardos, te esperaré cantando, así, habrá música; esta noche: ilusión, esperanza ¿por qué no vuelves?

Juanita Goyenechea Díaz.

24-2-18.

FIDELIDAD

Todos me querían en tu casa, pero no tu perro.

Vosotros me sonreíais todos y el perro me ladraba furioso.

Bien es verdad que vosotros me conocíais y el perro no.

Poco á poco el perro se fué amansando conmigo á fuerza de verme y de tratarme.

¡También es verdad que nunca traté mal ni al perro ni á vosotros!

Pero esto no sería una razón porque, siguiendo conducta distinta que el perro, en tu casa comenzaron á odiarme cuando los traté exquisitamente y vieron que los amaba... Descubrieron que yo no era un amigo vulgar de los que nunca son verdaderos amigos, sino algo más peligroso: yo era para ellos un intruso que quería meterse en la familia por los caminos del corazón...

Fué entonces, ya conseguido por mí que el perro saliese acariciador á mi encuentro lamiéndome la mano, cuando tu gente comenzó á gruñirme como á tal intruso... Hasta que se opusieron abiertamente á que yo fuese por tu casa, ¡porque luego, al despedirme, tú salías sonriendo á decirme adios hasta la puerta, y porque te quedabas alabando mis virtudes y mis bondades...

***

Y ya no he vuelto á pisar los umbrales, donde puse tanta dulzura y cariño y sólo hostilidad furiosa encontraría.

Pero no la hostilidad de tu perro.

A tu perro he visto que tratan de azuzármelo cuando paso cerca, sin lograr que se me embista.

Y es que los perros no son como las personas: una vez que los perros nos toman cariño, ya no cambian y es inútil azuzarlos.

Por eso, cuando á deshora de la noche rondo tu casa, tu

perro sale acariciador y silencioso á mi encuentro lamiéndome la mano...

Porque bien comprende que no será enemigo quien de amor tiembla y te ronda tu casa suspirando...

Porque quizás tu perro entiende de amor y de fidelidad mejor que nadie...

¡Y es el perro de tu casa, ahí donde me sonreían todos y él me ladraba, mi único y fiel amigo!

P. Saroso.



EL MAL DE DON QUIJOTE

Como las grandes llanuras, como las pampas, como el mar, el alma tiene sus espejismos traidores.

Esto es lo que llamo, el mal de Don Quijote.

Ellos fueron la causa de la locura de aquel pobre hidalgo, ellos le hacían ver gigantes en los molinos de vientò, castillo en una venta y real princesa en la persona de una rústica labradora.

El sol de Castilla, el implacable sol de la llanura manchega que formando espejismos agranda y hermosea los contornos de los objetos, pareciera haber penetrado en el cerebro del caballero de la Triste Figura.

Y por eso, sobre la realidad de su mezquina vida de hidalgo de provincia, florecían las ilusiones, los ideales de purificación y de grandeza, como sobre la aridez calcinante del desierto hace florecer la luz, ante los ojos del viajero, oasis llenos de vida y de frescores.

Peregrino de la vida: tú que corres en pos del ideal, tú que buscas un alma grande, compañera de la tuya; teme mucho los espejismos de tu imaginación exaltada!

Ese que tú ves, espèjo reluciente, cristalino manantial, te atrae; mas rehúyelo, no lo mires, olvídalo.

¿No ves que corres al desencanto? O sino, insensato, llega hasta él, y encontrarás en su lugar, el yermo ó una ruín charca.

¡Alma inquieta, que no te ciegue la ilusión! ¡detente en el camino!

No endioses un pedazo de arcilla, no sublimes lo que es vil, no llegues en tu loco amor á erigirlo sobre un pedestal.

Porque cuando el ídolo caiga y la realidad se imponga, sentirás la misma desesperante angustia que debió experimentar el enamorado caballero, cuando, en lugar de la sin par Dulcinea,

vió aparecer á horcajadas en la yegua á la rústica labradora con olor á ajos...

Ana María Benito.

¡QUE VOY A HACER!

Me remueves la sangre y el espíritu
Cuando te vuelvo á ver...
No sólo te he querido, sino que ¡todavía!
te quiero... ¡y te querré!

Ya no te pido nada... ni ya te digo nada.
Es ésto, y á mí solo me lo digo también.
No se arroja un cariño á la calle
como cualquier cosita...
Si no quiere marcharse, ¡qué voy á hacer!

O. Morunave.



DESDE LA AZOTEA

Ha sido el día caluroso y, buscando el fresco, cenamos en la azotea.

Enfrente está la silenciosa avenida, escasa de luz y de tránsito... por eso atrae las misteriosas parejas... La avenida lleva el nombre de una fecha política, por aberración y mal gusto, olvidado el delicado sentido de las cosas, pues la avenida debía llamarse *de los enamorados.*

La noche es hermosísima, serena, estrellada... corre una fresca y suave brisa que trae, de vez en cuando, bamboladas de olor de jazmines y de rosas...

El alumbrado de la ciudad refulge y destella lejos en las céntricas populosas calles...

Apagados ó fuertes, según el viento, se dejan oír los acordes de una banda de música que ameniza en un cinematógrafo al aire libre...

En la mancha negra de los densos arbolados en dirección á los parques, brilla como una estrella un foco eléctrico que señala como un faro del placer la dirección de *Edén Park*...

Y por la avenida silenciosa pasan lucecitas ráudas como luciérnagas... Son coches y automóviles que suelen conducir á las misteriosas parejas...

Y en la azotea, ante el firmamento estrellado, en la solemne calma de la noche, delante de nuestros ojos la vitalidad de la

gran ciudad, todo convida á vivir, á soñar y á poner todavía un esfuerzo optimista en empresas y en empeños ideales...

Y decimos en soliloquio de exaltación:

"¡Oh el misterio de esas estrellas y de ese firmamento infinito!... Y este mundo incomprensible y la ciudad y los hombres y sus pasiones y sus ansias... Unos allá en el foco con sus luchas y sus afanes mezquinos... Otros en la silenciosa avenida del brazo de la adorada mujer, amando, besando, suspirando... Todo, afanes, emoción, inquietud... ¡todo vibración divina incomprensible! ¡Qué grande, qué preciosa la vida, si pusiéramos toda nuestra voluntad en entendernos, en armonizar, en amarnos, en ser buenos y felices! ¡Pero los hombres!... ¿qué ceguera los arrastra? Desde la azotea vemos un gran edificio iluminado· es un teatro; pero no se han congregado allí las gentes esta noche para gozar las delicadezas del arte y predisponer sus almas á lo noble y bello, no: allí se ha juntado esta noche una muchedumbre para clamar venganza, para pedir sangre, para vociferar ciega y fieramente "¡Guerra!" "¡Guerra!"... ¡Qué dolor! También en la ciudad alcanzamos á ver otro gran edificio con claridades de luz en sus altos ventanales... es un templo Pensaríamos que allí se alza un dulce acento que habla triste y sosegadamente de amor y de fraternidad entre los hombres... pero estaríamos engañados, pues bien sabemos que allí también se clama "¡Guerra!" y que no son cirios al gran Dios de Paz lo que allí se encienden, sino las teas infernales de la discordia.

* * *

¡Ay, Dios mío, qué bien se está en la azotea contemplando tu obra maravillosa del mundo y del Universo, si no pensáramos en la miseria de esta vida y de los hombres!

Vicente Medina.





Crónicas de Bonafoux

LA BELLA EXTRANJERA EN LA TIERRA

On annonce la mort
De Mme Judith Gautier, décedée á Dinard, á l'age de 67 ans. Fille de Théophile Gautier, Mme Judith Gautier avait publié de nombreux ouvrages et fait representer plusieurs pieces. Elle faisait partie de l'académie Goncourt.

(Los periódicos).

Judith Gautier, privilegiada mientras vivió, ha tenido una muerte privilegiada también, porque el estertor agónico de esta grande artista se sobrepuso al ladrido de los cañones cuando la metralla es la única voz imperativa en el corazón de Europa.

Yo conocía á Judith Gautier por sus *Princesas de Amor*, y conocí las *Princesas de Amor* porque la casa editorial de Ollendorff me encomendó la labor de ponerle prólogo á tan precioso libro cuando fué traducido al castellano.

.... En sueño, dije, debió crear esas *Princesas de Amor*, olorosas, frescas y tentadoras, provocando á cogerlas como fruto sabroso y vedado; olorosas, frescas y tentadoras, con palpitaciones

de real juventud al través de trajes que semejan aladas caricias, revuelos de mariposas, y que dejan su impalpable color. el iris de sus alas, marcando fugitivas curvas y esbozando mórbidos contornos en la carne retozona y llamativa; *Princesas de Amor* un tanto desmayadas, un tanto desvanecidas, con color de ensueño, vago, poético, en lejanías aterciopeladas, acariciadoras, temblorosas de deseos y en perpetuo espasmo......; *Princesas de Amor* entre flores amarillas, y flores franjeadas de blanco, y flores del color, suave. de la carne femenina — ¡flores que deshoja el vértigo de la danza y espárcense en diademas volanderas!.... Yo no sé — y lo digo con toda mi alma — qué elogiar de este libro encantador, libro único en su género, cada una de cuyas páginas tiene derecho á ser olida y contemplada como se huele y se contempla una flor silvestre en una grieta de vetusto muro. ¡Es una maravilla, una completa maravilla! Mentalidad exquisita, medio ambiente que huele á jazmines espolvoreados en faldas provocativas, descripciones asombrosas de colorido, como la de la guerra civil, pasando, cual tromba mortífera, por un mar de páginas; idilios bellamente infantiles, bocanadas del tiempo viejo, con sus enredaderas y sus musgos del olvido; frases que, según una del poeta Gutierrez Coll, "infunden pavor, como la sombra de Banquo," primorosísimas leyendas, como las que se cuentan y susurran, en voz queda las *Princesas de Amor* en vena de exhalar cuitas; una profunda filosofía en el corazón del libro, una profunda melancolía en cada rincón del libro alígero espumoso, corriente y murmurante como agua de manantial. Y todo él cabe en un nido de colibrí.

***

Parecerá mentira que quien prologó la versión española de *Princesas de Amor* no conociera personalmente á la autora, siquiera después de prologarla. No lo intenté. Cada cual es como es, y yo soy así..... Por otra parte, Judith Gautier, rodeada de carátulas extrañas, vivía encerrada con el gran dolor de su vida como en un tabernáculo, y el sacarla de su letargo me parecía una profanación, al menos una falta de respeto. "Judith Gautier, según Robert de Bonnieres, pasó por la Tierra como una bella extranjera, sin conocer más que su pensamiento, sin ver más que su sueño."

¿Con qué derecho, pues, se iba á despertarla?...

Ha dicho Octave Uzanne que esta extraña princesa asiática, esta joyera del ensueño, surgida del romanticismo, y que Schéhérazade hubiera reivindicado como su hija favorita, vivía encerrada en su pagoda de marfil, protegida por dos esfinjes asirias. El mundo exterior — París en invierno, la villa de St. Enogat en verano — no existía para ella, y abstraída de todo lo que no era el arte, su arte divino, esta ferviente devota del lirismo del color dormía su sueño de esmalte.

La crisis mundial — ¡sangre y ruina! — que está atravesando la pobre humanidad doliente, ¿influiría acaso en el término fatal de la vida de Judith Gautier, como ha influído en la muerte de otros grandes artistas? ¡Tal vez! ¿Por qué no?....

Aunque no fuese más que por la nueva orientación, brutal, del feminismo, vista á través de los vidrios de colores que le servían en sus espejismos del exquisito Oriente, Judith Gautier, tan femenina y tan artista, tenía que sufrir hondamente en estos tiempos. De ella podría decirse que, á semejanza del preso que, en

Picciola, vivía cuidando una matita — ¡por y para el amor de su matita! — vivía exclusivamente para la matita del arte, y que el huracán de hierro y fuego se la había roto y abrasado. ¡Adiós encantamientos, quimeras, ritmos armónicos, mantos purpúreos, piedras preciosas, aromas embriagadores! ¡Adiós arte!

La Vida para Judith Gautier, que era su más fina sacerdotisa en el altar de Lutecia, ya no tenía objeto.

Luis Bonafoux

ABANICO DE RAYOS

Del tomo "PRINCESAS DE AMOR"

> La esmerada educación puede hacer que un cuerpo impuro encierre una inteligencia noble y un corazón generoso.

Mitzu-Yogi (Abanico de Rayos), era célebre entre las grandes oiráns, y lo era tanto por su belleza, por su extraordinaria coquetería y por su lujo, como por el refinamiento de sus amores, y, sobre todo, por su arrogancia cruel unas veces, zalamera otras. Fingía fingiendo que no quería, ó simulaba arranques desordenados de pasión sin que nunca su corazón apresurase ó disminuyese la velocidad de sus latidos. Devoraba las fortunas, y luego arrojaba al hombre arruinado como se puede arrojar una cáscara de melón.

Una tarde le anunciaron que una mujer deseaba verla para ofrecerle alfileres de coral para el pelo, primorosamente traba-

jados, y como precisamente quería comprar adornos de esa clase, Abanico de Rayos permitió á la vendedora que entrase.

Entró una mujer delgada y pálida, y con gesto brusco le presentó un cofrecito de alfileres que temblaba en sus manos, mientras clavaba en la hermosa oirán una mirada ávida y enloquecida.

Esta, algo sorprendida, se probaba los alfileres cuando de pronto la mujer cayó al suelo desvanecida y dando un grito.

Se apresuraron á cuidarla para que volviese en sí, y en cuanto hubo recobrado el conocimiento Abanico de Rayos hizo salir á todas sus sirvientas.

Por la extremada distinción de su persona, por la elegancia del traje y por la nobleza de sus ademanes, la cortesana había adivinado que no era una vendedora.

— Noble mujer, — le dijo, — ¿qué venís á hacer aquí? ¿Qué clase de sufrimiento es el que os quita el color, y en qué puedo serviros?...

— Venía á suplicaros que me devolviéseis á mi esposo, — exclamó sollozando la extranjera.— pero al ver vuestra triunfante belleza he comprendido que tienen razón para preferiros á todas las demás, y el único consuelo que me queda es la muerte.

— Decidme el nombre de vuestro esposo, — respondió Abanico de rayes, — y os juro que no le recibiré más. No dudéis de mi palabra: es la primera vez que juro formalmente, y tened la seguridad de que cumpliré mi promesa. Y ahora, no santifiquéis por más tiempo con vuestra presencia este inpuro lugar.

La triste esposa se fué algo consolada, y la loca oirán cumplió rigurosamente su promesa.

Como si tuviese miedo de olvidarla, llevaba siempre adornando sus cabellos los alfileres de coral que la honrada mujer le

había dejado.

Y el amante despedido, á pesar de que hizo cuantos esfuerzos pueden imaginarse, no la volvió á ver.

Pasados algunos meses, Abanico de Rayos se hallaba una mañana en su jardín haciendo música, cómodamente sentada á la sombra de los frondosos árboles, cuando vió que salvando el arroyuelo por el puente de laca y púrpura, la misma mujer avanzaba en compañía de tres niños pequeños.

Su palidez había aumentado, y sus facciones parecía que se hundían más aún.

— Ya me había figurado, — le dijo, — que de vuestro amor no se curaba fácilmente. — Habéis cumplido fielmente vuestra promesa, pero el mal en vez de calmarse, ha empeorado. La desesperación se ha apoderado de vuestro amante, y sin veros no os borráis un instante de su pensamiento y los celos le devoran cruelmente. La idea de que no os ve mientras otros gozan de vuestra presencia le es intolerable, y vengo á devolveros vuestra palabra, á suplicaros que concedáis de nuevo vuestras gracias al desgraciado que se está muriendo, siquiera sea para conservar el padre á estas pobres criaturas.

Y hacía que los niños adelantasen hacia la cortesana. Y los pobrecitos estaban avergonzados mientras ella, estupefacta, los atrajo con cariño y los contempló largo rato. ¡Tal vez no había visto nunca niños!

Un velo de honda tristeza cubrió su hermoso rostro y apagó la sonrisa de sus labios, y después de largo silencio dijo como si hablase consigo misma:

— He ahí la carne tierna y suave que sin saberlo devoramos al fundir con el fuego de nuestros besos la fortuna de los padres. ¡Oh! ¡Somos unos monstruos inconscientes!...

Y los ojos se le llenaron de lágrimas cuando se fijó en la dolorida esposa que tanto había llorado por ella.

— Puesto que los celos le consumen y que no puede librarse de ellos, decid al esposo infiel que venga aquí mañana. Me verá, pues quiero que sus celos acaben.

Al día siguiente, el enloquecido amante contempló una muerta, una muerta completamente blanca y tendida en la suntuosa cama.

Abanico de Rayos había tomado un veneno, pero antes había escrito las siguientes líneas en su abanico:

"¿Qué supone la existencia de una cortesana si se compara con la de una noble familia?

"Yo he cumplido con mi deber. Que tu mujer y tus hijos te dicten el tuyo."

SIN VUELO

Como un pájaro pequeño ensayé el vuelo prematuro y caí rotas las alas...

Y en mi soledad dige triste, siendo mi voz á modo de ùn píar dolorido:

"-Alma, alza los ojos: Está la noche blanca llena de amor de Dios. Apártalos de las frondas! Hay en el cielo tantas estrellas! Ellas humillan tu condición. Arrodíllate! Verás como en el génesis de tu pensamiento tenebroso hay un deslumbramiento de luz. En comunión con las estrellas avizoras lo infinito... Quizás puedas volar... ¡Pajarito, abre de nuevo tus alas!"

Adria de Villalaz

¿MI AMOR, ERES DESEO O ERES IDEALIDAD?

¿Qué es lo que me dices, alma? ¡Quizas tienes razón, alma mía!...

Esta sed de amar, que creo sublime, acaso no es más que el deseo que me acosa...

Pero no me inculpes, alma mía, porque eres tú mi cómplice... ¿Quién sino tú, soñadora, dió á mi deseo forma sublime?

¡Y tan sublime que cuajó en flor de idealidad lo que, según el viejo Schopenahuer, hoy posiblemente ya sería, por decreto del genio superior de la especie,una divina flor humana!

Y al pensar esto, alma mía, ¿no suspiras por la divina flor? Yo, alma mía, ¡á qué engañarte!... ¡yo sueño y suspiro!

P. Saroso



CANTAR

Sin piedad mandas tus hijos
á la guerra á que se maten...
¡cómo se conoce, patria,
que no eres tú quien los pare ¡

Vicente Medina

EL PREMIO POR CASTIGO

Me sugirió la idea aquella joven maestra.

Y ella ni se dió cuenta.

No se dió cuenta porque en ella no era una idea sino la acción expontánea de su naturaleza bondadosa.

Un día se hablaba de la maldad de unos chicos y ella saltó sin reflexionar:

"Parecen más malos porque son más francos."

Ella disculpaba siempre lo mismo á los traviesos que á los apáticos: "Es la naturaleza — decía — son fuertes." O bien, condolida: ¡"son débiles!"

***

Por fin un día observé, admirado, su manera de corregir á los chiquilines rebeldes. Y por cierto que ella ni se daba cuenta de su propio procedimiento originalísimo:

Un chiquilín había hecho no se qué de malo. "Ven aquí — le decía acariciándolo tiernamente — ¿Verdad que tú no querías hacer eso? ¿Verdad que tú no sabías que era malo? Mira, yo te digo que eso es malo para que no lo hagas más."

A los niños desatentos á las explicaciones los atraía mimosa y les daba estampitas y golosinas y, estableciendo un pugilato infantil con los aplicados, decía: "No se crean, ustedes solos, apli-

cados: ellos también lo son y verán ustedes como mañana saben mucho y están atentos."

A veces, algún chico de la piel ¡del demonio se le rebelaba abiertamente y. en ese caso grave. ella sonreía maternalmente y encarándose con los más buenos: que la comprendían de corazón á corazón, les decía fingiendo enojo:

"Algo le han hecho ustedes al chico... porque él no es malo.

Y. si conseguía atraparlo, lo colmaba de besos y de caricias.

***

Jóvenes maestras: con el ejemplo de Cristo. no nos piden á todos que seamos Cristos.

No os pido yo que seais como aquella inefablemente dulce joven maestra de mis imaginaciones... pero sí que, como á Cristo tratamos de imitarlo, la imiteis.

Vicente Medina

NIÑADAS

Tú, tan amante de los niños, piadosa y libérrima con los niños, que los amas. que moldeas sus almitas entre tus deditos hábiles, — ¡deditos de hada! — ¿por qué no me tratas... y guías.... y quieres... como á un niño?

¡Qué soy yo. sino el más pobre de tus niños... el que teme tu severidad y busca tu dulce mirada benévola!...

***

Te atraes á los niños y estás en el centro del jardín jugando con ellos...

Mi corazón, niño también, tras de tí se ha marchado... ¿Juegas también con él?

P. Saroso

OJOS CLAROS, SERENOS!...

¿Por quién has sufrido?
¿Por quién has llorado?
Turbios me han parecido que estaban
tus ojitos claros...
¿Quién te dió pesares?
¿Quién te habrá enojado?
¿Venía conmigo quien tiene la culpa
de que tus ojitos yo viera mojados?
¡Dime si venía,
que he de escàrmentarlo,
pues noté que hácia mí dirigías
tus ojitos de encono cargados!

***

¡Venía conmigo solo mi cariño!...
¡¡pero es en quererte tan terco y pesado!!...
Quiero que tú sepas
que yo le regaño...
por nada yo quiero
que te cause enfado...
¡no quiero ver turbios
tus ojitos claros!

O. Morunove

EL VERDADERO POETA

Qué quién es el poeta más grande que yo conozco? díjome Amelia, graciosa mujercita de cabellos rubios y ojos azules y profundos como la inmensidad del Océano, al mismo tiempo que dejaba sobre la mesita el libro de Bécquer, cuyas páginas semi-arrugadas. iban señalando otros tantos coloquios íntimos con su preciosa dueña.

Era una mujercita múy inteligente y muy dada á los libros. Gustaba de los pájaros á quienes se asemejaba por su cerebro de chiquilla. Amaba las flores de quienes ella poseía el perfume exquisito de su carne juvenil y fresca.

En ella todo respiraba vida y alegría... sí!... alegría, mucha alegría que se reflejaba en su rostro coloreado por la salud. Reía. Reía mucho. A veces se le atosigaba la risa.

Me miró con sus ojos azules tan bonitos y tan profundos. Sus labios esbozaron una sonrisa y dijo:

Mira Carlos; tú estás equivocado, pero muy equivocado al afirmar con una obstinación que no me atrevo á calificar porque eres muy sensible y... muy irritable en estas cuestiones de... calificativos...

No temas herir mi susceptibilidad — interrumpí — Pero... sigue.

Bueno! — agregó ella, al mismo tiempo que su sonrisa desaparecía de los labios —. Estás requeteequivocado al hacer la afirmación de que el Dante ha sido y será el mejor poeta, el verdadero, el único, entre todos los que la humanidad conoce. No! no es él, ni es ninguno de los que han muerto y sólo dejan sus obras maestras, para admiración de nuevas generaciones. El gran poeta vive y vivirá eternamente. Su existencia es indefinible. No puede morir, porque cuando eso suceda. la poesía habrá dejado de existir.

El verdadero poeta no es el hombre que, poseyendo una sensibilidad artística exquisita, escribe por... escribir, y que, impresionado por cualquier estado de ánimo, canta la vida ó la

muerte. El poeta, el verdadero poeta, el temperamento que verdaderamente siente lo bello en su concepción grandiosa de lo sublime, no es ese "que hace versos" como reza la frase hecha. No! es una aberración...

Estaba bella en su exaltación. Su rostro se había coloreado más y sus pupilas relucían como las del viejo Neptuno cuando agita su cólera desde el trono donde reposa majestuoso con Tetis, su esposa. Prosiguió:

No se es poeta porque se hace unos malos ó buenos sonetos, unos pésimos como unos hermosos madrigales. Estos como aquellos, pueden mentir á veces: no ser productos de sensaciones bellas.

La idea superior de belleza, pura, lo verdaderamente sublime, lo indefinible y lo indescriptible no pueden caber nunca en un verso. En él encontramos la relatividad de la belleza, la expresión armónica, la galanura del vocablo, lo artístico de la figura, la hondura de lo filosófico, pero nunca la suprema belleza, la belleza ideal, pura, intangible, sin formas, ni sonidos, ni expresiones!

Vamos á ver! Dime qué poeta ha podido describir los furores del Océano, magnífico de belleza en lo salvaje de su naturaleza, sublime en lo supremo de su desarmonía, ni el gorjeo de un ruiseñor que desde las ramas superiores de un árbol, interrumpe la quietud del bosque virgen bañado por los rayos de la pálida Iris, con sus notas armoniosas, sus sonidos pletóricos de melancolía y amor, ¿quién?, ¿quién ha sido ese poeta?. Nadie. Sencilla y llanamente: nadie. Para un poeta eso es imposible. Por más talento y por más sensibilidad artística que posea, le es imposible reproducir eso que siente pero que no acierta á comprender. "Eso" escapa á los cerebros más privilegiados.

No es tampoco el verdadero poeta, ese que usa pantalones anchos, casaca corta y chambergo de anchas alas, bajo las cuales se oculta la melena leonina. No es ese. No es el bohemio, po-

bre loco que frecuenta cafés de arrabales, envenenándose con los olores que exhalan lupanares inmundos, frecuentando lugares de bohemia, donde se ríe hueco entre mujerzuelas ligeras.

No es tampoco el melancólico adolescente que, después de haber leído algunos "amores célebres", no duerme de noche, para asomarse á la ventana y mirar á la luna, envenenando su espíritu y su vida con romanticismo estúpido. No es el que hace versos hermosos, ni el que canta á la luna porque no sabe cantar otra cosa, ni menos el que enamorado de dos ojos negros les dirige tiernas endechas de amor.

No, ninguno de esos es el verdadero poeta. Ni el Dante, ni Homero, ni Sófocles, Juvenal, Horacio, Virgilio, ni..... tantos otros, son tan poetas como el que yo conozco, no son ni parecidos al verdadero poeta, al único poeta de la vida que vivirá por los siglos de los siglos.

— Y.... quién es?. Se puede saber?

— Cómo no! — díjome ella con una sonrisa franca y jovial.

No has entrado nunca en relaciones con él, con el "verdadero poeta"? preguntó.

— Me veo en la precisión de contestar que no lo conozco.

— Sí, tú lo conoces, lo conoces mucho, pero es el caso que no aciertas, ahora que se trata de él, á conocerlo.

Oh! — prosiguió — El es bello, muy bello. No escribe, pero hace algo mejor: siente. El es todo sensación, todo exquisitez, todo amor. Es muy sensible. Llora y ríe. Tiene algo de Pierrot. A veces algo de Hamlet.

El es el más grande poeta de la Humanidad. Y sin embargo no se le erigen estatuas, porque cada ser le tiene erigida una. Ese gran poeta que canta la vida y la muerte y que á veces nos traiciona para nuestro bien ó para... nuestro mal, es el....

— Corazón — dije precipitadamente.

— Sí!... el corazón — Nadie más grande que él. Concibe la

belleza en su pureza absoluta. Ese es el verdadero poeta. Sencillo. Unico. Unico en esa sencillez admirable.

Bien dijo en un rapto de inspiración Andrés Chénier, el gran vate de los días borrascosos y caóticos del Terror:

"L'art ne fait que des vers, le cœur seul est poéte".

Adsum

ALTO VUELO

En el silencio ¡oh reino insuperable del silencio! se destrenzarán y trenzarán los hilos de oro que nos ligan á lo invisible... A. de V.

Moderación, educación, dulcedumbre.... actos de equidad, de bondad, de generosidad... renunciación, tolerancia, amplitud... Reconocimiento mental sereno de que no existe lo impuro, ni lo inmoral, ni lo feo, ni el mal, ni la perversión...

Pensamos, á veces, que se puede llegar á todo esto por medio de una fina cultura.

Y, si la cultura es un medio de perfección, se pueden remediar muchas cosas consideradas inevitables por los fatalistas.

O bien tendremos que aceptar un fatalismo que no siempre es fatal. Es decir, que cuando nos vemos perfeccionados no es por obra de cultura sino porque ha de producirse así *fatalmente*.

Y esto nos consuela, fatalistas ó no fatalistas, porque pondremos nuestra esperanza en la Cultura ¡oh, lucecita remota! ó en la Fatalidad, inextricable y obscuro designio de todas las cosas.

***

Alma hermana, alma luminosa, *levántate y anda*... Horizontes, aire, luz, recogimiento y buenos libros: "Luna nueva", "El príncipe feliz", "Princesas de amor", &.ª... Y, á la lumbre del sol, alisa las alas rotas de tu esperanza y orienta el vuelo hacia la estrellita de la cultura ó hacia la obscura noche que encubre el hermético Origen de todo...

El caso es volar... ¡no arrastrarse!

Raúl Tecairieve

LA ABEJA

¡Dichoso animalito! Por más que lo he buscado por el jardín de la escuela, por el patio de casa, en fin por todas las partes donde supuse lo encontraría, no he podido dar con él.

Y ahora, mientras pienso esta composición que debo escribir mañana, me paseo por debajo del ceibo, que extiende sus ramas cargadas, ó poco menos, de hermosas flores rojas. De repente, como si el poder de mi pensamiento la hubiera atraído, veo venir una abeja, el objeto de tantas preocupaciones y charlas en la escuela.

Se acerca lentamente, formando multitud de círculos en el aire, seguida por mis ojos que no se separan de ella pues veo venir la tan ansiada ocasión.

Viene atraída, seguramente, por el vivo color de las flores, ya que no por su fragancia, pues no tienen ni la más mínima cantidad de ella.

Llega hasta la rama más saliente del árbol, hasta las flores más bellas de esa rama, y con una suavidad incomparable se posa en la que ha elegido, la más hermosa entre las hermosas, como pudiera hacerlo el rey que figura en "Las mil y una noches" entre la legión de hermosas cortesanas de su reino.

Yo atraída por la curiosidad, voy á acercarme y, oh! desgracia! rompo el encanto; la abeja, asustada, deja su presa, abandona la flor cuyo néctar libaba con tanto afán, y se remonta en el aire, vuelve á describir sus caprichosos círculos y se aleja dejando sólo una flor violada, un árbol bello y una chica que la mira alejarse con desesperación.

Margarita Daza

13—3—1918.

EL YAZU - YATERÉ

Oí de los labios de un viejo gaucho esta leyenda.

Gracia me hizo por su sabor ingénuo, su poco de poesía y su fondo moral.

La relataba el viejo gaucho con entera convicción: no como cosa oída, sino vivida por él, seguro de sí mismo, como si hubiera sido protagonista del hecho:

Para mejor comprensión de mis lectores manifestaré que nos hallábamos en Misiones, cerca de las sierras del Imán y el asunto se relacionaba con esa región.

Vamos pues al cuento: La sierra solitaria se enamoró de la Luna.

"La naturaleza pródiga y exuberante dió como resultado un ser diminuto, rubio, bonito, al cual la sierra como madre protectora llamó Yazú-Yateré. Por temor á las noches invernales, tejióle con la fibra de sus plantas camisa y calzón de un tejido muy parecido al lienzo. Sus pajas bravas le proporcionaron amplio sombrero para resguardarse del sol.

"Así arreglado, le dió al enano Yazú-Yateré por imitar cuanto oía: Imitaba á los pájaros con regular acierto, pero descolló en su imitación el silbido del viento entre los árboles, entre las rocas de la sierra y otro muy peculiar parecido al caburé que atrae las avecillas.

"Cuenta la lleyenda, díjonos el viejo con sonrisa bonachona, que una tarde un pequeño niño desobediente á las órdenes maternas sintió el silbido y como sugestionado por una fuerza magnética siguió al enano hasta la sierra el cuál, encantado con su nuevo compañero, repitió diariamente la operación hasta que juntó una porción de niños.

"Así pasaba el Yazú-Yateré muy divertido el día jugando con ellos á los juegos de moda en aquellos tiempos. Un buen día las madres doloridas por la falta de sus hijos, que, según dicen, cuan-

do más traviesos más los quieren, decidieron ir al bosque. En cuanto las sintió Yazú-Yateré, transformó con su varita, á los niños, á unos en árboles, á otros en arbustos, y á los más chiquititos en flores. Así, las madres retornaron á sus hogares con la desesperación en el alma. Pero, una pobre madre, falta de fuerzas, cayó rendida al pié de un árbol agobiada por el dolor y la fatiga. ¿Cuánto tiempo siguió desmayada? — Nadie lo sabe. Lo cierto es que, al despertar, vió al enano tocar con una vara á las plantas, arbustos y flores y de cada una aparecer un niño y todos formando rueda, bailaban alrededor de Yazú-Yateré.

"La madre se abalanzó sobre su hijo y como todos se hallaban tomados de la mano los arrastró lejos, para que no pudiesen oir más el silbido del enano. Este quedó solo, pensando tomar la revancha y por eso las mamás recomiendan siempre á sus hijos que no salgan por las tardes á jugar en el bosque.

"Lo cierto es, concluyó el viejo, que lo más seguro es portarse bien y no desobedecer á los padres."

Carlota M. Daza

EL ARBOL PROTECTOR

Yo caminaba de su brazo. Había llovido, el suelo estaba humedo. Mi padre agitaba al pasar los débiles troncos de los árboles.

Va á llover solamente para tí — me dijo.

Muchas gotas que habían quedado entre las hojas caían como lluvia sobre nuestras cabezas.

Cuántas veces pensé en esa mañana de Marzo, en nuestro paseo por la sencilla alameda! Yo era chica, era feliz, vivía mi padre. Miraba las débiles hiedras que se apoyaban en los fuertes troncos. Caminábamos despacio, hablábamos: mamá estaba mejor, volveríamos pronto á casa, vería á mis hermanitos.

Me parecía que yo era también como las hiedras débiles y jóvenes, mientras me apoyaba en el brazo de mi padre.

Cuando sea anciano, me decía, me sentaré á la sombra de mis arbolitos jóvenes: ustedes unirán sus ramas para cobijarme; después... algún día... Yo no lo dejaba terminar, le pedía que no dijera nada más.

¡Cómo siento la profunda ternura de su voz y mi temor de ese "después... algún día"... y el cariñoso acento de sus palabras, y el apoyo de su brazo fuerte!

***

De nuevo me parece caminar por la alameda, ahora veo un tronco derribado y bajo su peso, las hiedras destrozadas, doloridas: no se oyen las palabras de mi padre, ha llovido, las gotas que han quedado entre las hojas no caen como lluvia sobre nuestras cabezas!

Juanita Goyenechea Díaz

COCONI BONAFOUX

Coconí, nombre de flor,
ó de pájaro, ó de gema
de la Biblia. Es un poema
hecho de trino y frescor.

Coconí es el cocotal,
y el picaflor, y la miel,
y el mirlo sobre el laurel
al lado del manantial.

Flor de sol, botón de aurora,
pequeñita soberana,
maravillosa "mañana"
que eres un divino "ahora".

Junto á la amable tormenta
que tienes por padre, sueña
tu almita, que está pequeña...
¡si vieras cuánto le alienta!

Quisiera ver, Coconí,
cuando tú seas mujer,
la cara que has de poner
al acordarte de mí.

Tu linda boca dirá:
"Bellos versos me escribió
aquel señor que pasó....
y que quería á papá."

Rubén Darío.

París, 1909.

LIBRO DE AMOR

NOTAS DE PRIMAVERA

Tenemos ante nosotros un libro titulado "Notas de primavera". Del autor aparecen solamente las iniciales E. P. Falta el nombre pero no importa porque ha puesto en el libro lo más delicado de su alma. Lo llama "Diario íntimo" ¡y bien se vé que lo es!

Son páginas de amor fino, sentido, vivido... Y por eso estas páginas cautivan y son tan interesantes.

La mente y el corazón de este hombre, que ama tan delicadamente, están llenos de ideas y de sensaciones exquisitas que ha recogido en este libro de amor.

***

Insistimos en nuestro machacado tema de que el sentimiento es el arte; en el sentimiento está la divina elocuencia.

¡Cómo nos convence este libro mientras aquel amor es tan sentido y doloroso!...

Porque luego, cuando ya es un amor feliz, no nos convence... Tememos, entonces, la anhelante y creadora fantasía de un dolorido amor, todo triste, soñando aquellas cosas...

***

Damos á continuación algunos fragmentos de este *Diario* cuyas páginas, impregnadas de aquilatado sentir, bien merecen, por premio, la dicha de aquel amor correspondido...

¿Pero fué correspondido tu amor, anónimo poeta enamora-

do? ¿Fué, ni siquiera apreciado, estimado, comprendido, tan fino, tan culto y tan poético amor?

¡Pobres poetas soñadores!

Vicente Medina

NOTAS DE PRIMAVERA

Septiembre 1

***

Amando es como uno se siente contento de vivir y de ver vivir!...

E. P.

***

¡Ay! ¿Pero cómo amaremos, si no amamos?

V. M.

Septiembre 13

Estaba en el balcón acechando mi llegada. Cuando me vió aparecer en la esquina, en la que suelo hacer frecuentes estaciones, discretamente se previno sí á su espalda, por la celosía entreabierta, alguien desde la sala, pudiera espiarnos. Luego apoyó resuelta sobre el dorado pretil sus manos bellas, con las que soñé cubrir en ese instante mis ardorosos labios. Palpitándole su henchido pecho con afán, esperaba ansiosa que la hablara.

Por unas pocas palabras que dije al pasar, sonrió con una sonrisa toda miel, saludándome con un saludo tiernamente amable que, de súbito, infiltró una paz benigna en mi corazón.

¡Cuanto bien me hacen todavía esa sonrisa toda miel y ese saludo tiernamente amable!...

Septiembre 17

No sé por qué motivo hoy la he encontrado algo diferente de otras veces, algo extraña en su comportamiento. No había en su mirada el calor de otros días ni en esas pequeñas y delicadas de-

ferencias que suele tener para conmigo, el encanto de costumbre

¿Seré yo el culpable de todo esto? ¿Acaso mi solicitud hácia ella, mis constantes demostraciones de cariño han dado lugar á que su carácter desplegara esta vez la volubilidad de la mariposa?

Septiembre 25

He recibido una carta suya ¡Qué acontecimiento para mí!

Cual si fuera un pequeño tesoro alado la tomé en mis manos ¡Con qué cariño y con qué devoción mis labios le marcaron mi agradecimiento!

Todo en ella eran reproches, pero reproches tan tiernos, tan suaves, tan levemente acibarados que, al leerlos, arrullaban el espíritu en vez de provocar mi enojo. Tenían esos reproches la dulzura de su voz, la ternura de su mirada, la suavidad de su tez y, talvez, el sabor de sus lágrimas.

¡Cuantas veces no habré leído y releído esa carta!... Yo descubría, donde otro no hubiese visto nada, cosas increíbles que solo en la embriaguez de mi pasión pudieran concebirse! Y cuando mis ojos me advirtieron su cansancio le prodigué de nuevo mi cariño, mi devoción y como un pequeño tesoro alado, la llevé á un lugar seguro para esconderla cautelosamente á fin de que no la amenazara el peligro de una mano profana.

Octubre, 10

Estoy leyendo la historia romántica de Werther. Mis ojos se detienen en este pasaje que destila una eterna verdad: ¡"Desgraciados, desgraciados aquellos que se sirven del imperio que tienen sobre su corazón para privarle de los goces puros y simples que brotan y germinan en él por si mismos! Todos los presentes, todas las complacencias del mundo no reemplazan, ni recompensan un solo instante de verdadero placer emponzoñado por las envidiosas vejaciones de un tirano."

Y quedo ensimismado y pensativo, pesaroso de que mi cora-

zón, ese niño ingenuo, siempre tentado de correr hácia ella con las manos abiertas y á quien muchas veces retuvo mi severidad, tenga sus buenas razones para estar descontento de mí.

Octubre, 12

Estaba á su acecho como el león á la gacela, en la florida plazoleta de su barrio. Era todavía temprano; la mañana fresca y riente, "coronada de flores como una desposada", llevaba con su aliento á los sentidos una deliciosa embriaguez, incitando al espíritu á sumerjirse en su serena alegría. En todas las cosas que miraba, veía yo símbolos, y me sentía dichoso.

Cuando la ví acercarse traté de disimular mi presencia ocultándome junto á un plátano. Luego dominando mi embarazo, salí á su encuentro. Con su tapado azul pasaba rozando las flores del parterre, al borde del sendero alfombrado de cascajo rojizo que crujía rítmicamente bajo la lijera presión de su pié.

No sabía yo que trato darle para empezar: mi bien-amada, angel mío, gloria mía... y, por fin, sólo acerté á decirle: ¡Escuchemé! "Volvió con gracia su delicado rostro hecho para nido de besos, posando sobre mí el dulce poder de sus ojos. Contestó con tremulante voz á mis preguntas, y apresuró el paso, nerviosa y agitada, tratando de alejarse de mi lado para que yo no viera el rubor que coloreaba sus mejillas.

Octubre, 13

Ella, siempre ella!... La tengo en el alma, en los sueños, en los ojos y en la imaginación...

Octubre, 14

Su balcón estaba desierto. Por la ventana entreabierta la ví sentada á su secreter, al fondo de la sala, corriendo con una plegadera de marfil las páginas de un libro nuevo.

Me detuve un momento á pocos pasos de allí: La luz de la lamparilla chinesca iluminaba su rostro amado y esparcía una

débil claridad á su alrededor, dejando la sala sumida en una penumbra suave. Tomé una hoja de papel y, no encontrando miradas agresivas ó indiscretas, escribí estas sentidas palabras:

"Yo imploro desde el solio de mi juventud, reina mía, tu amor! ¡Tu amor, pan divino de mi alma!

Yo imploro tu amor para que el mío no esté solo y no llore más su soledad: para que la dicha eclosione en mí como eclosionan hoy las rosas en tus rosales: para que mis cartas quemen y mis labios te profieran palabras ardientes que inflamen tu corazón; para que, á tu paso, mi rodilla tiemble y mi boca pronuncie tu nombre con fervor implorativo: para que mi pluma le teja un sublime y fúlgido homenaje á tu belleza; para que yo crea en tí te deifique y te rinda culto... Tu amor, para que la gloria me dé asilo en su brillante alcázar: para que me engrandezca á tu lado para que mi frente se apoye en las estrellas y sueñe con un destino sobrehumnao. Tu amor! qué él tiene para mí la virtud del laurel: que es el tesoro que más anhelo: que es el sueño más querido de mi vida; que, sin él, nada quiero, nada puedo, nada tengo, nada soy!..."

Hice un pequeño cartucho y con cuidado lo arrojé hacia ella. Al ver que caía dentro del libro que en ese instante hojeaba con detención, me alejé hácia la esquina próxima.

Poco rato después vi su blanca mano apoyarse en el balcón y pronto apareció ella sonriéndome con infinita gracia, mientras que oprimía contra su pecho el papel que la arrojara. La amabilidad de su sonrisa me tranquilizó.

Al pasar, de vuelta, á su lado, pensé en detenerme, y, como Romeo en la balaustrada de Verona, repetirle las viejas cosas siempre nuevas, siempre dulces que en todos los tiempos se dicen los amantes, pero ella me dió á entender que no podía escucharme como desearía.

Octubre, 17

Me miró serenamente, con cierta frialdad ungida de una

mezcla indefinible de orgullo y de desencanto. Su actitud no me tomó de sorpresa, pero la conjetura, esa pocera impía, enarbolando su pala temible, empezó á cavar en mi cerebro con maligno tesón.

Octubre, 20

Se ha negado á seguir escuchándome por teléfono, oponiendo ciertas razones que á mí me irritaron por su odiosa vulgaridad. Trocamos esas palabras delicadas y alegres con las que solemos aquilatar y pesar nuestros sentimientos, por algunas preguntas y respuestas de hielo que asolaron cruelmente nuestra conversación.

Al despedirnos, me habló de un baile al que ella asistiría, advirtiéndome que de ahora en adelante, sólo podré hablarla en las reuniones sociales.

Yo no sé si esta arbitraria é inesperada resolución ha partido de ella, si es el resultado de algún consejo de familia ó la motivó la inoportuna insinuación de una amiga indiscreta... Sé que sus palabras me hicieron mal y que, sea como fuese, yo no puedo sujetar mi corazón al señorío de sus caprichos.

Octubre, 23

Ella que ya conoce mi carácter y sabe bien cuales son mis manías ¿por qué no trata de motivar otra vez un acercamiento entre ambos? ¿Por qué no se vale de la dulzura para alisar ciertas asperezas de carácter y para apartarme en lo posible, de esa propensión á la melancolía huraña que de tiempo en tiempo me domina?

Yo no puedo ofrendarle un amor compuesto de frivolidades y de galanterías: prefiero demostrarle de otra manera mi devoción. Estoy en mi terreno, estoy en mi papel al hacerme el obstinado, el indiferente, el insensible... Sin embargo, no lo ha comprendido así: pasa á mi lado mirando hacia adelante con un gesto altivo de emperatriz, y yo, con otro gesto de fingido desencan

lo, miro hacia lo largo de la calle tumultuosa, anticipándome á su premeditada despreocupación.

A la verdad que es una bonita comedia la que representamos.

Octubre, 24

Yo nunca hubiera creído que nuestra rencilla tuviera un final tan desgraciado como el que acaba de tener. ¿Quién iba á pensar que llegaríamos á ser hoy cual dos extraños, lo mismo que dos seres cuyas existencias mutuamente se desconocen? ¡pero no, eso no puede ser! Lo seremos por fórmula, lo seremos en apariencia, tal vez para satisfacer nuestra tonta dignidad, nuestro despecho del momento; porque nuestros fieles corazones no admiten el candado de la duda y, á pesar de nosotros, están prontos y sobre aviso para atestiguar lo contrario de lo que decimos.

***

Al encontrar esta mañana un voluminoso sobre en mi mesa de escribir, quedé alelado. Esa letra ¡gran Dios! no me era desconocida... Lo palpé con mano temblorosa, sonriendo despreocupadamente, así como simulando que muy poco me importaba el significado que podía tener para mí la presencia de esa pequeña "urna blanca" dejada en ese lugar por el cartero. Por un rato esa insensata idea hubo de dominarme y hasta llegué, en mi fanfarronería, á decirme: "Mejor, así terminamos de una vez"; torpes palabras de amargado, de las cuales de veras me arrepiento.

Abrí luego el sobre con nerviosidad. Cayó en mis manos un rollo de papeles atado con una cinta celeste. Eran mis cartas literarias, esas cartas llenas de frases sin alma en las que á veces triunfa el estilo y el ingenio, pero las otras, aquellas cartas escritas al calor de la sinceridad, propiamente mías, llenas de dolor y de belleza, que parecían escritas con mi sangre... no estaban. En una hojita en blanco me decía con laconismo desconcertante que no me enviaba mis cartas íntimas porque al recibirlas, después de leídas, tenía por costumbre el romperlas, á fin de que nadie se enterase de su contenido. Esa es una hábil mentira, me

dije: ella no puede haber obrado así. Es un ardid para no devolvérmelas, para conservarlas, y yo le agradezco con toda el alma ese ardid.

Aparté la cinta celeste y, en mi transporte, la besé repetidas veces, antojándoseme que tenía un perfume exquisito, raro, exótico, que nunca había sentido. ¿Si serán sus lágrimas?, me pregunté, y me puse á observarla con detenimiento, presumiendo que se hubiese enjugado con ella sus ojos divinos. Pensé, después, llevarla junto á mi pecho á guisa de escarapela, pero me pareció que podía perdérseme y, entonces, la escondí en las páginas de mi libro predilecto.

Le devolví una carta suya, la única que tenía. Le escribí, sin doblegarme, mi despedida, pero á través de la aparente dureza de mis frases se iba trasluciendo un secreto arrepentimiento, y la pluma, sin quererlo, dejaba á su paso mucho dolor. Después de escrita esa carta puse al final esta pequeña nota: "Te amaba más que á mi vida: tenía para tí todas las virtudes, todas las bondades que cultivo en mí. Te reservaba todas mis joyas morales para ofrendártelas en el altar de tu adoración. Te amaba con el bello amor de mis años y te hubiera sacrificado gustoso mi orgullo, mis esperanzas, mis sueños y algo más sólo por obtener una respuesta amable de tus labios.

Hoy he caído de las alturas á que mi ensueño me había llevado. ¡El golpe ha sido terrible!

De la ilusión á la realidad hay una distancia tan grande que tiemblo como un niño al pensar en ella.

Ahora no me resta más que pedirte una cosa: ¡Que me devuelvas mi corazón!...

E. P.

TRAS DE LA VERDADERA RIQUEZA

Yo hice un viaje temerario á la Isla de los tesoros...

La isla estaba en medio del mar.

El mar estaba agitado.

Surqué el abismo, arrostrándolo todo, y regresé cargado de riquezas.

* * *

Ya era yo rico y me figuré que ya no había yo de necesitar nada, ni desear nada.

No fué así, pues, á pesar de todas mis riquezas, me ví triste y con ansias y deseos irrealizables.

Entonces supe lo que era la tristeza del oro...

* * *

Un día me enamoré de una niña encantadora.

— Con el oro, será tuya — me dijeron.

— Quiero su corazón — dije yo.

Y me trajeron su corazón manando sangre, caliente y palpitante todavía...

— ¡Pero y ella!?

— Ella, antes que ser tuya, quiso ser de la muerte.

* * *

Otra vez me cautivó el encanto de un ruiseñor y fué cazado y traído el ruiseñor de los bosques... pero el ruiseñor no quiso cantar en la jaula de oro.

* * *

Y en una ocasión en que se me agravó mucho aquella tristeza del oro, me dió por enamorarme de una nube.

Y la nube me dijo:

— Vente conmigo á los cielos.

Yo la miré.

Y la nube siguió su camino y se perdió en los espacios infinitos.

***

Abatido y dudando del poder del oro, me fuí por el mundo hasta dar con la tierra en donde más culto se le rendía. Y allí levanté un palacio, rodeándome de servidumbre y de otras gentes bien pagadas que en todo me obedecían. Pero pude observar que aquellas gentes no era á mí á quien servían, sino al oro mío, y, aunque se llamaban, para agradarme, mis esclavos, ví que no eran mis esclavos, sino esclavos del oro.

A cambio de oro obtuve sonrisas y palabras cariñosas; pero no salían del corazón aquellos halagos, y eran para mi oro las sonrisas.

***

Entonces fué cuando, con todo mi oro, me sentí más pobre que nunca.

Y fué cuando, casualmente, vino á mi casa á trabajar una pobre mujer.

— ¿Cuánto quiere usted ganar? — le pregunté.

— Lo que usted quiera, señor.

Encontré generosa á la pobre mujer. ¿Y de qué podía ser generosa, si la infeliz era tan pobre?

Una noche que me ví muy enfermo, retirado en mis habitaciones, llamé afligido y nadie acudía. Mi servidumbre, como era á mi oro á quien servía, se entregaba al sueño, sin preocuparse de mí. Al cabo de un rato vino tan solo aquella pobre mujer. Ella no podía oirme, por lo alejado de su dormitorio; pero me dijo luego, que durante el día le pareció que yo no andaba bien de salud, que al acostarse se desveló un poco y que, cuando iba á dormirse, se le figuró que oía mi voz angustiada. Y entonces acudió. Y acudió solícita y compadecida.

Y pensé en aquella compasión generosa: era algo que no entraba en el precio convenido del salario... Era algo valioso de

que la pobre mujer se desprendía magnánima, así como yo podía desprenderme de mi oro...

Me lamenté de la miseria mía en aquel momento, y de mi soledad en aquel palacio tan grande, tan rico y tan lleno de servidumbre... Y la buena mujer al oirme exclamaba dolida:

— Es cierto ¡tan solo!... ¡pobre señor!... ¡pobre señor!

"¡Pobre señor!..." consideraba yo. ¿Entonces qué riqueza era la mía? Yo tan rico era *un pobre señor* y aquella buena mujer, tan pobre, era quien, generosa, acudía en mi socorro... ¿Cuál era la verdadera riqueza? la de las arcas llenas de oro, ó aquella del corazón rebosante de bondad, de generosidad, de desprendimiento, de renunciación, de conmiseración, de tolerancia?

Y tuve en aquel momento el claro concepto de la única y verdadera riqueza: riqueza del corazón, riqueza del sentimiento.

Por eso los verdaderos ricos son tan ricos que nada ambicionan, que lo dan todo, que renuncian á todo.

***

Me sentí más triste desde aquel día en que me ví ¡tan solo! en medio de un palacio lleno de riqueza y de servidumbre y, por fin, abandonando aquella fría soledad, me eché de nuevo á correr el mundo. Ahora mi viaje tenía un objeto muy diferente: ya no buscaba yo una tierra en donde fuese adorado el oro. Yo buscaba el país de la humildad.

Yo buscaba el país en donde se llama *Señor* al huesped fatigado y hambriento; en donde la sierva puede ser adorada como reina; en donde los huertos no tienen cercados ni las casas puertas cerradas; y en donde el precio de las cosas es un sencillo "Dios te lo pague."

Y voy por el mundo caminando, caminando...

Y caminando me digo:

"¡Qué poco cuesta ser generoso de la verdadera riqueza!"...

"¡Qué imponderable riqueza es aquella de que pueden hacer gala hasta los más pobrecitos!...

***

Y, á mi paso, ellos los pobrecitos, ponen en la santa palabra su opulencia y su desprendimiento:

"Salud, hermano."
"Venga á comer."
"Pase á descansar."
"Beba, beba el agua fresca de nuestra cántara."
"¡Vaya con Dios!"
"¡Dios le guarde!"

Y sigo caminando, caminando...

A mi lado pasan desalados muchos hombres ciegos que corren en pos del oro... Yo les digo:

"¿A qué correis tanto, si la riqueza está en nosotros? La riqueza es la bondad, la amabilidad, el desprendimiento"...

Pero los hombres en su mayoría, siguen corriendo, desalados y ciegos, y yo sigo caminando, caminando...

Vicente Medina





Los compadres

POR EL ORDEN

Renegamos de aquello de "que no quede piedra sobre piedra."

Rusia nos ha enseñado.

No hagamos revoluciones sin estar perfectamente organizados para un nuevo régimen.

Y esto ya no será revolución sino bien estudiada evolución.

Constituída como está socialmente la especie humana, no puede ningún pueblo, ni hombre alguno, desligarse del régimen social, pactado más ó menos tácitamente por todo el mundo.

No podrá el hombre ser absolutamente libre ni en plena selva. El hombre civilizado, cazador de hombres, lo reducirá á la servidumbre de la vida social.

Y ni en los antros de la ciudad, como tampoco en lo enmarañado de la selva, podrá ser libre el hombre rebelde porque lo vigila siempre su enemigo el hombre civilizado, cazador de hombres...

No puede nada la violencia sin orden, que ésta es la revolución, contra la violencia ordenada, que esto es un régimen legal.

Y dentro del régimen legal, los que por la libertad suspiramos debemos luchar también con una violencia ordenada siendo las más templadas armas, para demoler lo viejo reedificando á la par con lo nuevo, las ideas, el sufragio y la organización económica.

No podemos demoler sin gran peligro, sino apuntalando.

Las viejas cosas, como las viejas máquinas, prestan su servicio. Antes que arrumbar las máquinas viejas hay que montar las nuevas.



Rusia nos ha enseñado.

Una revolución sin orden es una borrachera sublime... ¡pero, al fin, una borrachera!

...cente Medina



Crítica de Bonafoux

Al abrir el libro tuve una sorpresa grata, y fué que el retrat del autor me recordó las líneas severas de la fisonomía de m. amigo Vargas Vila; pero al entrar en el tomo de versos, com por un sendero florido, tuve una decepción.

El bardo dijo:

Está servido el banquete,
usas la genuflexión,
pasa, pues, himno en falsete,
á tu asiento de alcahuete.
Ni quedo á tu indigestión.

Me quedé patidifuso, ó sin entender jota.

Y el trovador dijo:

Con Colombina con Arlequín,
con muchas copas y con Pierrot,
nos olvidamos todo el esplin,
cual en la percha, tu carpingot.

Haciéndome cruces de asombro estaba yo para mi carpin-

...ot. cuando el vate advirtió, sin duda para que se me alcanzara ...u mentalidad:

Mientras allí se bailaba
yo estaba lleno de esplin;
¡no soy hombre para fiestas
si me doy á mi magín!

¡No hay derecho! No lo hay á creer que se poetiza cuando se escribe:

El cielo de lástima,
tiene muchas estrellas,
y hasta tienen tristura
también las pobres ellas.

¡También las pobres ellas! Vamos, Sr. Súllivan, que como ...omadura de pelo al público, la que usted le da es morrocotuda. ...Es usted, señor, el Príncipe de la macana argentina! Hasta tu...ea usted á Jesucristo cuando dice que por las almas de él y de su amada anda "el señor Jesucristo." *Nuestro* señor Jesucristo, ...licen los católicos. Pero para el Sr. Súllivan *el señor* Jesucristo ...s algo así como el Sr. Pérez ó el Sr. Gómez.

¡A lo que obliga la inútil necesidad de hacer versos, malos por añadidura !Los buriles del Poeta están probados en lidia *bruna;* la entereza es su *estol:* el farfullo, para él, puede ser *comédico;* su amada tiene *acúnas* y sus uñas (las de la amada) *son tan majas sus uñitas, que ni el Greco las pintara.*

¡Pero si el Greco no fué pintor de uñas, ni *manicuro*, como se dice ahora!

Son tan majas, son tan majas, que mejor fuera callar . . .

¿Y por qué? ¿Qué misterio guardan esas uñas tan majas, tan majas? Ninguno. Solo que el Poeta no sabe cómo salir del atolladero del verso. Pero ¿quién le mandó meterse en él? ¿Y quién le obligaba á escribir *desavertido,* por inadvertido, *sonambulizar mustiar, palurdoneza, iones, rol,* en el sentido de papel, y otras zarandajas?

De este florilegio poético cuáles versos no tienen pies ni cabeza, cuáles otros son Krausistas, por lo incomprensibles, y se nota en ellos, como notó Víctor Hugo en el cielo antes de la batalla de Waterloo, "un fruncimiento de cejas." En cuanto á licencias poéticas, es todo un libertinaje. De este Poeta pudiera decirse que padece cistitis rítmicas.

Tengo para mí que el propio Sr. Súllivan está convencido de que son malos los más de sus versos, y tal vez para amedrentar á la Crítica hable á menudo de su valor; de que

tiene el puño con firmeza
en el mango del acero,

y de que

su pecho de varón
es fuerte como un dorso de león;

condición excelente para tirar de una carretilla, más no indispensable para coger flores y tirar una guirnalda á la Musa.

¿Quiere decir lo expuesto que el Sr. Súllivan carece en absoluto de mérito literario? Muy lejos de eso mi intención. Hasta como poeta el Sr. Súllivan merece, alguna que otra vez, aplauso sincero. Hay grandeza de alma en su *Oración de la vida*; es bonito su *¿Recuerdas?...* es valerosa la huida del gaucho:

flor huraña, sin regazo;
del alma nuestra, retazo;
canoso cóndor que deja
su nido, sin una queja.

La propia semblanza, en prosa y verso, del Sr. Súllivan tiene su aquel, dicho sea familiarmente; no cuando el poeta dice ram[illegible]ente á un adversario suyo:

yo suelo anhelar saber si es que soy responsable
de tu mal rato, ya que parezco tan culpable,
puesto que desde entonces no me perdonas nada,
queriendo á toda costa que yo pague tu amada;

pero sí es bella, por el sentimiento que entraña, esta estrofa:

Pero en mi fervor pagano
hay soledades devotas
cual taciturnos ilotas
trayendo silencio insano,
suele un cortejo tirano
de sinsabores llegar,

entonces, sin vacilar,
sombrío sigo, no cejo,
y arrugando el entrecejo
miento que no sé llorar.

También lo oculta al pasar á solas por su pueblo, el de los viejos faroles:

..... Y yo, con mis pasionarias
y bohémicas altiveces, para no enseñar mi pena,
arrugaba el entrecejo por tus calles feudetarias

Llora — y hace bien en llorar —, aunque se huelga diciendo:

Miro de frente el Dolor.

Quien escribe el Prólogo que el Sr. Súllivan ha puesto á su libro tiene, en punto á ideas, mucho andado, y más que andar, en el mundo literario.

"Pudo éste libro — dice — llevar un prólogo de "alguien", pero quiso su autor que, tal como marchára él por el chapucero mundo, marchára también su libro: sin ser llevado.

Y así, lector, os lo presenta. Sin jactancias, que no le sentarían y que abomina; como también sin debilidades que, por lo general, son ruegos serviles.

Os lo presenta cordialmente. Siente desde ya hermano á aquel que busque en sus páginas un poco de belleza. No puede concebir claramente que se abra el libro con el preconcebido propósito de detestarle. ¡Y sin embargo!..."

El camino del Sr. Súllivan, según nos cuenta él mismo, ha sido pedregoso: "camino de boscos cielos tempestuosos y de riesgos; camino de escarpas y de picachos;" pero entre las piedras brotaron algunas flores:

"Sin suavidad unas, como esas del espinoso cardo; otras en llamas, como las del seibo; las más como las margaritas de que nos hablára el filósofo, aquellas que en el agro romano solían ser diezmadas por la rueda y el casco."

Con las flores buenas, con las hermosas, con las *humanas* que yo he visto entre las piedras del camino que recorrió él hago un ramo fresco y bien oliente y se lo ofrezco á la amada de su corazón.

Luis Bonafoux

Londres, Febrero.



La casta

LA PAREJA IDEAL

Consolidemos el amor y el hogar procurando que el hombre y la mujer unidos trabajen juntos.

Aceptando ideas extremas, parece que no es el matrimonio la felicidad: lo combaten la justa y pretendida emancipación femenina, la suspirada libertad de afectos naturales, y fuertes razones económicas.

Pero si el matrimonio generalmente no es la felicidad ¿podrá ser la felicidad aquello que es contrario al matrimonio?

Después de mucho leer, reflexionar y observar la vida directamente, llegamos á la siguiente conclusión:

No hay más camino de bien, de amor, de felicidad, entre el hombre y la mujer, que la unión y la formación del hogar.

La felicidad y sus belles aproximaciones las produce la cultura de la inteligencia y del sentimiento.

Sin esa cultura las libres costumbres son libertinaje.

Con esa cultura se sanciona y se santifica aun lo más triste y lamentable.

La cultura de la inteligencia y del sentimiento predisponen á la vida ordenada, serena é idílica del hogar.

Pensamos por lo tanto, que no se trata de un problema social á resolver con organizaciones y libertades legisladas.

Pensamos, contrariamente, que se trata de un problema de

cultura.

Hablamos al corazón y á la sensatez.

Ahora bien:

A base de esa cultura preconizamos la mayor libertad: unión libre y lazos y obligaciones y derechos exclusivamente afectivos.

Resuelta nuestra teoría en un sentido práctico y realizable decimos:

Búsquense mutuamente, para la unión libre y formación del hogar, hombre y mujer, haciendo muy principal objeto de su aspiración, en el sér elejido, la bondad, la dulcedumbre, la sensatez.

Puede haber muchos casos de amor *creado*:

El dulce trato, la armonía espiritual, las comunes aficiones artísticas y la alegre y leal camaradería, *pueden crear amor*... y amor dichoso en deleite y en constancia.

La higiene la pulcritud y el orden, pueden ser belleza y encanto en la más humilde choza.

La discreción y la honestidad hacen de la más pobre mujer un dechado.



Pensando en estas cosas ha brillado en nuestro pensamiento, como una estrella, una idea redentora:

La pareja ideal: el hombre y la mujer unidos en el amor y el trabajo.

La pareja amorosa trabajando, sin separarse, en el taller, en el colegio, en el escritorio, en la tierra...

Hay muchos ejemplos casuales de estas amantes parejas, ge-

neralmente unidas, muy felices.

Hágase costumbre el que estos esposos trabajen y convivan juntos la mayor parte del tiempo, yendo contra lo que hoy sucede que es al revés.

No será, de este modo, tan pavoroso el problema económico del hogar prolífico porque entre ambos esposos aportarán más recursos, y, además la convivencia en una común y constante lucha por la vida producirá benditos frutos morales y materiales.



La práctica de esta teoría me la imagino más realizable y bella en la pareja ideal del maestro y la maestra, dulce amante pareja en el culto elevado de cuidar la numerosa prole ¡que no otra cosa para el maestro ó maestra, han de ser los niños, que propios hijos!

Vicente Medina

EL BAÑO DE LA REINA MORA

(Recuerdo de la quinta)

El baño de la reina mora está casi escondido entre una profusión de plantas, enredaderas casi todas, que forman á su alrededor una especie de valla como si quisieran ocultarlo á miradas profanas.

Abren junto á él, todas las noches, las enredaderas que se arrastran á sus pies sus blancas y grandes corolas y se impregna el ambiente de un perfume sutil que despierta en el alma no sé qué vagos ensueños de amor.

No muy lejos de este lugar, eleva su graciosa silueta la torre morisca de las palomas más blanca que las alas de sus dulces moradoras....

Los azulejos polícromos que cubren las columnas del baño brillan á los reflejos del sol agonizante y el agua murmura quejumbrosamente en el ancho tazón que la contiene....

¿Qué pena oculta lloras, chorro cristalino? ¿qué tragedia honda de dolor, de nostalgia y de pena motiva tu continuo plañir?

Yo te veo surgir bajo la calma de esta tarde de Otoño como si fueras una inmensa lágrima que derrama el jardín. ¿Es que acaso no reflejas como antes los negros ojos, ó los labios en flor de una sultana?

¿Qué bello rostro copiaron tus ondas, tan bello, que así lloras por su ausencia?

Ya no vagan por los senderos del jardín las sombras familiares de otros tiempos...

En vano abren junto á tus pies sus blancas corolas los Don Diego de noche, en vano su perfume habla de idilios y poemas lejanos, en vano sobre la torre morisca, bajo el azul del cielo, baten sus blancas alas las palomas.

Desfloran en el aire sus chorros cristalinos los surtidores del estanque y las palmeras reflejan en él sus hojas y su tallo: despliega el pavo real la pompa de su plumaje, muestran las flores sus corolas de mil tonos, y los tazones en que bulle el agua, deslíen sus chorros que son flores de cristal.

Una bandada de palomas pasa bajo el azul del cielo; muere la tarde y aparece tímida la primera estrella...

¿Qué pena oculta lloras, chorro cristalino?

Ana María Benito.

SIEMPRE ME ENCONTRARÁS

Ya más hondas raíces mi cariño
tiene del corazón y de la carne...

Cuando afligida estés por los temores
y las dudas mortales
y ante el abismo vacilar te veas,
ven á buscarme.

Si alguna vez aun sientes alegría
y hasta desos de reir con alguien,
ven á reír conmigo, que acaso yo esté triste...
ven á alegrarme.

Y si expansión tu espíritu te pide
y ganas de charlar aun te quedasen,
con tu claro sentido de las cosas
y con aquel gracejo, ven á encantarme.

. . . .

Ya más hondas raíces mi cariño
tiene del corazón y de la carne...

Cuando no haya un suspiro que responda
á tu suspiro amante...
cuando no haya una boca que te bese,
ven á besarme.

Cuando en la soledad de las angustias

no encuentres quien te escuche ni te ampare,
yo desvelado pensaré en tu pena...
ven á llamarme.

Cuando tu pecho la congoja oprima
porque de tí piedad no tenga nadie,
no temas el haberme sido ingrata,
yo te consolaré, ven á llorarme.

Y si en el mundo, al fin, sola te vieses
abandonada cual perdida nave,
acuérdate del puerto de mis brazos...
¡ven á buscarme!

. . . .

Ya más hondas raíces mi cariño
tiene del corazón y de la carne...
Mis ojos, que brillaban de amor un día al verte,
¡hoy lloran al mirarte!

Vicente Medina.

LEON BLOY

Entre 1846 y 1917, la vida de León Bloy, nacido en Périgueux y muerto en Bourg-la-Reine, no es más que pobreza, cólera y oración. Desaparece con este escritor que acaba de morir, una de las figuras más singulares de la literatura francesa de hoy. Era un hombre excepcional, puesto al margen de escuelas y tendencias, suscitador de odios, voluntariamente olvidado por la generalidad de los críticos, de las revistas, de los periódicos y de sus compañeros de letras, pero sólido y fuerte en su aislamiento, como si hasta el último instante se encargara de dar realidad corpórea á la famosa frase de Ibsen.

Al dedicar una selección de páginas de sus obras á Juana, su mujer, escribía León Bloy: "¿A quién dedicar esta colección sino á la buenísima y queridísima sin la cual estaría yo muerto hace mucho, á la que me quiso porque le hablaba de Dios y se casó conmigo porque le dijeron, desde el primer día, que yo era un mendigo?" He aquí un buen retrato de Bloy, esta ternura doméstica de león del desierto, no deja de acompañar nunca á los rugidos iracundos que lanza. Si habla de su mujer, ó de sus hijas, Magdalena y Verónica, ó de sus raros amigos, logrados en la tribulación, sus palabras se vuelven armonía y suavidad. Estos cariños y unas cuantas admiraciones, la de Barbey d'Aurevilly, su pirmer prologuista, la de Ernesto Hello, la de Verlaine, y las frases de alabanza que entre sus párrafos dedica á Carlos Luis Philippe, á Juan Rictus, á otros raros escritores, son la sonrisa de sus libros. Por encima están sus admiraciones fundamentales, la de Cristóbal Colón, "Revelador del Globo", la de Napoleón, "el proyectil de Dios", el culto á Juana de Arco... Más alta todavía su devoción por "la que llora", por Nuestra Se-

ñora de la Salette... Y, por encima de todo, un Dios terrible y apocalíptico á quien se acerca como un cristiano de los tiempos primitivos y cuya faz vislumbra entre relámpagos y truenos como un profeta hebráico.

Desde 1892, podemos seguir día por día la existencia de León Bloy gracias á los tomos de su diario que comenzó con el que lleva por título "El mendigo ingrato" (1898) y el último de los cuales se titula "En el umbral del Apocalipsis" (1916). Los tomos intermedios "Mi diario", "Cuatro años de cautiverio en Cochons-sur-Marne", "El Invendible", "El Viejo de la Montaña" y "El Peregrino de lo Absoluto", tienen, por lo general, títulos característicos. Abundan en ellos los gritos lamentables de pobreza, como éstos: (15 Diciembre 1903) "Otra vez sin lo preciso para dar de comer á las criaturas. Franqueo de una carta necesaria, 30 céntimos, sangría en mitad de la carótida, oleada de sangre!" (30 Diciembre 1902) "Llevé la lámpara á un rincón obscuro. De repente, con la luz, vi en una tablilla un montoncito de cuartos dejados allí y olvidados por completo. "Hay 25 céntimos". Es como si Jesús me dijera:—Esto es todo lo que puedo en este momento... ¡Paciencia y valor! No te irrites contra mí. Estoy crucificado..." (24 Febrero 1903) "Martes de Carnaval. Juana vuelve de la iglesia: — Para recordar á Jesús nuestra extremada carencia de todo, le decía yo: Dadme lo que haya en vuestra Mano, abrid vuestra Mano. Entonces El abrió SU MANO y "vi que la tenía atravesada!"

E. Diez-Canedo.

Revista "España", N.o 137.

LA NIEVE Y EL ARROYO

Madrecita mía, á medida que pasa el tiempo te cubrirás de nieve como los viejos montes y te detendrás frente á mí vida para verme pasar.

Yo seré el arroyo cristalino que correrá á tu lado; yo seré como todo lo es en la vida, la corriente que eternamente pasa y que eternamente vuelve...

Yo, arroyo claro, apuraré la fuerza de mis aguas corriendo inagotable cerca de tí, madrecita mía... Y, rompiendo mi margen alguna vez, me arrastraré en la tierra y besaré tus plantas... ¡Yo, arroyo de tu nieve pura, cristalino ó turbio te besaré siempre, madrecita mía!...

Pero yo buscaré para mi curso las piedras limpias del camino de la vida y los lechos de suave musgo, y mi corriente será apacible y cristalina para que tú, montaña venerable coronada de nieve, te mires en ella...

Yo copiaré tu imagen y, la luz del cielo en mi espejo reflejada, será la tierna mirada de tu hijita, que irisada de lágrimas en algunos momentos, irradiará en tu frente...

***

Y, hasta que el arroyo se lo embeba la tierra ó se deshaga en lágrimas porque le falte la nieve tuya, seremos: ¡tú la venerable montaña y yo el espejo cristalino donde tú te mires, madrecita mía!

Juanita Goyenechea Díaz

CANTANDO

Al Alba

(Motivos Musicales)

A Luis García Bilbao

Caminito nuevo, camino, camino...
El secreto estaba para el peregrino
girando en la rueda del viejo molino...
Me dijo la primavera riendo este amanecer,
todas de la molinera
nacieron y han de nacer.
En el agua clara de la torrentera
vi el rostro dorado de la molinera.
Y murió mi sed y mi hambre
y el corazón se hizo sabio
cuando fuí á buscar su boca
en el agua con mi labio...
Caminito nuevo, camino, camino
he visto morir el día
en la rueda del molino,
caminito nuevo, camino, camino,
he visto parir la aurora
en la rueda del molino;
caminito nuevo, camino, camino,
el secreto estaba para el peregrino

girando en la rueda del viejo molino...
Las primaveras que fueron
y las nuevas que vendrán
en la piedra del molino
donde mis ansias murieron,
nacieron y nacerán.
Y la caliente verbena,
que el viento de amores llena,
la montaña, el rudo pino
y la alondra mañanera
que me canta en el camino,
cual si el secreto tuviera,
en la piedra del molino
nacen al alba divina
de la alegre molinera
que hace florecer la harina...

Al caer la tarde

Molinera, molinera...
Gire la rueda ligera,
salte el agua cristalina
sobre tu mano hechicera,
florezca la blanca harina,
florezca la blanca harina
donde va la vida entera.
El perfume de tu cara,
molinera, primavera
— trigo, sol, sangre, agua clara —,

el perfume de tu cara
ha embalsamado el granero
ha embalsamado el molino;
molinera, molinera,
¿dónde está tu molinero
que mate á este peregrino
para que en tus brazos muera,
y con el grano divino
me haga polvo en el molino?
Molinera, primavera
— trigo, sol, sangre, agua clara —,
el aroma de tu cara
me ha dibujado el camino,
dame tu perfume fino
que es de amor la roja hoguera
y mi corazón espera,
dame tu amor molinera.
En la rueda del molino
puso un secreto el Destino
para que yo lo cogiera...
Gire la rueda ligera,
salte el agua cristalina
sobre tu mano hechicera,
florezca la blanca harina
donde va la vida entera...

Luis Doreste

Revista "España", N.o 151.

EN EL REINO DE LA VERDAD

Yo me había muerto ya.

Tú también te tenías que morir.

Yo me había muerto ya; pero, muerto y todo, sentía el dolor de aquella última cartita tuya... ¡tan injusta y tan cruel!

Yo sentía el dolor; pero era un dulce dolor, porque era dolor sin encono... Ni en la vida había yo sentido el encono ¡cuando menos, en la muerte!

Y como ya me había muerto, yo estaba, en aquel rinconcito que tú sabes, descansando en paz, triste, pero dulcemente triste... Porque no hay cosa más triste que la verdad y yo estaba en el reino de la verdad y es la verdad la vida de la muerte!

Y estando allí, desde aquel rinconcito, vi con la mirada traslúcida de los muertos, que tú, por el mundo, ibas también camino de la verdad... Y seguí tus pasos: echaste por el camino de los últimos adioses y pasaste una puerta enverjada... En la mano llevabas un ramito de rosas... ¿A dónde irías? Pues ibas acercándote á la verdad, y llegaste!

Y pusiste sobre mi pecho tu ramito de rosas que parecían cuajadas de rocío... Gotas de rocío que no eran sino lágrimas que se filtraron en mi pecho y que fueron borrando, una por una, las palabras de aquella última cartita tuya ¡tan injusta y tan cruel!

***

Y es que, en el reino de la Verdad, aquellas duras palabras tuyas eran mentira,... ¡y era verdad tu sentimiento!

P. Saroso.

LA CARTITA AQUELLA

Sois así las mujeres:
de haber sido inocentes,
de lo que es en vosotras
gracia y pureza,
luego estais pesarosas.

No os pese
ser inocentemente generosas;
precisamente la pureza es eso,
oh, seductoras...
oh, seductoras,
seducidas, ¡más puras!...
más puras sin recelo,
credulas, candorosas...
más puras, sin amparo
y tristes y llorosas...
más puras, mancilladas...
más puras, difamadas...
más puras, afrentadas...
¡puras, inmaculadas y gloriosas!

***

Y me dices,
pesarosa
de haber sido noble y buena,
que tus cartas las rompa...
¿Tu mirada? tu sonrisa?
la luz? la aurora?
tu voz? la música?
tu espíritu y el cielo?

¿eso quieres que rompa?
¡Pues eso son tus cartas,
hermosa!

Hay una entre tus cartas.
una... ¡una tan sola!
que romperla quisiera...
¡una tan sola!
pûes la llevo en el pecho y es tan dura
que el pecho me destroza.

¡Pero qué adelantara
con romper esa carta,
si de tanto leerla
me la sé de memoria!

P. Saroso.

ESCUELA AL AIRE LIBRE

(Notas de maestras)

La escuela se halla en plena actividad: el grupo de niñitos mayores está atendido por cinco niñas que entretienen á los que trabajan en el pizarrón ó en sus pizarras, con lecturas y con cuentas aplicando las cuatro operaciones con números enteros y hasta con fraccionarios. Se oyen enseñanzas, correcciones y fallos buenos en su mayoría, pués Olibio y José ostentan orgullosos un diez en sus trabajos y en los rostros se nota una general satisfacción.

Mientras, los demás se disponen en grupos no menos interesantes. El de los más pequeños, trabaja con niñas que dictan números, hacen contar de uno en uno, de dos en dos, interrumpiéndose á intervalos para corregir un error ó dar una explicación, y los niños penden de sus labios y trabajan entusiasmados.

De repente, uno de los niñitos es designado para pasar al frente y contar los números hasta diez: el pequeño tiene vergüenza, esconde la cabeza entre sus brazos y se halla á punto de llorar.

La maestrita se acerca y con voz persuasiva y amable, le dice: — Porqué no quieres hacerlo? ¿tienes vergüenza? ¿de qué?... ¡tú sabes hacerlo muy bien!... y si te equivocas, nosotras te enseñaremos.

El niño es animado poco á poco, pasa, cuenta y es aplaudido por todos.

***

Habiendo comenzado ya las clases, llegan Antonio Potenza y Andrés Broll. Detengo á Antonio, que es un niño que me inspira especial interés: su única habilidad reside en el canto, pues se halla auxiliado por una buena voz; viste de harapos, fuera de la escuela pide limosna; su padre trabaja ahora en el campo; su madre es lavandera; en la casa poseen una quintita de donde cosechan verdura que venden á la vecindad, lo mismo que huevos de gallinas que crían; cuenta ocho años solamente pero en él se

hallan presentes todas las experiencias del vago y del limosnero, con su lenguaje grosero, con su natural descaro, con todo un afán de ser el más hábil en mentir y engañar. Sin embargo anida bondad en el fondo de su alma, pués si le piden parte del pan que está comiéndo no vacila en dividirlo y mientras se sirve el café continuamente me previene: señorita, mi hermanita no comió todavía; temiendo más que me olvide de su hermana que de sí mismo.

Antonio y su hermana han faltado esta mañana, por eso al [illegible] lo interrogo sobre la forma en que la ocupó y él me contesta que ha trabajado mucho arreglándole la habitación á su mamá y haciendo los mandados. Cuando el niño termina de hablar, le indico que es necesario que se lave y él se dirige hacia el banco sobre el cual se colocan los lavatorios, muy cerca de la canilla de agua corriente.

Mientras Antonio se aleja me dirijo á su hermana Catalina que entra en ese momento y la interrogo en el mismo sentido y ella me contesta: que ha tenido que ayudarle á su mamá porque su hermanito estaba enfermo.

—Y Antonio, en qué ocupó la mañana? pregunté.

—Antonio juega siempre en la calle, señorita: mi mamá le llama á la hora de comer y lo corre con un látigo para que venga y él no quiere hacerlo.

—Pero..... ¡y como puede Antonio vivir sin comer! agregué

—Señórita: es que él "pide" y por eso siempre tiene qué comer; cuando le dan dinero lo gasta en algo para comer.

—¡Qué feo es pedir! exclamé.

Yo no pido nunca, señorita; mamá tampoco quiere que Antonio pida, pero él no hace caso.

Dejo de interrogar á la niña, ella me pide que la deje [illegible] las toallas y se dirije á tomar un lavatorio.

Después de un corto rato me hallo nuevamente juntos á los Petenza y Antonio me recibe con la pregunta:

—Hoy hay café con leche señorita: ¿me va á dar á mí?

—Pero Antonio ¿por qué no te quitas esa costumbre de pedir, que es tan fea?

—Yo no pido á nadie, señorita.

—¡Como! ¿no eras tú el que al salir de la Escuela esta mañana, pediste cinco centavos á unos señores que bajaban del tranvía?

Antonio nada contestó, pero evidentemente no le satisface mi teoría de no pedir, porque la juzga por los resultados: así lo probó con la expresión:

—Señorita, Catalina ayer "se hizo" un peso.

—Como fué eso, Catalina? interesándome pregunté á la niña.

Y ella me contesta:

—Me los gané, señorita, porque yo no pido.

—¿Y como los ganaste?

—Yo vengo á las carreras y aquí me dan "el barato"

—¿Y qué es eso del "barato"?

—Es la propina, señorita; á todos los que ganan y yo conozco, los felicito y ellos me dan "el barato". Pero yo no pido: Antonio, sí, pide y luego en lugar de llevárselo á mamá, se lo gasta; cuando estaba papá no lo hacía porque él lo esperaba con un látigo en la puerta de mi casa y lo castigaba.

—Y por qué lo castigaba tu papá, porque pedía?

—No señorita, porque se gastaba el dinero que le daban.

Yo no pregunté más: ya me había imaginado el hogar de los Potenza: frío, duro, guarida de la desconfianza y del abandono, y comprendí que la jornada emprendida en favor de estos seres, debe ser empresa de cariño y de consagración.

Miré á todos estos niños y dirigí mi imaginación hacia los dichosos de la tierra, hacia esos que en medio del contento ignoran que en el mundo hay frío y que en el mundo hay hambre, hacia esos que cuando son generosos pasan por delante de quien pide y con la indiferencia mas cruel le arrojan una moneda

para fomentar sus vicios. ¡Triste semilla, nacida del seno del bienestar!

Miércoles, 1.o de Mayo, día de lluvia.

Llego á la escuela y en ella encuentro á varios niños, entre ellos á Antonio Potenza, que viene á dar aviso que no va á poder asistir á clase porque ha muerto el hermanito.

Sábado 4.

He visitado á la familia Potenza, con el objeto de averiguar qué le había pasado á Antonio, pues había tenido noticias que estaba herido. En efecto, el niño se ha herido á sí mismo, la noche de la muerte del hermanito, con un revólver que la mamá guardaba debajo de la almohada; tienen que extraerle la bala de la mano izquierda y con este fin se halla en el hospital.

He hablado con la madre: ella ha prometido ayudarnos en la corrección del niño: cuando Antonio esté curado ella lo acompañará todos los días hasta la escuela y luego que vuelva cuidará de entretenerlo con trabajos interesantes que le indicaremos: y cuando sea mayor, ella quiere encontrar una escuela para mandarlo, en donde hagan de él un buen hombre.

Estoy satisfecha de haber visitado á la mamá de los Potenza.

Miércoles 8.

La mamá de Reinaldo viene á visitar la escuela. Manifiesta que deseaba conocerla porque estaba extrañada grandemente por la asiduidad del niño en venir, pues se había escapado de cuantas ella lo había puesto. Y hoy, él y su hermano Herminio, habían resuelto traer una hermanita que apenas cuenta tres años, asegurando que en la escuela no iba á llorar, ni iba á extrañar á su mamá. Al encontrarme con Reinaldo lo interrogué sobre el asunto y el niño me responde:

"¡Claro que me he escapado de todas! ¡De aquí no me escapo porque no hay puertas ni ventanas por donde escaparse: si en esta escuela hubiera, también me escaparía!

¡Sabia respuesta, que puede ser de gran luz para el maestro

que la enmienda! Poned al niño vallas y tratará de salvarlas: imponed leyes y necesitará de vuestra justicia!

Encuentro á un niño llorando y me dispongo á averiguar la causa.

Parece que la maestra ha insistido quizás demasiado para que él aprenda los números, porque el niño, convencido de su impotencia, no quería escribir más.

Tomé al niño de la mano y lo llevé conmigo; al pasar por un grupo de niños que daba aritmética, hizo un movimiento de resistencia, temiendo que lo dejara allí.

Temerosa de que en él se hubiera despertado repulsión por los números, lo lleve bien aparte de sus compañeros y le presenté una serie de figuras en blanco y una caja de pinturas para colorearlas. Al instante la pena del niño se trocó en alegría radiante.

—A ésta la voy á vestir como á esa señorita linda que vive al lado de mi casa; y á esta nena, como mi hermanita.

Haydée Maciel.

OTRAS NOTAS—

Día 8.

En el momento de comer están todos contentos, y después de dar las gracias, vuelven á sus sitios sumamente satisfechos.

Sus rostros reflejan hasta casi diría bienestar.

Deduzco de esto que en la escuela hay hambre.

Día 9.

La clase se desarrolló en perfecto orden.

Observo que la higiene mejora; pocos son los niños que debo mandar á lavarse.

Día 11.

Hoy se habló sobre la caridad, tema que sedujo á los niños.

¡Qué triste era para mí narrarles la mísera vida de los pordioseros, cuando en realidad no hacía más que pintar la de varios de ellos!

José Maiannetti dijo que no ayudaba á los pobres porque

eran unos *atorrantes*. Corregí en este niño esa idea errónea.

Se entusiasmaban diciéndome lo que ellos tienen en sus casas ó lo que hacen durante el día. A mí me interesa todo eso, porque así puedo informarme de sus costumbres, de sus ocupaciones y hasta de la condición y del ambiente en que actúan, cosa muy necesaria para poderlos corregir convenientemente.

Día 16.

La nueva enseñanza ha sido aprovechada con rapidez.

En los juegos han desplegado todas sus habilidades; prestan suma atención á las observaciones que se les hacen con respecto al canto.

José Maianetti casi nunca forma parte en las rondas, prefiere ir á conversar con otros compañeros. ¿Qué espíritu de niño será éste, tan poco dado á los juegos?

En general usan todos los niños ademanes y actitudes convenientes; en este punto la obra de la escuela avanza, día á día, un gran paso.

El juego de las banderitas les agradó muchísimo, y era tanto el entusiasmo, que el partido victorioso profería gritos, permitidos sólo en esta escuela, por ser *al aire libre*, donde los espíritus se expanden á voluntad.

Día 22.

Estaba dando unos cálculos mentales á los niños cuando llegaron las niñas de 3er. grado; ya me fué imposible continuar, estaban distraídos mirando hacia uno y otro lado.

Unas niñitas de la Normal les corregían sus escritos y observé que prestaban más atención y obedecían más rápidamente á lo que ellas les decían que á lo mío.

Me alejé intencionalmente del grupo y lo obsrevé desde lejos.

Apenas notaron mi ausencia, las cuatro niñas visitantes que allí estaban, se sentaron con ellos y cada cual continuó enseñándoles á escribir los números.

Nadie perdía una palabra de las dichas por esas nuevas

maestras y así continuaron un buen rato hasta que por fin, de mutuo acuerdo, se pusieron á jugar.

Observé los demás niños y vi también á los mayores que estaban prestando atención á lo que una niña les decía sobre una cuenta de multiplicar.

Cuando se retiró el 3er. grado, noté que habían aprendido con suma rapidez lo que esas niñas les dijeron.

A Vicente Farino le enseñé el número *tres*; y cuando fué á su asiento para hacerlo y no lo logró, me dijo tristemente: "No sé, señorita".

Lo persuadí de que al final de un ratito de trabajo atento conseguiría hacerlo bien y ensayó muchas veces, hasta que pudo hacer la forma deseada.

¡Qué contento se puso cuando le dije que estaba bien! Empezó á gritar: "*Ya sé hacer el tres*".

Trabajó con tanto empeño que nada lo distrajo: más tarde me dijo que él quería aprender porque así lo deseaba su papá.

Día 24.

Esta mañana he encontrado varios niños sin lavarse. Les pregunté la causa y me dijeron que porque hacía frío.

¿Qué mejor oportunidad que ésta para hablarles sobre higiene?

Esto pensé y así lo hice, recalcándoles las costumbres de los habitantes de países más fríos que el nuestro y en los cuales la higiene es constante.

Después de esta conversación, dibujaron en las pizarras lo que á ellos les pareció bien.

José Manuel estuvo mucho tiempo empeñado en hacer un tren y Elso un vapor: el segundo estuvo más acertado que el primero.

No tienen paciencia para el detalle; dicen: "voy á hacer tal cosa", y con dos líneas la representan, creyendo que eso es suficiente.

Si uno llega á contradecirles, por ejemplo, diciéndoles: "Esto

no parece un caballo", en seguida contestan: "Sí, señorita" y agregan: "aquí está la cabeza, las patas y la cola", señalando cada parte del animal para persuadir mejor al crítico.

El dibujo de las flores, en general, no les atrae.

Día 25.

Por la tarde estaban jugando entretenidamente, cuando la señorita Haydée los hizo sentar en sus lugares correspondientes.

Era la hora de la comida y mandaba grupos de cinco niños á la vez. Como Antonio Potenza la molestara con su continuo pedir, ella le dijo que iría el último de todos á la mesa; hizo un signo despreciativo, como queriendo decir que á él no le importaba.

Los niños seguían llegando á la mesa y él no hacía más que mirarlos; tanto le fastidió que tomó la resolución de irse, creyendo que lo llamaríamos para darle el chocolate.

Cuando estuvo un ratito sentado afuera y se dió cuenta de que nadie se ocupaba de él, se fué aproximando, poco á poco, hasta colocarse detrás de un árbol situado cerca del lugar donde comían los niños. Advertí esto y continué observándolo; al poco rato, ya cansado de estar allí, se fué á sentar en su sitio y se estuvo muy quieto, en signo de arrepentimiento.

Cumpliendo su palabra, la señorita Haydée lo llamó más tarde para que tomara el chocolate él solo y después de los demás niños.

Esto llega como conclusión á las preguntas que me hice el día 8, de que Antonio no sufre hambre, pues ni el chocolate (bebida tan preferida) lo atrae.

Es una costumbre muy arraigada en él, el pedir aún sin necesidad. Tenemos que trabajar con empeño para quitarle ese vicio que lo afea.

Día 19.

En Petrona Donadío noto un adelanto; antes era retardada y vergonzosa, hoy la encuentro á la par de los demás niños, en

cuanto á soltura y vivacidad.

He aquí una obra de la escuela.

El delirio de los niños fué el reparto de pasteles.

¡Cómo me obedecieron rápidamente cuando los mandé á sentarse!

Observando la ansiedad con que espera los pasteles y la avidez con que los come, digo que Vicente Farino padece hambre.

Hoy me dijo que venía á la escuela no para escribir sino para comer.

¡Triste verdad!

Luisa Zanini.

La señorita Haydée Maciel, maestra, y maestra en la más noble acepción de la palabra, fué una de las principales iniciadoras de las *Escuelas al aire libre* y, desde la iniciación, no ha dejado de colaborar un solo día en esta obra redentora.

La señorita Haydée Maciel no sólo es perseverante como excelente y bondadosa educadora de niños, sino que estimula con su ejemplo de paciencia y bondad y con sus luminosas palabras á sus novicias compañeras, entre ellas Luisa Zanini, futuras maestras del bien y del sentimiento...

Estas dulces maestras de los desheredados, recorren los míseros hogares en busca de niños analfabetos y, si bien tratan de darles instrucción, más se cuidan de enseñarles dulcedumbre, bondad y delicados y nobles sentimientos.

◆

Finas maestras: vosotras enseñáis á los desheredados lo que todos los maestros y maestras debían enseñar muy expresamente á los favorecidos por la fortuna, porque de ellos debe irradiar el elevado y generoso ejemplo.

Vicente Medina.



La kultura



Luis Bonafoux

Crónicas de Bonafoux

ESPERANDO...

El ruso, zarista empedernido, iba contándome el saqueo de Petrograd por los revolucionarios:

—En el Kremlin y en el palacio de invierno — me dijo, — se han hecho abominaciones. Una obra magistral de la escuela holandesa, el retrato miniatura de Pedro el Grande, que figuraba en la áurea copa que le regaló Saardam, ha sido arrancado de cuajo, como si dijéramos. También la seda bordada por María Antonieta y que adornaba el diván del famoso salón de Malaquita. Se han llevado cuadros de un gran valor artístico, y el manto de Nicolás I, y el que llevaba Alejandro II cuando cayó mortalmente herido por una bomba. Y no queda un arma ni una moneda de la colección — reputada la más rica del mundo— que formara dicho emperador. ¿Dónde habrá ido á parar tanto tesoro?

—¡Quién sabe — le dije — si vendrá á parar á los viejos comercios judíos de Londres! En ellos están otras cosas que si bien no pertenecieron á zares, simbolizan la "tragedia": cosas que, por haber sido arrancadas de cuajo — como la miniatura de Pedro el Grande — guardan adentro mucho dolor, profundas desilusiones y amarguras. Háblase de objetos perdidos que pertenecieron á zares y palacios imperiales, y nada se dice de los que la colonia belga, en su angustioso éxodo, ha ido dejando por

un pedazo de pan, en los comercios judíos de Londres. ¡Cuánta pena de oro, de brillantes, de turquesas, de ópalos: cuánta filigrana triste! En tiendecillas que, por lo desaliñadas y alhajadas, parecen gitanas, al volver de callejas laberínticas, estrechas y lóbregas, asómanse á los escaparates pulseras orientales, aretes arcaicos, collares llamativos, sortijas monumentales, todo antiguo, y no poco de ello recordador del tiempo viejo de España. Cada alhaja de esas, dispuesta á venderse como una moza abandonada, tiene su pena oculta entre los iris de su pedrería, su lágrima cristalina entre las pestañas del oro circundante que forma su montura, y del fondo de todas ellas brota la luz de su destino misterioso, de la razón de que estén allí, en vez de colgarse de las orejas, de enroscarse en las muñecas y al cuello y de adornar los dedos de las belgas, cuyo cuerpo, como su espíritu, conserva aún las huellas de la áurea presión carcelaria. ¡Cuánta pena!...

Porque el belga — tan apegado al terruño—vino á Londres "de paso...", por un año, por dos, todo lo más... "Nosotros— me dijo, hablándome de él y de su compañera, un molinero de Malinas — nosotros hemos traído recursos para dos años"; y á medida que transcurría el tiempo se iba pintando la sorpresa y la inquietud en su semblante. La pareja fué entrando en la era de la economía. Mudóse á una casa más barata; después, despidió á la criada que trajo de allá; después, dejo de ir al bar, donde el oporto que bebía había subido de 30 céntimos la copa á 70 céntimos. Un día reparé que la mujer no llevaba ya los anillos, de blancura cristalina, que yo le había elogiado por gitanos. Otro día, el marido me enseñó un ejemplar de Hugo, método para aprender el español en tres meses, "por si tenemos que trasla-

darnos á Buenos Aires", me advirtió.

Y así, esperando, esperando, los dejé de ver; y otro día, frente á un tenducho de judío de Fulham, fijáronse mis ojos—como si se me tirase de ellos—en la blancura cristalina de unos aretes que colgaban muy salidos del escaparate, como dos lágrimas desbordantes en silencio.

Luis Bonafoux.

¡ EL SANTO PAN !

Los agitadores asalariados promueven huelgas y no circulan trenes...

Impedida la navegación por los submarinos, los buques detenidos duermen amodorrados en los puertos...

Y se abarrotan los productos en las estaciones ferroviarias y en los muelles fluviales y marítimos...

Los hombres que gobiernan duermen el sueño de los justos...

Los capitalistas velan muy despiertos...

Oímos hablar de la ruina de los pequeños productores, de los colonos, de los pobres...

¡Pobres pobres! ¿Más arruinados todavía? La harina, las patatas, el azúcar, la carne, las ropitas... ¡todo por las nubes! ¡Y el invierno encima!

Dicen que son *los bajistas* los culpables.

¿Y quiénes son los bajistas?—preguntamos.

—Los bajistas son los amos de todo: los que paralizan buques y trenes para que los productos, sin salida, se abaraten...

—¿Y no hay alcistas?

—Sí, los alcistas son los mismos bajistas cuando ya lo acaparan todo: por eso pasamos hambre y miseria, aunque somos productores de trigo, de carne, de azúcar, de lanas, y aunque estamos abarrotados de todo... ¡Ni leñas tendremos este invierno en el país de las selvas vírgenes!

—¡Ni leñas!

—No, señor: como las leñas, en poder de grandes negociantes, han alzado á un precio enorme, no las usarán ni los ferrocarriles que sustituían con ellas el carbón de piedra. Acuérdese

de lo que le digo: los trenes quemarán maíz en sus máquinas usándolo como combustible.

—Pero eso sería una infamia. ¡Quemar el pan nuestro, pasando hambre en todo el mundo los hijos de Dios!

Tómelo con calma; es lo de siempre. *Los bajistas—alcistas* no tienen, siquiera mala intención: sencillamente son irresponsables por falta de mentalidad y de sensibilidad. La prueba la tenemos en que absurdamente amontonan y amontonan oro sin saber para qué lo quieren.

—Pero hacen mucho daño.

—Pues tampoco lo saben. Los puede usted ver sonriendo en todas partes, como perfectos idiotas, sin darse cuenta del horrible crimen de lesa humanidad que están cometiendo. ¿Usted se figura que han pensado estos hombres, ni una vez, en el imperdonable sacrilegio cometido, por culpa de ellos, de prodigiosas cosechas de uvas dejadas perder, de montañas de pescado dejado pudrir en las playas, de campos de caña de azúcar quemados exprofeso y de este vaticinio infame de usar como combustible el pan nuestro de cada día?

—¿Pero no hay medios de retener y conservar los productos, atendiendo á los productores con créditos y demás facilidades para que no perezcan?

—Hay medios sencillos que están en las manos de los que gobiernan.

—¿Y qué hacen los que gobiernan?

—Los que gobiernan suelen ser también *alcistas-bajistas* y duermen el sueño de los justos.

Vicente Medina.

LO QUE SE LLEVA LA MUERTE

UN GRAN POETA INÉDITO

"Porque lo que hay en mí que vale algo, eso... ¡ni lo pudiste sospechar!"

Bécquer

Lázaro Sánchez Pinto no figura en ninguna antología. Tampoco sus versos se han coleccionado en un libro. Es más: sus mismos paisanos — excepción de una minoría seleccionada — ignoran que con su muerte se malogró un gran poeta, digno hermano espiritual de Bécquer y Vicente Medina.

No hay que culpar á nadie de este olvido. Fué el propio interesado quien se opuso siempre á que las trompetas de la Fama sonasen en su honor. Al obrar así, procedía cual un verdadero poeta. Como su poesía era íntima — fruto agridulce de la pasión intensa que le llevó al sepulcro cuando aún no contaba treinta años —, jamás quiso entregar á los canes de la murmuración los duelos de su alma. No fué el ansia de renombre lo que le impulsó á rimar sus ideas. Sin aquel amor inextinguible que mató en flor sus ilusiones más acariciadas, Lázaro Sánchez Pinto no hubiera legado á la lírica española los mágnificos acordes de su arpa es-

céptica y sentimental. Claramente se ve reflejado su desdén de las vanaglorias en estos versos de una doliente epístola, dirigida á un amigo que le incitaba á la lucha:

Es mi vida amarga y triste.
Sólo ansío que sea corta.
Si me vencen, ¿quién lo sabe?
Si yo venzó, ¿á quién le importa?
Y por mí, ¿para qué lucho?
¡Lo que quiero es descansar!

Y es que este gran poeta ignorado, acreedor como ningún otro á que se le denomine el poeta de la melancolía, glosaba sus amarguras para desahogo de su corazón, como sedativo con que encalmar las conturbaciones del espíritu. Ya que no encontraba un alma gemela á quien confidenciar sus dolores, hacíalo al papel, cuya blancura era ante sus ojos como una limpia conciencia incapaz de traicionarle. Tanto había sufrido, tan hondos fueron sus desengaños, que por fuerza tenía que recelar de los hombres. Aquel amor, en que puso todos los ensueños de su imaginación ardorosa, y del cual hizo dogma y guía de su existencia, al dejar en su corazón la cicuta del desengaño, envenenó por entero su alma, empujándola á un pesimismo incurable...

Sin duda á ello obedeció su desdén de la forma. Lo que en Bécquer — según su biógrafo Rodríguez Correa — fué sólo propósito de huír de la ilusión del consonante y del metro para no herir el ánimo del lector más que con la importancia de la idea que quería expresar, era expontáneo en Lázaro Sánchez Pinto, quien, por no aspirar á que la posteridad recordase su nombre,

no se cuidó sino de reflejar fielmente sus sentimientos. ¿Qué le importaba la gloria si había perdido la ilusión más preciada de su vida?

¡Ensueños que endulzaban mis horas de amargura!
Al fin y al cabo ¡sueños! Los sueños son locura,
y el tiempo, inexorable, mis sueños destruyó...

Así decía cuando, vencido por todos los dolores, marchaba hacia la Argentina buscando el olvido en la vorágine de la gran urbe. Pero era tan grande aquella llama en que ardía su pecho, que cuanto más distante de la mujer ingrata, más imperecedera se le hacía su memoria.

Evocando tristes recuerdos queridos,
¡cuántas tardes paso tras de mi vidriera!

Y luego de expresar la infinita melancolía de su espíritu, su corazón atribulado invocaba al cielo:

...Dios mío:
la niebla se esfuma si el sol aparece:
las flores renacen cuando es primavera:
y el soplo de Mayo los rosales mece
cubiertos de rosas de bellos colores;
si todo revive, si esa es tu virtud,
¡ven, ven, Primavera!
No dejes que muera
soñando en mis tristes y locos amores.
¡Tráeme la alegría de mi juventud!



Árbitros

Toda la obra de Lázaro Sánchez Pinto gira en torno de este amor inolvidable, que es como un *ritornello* de todos los instantes de su vida. A veces la melancolía se torna en aspereza, y entonces sus versos adquieren rotundas audacias:

...No cedo á la fatiga:
bien sé que cuando muera no habrá una mano amiga
para cerrar mis ojos; mas de mi ensueño en pos,
nada me importa y quiero quedar en los abrojos
de mi árido camino, y que queden mis ojos
fijos siempre en el cielo, como retando á Dios.

No obstante estas exaltaciones fueron poco frecuentes. La nota predominante era la dulzura, la resignación melancólica. Del estado de su espíritu puede juzgarse por estas estrofas:

Por eso, triste y solo, vivo como alma en pena,
huyendo del bullicio, buscando soledad...
Yo, cual un presidiario, arrastro mi cadena.
Y, sin embargo, adoro al juez que me condena,
al que me niega todo: amor y libertad.
Y en estas rudas noches en que olvidar ansío
su nombre y su recuerdo, y en que es vano luchar,
voy perdiendo la vida... No vuelve atrás el río
ni olvida el desgraciado... ¡Perdóname, Dios mío:
la adoro cual si fuese la virgen del altar!

Pero donde mejor se refleja la delicada ternura de sus sentimientos es en esta composición:

Junto al pie del muro donde se sentaba

cuando me esperaba,
había un rosal;
un rosal enfermo que no daba flores,
pero que adornaba con verdes colores
el blanco mural.

Detrás de aquel muro está, todavía,
la bella terraza, en donde tenía
mi amada más flores que todo un jardín:
flores tan hermosas
cual rojos claveles y fragantes rosas,
unas "santas noches" y un blanco jazmín.

Y entre tantas flores, fué su preferido
aquel rosal triste: á fuerza de cuido,
le dió nueva vida, le hizo renacer...
Y el rosal enfermo pagó sus favores
cubriendo la tapia de amarillas flores:
flores de tristeza, algo de su sér...

Más se fué muy lejos y dejó mi amada
tristeza en las flores, la casa cerrada...
¡Con su marcha, todo dejó de vivir!
Y el rosal enfermo, falto de cariño,
lo mismo que un niño
se dejó morir.

¡Oh, mi bien amada! ¡Oh, mi virgencita!
¿Por qué si á tu vista todo resucita
y tu ausencia mata, te ausentas así?

El rosal enfermo, murió de no verte.
tu ausencia y tu olvido causaron su muerte.
¡Lo mismo, lo mismo me pasa hoy á mí!

Otra de las composiciones que le proclaman hermano espiritual de Vicente Medina es la que tituló *Tu carta*, y que dice:

Yo guardo, alma mía, tu postrera carta
en donde me dices que tu amor ha muerto.
Y siempre que leo sus páginas, lloro,
y en mi amargo duelo,
le pido á tu santo, como á tu patrono,
que tú nunca sufras lo que estoy sufriendo:
que el hombre que quieras te quiera á ti mucho,
¡como yo te quiero!;
que nunca se empañen tus días felices
por la negra sombra del remordimiento;
que tú nunca sepas
que de pena muero,
y que ignoren siempre tu esposo y tus hijos
que un día mintieron
ternuras, promesas
y amores eternos,
tus labios de grana,
tus ojos de fuego...
Que yo con tu carta, ya casi ilegible
por las muchas lágrimas que sobre ella vierto,
haré que me entierren... ¡Y de mi sepulcro
no saldrá el secreto!

¿Cabe pintar el amor con matices más elevados y con acentos más sinceros? ¿Cabe mayor naturalidad en el lenguaje? ¿Es po-

sible expresar á un tiempo mismo la pasión y el dolor de tan fácil manera? Esa noble resignación, esa melancolía conmovedora, aparece indistintamente en todas sus concepciones:

¡Ay! Yo creí que el tiempo apagaría
este fuego en el cual muero abrasado.
Pero, ¡cómo ha de ser! Ni te he olvidado,
ni te podré olvidar, amada mía.
Los decretos de Dios son un arcano,
y es decreto de Dios que yo te quiera.
¿Quién no cumple un decreto sobrehumano?
Tú me olvidaste ya. ¡Decreto era!
Y no te culpo, no; seré tu hermano.

Pero en vano quiso apagar la sed esta transición espiritual de su cariño. Cuando, á punto de morir, regresó á la isla de Tenerife buscando el reposo que su agitado espíritu necesitaba, su musa doliente y sensitiva aún tuvo alientos para lanzar un último gemido:

¡Ayer la ví! La he visto y he sufrido,
pues el amor aquel que, con congojas,
arranqué de mi pecho dolorido,
pujante ha renacido,
como del árbol viejo nuevas hojas...

◆

Ya el arpa melancólica no glosa los dolores de su dueño. La Muerte, más piadosa que la mujer por quien tanto sufriera el

poeta cerró dulcemente los ojos de tan fiel amador. En un crepúsculo triste del mes de Marzo fuése hacia lo incognoscible el alma atormentada de Lázaro Sánchez Pinto, tan grande y tan bella como el Teide que le vió nacer. Fué en 1913. Después de cuatro años de olvido, un cronista irreverente saca al mundo el secreto de sus amores. ¡Que nos perdone su bondad, como perdonar supo á la que tan honda herida causó á su corazón!

Eduardo Andicoberry

De *Nuevo Mundo* 23-11-1917.

EL AMOR DE LOS AMORES

EL CORAZON NO OBEDECE— Es en vano que con amorosas palabras quieras cautivarme... ¡tú no sabes del frío que dejaste en mi corazón! El ruiseñor azul que en él cantaba ha enmudecido... Ya no musitan mis labios tu nombre con el fervor de una plegaria!...

La fé no vuelve, pasó el amor... y, sin embargo, ¿por qué tienen lágrimas mis ojos al volver á escribirte y recordar nuestro pasado de ilusiones?

Tu adiós definitivo si no respondo á tu amor, desgarra mi alma!

¡Y no puedo quererte, y por eso lloro!...

Adria de Villatáz

¡Oh, fuente de lágrimas: es en tí donde nace el amor de los amores!

P. S.

En amor ha traído las penas el imperativo ó suplicante "¡ámame!"

No imponga amor, el amor, sino busque amor y sea su dulce invocación el "¿Me amas?"

No podemos crear gérmenes.

El amor es el germen único.

No podemos crear amor: podemos cultivarlo y acrecentarlo.

Para cultivar el amor, no hay como la blandura del sentimiento y la ternura de las lágrimas.

Y cultivando el amor en su variedad más fina, *amor puro*, si no vamos á las fecundas sordideces de la carne, iremos á las fecundas generosidades del espíritu y llegaremos al amor desinteresado y sereno en que cabe todo amor... ¡Oh, amor de los amores!

P. Saroso

¡CHE, EL TIPO ESE!...

El Amor es un mal bicho: estropea muchas cosas.

Parece que en las relaciones, más ó menos galantes, entre hombres y mujeres, se impone la intervención de ese tipejo impertinente, apremiante, imprudente, que provoca constantemente situaciones difíciles, ridículas y casi siempre embarazosas... Y no debe ser.

¿Por qué no ir prescindiendo en nuestras relaciones, entre mujeres y hombres, de ese niño cargante? ¡Dichoso Amor!

Una niña, más bonita que un cielo: llora... Otra hermosa y buena como un angel, se desayuna con fósforos, para reventar de una vez... Un buen muchacho todo cordura, se dispara de pronto haciendo versos, el infeliz loco de remate... Y á este paso no pararíamos de contar: Una chica que le pega un tiro á un chico... Un chico que se lo pega á una chica... Y el abismo y la desesperación y el precipicio... Y cartas van y cartas vienen, llevando los pobres carteros en sus manos, sin saberlo, venenos, puñaladas y bombas cargadas de ácido prúsico, y enardecedores vientos cálidos del Trópico, ó de los Polos los glaciales fríos... ¡Pues caramba! ¡Pobres carteros inocentes sin saber que llevan en sus manos el mal y la pena y la duda y el tormento!

¿Y quién tiene la culpa de todo?

¡Quién la ha de tener!

Ese dichoso niño cargante que se llama Amor.

Por eso lo mejor, amiguitas mías, es que prescindamos de él en nuestras relaciones de hombres y mujeres.

Vereis como, prescindiendo de ese tipajo, nuestra amistad es amistad y nuestro cariño, cariño.

Y prescindiendo del Amor seremos leales, buenas, generosas, tolerantes y no nos pelearemos por exceso de amor como se pelean casi todos los amantes... ¡Pavos! El querer debe ser querer á toda costa, sin hacerle caso al Amor... ¡El tipo ese!

P. Saroso

MI ETERNO TEMA

Eras joven, yo era viejo...
Solíamos engolfarnos en larga conversación...
tú elejías temas graves
¡y yo te hablaba de amor!

Tú hablabas desconfiada
é ingenuo te hablaba yo...
Tú parecías mi madre tratándome como á un niño,
¡y yo te hablaba de amor!

Tú pensabas, yo reía...
era como una partida que jugábamos los dos:
tú ponías la cabeza,
¡yo ponía el corazón!

Tu frase era contenida,
mi palabra era efusión...
Tus temas eran variados,
¡yo, siempre, hablaba de amor!

Mateo Panedi

MIDAMOS LAS FUERZAS DE LOS NIÑOS

Si tenéis à vuestro cargo una sección de ejercicios físicos y en esta sección varios niños á los cuales educais, suponemos que, conforme al desarrollo y fuerza de cada uno, será el trabajo que les hagais hacer. No haréis levantar una pesa de diez kilos al que difícilmente puede con la de cinco. Procuraréis graduar y desarrollar su fuerza con pesas pequeñas para que llegue á levantar las grandes.

Tampoco el objeto de aquella educación física será el de que puedan los niños levantar precisamente aquellas pesas. Tendréis por objeto el que los niños se desarrollen y sean vigorosos.

Pues esto que será norma en una sección de ejercicios físicos, pensamos que debe serlo también en todo trabajo de educación.

¿Cómo exigiréis el mismo esfuerzo á todos los niños de una sección, marcando una lección de memoria ó pidiendo, en cualquier otra cosa, el mismo esfuerzo mental á todos?

Ajustemos nuestro plan de enseñanza á la capacidad y fuerza de los niños: no los atormentemos con excesivas cargas á su memoria ni con explicaciones fatigosas que no puedan soportar. Tratemos de medir las fuerzas de los niños, procuremos su natural y saludable desarrollo y abramos cauce libre á sus energias...

No pidamos rigurosamente que los niños levanten tales y cuales determinados pesos, ni que aprendan fielmente tales y cuales cosas... procuremos ¡eso sí! que se desarrollen saludables y alegres y que sean fortachones y vivos.

Vicente Medina.

ROSA MIA DE TÉ!

Eres esbelta y eres de perfil delicado:
de un blanco desvaido la mejilla y la sien...
Eres en un flexible tallo una medio abierta
rosa de té...

Cuando en la bella noche, enamorada y tierna,
de mi brazo prendida te llevé,
lánguida te inclinabas... ¡qué elocuentes
las rosas idas de tu fina tez!...
Sobre mí te abatías
yo te miré...
¡oh tu divina
y desvanecedora palidez!..
¡oh el desmayado rosa de tus frías mejillas,
que las noté
frías como los pétalos cuajados por la escarcha,
cuando te las besé...

Como apoyo en el tronco busca la tierna rosa,
sobre mí te dejaste dulcemente caer
y yo entonces pensaba:
¡Rosa mía de té,
de los blancos desmayos divinos,
espléndida en mis brazos, de amor abreté!...

Sigue á mí prendida,
rosa mía de té:
con tus brazos (tus tallos flexibles)
enlazamé
hasta que tus pétalos, un día ya mustios,
junto al viejo tronco los dejes caer...

Vicente Medina

ALGO SOBRE LENGUAJE

En la asamblea recientemente celebrada por una institución cultural, su presidente estimuló á los asociados á ejercer, por diversos modos, una acción constante encaminada á depurar el lenguaje "para evitar que en nuestro país y en las demás repúblicas hispano-americanas se corrompa y trasforme en hablas diversas, en neo-castellano, lo que constituiría un resultado funesto, de lesa cultura".

No pretendemos apurar el tema en las ligeras observaciones que van á seguir, observaciones de carácter social más que lingüistico, si bien los fenómenos sociales obran é influyen de modo decisivo en la estructura del lenguaje hablado.

El lenguaje es creación de los pueblos, una creación en proceso continuo. El léxico oficial, el diccionario, es la obra de selección realizada por los mejores cultores del idioma, en el supuesto, claro está, de que sean realmente los mejores los que forman las academias. Esta depuración idiomática, realizada por los institutos de cultura, vuelve al pueblo, difundida principalmente por literatos, poetas y oradores, que ponen en circulación los aciertos expresivos de filólogos, etimologistas, gramáticos, lexicógrafos y demás profesionales de la ciencia ó estética del lenguaje.

Tal es, en breves líneas y forma somera — pues la materia es inagotable — el lento proceso de depuración y enriquecimiento de una lengua.

Aparte de otras razones de orden puramente filológico, el enriquecimiento de una lengua está relacionado con la extensión que el instrumento verbal ha logrado, y comprende, por lo tanto, no pocos problemas relativos á la etnología, geografía, historia y proceso social de las diversas comarcas que vierten su pensar y sentir en el mismo idioma. El castellano es hoy el lenguaje de veinte pueblos, tendidos en una extensión territorial enorme.

Juzgando por el radio geográfico que ocupan, la gran lucha lingüística futura se librará entre el inglés y el castellano. Y no son pocos los filólogos y sociólogos que, en esta lucha de absorción creen en el triunfo del último. Este problema lingüístico cuya solución guardan los siglos futuros suele ser tópico constante de muchos escritores norteamericanos.

Extendida la lengua castellana sobre todo un Continente, no puede ella encerrarse en los moldes exclusivamente peninsulares. A su dilatación y enriquecimiento tienen que contribuir los nuevos pueblos con nombres de cosas, calificativos y modos de expresión propios de sus costumbres y psicología privativa. La naturaleza americana, por ejemplo, la vegetación, la fauna y la flora son distintas y tienen una nomenclatura propia, tradicional, sancionada definitivamente por el uso. Y he aquí cómo es inevitable, y además útil y necesario, que el castellano reciba é incorpore á su léxico palabras, aztecas, incásicas, querandíes, quichuas, etc., ya que es más fácil admitir nomenclaturas creadas que formarlas nuevas, las cuales, en la hipótesis de que se formasen con raíces latinas ó griegas, quedarían inanes, sería lenguaje muerto, sin circulación viviente en labios del pueblo.

El léxico oficial ha de tener un concepto amplio, liberal en su acción asimilativa, un concepto, en fin, correspondiente á la difusión alcanzada por el verbo en vastísimas y lejanas comarcas. Tal es la tendencia del idioma inglés, que no teme el aluvión incorporativo procedente de las regiones en que se habla. La Academia Española, encargada de formar el léxico, depurarlo, pulirlo y darle la mayor belleza posible, muéstrase en este punto excesivamente conservadora, no admitiendo en las sucesivas ediciones del diccionario muchas voces de uso corriente y arraigo definitivo en los pueblos americanos. Quizá consista ello en que aun no se han creado en el Continente institutos y academias que, estableciendo frecuente comunicación con la española, la mayor autoridad en la materia, realicen, después de concienzudo exa-

men, la incorporación al léxico de aquellos "americanismos" que por su arraigado uso, precisión nominativa y belleza eufónica merezcan esta inclusión. Por lo que toca á la naturaleza, á la fauna, la flora, la vegetación, el arbolado, etc., ó se quedan muchos de sus productos, originarios exclusivamente de América, sin nominación en el léxico oficial, ó se adopta el que nos legaron las muertas lenguas indígenas, nombres de uso corriente y definitivo en el castellano que hablamos y escribimos los americanos, que no se diferencia — aparte corrupciones y modismos inadmisibles — del castellano de Castilla.

Sobre estas corrupciones y modismos queremos decir algo para terminar esta breve nota. Una cosa es propugnar y defender la amplitud del vocabulario, su americanización, con aquellas voces denominativas de cosas propias, y otra muy distinta admitir esos barbarismos de construcción y acento que desdoran afean y envilecen el lenguaje. Para cuantos poseen el sentido estético del habla es horrible decir *vení* por ven, *andate* por vete, *decile* por dile, *oime* por óyeme ó escúchame, *vos* por tú, *caminá* por anda, *movete* por muévete, *trepidar* y *trepido*, por vacilar y vacilo, *parate* por detente, *lo que lo ví venir* (¡horrible!) por cuando le vi venir, *retar* y *reto* por reprender y reprensión, y tantas otras palabras y locuciones que producen dentera al escucharlas. Todos estos vicios de construcción deben corregirse en gracia á la estética del lenguaje. Hablar bien es una de las más bellas actividades del espíritu. La trasparencia del pensamiento revélase en la palabra límpida. Felizmente se ha iniciado ya en nuestras altas clases sociales, especialmente entre las señoritas, una saludable tendencia hacia el bien decir, eliminando esos inadmisibles adefesios de expresión que acusan escaso sentimiento estético del idioma y un mal gusto deplorable.

Pero existen en cambio, algunos *argentinismos*, algunas palabras de singular fuerza expresiva que merecen su inclusión en el léxico oficial Pondremos dos ejemplos, entre otros que pudie-

ran ofrecerse. La palabra *atorrante* y el verbo *atorrar* no tienen equivalente en el castellano oficial. Vago. haragán. negligente, dejado. miserable. astroso. etc., no tienen la significación sintética é integral de *atorrante,* que refleja el último grado de abandono. el más franco y desfachatado renunciamiento á la vida civilizada, el hundimiento total de la personalidad. Diógenes. el clásico atorrante filosófico. hubiera encontrado muy justa y muy onomatopéyica esta palabra. Máximo Gorki. el célebre escritor ruso. ha puesto un título muy acertado á una novela en que abundan los atorrantes. más ó menos meditativos. *Los ex-hombres.* Eso es precisamente un atorrante: un exhombre. Pero más fuerza expresiva y más plasticidad que este calificativo de Gorki, un poco afectado de trascendentalismo. tiene el vocablo argentino para designar á estos renunciantes de la vida civil. del tráfago del mundo y de sus pompas y vanidades. Nuestro *atorrante*. en suma. merece, por su expresiva significación. ser incluído en el léxico oficial.

Merece igualmente esta inclusión otro argentinismo: el *tilingo.* Tampoco tiene el léxico oficial un equivalente tan preciso y sintético. Mentecato. memo. tonto. simple. pueril. ñoño. soso. insulso. etc. no tiene la fuerza expresiva ni la gracia onomatopéyica de *tilingo.* que además de los adjetivos señalados comprende estos otros: mequetrefe. petimetre, chacharero ó hablador sin sustancia. entremetido. pisaverde. presumido. Periquito entre ellas. en fin. *tilingo,* que es insustituible y definitivo para calificar el conjunto de naderías que pueden constituir la mísera personalidad espiritual de un hombre.

Pero la Academia Española es un poco remisa para aceptar estas voces admirables. creadas por la fantasía y por el instinto lingüístico del pueblo. Durante más de medio siglo se ha resistido á la adopción del vocablo *cursi,* un gaditanismo (la palabra nació en Cádiz) con que se alude á la afectación de elegancia en el vestir, y, por extensión, á todo género de afectaciones. La pa-

labra logró un éxito extraordinario en labios del pueblo, que la convirtió en un término insustituíble para calificar diversos modos de fatuidad que ofrece la pobre criatura humana. Al fin, el escrúpulo académico salió vencido por el pueblo, que no entiende de etimologías, pero que es un acertado bautista ó bautizante, y no hubo más remedio que incluir en el léxico oficial el *cursi* y la *cursilería*. Por espacio de media centuria, los académicos decían y escribían *cursi*, pero no consentían se incluyera en el léxico oficial. Sin duda no podían tolerar que el pueblo se metiera de rondón en la Academia, á crear términos con tan notorio éxito entre los mismos académicos.

El lenguaje está en constante evolución y progresivo desarrollo, doblemente cuando abarca numerosos pueblos de naturaleza y costumbres distintas. Y no reside la impureza en la aceptación de voces nuevas, de neologismos, sino en los vicios de construcción y acento, como los ya señalados, que adulteran el genio de la lengua. Hay que hablar bien, es decir, construir correctamente, ateniéndose para ello al principio eterno del poeta latino: "Los adornos de la doctrina y de la elocuencia consisten en el decir perfecto, en una buena pronunciación y en los ademanes convenientes, recursos con que el instruído acomete de tres modos á los hombres: penetrando los oídos, halagando los ojos é invadiendo los ánimos."

La Prensa 11-2-1918

JUVENTUD, EGOLATRIA

Se han metido duramente con Pío Baroja por este libro. No hay razón. Alabamos la virtud de la sinceridad, pero si alguien sinceramente nos dice una crudeza que piensa de nosotros, al punto nos enojamos.

Este libro de Baroja, á pesar de sus crudezas, no hace daño á nadie Unicamente al propio Baroja puede perjudicarle ante el concepto social. ¿Pero el concepto social es algo?

Y, particularmente, á unos puede parecerles mal y á otros puede parecerles bien. A nosotros nos parece muy bien este libro. ¿Por qué? ¿Porque se mete con alguien? ¡No! Cuando el autor se mete con alguien en este libro, no pensamos sino en el autor mismo, viéndolo tal y como Dios lo ha hecho. Y este es el gran mérito de este libro: la expontaneidad, la sinceridad, la brusca y graciosa ingenuidad.

¿Por qué buceamos en la obra de autores amados y admirados, sino en busca de la personalidad de los mismos? ¿No serían un tesoro, en la actualidad, libros como éste tan íntimo de Baroja, y más íntimos y crudos que nos los hubiesen dejado los genios de la literatura?

¿Qué menoscabo han de acarrear á la gran obra literaria de Baroja las cuatro intemperancias de "Juventud, egolatría"?

¿Qué merman hoy la gloria de Cervantes aquellas miserias de cobrador de impuestos, ni qué pueden rebajar la belleza de la obra de Oscar Wilde las fealdades de la triste historia del autor de la *Balada de la cárcel?*

Dice Baroja, hablando de absoluta sinceridad, en "Juventud, egolatría":

"Instintivamente, cuando se pone uno delante de un fotógrafo, finge y compone el rostro; cuando habla uno de sí mismo, finge también".

La sinceridad de Baroja descubre su propia insinceridad.



Héroes

Y ahí tenemos al gran observador: ¿Qué sabemos ni de nosotros mismos? Sinceridad, sinceridad, sí... mejor digamos expontaneidad, lealtad... ¿Pero y la verdad?

Vicente Medina.

Damos á continuación, como muestra, algunas páginas del libro "Juventud, egolatría":

AMOR INTELECTUAL

El escritor tiene derecho á zafarse de este ruido monótono de los cañones y de los sables; podemos impunemente tejer telas de araña con las ideas y los sueños en nuestras guardillas y en nuestros mechinales, porque esas telas de araña son, á veces, algo, y el ruido de los cañones no es nunca nada. Sólo lo que pasa á ser intelectual tiene valor para la conciencia. Dediquémonos, pues, sin remordimiento, á pensar en los motivos eternos de la vida y del arte y escribamos sobre ellos.

—Yo cultivo con cariño este amor intelectual é inactual y esta sordera de lo presente. Escribo como si el mundo viviera en paz. Voy vaciando el espíritu en los eternos moldes, sin esperar nada de ello.

Quizá al lector le parezca impropia la petulancia del autor en algunos pasajes; quizá en todos encuentre al autor impertinente y ridículo. He querido lucir y sacar al aire mi vanidad y mi egoismo para que no me vaya ahogando la tendencia ascética.

. . . .

Para mi es ésta una obra de higiene.

LA RAIZ DE LA MALDAD DESINTERESADA

La maldad del hombre no es una maldad activa, teatral é interesada, sino la maldad pasiva, torpe, que nace del fondo del animal humano, una maldad que casi no es maldad.

Decid á un hombre que su amigo íntimo ha tenido una gran

desgracia. Su primer movimiento es de alegría. El mismo no lo nota claramente, él mismo no lo sabe: sin embargo, el fondo es de satisfacción. Ese hombre podrá poner al servicio de su amigo su fortuna, si la tiene, y su vida; todo esto no impedirá que su primer movimiento de conciencia al saber la desgracia de una persona querida haya sido un movimiento turbio, muy próximo al placer.

LA SENSIBILDAD

En mis libros, como en casi todos los libros modernos, se nota un vaho de rencor contra la vida y contra la sociedad.

El rencor contra la vida es más viejo que el rencor contra la sociedad.

El primero ha sido siempre el lugar común de los filósofos.

La vida es absurda. la vida es difícil de dirigir, la vida es como una enfermedad, han dicho la mayoría de los filósofos.

Cuando el rencor humano se dirigió contra la sociedad, entonces hubo el interés de exaltar la vida. La vida es buena; el hombre es, naturalmente, magnánimo —se dijo—La sociedad es la que le hace malo.

Yo estoy convencido de que la vida no es buena ni mala, es como la Naturaleza: necesaria. La misma sociedad no es tampoco buena, ni mala. Es mala para el hombre que tiene una sensibilidad excesiva para su tiempo; es buena para el que se encuentra en armonía con el ambiente.

Un negro puede ir desnudo por una selva en donde cada gota de agua esté impregnada de millones de gérmenes palúdicos, en donde haya insectos cuya picadura levante abscesos y en donde la temperatura se eleve á más de cincuenta grados á la sombra.

Un europeo, acostumbrado á la vida protegida de la ciudad, ante una naturaleza como la tropical, sin medios de defensa, moriría.

El hombre debe tener la sensibilidad que necesita para su

época y para su ambiente; si tiene menos, vivirá como un menor de edad: si tiene la necesaria, vivirá como un hombre adulto: si tiene más, será un enfermo.

EL PATRIOTISMO DE DESEAR

Yo parezco poco patriota, sin embargo lo soy. Yo no puedo hacer que mi calidad de español ó de vasco sean las únicas categorías para mirar el mundo, y si creo que un concepto nuevo se puede adquirir colocándose en una actitud internacionalista, no tengo inconveniente en dejar momentáneamente de sentirme español y vasco.

A pesar de esto, tengo normalmente la preocupación de desear el mayor bien para mi país, pero no el patriotismo de mentir.

Yo quisiera que España fuera el mejor rincón del mundo, y el país vasco el mejor rincón de España.

Es éste un sentimiento tan natural y tan general que no vale la pena de explicarlo.

Para muchos, el patriotismo único es el patriotismo de mentir, lo que, para mí, es más que un sentimiento una retórica.

Estos patriotas falsificados suelen contender con frecuencia con unos internacionalistas falsificadores.

—Sólo lo nuestro es bueno—dicen los primeros.

—Sólo lo de los demás es bueno — dicen los segundos.

La verdad nacional, calentada por el deseo del bien y por la simpatía, creo yo que debe ser el patriotismo.

LA TRAGICOMEDIA SEXUAL

La cuestión sexual es muy difícil abordarla y hablar de ella de una manera limpia y digna. Y, sin embargo, ¿qué duda cabe que lleva en sus entrañas la resolución de una porción de enigmas y de oscuridades de la psicología?

¿Qué duda cabe que la sexualidad es una de las bases del temperamento?

Todavía se puede poner la cuestión en términos científicos y muy generales, como lo ha hecho el profesor Freud; lo que no se puede es llevarla al terreno de la práctica y de lo concreto.

Yo estoy convencido de la repercusión de la vida sexual en todos los fenómenos de la conciencia.

Para Freud, un deseo que queda no satisfecho, produce una serie de movimientos oscuros en la conciencia, que se van almacenando como la electricidad en un acumulador. Esta acumulación de energía psíquica tiene que producir un desequilibrio en el sistema nervioso.

Este desequilibrio nervioso, de origen sexual, producido por la extrangulación de los deseos, da una forma á la mentalidad.

¿Cuál ha de ser la conducta del hombre en esa época crítica, desde los catorce hasta los veintitrés años? Será casto, dirá un cura cerrando los ojos con aire hipócrita, y después se casará para ser padre.

El hombre que pueda ser casto, sin dolor desde los catorce á los veintitrés años, es que es un temperamento especial. Este no es el caso corriente. Lo corriente es que el hombre joven no sea casto, no pueda serlo.

La sociedad bien percatada de ello deja un portillo abierto para la sexualidad que no tiene interés social: el portillo de la prostitución.

Como las colmenas tienen las abejas obreras, la sociedad tiene las prostitutas.

Después de unos años de vida sexual extramuros, en los fosos de la prostitución, el hombre normal está preparado para el matrimonio, con el vasallaje á las normas sociales y á las categorías más absurdas.

No hay posibilidad de escaparse de este dilema que plantea la sociedad:

O sumisión ó desequilibrio.

Tratándose del hombre acomodado, con dinero, la sumisión no es muy dura, basta con el acatamiento de fórmula. La prostitución alta no ofende la vista, no tiene las lacras de la prostitución pobre. El matrimonio es también cómodo para el rico. Para el pobre, la sumisión tiene que ir unida con la vergüenza.

Frecuentar la prostitución baja es codearse, convivir con lo más vil de la sociedad, casarse después sin medios es tener que caer diariamente en el envilecimiento continuo, es no poder sustentar una convicción, es tener que adular á un superior en categoría, en España más que en ninguna parte, en donde todo se consigue aun por acción personal.

¿Y si uno no se somete? Si uno no se somete está perdido. Está irremisiblemente condenado al desequilibrio, á la enfermedad, á la histeria.

Es el andar rondando el otro sexo como un lobo famélico, es el vivir obsesionado con ideas lúbricas, es pensar en la estafa y en el robo para resolver la existencia, es ser la oveja sarnosa que el pastor separa.

Yo, desde la juventud, vi claramente el dilema, y siempre dije: No; antes la enfermedad, antes la histeria que la sumisión.

La enfermedad y la histeria han venido á posarse en el fondo de mi conciencia.

Si yo hubiera podido seguir mis instintos libremente en esa edad trascendental de los quince á los vinticinco años, hubiera sido un hombre tranquilo, quizá un poco sensual, quizá un poco cínico, pero seguramente nunca un hombre rabioso.

La moral de nuestra sociedad me ha perturbado y desequilibrado.

Por eso la odio cordialmente y la devuelvo en cuanto puedo todo el veneno de que dispongo. Ahora, que á veces me gusta dar á ese veneno una envoltura artística.

LOS VELOS DE LA VIDA SEXUAL

Yo no siento espontáneamente ese entusiasmo que ha cantado Zola por la fecundidad; es más, me parece una superstición; quizá sea yo un tipo de final de raza, es posible. Entre esa devoción del sentido de la especie de los repobladores y la preocupación puramente individual de los malthusitanos, estoy con los últimos. En esta cuestión sexual yo no veo más que el individuo que queda perturbado por la moral sexual.

Con el tiempo, esta cuestión habrá que aclararla, habrá que mirarla sin misterios, sin velos y sin engaños. Como se estudia la higiene alimenticia á la luz del día, se estudiará también la higiene sexual.

Actualmente caen sobre la vida sexual: primero la idea del pecado, después la idea del honor, luego el temor á la sífilis y á las otras enfermedades sexuales, y todo esto se baraja con ficciones místicas y literarias.

Claro que casi siempre la moral sexual intensa no es más que un disfraz de la economía. Veamos claro en todo. No es cosa de ir pasando la vida y perdiéndola por una tontería. Hay que ver en lo que es, como decía Stendhal. Alguno dirá: ¡Estas envolturas, estos tapujos de la vida sexual, son vitales! Para la sociedad, lo son sin duda; para el individuo no lo son. Muchos dicen que el interés del individuo y los de la sociedad son comunes. Nosotros, los del individuo contra el Estado, no lo creemos así.

EN LA CONVERSACION

Yo.—Yo que casi me hubiera alegrado de ser impotente...

Los que me oyen. — ¡Qué barbaridad! ¿Cómo puede usted decir eso?

Yo.—¡Qué quiere usted! Para mí, como para la mayoría de los que viven y han vivido sin medios económicos dentro de

nuestra civilización, el sexo no es más que una fuente de miserias, de vergüenzas y de pequeñas canalladas. Por eso digo que yo casi me hubiera alegrado de ser impotente...

SOBRE LA SUPUESTA MORALIDAD DEL MATRIMONIO

Se dice que la soltería es cínica é infame. Inmoral, por lo menos es. ¿Y el matrimonio? ¿Es tan moral como nos lo pintan?

Yo, por lo menos, lo dudo.

Acerca del matrimonio, como acerca de todas las instituciones sociales de importancia, hay una serie de lugares comunes que convendría aclarar.

El matrimonio tiene su parte pomposa y solemne y su parte de museo secreto.

El matrimonio se quiere dar como una fórmula armónica en que colaboran la religión, la sociedad y la naturaleza.

¿Lo es así? Es un poco dudoso. Si el matrimonio no tuviera más fin que el hijo, el hombre debia cohabitar con la mujer hasta que ésta quedara embarazada. Desde este momento no debía de tocarla. Viene la segunda parte; la madre tiene un niño, el niño debe alimentarse con la lactancia materna. El hombre no debe cohabitar con la mujer en este período, á trueque de quitar al niño su alimentación natural.

La consecuencia de esto es que el hombre tiene que cohabitar con la mujer de dos en dos años, ó que tiene que haber fraude en el matrimonio.

¿Qué hacer? ¿Cuál es la moral? Hay que tener en cuenta que sobre la pareja humana pesan tres factores: uno, el más trascendental hoy, el económico; otro, también importantísimo, el social; el tercero, que va perdiendo importancia por momentos, pero que aún influye mucho, el religioso. Estos tres factores quieren moldear la naturaleza á su gusto.

La presión económica, la carestía de la vida, impulsa al fraude.

—¿Cómo vamos á tener muchos hijos?—dicen los matrimonios— ¿Cómo los vamos á alimentar y á educar?

La presión social empuja á lo mismo. La moral religiosa se aferra sobre su idea del pecado. aunque ve por días que la eficacia de su sanción disminuye.

Si la naturaleza tuviera voto en este asunto. seguramente optaría por la poligamia. El hombre es sexual constantemente y de igual manera hasta la decrepitud. La mujer tiene etapas: la de la fecundación. la del embarazo y la de la lactancia.

Con arreglo á la Naturaleza, no cabe duda que el sistema de unión sexual más conveniente, más lógico y más moral. sería la poligamia.

Contra la Naturaleza está la economía. ¿Quién va á tener cinco mujeres, cuando no se puede alimentar una?

La sociedad ha hecho del hombre un producto exclusivamente social, alejado de la Naturaleza.

¿Qué debe hacer la pareja humana. y. sobre todo. la pareja pobre? ¿Llenarse de hijos y entregarlos á la miseria y al abandono porque se los ha dado Dios. ó limitar su número?

A mí. si alguien me pidiera mi opinión. aconsejaría esto último. lo artificial, lo inmoral.

En el matrimonio hay ese dilema: ó el acochinamiento sucio del obrero pobre, del carabinero que vive en un cuchitril lleno de hijos. ó la vida limpia del matrimonio francés. que limita la prole.

Hoy toda la burguesía empieza á aceptar este último punto de vista. El matrimonio deja su moralidad en las zarzas... y hace bien.

Pío Baroja



Victimas



Rinconcito de paz,

en Rosario de Santa Fe. donde descansa La Compañera.

29 DE JUNIO DE 1918
TERCER ANIVERSARIO DE

LA COMPAÑERA

Véanse los números 12, 13 y 20
de "LETRAS"
OMOS DE 1916 y 1917

LEYENDO MI BREVIARIO

Lo inanimado es lo inmortal.

Muere cuanto vive.

Si queremos inmortalizar las cosas, hemos de pasarlas de nuestra vida á lo inanimado: al papel, á la tela, á la piedra, al bronce.

***

Producir es susistir.

***

Recordar es vivir.

Quien no recordara nada de su vida, podría decir que nacia á cada momento.

Quien recuerda sólo partes de su vida, quedando en ella algunas lagunas de olvido, puede decir que ha vivido y resucitado varias veces.

Quien recuerda toda su vida sin interrupción, ha vivido y vive...

Porque, en la vida, èl olvido es la muerte.

Recordar es vivir.

***

Si somos absolutamente sinceros nos podremos perjudicar.. ¡¿pero y la noble satisfacción de ser íntegros?! ¿Y el bien que hacer podríamos á nuestros semejantes y el que ellos podrían hacernos si todos nos confesásemos públicamente de nuestras flaquezas, odios, envidias, vicios, aberraciones é inclinaciones inconfesables?

Vicente Medina

CAMINO DE LA VERDAD

Los poetas, los artistas todos, los soñadores, los idealistas, protestan de *lo práctico*.

Se desvirtúan los términos de tiempo en tiempo, y debemos reintegrarlos á su justa significación y virtud.

De *la política* que es una cosa noble, altruista, administración pura de los intereses generales, morales y materiales, se ha hcho una cosa completamente contraria y repulsiva.

Igual ha sucedido con *lo práctico* que ha venido á ser la tendencia ruin de los vulgares materializados y desprovistos de todo ideal.

Y yo creo que *lo práctico* es todo lo opuesto á esa tendencia, desde que esa tendencia no es práctica en el más elevado sentido de la vida.

Lo práctico es *lo posible*: cómoda aproximación á realizacioción de la experiencia y de lo positivo con nuestras aspiraciones ideales.

Lo práctico es *loposible*: cómoda aproximación á realizaciones de ensueños y sensato y razonable vuelo á las inaccesibles cumbres de lo sublime.

No podemos vivir sin ser prácticos.

Y no hay nada más ideal, ya que vivimos, que regustar la vida.

Y no podemos regustar este incomprensible fruto del vivir (dulce, agraz, amargo,) si no somos acomodaticios, hábiles y sobre todo, prácticos.

La vida bien mondada es una fruta exquisita.

Pero la vida es una cosa muy dura y difícil de pelar.

***

¿La sinceridad cae dentro de *lo práctico*?

De *lo práctico* desvirtuado no: pero sí de *lo práctico* no desvirtuado.

El ambiente social no es de sinceridad y por eso es rechazada la sinceridad.

En el ambiente social se cotizan con altos precios muchos falsos valores y recordamos entre ellos la virtud, la fidelidad, el heroismo, la humildad, la laboriosidad, la fé, el honor, el patriotismo...

Consagrado un elevado culto á la noble sinceridad, muchos de estos falsos valores perderían totalmente su precio.

Y, en este caso, valdría más que nada la sinceridad: la verdad palpable.

Claro que, como vivimos en un ambiente convencional ó artificial ó viciado, no pasaríamos sin riesgo á un ambiente puro. ¿Cómo resistiríamos una oleada violenta de sinceridad por muy oxigenada que fuese?

Pero bueno será ir abriendo, poco á poco puertas y ventanas para que penetre el aire sano de lo verdadero.

Y no pido sinceridad por tendencia extravagante, sino sensatamente como el medio de acercamiento á un *ideal práctico*.

¿Habría que invocar los infinitos ejemplos en que el hablemos claros, el seamos francos, ó el seamos naturales, en una palabra la sinceridad, nos ha traído luz y armonía á los espíritus y bienes materiales en las imperativas necesidades que nos impone la naturaleza?

Señor, dentro del propio catolicismo, qué es la confesión, la confesión de los atribulados que sufren el combate de sus pasiones y de su naturaleza, sino acto digno y consagrado de sinceridad?

El juez, el médico, el sacerdote, nuestro padre, nuestra madre, nos han exhortado á decir la verdad, por Dios, por nuestra salud, por nuestra salvación, por nuestro bien.

¿Y, entonces, como no exaltarnos con una teoría de santa sinceridad?

Tratemos de ir acercándonos unos á otros con una sinceridad piadosa, conmiserada, tolerante...

No eres así, no soy así, yo soy de aquel modo... ¿Qué hacer si así nos hizo Dios? ¿Enmendar su obra? ¿Quién la comprendería ni quien podrá enmendarla?

No tenemos otra manifestación de Dios que la obra maravillosa é inabarcable del Universo.

Esa obra divina es Dios, Dios es la verdad. Vayamos á la verdad, respetando la obra divina.

Vicente Medina

CONFESION

¿A este querer tan vivo también lo han de enterrar?

En mis versos no hay *amor único, ni fidelidad eterna, ni constancia, ni volubilidad*... hay amor.

Es tan verdadero como el amor de *En la senda,* el amor de *La Compañera* y el de *Siempre me encontrarás.*

Mi vida, como tantas vidas, es una fugaz primavera de almendros floridos...

¡Cuántas flores divinas!... Unas cuajaron en duradero dulce fruto... Otras, de purísima blancura ó de rosada ilusión, flores de un día, se deshojaron y se perdieron en esta borrasca que nos trae y que nos lleva y que es el vivir y el morir.

***

He predicado sinceridad y he de ser sincero:

Mientras vivió mi mujer, *La Compañera,* soñé y poeticé á *Mi reina de la fiesta,* que me había abandonado echándose otro novio, con el cual se casó... A poco de casada murio *Mi reina de la fiesta*...

A mi mujer le hice en vida pocos versos. ¿Es que yo no la quería como á Rufina Crevillén la de *La carta del soldado* ó sea la mujer de *En la senda* y *Mi reina de la fiesta?*

¡Es que la muerte es la gran idealizadora!...

Y las cosas soñadas y suspiradas y no realizadas pasan á una muerte más idealizadora todavía: ¡la melancólica muerte de lo que no ha llegado á vivir!...

Pero yo quería á mi mujer Josefa Sanchez Vera, *La Compañera,* tanto ó más que á Rufina Crevillén. Había de ser *La buena amiga,* la Muerte, la idealizadora, quien diera testimonio de mi

ternura por tí. *Compañera mía, ¡Ahora que no te tengo!...*

Y el poema *La Compañera* es el más firme testimonio de aquel amor, tan puro y tan sincero como el más fiel amor.



Nuestra vida es así: una fugaz primavera de almendros floridos... Flores divinas. unas cuajadas en fruto y otras deshojadas que dejan de lo que fueron una vaga ilusión...

¡Una vaga ilusión!... ¡Qué labor la del tiempo!...

La mujer amada *En la senda* se ha ido alejando, alejando... y, desde que la Muerte me hizo el don de la idealidad de *La Compañera*, ¡triste gracia! aquella mujer ha seguido alejándose, alejándose, hasta perderse *En la senda*...

Ayer no sé por qué, me acordé de Rufina Crevillén ¡y qué sensación extraña tuve! La sensación íntima, familiar y tierna que me producía su recuerdo otras veces, fué completamente opuesta: recordé á Rufina Crevillén como una olvidada forastera cuya evocación nos deja indiferentes... ¡¿Qué labor haces, Tiempo, que en el granito borras las más profundas huellas?!



¡Compañera mía, tan llorada y cantada, ¿qué extraño ha de ser que la honda huella que en mí has dejado, también la borre el Tiempo?!

El olvido es la muerte, Compañera mía:

¡Más lejos cada vez en ese viaje
del que no volverás!...
parece que te veo alejarte... ¡alejarte
cada vez más!...

Vicente Medina

¡CARNE MIA!

Antes, penar... y ahora,
penar con el recuerdo... ¡qué presentes
algunas cosas quedan!...

Ibas en el carrito de la clínica
camino de la sala
de operaciones...
¡Tú que temías á los médicos tanto!...
Los lobos carniceros
como tú les llamabas...
Ibas muy pálida, ibas temblando,
ibas llorosa...
¡Nos despedimos como
para no vernos más!... Ibas temblando
pero estabas resuelta:
el mal era terrible
y era el remedio extremo
aquella operación... ¡La vida ésta,
vana como liviana mujer, incomprensible,
cruél en sus desvíos, y concederle tanto!...
¡Por librar esta vida,
que es tormento y absurdo,
ibas á la tortura!...

Solos pasamos
de la noche anterior las horas tristes
en la clínica aquella...
Salimos de la casa, quedándose las nenas
en la desolación... ¡Ay, cuántas veces

¡te hemos llorado, viva,
ya como muerta!
Aquella noche, solos, tú y yo solos,
con la duda y temor y la esperanza
en el día siguiente,
fueron las horas, lentas,
de angustia, de silencio, de mortal agonía...
Y llegó la mañana y llegaron los médicos,
y en el carrito echada te llevaron...

Yo te he visto en la mesa
de operaciones:
tu cuerpo como el mármol, blanco y frío,
tajado, ensangrentado,
y cercenado el adorado seno...
¡mártir mía!...
Del cloroformo en el letargo, fueron,
delirantes, voz pura de tu espíritu,
tus palabras las más dulces y tiernas:
"¡Vicente, mis hijas!... ¡Vicente, mis hijas!... repetías.
Palabras que manaron de tus labios fluyendo
hilo á hilo también como la sangre
de tu pecho amantísimo...

Del trance aquel saliste
¡pero cuánto has sufrido hasta morir! Vivías
á fuerza de morfina que, piadosa,
te anticipaba el sueño ¡el sueño de la muerte!
Yo mismo te ponía las inyecciones...
Sintiendo la punzada mi corazón, temblando,
en tu adorada carne de martirio,
¡pobre carne!
yo clavaba la aguja...

La Compañera
hace 14 años.





La Compañera
hace tres años y medio.

Tú contenías un quejido leve
y el dolor aguantabas resignada diciendo:
"Todo sea por Dios."
¡Bendita carne!
¡Carne adorada! carne quemada! carne lacerada!
¡Carne besada! carne acariciada!
¡ay, carne mía!

Vicente Medina

SABIDURIA DEL DOLOR

El dolor es lo que más afina el sentimiento y la mentalidad.
Si queremos ser sabios, aprendamos á sufrir.

Vicente Medina

EL REDENTOR ESFUERZO

Todo esfuerzo nos redime.

Todo lo que nos exije esfuerzo nos hace vivir.

Hay en todo individuo una tendencia enfermiza, moral ó material, á la indolencia.

Tratemos de vencer constantemente esta indolencia.

Arreglemos nuestros asuntos, nuestra casita, nuestra vida.

El madrugar, el baño, la caminata, predisponen al optimismo.

Observemos que todos los que han vivido á costa de esfuerzo, no lamenta su vida, sino que la celebran con sana disposición.

No dejemos las cosas caídas, y á nuestra pobre humanidad digamos á cada momento: *levántate y anda.*

Vicente Medina

EL AUTOMOVIL

Pero ¡cómo! tú que eras tan humilde...
tú que eras tan sencilla...
tú la que al ver pasar los automóviles
con tu gracia aldeana me decías:
"¡Montar yo en esos diablos!...
¡que Dios no lo permita!"
Y luego — ¡ya ves tú! ¡cómo lo tengo
de presente ! — con algo de rubor me decías:
"Tan solo en automóvil voy agusto
y cuando se reclina
mi cuerpo en esos blandos almohadones
todo el mal se me quita"...

Era tu pobre cuerpo descuartizado y débil
que demandaba un lecho de blandura infinita...
y por la populosa
ciudad á donde ibas
buscando la salud, el automóvil
llevándote corría
ráudo, fugaz y dulce y muellemente,
haciéndote la ofrenda postrera de la vida...

Ansias de vida y de ponerte buena,
como nunca tenías
y en los blandos piadosos almohadones
del automóvil, dulcemente hundida,
bien pudiera ser cierto
que tu mal no sentías,
pero en tu mal pensabas, mal traicionero y grave,

y en él reinabas con la idea fija...
¡bien claro en tu semblante
una mortal tristeza lo decía!

Más ansias, de vivir y de ponerte
buena, que nunca en tu penar tenías:
¡hasta el punto que tú, mi bien, la honesta,
la aldeana sencilla,
ya, solamente agusto
en automóvil ibas!...

Y con un adiós triste á la ciudad alegre
rebosante de vida,
en aquel automóvil,
lo largo de tu viaje presintiendo tú misma,
¡en la molicie de morir agusto,
melancólicamente sonreías!...

***

¡Qué presente lo tengo! Porque fueras agusto
yo me hubiese jugado la libertá y la vida...
¡y si tú me vivieras,
automóvil tendrías!

Vicente Medina

¡Y YO ME VEIA SOLO!

Por las ciudades extrañas
ibas de un médico á otro...
te acompañaba la néna,
y yo me veía solo...

Desperdigadas vosotras,
mal apañados nosotros...
vosotras sin mi compaña
y yo me veía solo...

Os dejé en aquellas playas
tan alegres para otros...
Tanta gente en aquel viaje,
y yo me veía solo...

Alegres con su compaña.
ya regresaban los otros:
ellos volvían contentos
y yo me veía solo...

Yo pensaba en aquel viaje
tan alegre para otros:
la nena dormida á un lado,
tú recostada en mi hombro...

La nena dormida á un lado,
tú recostada en mi hombro...
¡yo pensaba en aquel viaje
tan triste para nosotros!...

Se dejaban en las playas
ellos un puñado de oro...
no dejaban su alegría
ni su compaña tampoco...

Se dejaban en las playas
ellos un puñado de oro...
¡Qué me contaran á mí
que me lo dejaba todo!...

Yo los veía con ganas
de volver á casa á todos...
Mi casa estaría triste
y yo me veía solo...

Por tarde que yo llegara,
me parecería pronto...
¡Mi casa tan sola!... ¡Nunca
yo me vería tan solo!

Vicente Medina

LOS ALARIDOS

Como flor que se troncha,
doblaste sobre el pecho la cabeza...
yo te la alcé aterrado
y en tu boca entreabierta
ya no había respiro...
¡estabas muerta!
¡Josefa!
¡Josefa de mi vida!...
¡Josefa!...

Era al alba... Rendidos
de largas y penosas noches en vela,
en nuestra casa todos descansaban un poco
y extremeció el reposo mi alarido de pena...
¡Josefa!...
¡Josefa!...
¡Josefa!...

¡Qué despertar tu hermana! ¡qué despertar mi madre!
¡qué despertar las nenas!...
¡Qué despertar de todos!
¡qué alaridos que hacían estremecer las peñas!...
¡Mamaita!...
¡Mamaita!...
¡Hermana mía!...
y mi madre: ¡Cordera!...

Y todos: — ¡Mártir! — ¡Santa! — ¡Bendita!
—¡Buena!

—¡Dulce! — ¡Graciosa!
—¡Reina!...

¡Qué gemir y qué voces
en lágrimas deshechas!...
¡Qué clamor!... ¡parecía
un alarido de la casa entera!
¡Qué alaridos aquellos,
abalanzados á tu pobre cuerpo yo y las nenas,
igual que si pudiéramos
evitar que te fueras!...
Y, exánime, de un lado para otro,
como si te negaras á quedarte, se movió tu cabeza...
—¡Ay, mamaita, mamaita mía!...
—¡Mamaita!...
—¡Josefa!...

¡Josefa de mi vida!
¡Compañera!
¡Josefa de mi vida!
¡Josefa!...
¡Ay mis desgarradores alaridos!
¡Ay los tiernos quejidos de las nenas!
Aun estabas caliente... En el supuesto
de que aún nos oyeras,
¡qué morir, el morirte
muriéndote de pena!

Y te arrancaron de los brazos nuestros,
¡acaso porque oirnos no pudieras!...
—¡Ay, mamaíta mía!
—¡Adiós, Josefa!
—¡Adiós, paloma!

—¡Adiós, cordera!...
¡Y de toda la casa, lo mismo que por bocas
de dolor desgarradas,
los alaridos tristes salían por las puertas!...

Y cuando, hurtadamente,
para evitarnos la penosa escena,
en hombros para siempre te llevaron,
¡nos lo dijo el silencio que venía de fuera!...

¿Qué nos dijo el silencio, que sin consuelo, entonces,
nuestros amargos alaridos eran?
—¡Josefa de mi vida!
—¡Mamaita!
¡Mamaita mía!
—¡Josefa!...

Y los desconsolados alaridos
salían de la casa como alaridos de ella...
¡Y, como para ahogar los alaridos
en bocas desgarradas,
hicieron en la casa más silencio,
cerrando las ventanas y las puertas!...

Vicente Medina

AL CAER LA TARDE...

Se ha vuelto blanca azucena
la encarnada clavellina...
¡No hay tristeza como verte
llorar tu salud perdida!

—

Si la salud se comprara
y sin dineros me viera,
¡te compraría salud
con la sangre de mis venas!

—

Anda con Dios, alma mía,
con Dios y al cielo, si hay cielo,
que aquí nos dejas en guerra,
¡y éste sí que es el Infierno!

—

¡Quién no muere!... Yo sabía
que te habías de morir...
pero eras tan cosa mía,
¡que nunca me figuraba
que me vería sin tí!...

—

Te sigue mi pensamiento
y me hallo fuera de mí,
¡porque eras tan cosa mía
que no me encuentro sin tí!

◆

Me persiguen las penas
con tal empeño
que, aunque descanse de ellas,
no me lo creo...
Temblando sigo...
¡Temo que no nos dejes
en paz, Dios mío!

¡Al caer la tarde!...
A ella la enterraron
al caer la tarde...

Los pájaros cantan
cuando el día nace...
y también algunos
pajaritos hay
que su canto dejan
á la puesta de sol escucharse...

Trino melancólico cuando la primera
estrellita en el cielo ya sale...

Yo soy uno de esos
pajaritos que vuelan fugaces
y en el campo ya en sombras, se pierden...

◆

En el seco espino mi vuelo se abate
y en el campo triste se escucha mi tierno
píar dolorido, al caer la tarde.

Vicente Medina



La Compañera, cuando era moza aldeana y novia del poeta. Está retratada en la casa de su padre Pedro Sánchez, el aperador, en Archena.

JUAN DE DIOS EL DE LOS ROMANCES

Mi padre fué tan aficionado á papeles, que se hizo vendedor de romances, oraciones y estampas de santos.

Yo recuerdo á mi padre y me veo en él: mi padre leía á Víctor Hugo, comentaba con entusiasmo la revolución francesa y por Navidad cantaba villancicos en la iglesia de nuestra aldea.

Yo acompañaba á mi padre en sus correrías por los pueblos á vender calendarios zaragozanos y romances. Ibamos, á pié, á Mula, Bullas, Cehejín, Caravaca, Moratalla...

Eran siempre en invierno tales correrías. Llegábamos al anochecer á la posada. Comíamos un caldo de bacalao al calor del gran hogar. Mi padre hablaba con los arrieros: ya lo conocían, era bastante popular.

—Juan de Dios, léenos algo.



Mi padre leía muy bien: tenía una voz clara y fresca. Y se ponía á leer, al gran fuego de sarmientos ó de ramuja de olivo, sentado entre los arrieros, aquellos romances que vendíamos á dos cuartos el pliego. De estos romances hoy releo algunos en el

tomo N.º 158 *de la Biblioteca Universal*: "Santa Genoveva", "Francisco Esteban el Guapo", "Lisardo el Estudiante", "Los nombres, costumbres y propiedades de las señoras mujeres" y otros, hacían las delicias del rústico auditorio. Al terminar la lectura siempre vendíamos algunos romances.

Esta lectura en público facilitaba mucho la venta y era el gran recurso de mi padre en la plaza del pueblo á la hora del mercado.

Poníamos nuestro puesto. Con clavos y cuerdas y unos pedacitos de caña que hacían de pinzas, colgábamos en una pared los romances y estampas. Yo, que entonces tenía de 11 á 12 años, guardaba el puesto mientras mi padre iba por el almuerzo: era, generalmente, sardina fresca frita muy caliente y pan tierno. Hacía mucho frío y entrábamos en calor acompañándonos también de algún buen trago de vino.

Entonces mi padre decía á los rústicos que formaban corro frente á nuestros papeles:

—Caballeros, tengo el legítimo calendario zaragozano, tengo historias, romances y oraciones: "Blanca flor", "Diego Corrientes", "Los doce pares de Francia"... Voy á leerles el romance del "Maldito dinero". Y leía:

Por tí, dinero, hay ladrones,
trampitas y matuteros,
cuadrillas de bandoleros,
alcahuetas y soplones

. . . .

. . . .

¡Oh, dinero, cuánto vales,
quien te supiera guardar,
porque al rico lo enalteces
y al pobre lo abates más!

Luego leía alborozando el corro y atrayendo á las lugareñas "Los nombres, costumbres y propiedades de las señoras mujeres." Con este motivo los hombres y mujeres se decían chilindrinas y soltaban risotadas. Leía también "Las ligas de mi morena", que amenizaban los mozos con algunas burradas. Finalmenie los hombres compraban calendarios é historias de valentías y las mujeres trovos amorosos, oraciones y estampas.



Nuestra vida era muy humilde. No siempre podíamos tomar en las posadas un cuarto con una cama que costaba una peseta. Dormíamos en los pajares. En Mula una noche, estaba tan llena la posada, pajar y todo, que tuvimos que dormir al raso debajo de una descubierta porchada sobre un aparejo, jarma y demás, que nos prestó un arriero. Nuestros paquetes de romances nos servían de almohada. A media noche yo me desperté tiritando; había caído un escarchazo terrible y mi padre, bueno y amantísimo, quedándose sin abrigo me tapaba con toda la manta y

se apretaba á mí dándome su calor... Y decía á mi protesta porque me daba toda la manta: "Yo el frío lo siento solo en tí, pobretico."

Por cierto que la manta, mojada por la escarcha y tiesa por la helada cruel, parecía el vidrio de los charcos helados y crugía al doblarse como si se quebrara... Yo me arrebujé apretado á mi padre, y recuerdo muy bien que, durante un rato largo, miré con abiertos ojos, aquel cielo impasible, cuajado de divinas estrellas, que á nosotros y á tantos pobres nos fustigaba ¡verdugo! con el implacable látigo del frío...

* * *

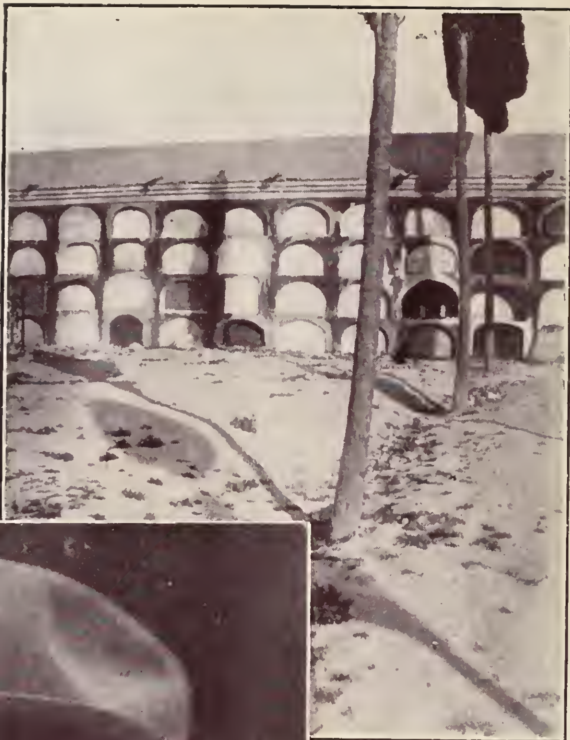
En un viaje á Moratalla hicimos á pié una jornada de más de ocho leguas: ibamos cansadísimos, lloviznaba, se nos hizo noche por caminos desconocidos, ladraban furiosamente en los cortijos los rabiosos mastines... Yo no podía más y me iba quedando á la zaga. Mi padre se echó á cuestas mi mantita con el paquetito que yo llevaba, para aligerarme de peso, y me animó con dulces palabras: "Anda, que ya falta poco. Aquellas son las luces de Moratalla". Efectivamente se veían las luces del pueblo en la altura de un cerro. Pero como en el cuento de irás y no volverás" se veía aquella lucecita pero no se llegaba nunca. Mi padre apretaba el paso y yo me seguía rezagando. Por fin me dijo que me tomaría en brazos ¡Pobre padre! Yo no quise y saqué fuerzas de flaqueza. ¡Pero qué dolor de piés! La llovizna arreciaba y era muy helada. Era una lluvia de saetas que herían... punzaban y cortaban... Mi padre dijo: "Esto es nieve". Lo era porque las sierras cercanas las vimos por el día blancas las cumbres.

Al cabo llegamos despeados á Moratalla y en la posada mi padre pidió un cuarto con cama. "¡No faltaba más! — decía — Mañana con la venta nos resarciremos: este es un pueblo rico." No resultó así, pues al día siguiente no vendimos ni una estampa. Yo delante de nuestro puesto almorcé pan é higos secos, y

Camposanto

En el cuarto nicho de la izquierda, primera fila de arriba, duerme Juan de Dios el de los romances.

El nicho tiene una tosca inscripción.



Vicente, el hijo de Juan de Dios, que vendió romances y que hoy los compone.

los chicos que se acercaban cogían del suelo los pedacitos y pezones, que yo despreciaba, y se los comían. Muchas pobres gentes roían los tronchos de las coles tirados á la basura. "¡Vámonos cuanto antes, me horroriza esto!" — dijo mi padre.

El día era hermoso y despejado, aunque intensamente frío... Y, ya por las cañadas de Moratalla, camino de Caravaca, y habiendo entrado en calor con la caminata cuesta abajo, mi padre decía:

—Menos mal que hace sol, sinó desdichados de los pobres

***

Yo recuerdo á mi padre y me veo en él:

Los pobres, los débiles, el frío, las obras de Antonio de Trueba que fueron la biblia de nuestra casa, los romances populares que á mí me hicieron poeta y que nos dieron el pan del invierno...

Cuando de estas correrías llegábamos á casa, mi padre le decía casi siempre á mi madre:

—Mal que bien, traemos para comprar una saca de harina: ¡el pan de mis hijos!

***

Mi compañera que duerme el dulce sueño debajo de unas flores, ya tres años, conocía mucho á Juan de Dios el de los romances. Mi Compañera decía: "No hay hombre más bueno que mi suegro." Y es que él fué siempre bueno para ella y para todos. Ella también fué de lo bueno que hay. Todo lo bueno se lo lleva Dios. Por eso tan pronto, á Juan de Dios el de los romances y á la Compañera, Dios se los llevó á su lado.

Vicente Medina

LO QUE ES POESIA

Si yo fuera rey absoluto, y así como hay máquinas para medir el tiempo, las hubiera para medir el sentimiento, había de dar un real decreto que dijese:

"Pues señor, no se permite hacer versos al que no tenga tantos ó cuantos grados de sentimiento."

***

En Villaviciosa de Odón tiene mi amigo Pepe una hermosa posesión donde reside con toda su familia, dedicado, más por afición que por necesidad á la agricultura, y allá suelo ir en primavera y verano á pasar algunos días.

A Ana, la mujer de mi amigo, que es modelo de esposas y de madres, le ha sucedido una cosa muy parecida á lo de aquel personaje de comedia que había estado toda la vida hablando en prosa sin saber que poseía tan rara habilidad. Ana ha estado toda la vida siendo poetisa sin saberlo, bien al contrario de otras mujeres, que están toda la vida siendo poetisas sin saber que no lo son.

Eran las doce de un hermoso día de Junio cuando llegué á casa de mi amigo Pepe.

El perro León, que también es muy amigote mío, salió á recibirme buen trecho antes de llegar á la casa, diciéndome con sus saltos y zalamerías: "¡Dichosos los ojos que le ven á usted!" Y un guindo que se asomaba á la pared de la huerta para dar dentera con sus guindas á los chicos, me dió un apabullo en el sombrero al ver que pasaba sin hacerle caso.

Al subir la escalera me pareció oir leer, y un momento después noté que el ruido de mis pasos había hecho interrumpir la lectura.

En un hermoso comedor, desde el cual se bajaba á la huerta por una escalerilla de madera sombreada por una pomposa parra, estaban Ana, Mariquita, Luis y Pepito.

Ana cosía; Mariquita, que era una chica de quince años, con una cara que siempre me salga á mí cuando juegue á cara ó cruz, tenía en la mano un libro medio cerrado, y Luis y Pepito, gaterillas de cuatro á seis años, procuraban romper la cabeza al busto de un famoso socialista para ver si tenía algo dentro.

Luis y Pepito corrieron á mi encuentro, y como yo les preguntase si habían sido buenos, me contestaron que si les llevaba dulces.

Después de los saludos de ordenanza, me dijo Ana que su marido estaba hacía dos días en la feria de no sé donde, y le esperaban aquella noche.

—¿Con que estaban ustedes de lectura?

—Sí, en algo se ha de pasar el tiempo.

—¿Y qué leía la Marujilla?

—Estaba leyendo un libro de poesía que ha compuesto un poeta de Madrid.

—¿Y qué poeta es ese?

—Uno que viene todos los años el día de la función á poner las banderillas á los toros.

—¡Banderillas un poeta! Mujer, ¿está usted loca?

—Pues sí, señor, que es banderillero de afición.

—Pero no será poeta.

—Sí que lo es.

—¿Y en qué se le conoce?

—¡Toma! En que cae en copla lo que dice ó escribe.

Cogí el libro que Mariquita tenía en la mano, leí cuatro versos, y como para muestra basta un botón, repliqué:

—Ni ese señor banderillero es poeta, ni en este libro hay poesía.

—¿Pues qué hay?

—Versos.

—Llámelo usted hache.

—Pues no se lo llamo.

—¡Otra te pego, Antón! ¿Con que poesía y versos no son

una misma cosa?

—No, señora: puede haber en un libro versos y no haber poesía, y puede haber poesía y no haber versos.

—¡Anda, morena! ¿Pues qué son los versos?

—Antes de contestarle á usted quiero hacerle una pregunta. ¿Cuántos vestidos tiene la Mariquita?

—Yo le diré á usted, decentes no tiene más que dos, uno de ellos verde, y el otro azul.

—¿Y con cual de ellos está más guapa?

—Con el azul. Y ya lo sabe ella, la vanidosota, que se despepita por ponerse el azul y no el verde.

—Pues mire usted, Ana, la poesía no tiene más que dos vestidos decentes: uno de ellos es la prosa y el otro el verso, y como con el verso está más guapa que con la prosa, se despepita por ponerse ese vestido y no el otro.

—Pero si los versos no son poesía, y sí sólo el vestido que mejor le sienta, ¿qué es poesía?

Al hacerme Ana esta pregunta, oímos hacia la escalera una vocecita que decía:

—¡Una limosnita por amor de Dios, que no tengo *pade ni made!*

Luisito y Pepito que acababan de convencerse de que la cabeza del famoso socialista no tenía nada dentro echaron á correr hacia la escalera.

—Mamá, es una niña que está comiendo un troncho. ¡Ay qué asco!

—Decidle que entre

En efecto, una niña como de seis años, casi desnuda y royendo un troncho de berza, entró en el comedor.

—Hija — le dijo Ana, quitándole el troncho y tirándole á la huerta, — ¿por qué comes esa porquería?

—Tengo *hambe* — contestó la niña haciendo un pucherito y llenándosele los ojos de agua.

—¡Pobrecita! — exclamaron Mariquita y Ana.

—¿De dónde eres, hija? — añadió la segunda.

—De *Navalcanero.*

—¿Y tus padres?

—No tengo *pade* ni *made*, que se han *mueto* del cólera.

—¡Hija de mi alma! — exclamó Ana arrasándosele los ojos en lágrimas y besando á la niña sin reparar en la suciedad de que estaba cubierta. — ¡Por qué su Divina Majestad no se habrá llevado á esta criatura al llevarse á sus padres! ¡Qué dolor, Señor, qué dolor!

Y así diciendo, Ana corrió á la cocina, y dando cada suspiro que se oía en el comedor, en un abrir y cerrar de ojos preparó una cazuelita de sopas con el mejor caldo del puchero y se la trajo á la niña, con el ítem más de un buen trozo de carne y una rosca.

Mientras la niña comía, buscó Ana un vestidito y otras prendas que á la edad de ocho años había desechado Mariquita, casi nuevas, porque la estaban ya chicas; y así que la huerfanita despachó su ración, le lavó la cara, trocó sus harapos por aquella ropa, y la despidió colmándola de caricias.

Ana tomó de nuevo su costura.

—Volviendo á nuestro pleito — me dijo, — ¿qué es poesía?

—Poesía — contesté — es... esas lágrimas que aún tiene usted en los ojos, esos suspiros que aún se le exhalan á usted del pecho, eso que aún siente usted en el corazón.

—¡Ya!—murmuró Ana empezando á comprender algo de lo que yo empezaba á explicarle prácticamente.

* * *

—Mamá, ¿cuándo comemos? ¡Gem! ¡gem! ¡Yo quería comer!—cencerreaban Luis y Pepito zarandeando á su madre.

—Tened un poco de paciencia, que ahora vamos. ¡Jesús, qué enemigos de chicos!

Ana dejó su costura, se fué á la cocina á hacer en mi obsequio una de las habilidades que reservaba para los días de in-

cienso, y yo me fuí á dar una vueltecita por la huerta, donde me estuve charlando con un mozo que trabajaba en otra huerta separada de la de Pepe por una tapia que me llegaba al pecho.

Poco después, al subir al comedor me encontré con la mesa más *poética* que en la aldea había visto. Los cubiertos eran de boj y los platos de Talavera, pero ¡qué nuevecitos, y qué blancos los manteles, y qué canastillo de variada fruta, y qué ramilletes de flores en los ángulos de la mesa, y qué gusto tan delicado en la colocación de todo!

—Ana — dije, — ¿y es usted quien me pregunta qué es poesía?

—Sí que se lo pregunto á usted, porque todavía no me ha contestado como Dios manda.

—Poesía es esto.

¿Poesía la mesa? ¡Calle usted, burlón!

—La mesa, y sobre todo, lo que ha inspirado á usted todos estos primores.

—¡No tiene usted malos primores! ¿Qué tiene que ver la poesía con que á una le gusten las florecitas frescas, las frutas hermosas y los manteles blancos?

—Pues la poesía está en ese gusto, en el gusto delicado.

—¡Ay qué rico le tiene éste!—dijo Pepito clavando el diente en un hermoso albaricoque.

—¿Y está también la poesía en los albaricoques?— añadió su hermano abriendo uno.

—Sí que lo está — contesté sonriéndome.

—¡Engañoso, que no tiene más que hueso! — me replicó.

Echámonos á reir con esta salida de pié de banco, y nos pusimos á comer alegremente, no sin que con frecuencia interrumpiera Ana la conversación con un: "¿Si habrá comido ya mi Pepe?", ó un "¿Dónde habrá comido hoy aquél?", ó un "¡Válgame Dios qué gobierno tendrá estos días aquél pobre, acostumbrado al arreglito de su casa!" ¡Tiernos recuerdos y dulces inquietudes en que, como dije á Ana, había más poesía que en los versos de

todos los banderilleros del mundo!

Después fuimos todos á dar un paseo por la huerta.

El mozo rubio se puso á cantar:

Te llaman la azulerita
porque te gusta lo azul;
por más que lo azul te guste,
más me gustas á mí tú.

—¡Canta bien ese muchacho! — dije. — ¡Y es guapo chico!

—Ya lo sabe mi hija — contestó Ana.

La muchacha se puso coloradita como una rosa.

—¡Hola, hola, Mariquita! ¿Con que todo eso tenemos?

—¡Vaya! — replicó Mariquita ahuecando la voz y poniéndose encendida como un clavel. — ¡Qué cosas tienen ustedes!

—¿Con que noviecito ya?

—¡Sí, novio!

—Dí que sí lo es — exclamó Pepito, agarrándose de mis faldones y haciéndome burladero de las embestidas que le daba su hermana, llamándole picotero y otras picardías por el estilo.

El gaterilla me hizo seña con la mano para que me inclinase; me incliné, y entonces me dijo al oído, mirando de reojo á ver si se acercaba su hermana:

—Mira, el otro día fuí con Mariquita á la fuente, y encontramos al Rubio, que tenía un clavel en la boca. El Rubio le dijo á la Mariquita: "¡Bendita sea la Madre que te parió!", y le tiró el clavel. La Mariquita se puso muy alegre, y después que se marchó el Rubio, besaba el clavel y tenía los ojos mojados. ¿Sabes tú que es eso?

Iba yo á contestar que todo aquello era poesía, pero recordé que quien me lo preguntaba era Pepito, y no su madre, y contesté al oído del niño:

—Eso es que cuando los niños cuentan lo que oyen ó ven, sin preguntárselo nadie, viene un pajarito muy feo, y ¡pin! les dá

un picotazo muy fuerte, muy fuerte en la lengua.

—¡Anda, engañoso! ¡Ya no te quiero! — dijo Pepito muy enfadado, dejando en libertad el faldón de mi levita para ir á hacer presa en la falda de su madre.

A pesar de que había aparentado no dar crédito á lo del picotazo, no debía tenerlas todas consigo, pues desde aquel instante calló como un muerto, y noté que, así como quien no quiere, se tapaba la cara con la falda de su madre cada vez que nos hacía la rosca algún pájaro.

Recorrimos de un extremo á otro la huerta, que tenía honores de jardín, y estaba tan deliciosa como la tarde, y disfrutamos, entre otras cosas, de una magnífica serenata que nos dieron los pájaros.

Estos artistas sabían muy bien que aquellas no eran sus mejores horas de inspiración; pero dijeron:

—¡Qué demonche! Hay que hacer de tripas corazón para obsequiar á los forasteros.

Y cantaron que se las pelaron.

En una colinita que se alzaba á un extremo de la huerta nos detuvimos silenciosos. El sol declinaba tras de las lejanas lomas de Occidente, y sus últimos y amarillentos rayos bañaban de vaga y misteriosa luz la campiña. Allá á lo lejos se oían los cantares del labrador que recogía sus aperos para volver á la aldea, y nos pareció que la apacible brisa de la tarde traía hasta nosotros el toque de unas campanas mezclado con los vagos rumores del monte y de la campiña y el murmullo del Guadarrama, cuya corriente parecía callar cuando la brisa no venía á acariciar nuestra frente. Murmullos, perfumes, cantos de pájaros, el sol tocando en el Ocaso... todo esto sumía nuestro corazón en dulcísima melancolía.

Miré en mi derredor. Mariquita y los niños habían desaparecido, y sólo estaba á mi lado Ana, entregada á aquella especie de éxtasis que embargaba mis sentidos. Ignoro si mis ojos estaban húmedos: pero me pareció descubrir una lágrima en los de

Ana.

—¡Qué pensativa se ha quedado usted! — dije á ésta.

—¡Pues mira quien habla! — me contestó, haciendo un esfuerzo para sonreir.

—¿En qué piensa usted?

—¡En qué he de pensar! En mi marido, en mis hijos, en mis padres, que estén en gloria, en mis hermanos, en... en fin, en todas laspersonas que una quiere ó ha querido.

—¿Y por qué piensa usted en ellas ahora con más ternura y más amor que otras veces?

Justamente eso le iba yo á preguntar á usted. Señor, ¿qué será esta dulce tristeza, este cariño, esta gana de llorar que una siente cuando se para á ver cómo el sol se pone, y á escuchar todos esos ruidos confusos que el viento trae al anochecer?

—Ana, ¿quiere usted saber qué es eso?

—¡Pues no he de querer!

—Eso es poesía.

—¡Bendita sea la poesía, si es lo que ya me voy figurando!

***

—¡Calla! ¡Pues sus hijos de usted se han despedido á la francesa!

—Lo que es los niños se habrán ido á casa y estarán ya durmiendo como cachorritos. No es extraño con lo que esas criaturas bregan todo el santísimo día, que parece que tienen azogue en el cuerpo.

—Pero ¿y la Marujilla?

—¿La Marujilla? Esa no hay que preguntar adonde ha ido; á hablar con el Rubio, que se despepita por él.

Dimos algunos pasos más, y encontramos á Luis y á Pepito sobre un montón de oloroso heno dormidos "como cachorritos", tranquilos, sonrosados, hermosos como el sentimiento que reflejaron los ojos de su madre cuando ésta me dijo, lanzándose á desahogar en aquellos pedazos de sus entrañas el sentimiento

que poco antes la había yo ayudado á definir.

—¡Mire usted, mire usted qué alhajas de hijos me ha dado Dios! ¡Hiiiii! ¡Benditos seais, que valéis vosotros más pesetas que el mundo!...

Y Ana, chillando como una loca y comiéndose á besos á sus hijos, despertó á los gaterillas, que nos siguieron restregándose los ojos con los puños y haciendo pucheritos con la boca.

En efecto, la Mariquita estaba hablando con el Rubio, y así que notó que nos acercábamos, se dispuso á cortar el coloquio con un "¡Qué fastidio!" que no se escapó á mi oído.

Iba ya anocheciendo, y mis ojos no pudieron distinguir lo que Mariquita hizo al despedirse de su novio; pero como á los ojos de las madres nada se escapa, Ana me dijo al oído, para que no lo oyesen los niños:

—Mire usted qué condenada de chica; ha arrancado un pensamiento de los que hay al pie de la tapia, le ha dado un beso y se lo ha echado al Rubio. ¡Ha visto usted qué grandísima pícara!

—Perdónele usted esa inocente fineza, en gracia del sentimiento que debe llenar el corazón de la pobre chica.

—¡Ya! Pero eso está muy mal echo; eso...

—Eso es poesía.

Antonio de Trueba



Crónicas de Bonafoux

Pantalonización

París-London, 8 de Mayo.

Lectora amiga:

En vano un publicista, con puntos y ribetes de psicólogo, alega que es un mal progreso el de transformar á la mujer en astrónoma, en moza de cuerda, en conductora de automóvil, en economista, en obrera de fábrica, y, de una manera general, en asalariada.

Ayer me decía la admirable autora de la **Esfinge Maragata**, tan escritora y tan madraza:

"No sabe usted cuanto celebro coincidir con usted sobre las desventajas que yo veo en que las mujeres trabajen en competencia con el hombre fuera del hogar **para ganarse la vida**... No siempre me dan la razón cuando lo discuto así, pero yo me atengo á la experiencia y veo, empezando por mirarme á mí, que son mucho más estimadas por los hombres las mujeres de lujo que las que ganamos el pan. Lógicamente preparo á mi hija para una existencia más venturosa que la que yo he gozado, aunque procuraré que el destino la encuentre preparada á luchar dignamente con la miseria, si fuese menester. La opinión de usted, que yo estimo tanto, me confirma en la mía y hasta me proporciona tranquilidad."

Somos pocos los que pensamos y sentimos contra la **pantalonización**, digámoslo así, de la mujer, **pantalonización** intelectual y hasta material. La máquina, hoy por hoy, vota por los días **sin faldas**, como hay días **sin carne**.

Pasa de 750.000 el regimiento de las mujeres que trabajan, en Inglaterra, confeccionando obuses, de los cuales las nueve décimas partes están fabricados por ellas. "Han salvado la situación, declara uno de sus panegiristas. No pudiendo batirse por su país, han trabajado con singular devoción en fabricar utensilios de muerte."

A algunas se las premia militarmente, como á heroínas. A

otras se las indica ya para prestar servicio, como diaconisas, en los templos. Si se recuerda que son hembras, es para que paran hijos para la Patria. Se establecen y se fomentan criaderos sexuales. Yo comenté, hace tiempo, en el "Heraldo de Madrid", el establecimiento de matrimonios **provisionales** en Alemania, del préstamo del hombre hecho por la casada para que empreñe á la soltera que no tiene varón que le haga hijos para la Patria.

"De dos años á esta parte, según Octave Uzanne, las organizaciones de repoblación intensiva, en Alemania, funcionan con ardor y disciplina. Se ha **caporalizado** y dirigido el instinto de procreación por todos los medios, se han canalizado las necesidades sexuales de los guerreros. Actualmente la propaganda por la pululación ha llegado á un grado hiperbólico. Invitar á las viudas á no perder tiempo en llorar al difunto, y á prestarse voluntariamente á las necesidades del país. Invitar á las mozas á contraer de prisa matrimonios accidentales. Establécense á retaguardia **campos de parturientas,** en los que el vigor de los soldados, de regreso del frente, se excita con alimentos reconstituyentes y prolificadores."

Es el fornicio patriótico. Por patriotismo Venus espera á Marte con las piernas abiertas. Es, según Bergerat, **la militarización del amor.** Hay que reconocer que en Francia no se ha **patriotizado** la matriz hasta ese punto. Recientemente se condenó á dos años de prisión á un soldado bigamo que se había permitido el lujo semental de hacerle 8 rorros á sus dos mujeres

Comentando el éxodo de los refugiados con motivo de la última ofensiva alemana, el diputado Barly ha referido que el guarda campestre de un villorrio del Loiret llevó al hotel, por orden del alcalde, á un grupito de evacuados de Compiegne. Entre estas pobres gentes, que llevaban caminando cuatro días, estaba una mujer en cinta, con dolores de parto. La patrona del hotel se negó á recibirla... Entonces se la llevó al hospital, y se la sentó en un silla, mientras se disponía una cama; pero la superiora alegó que no había cama. El médico jefe, requerido por el guarda, negóse á hospitalizar á la paciente, y el portero la puso en la calle. Llovía. Por

Sin el guarda campestre la llevó á otro hotel, donde tampoco le dieron cama, pero sí un colchón, en el descansillo de la escalera, donde parió un hijo para el Ejército.

Y en una trinchera de Witschaete se han encontrado dos mellizos, varón y hembra, cuya procedencia se ignora. Es que ya se procrea, se pare y se procede con la prole igual que los animales.

Una corriente extraña de simpatía se nota, de raro en raro, por el antiguo feminismo. El otro día la prensa parisiense anunció una pública subasta de objetos, más ó menos íntimos, de una existencia breve, brillante, tumultuosa, que naufragó en una tragedia reciente. Todas estas pobres cosas — advertía el periódico — todas estas pobres cosas ligeras, lujosas y fútiles se irán no se sabe dónde, pero su importe servirá para pagar los gastos del proceso de una bailarina célebre, que murió fusilada.

Ya sabe usted quien: la Matta Hari, la hembra-sierpe, que se retorcía lujuriosamente bajo una hoja de parra, que destacaba, mejor que cubría, las florescencias pulposas de su cuerpo venusto.

Dícese que esta almoneda de lágrimas resultó un exitazo. Una de las cosas que alcanzaron más precio fué "la piel de pantera donde la bailarina trágica posó tantas veces sus encantos divinos...)

(¡Cómo estarán ya esos divinos encantos!... ¡Y cómo estarían en vida!...)

Ni tanto ni tan calvo. Ni considerar á la mujer como una cabra, apta solamente para llenar de chotos el mundo, ni entusiasmarse tanto como para remedar al que viendo una beldad sentada, mientras hacía compras, en un gran almacén de París, exclamó, suspirando:

—¡Quién fuera silla!...

Hay que contemplar, siquiera sea de vez en cuando, el alma femenina y sentir su aroma, que no por espiritual es menos penetrante que el de los consabidos encantos divinos.

*
* *

Y ahora insistamos, lectora amiga, y aunque sólo sea por vía de ampliación á mi anterior misiva, en un punto interesante.

Helena Brion, la institutriz francesa que fué juzgada en París por propaganda pacifista, no puede quejarse de su suerte.

Dicho está que no pocos periódicos, sin excluir algunos que no comulgan con el altruismo de ella, aprovecharon tan propicia ocasión para dar á conocer, en artículos y grabados, á la notable institutriz: que defendiéronla en el pretorio publicistas de mérito, como Paul Brulat, y á su lado, como sirviéndole de égida, estuvieron Severine y Margarita Durand, quien no tuvo reparo en declarar, en la vista del proceso:

"Helena Brion es una rezagada de los tiempos en que el pacifismo no era un crimen. Más valerosa que la mayoría de nosotras, no ha querido meterse la bandera en el bolsillo."

Pero su triunfo más señalado, á mi entender, fué el que consiguió de los oficiales del Consejo de guerra cuando declararon, con sinceridad que les honra, con nobleza digna de tal causa, y entre aplausos del público todo:

"Nosotros no somos como aquellos oficiales del proceso Dreyfus, que condenaban por orden."

Como para revivir más todavía aquel siniestro affaire, estaban allí, en el pretorio, figuras admirables, como Severine y Margarita Durand, que tanto y tan bien colaboraron en la obra de rehabilitación y justicia que honró á la República de entonces en el mundo todo.

Y hubo incidentes incisivos, dignos de aquellos tiempos verdaderamente republicanos, como cuando Severine, estimulada para formular una denuncia, y aludiendo á periodistas soplones de quienes se ocupa actualmente un Sindicato depurador, que quiere volver por la dignidad de la Prensa, dijo:

"Yo no me propongo acabar en Berna mi carrera de periodista, ni recibir la cruz de la Legión de honor á cambio de ciertos informes."

¡Qué estilo! ¡Qué voz altiva! Dijérase que venían de ultratumba, que salían de la conciencia de Francia cuyo mérito excepcional está en que nunca faltó en ella un Voltaire para un Calas, un Zola para un Dreyfus.

Margarita Durand, la intelectual ex-directora de la simpática "Fronde", aludiendo á los tiempos en que el pacifismo no era crimen, coincidía en apreciaciones del internacionalismo mundial, uno de cuyos órganos en la Prensa, aludiendo á la arrestación de Rocchi y Monicelli en Roma, ha dicho:

"Ser amigo de la paz es causa suficiente para que le juzguen á uno poco menos que reo de muerte. ¿Quién lo hubiese dicho años atrás?..."

Nadie, sin duda; y prueba de ello es que el príncipe Lichnowsky, ex-embajador de Alemania en London, ha escrito, en son de elogio, que Mr. Asquith y Mr. Grey **fueron pacifistas.**

Pero aquellos eran otros tiempos. Embolado el socialismo, acobardado el internacionalismo, triunfante en todo y por todo el nacionalismo imperialista, los adversarios del Altruismo le sientan la mano y hacen muy bien en sentársela.

¡Sí, señores! Cuando todo el mundo se ha metido la bandera en el bolsillo — como dijo Margarita Durand. — natural es que el nacionalismo se meta el internacionalismo en... salva sea la parte; y por eso, cuando algún socialista — **rara avis** — pretende alzar el gallo en la Cámara, al punto se le acorrala — porque al corral le echaron por manso —, y se le contesta con una puntera en .. el bolsillo donde se metió la bandera — que diría Margarita Durand —, ó con el desprecio con que el antiguo amo trataba al esclavo etiope.

La pobre Helena Brion resulta, pues, en estos tiempos, una loca de atar, que, al salir á la calle con la bandera del pacifismo, cuando se predica, para después de la guerra, la lucha individual, de hombre á hombre, lo menos malo que podía ocurrirle era que la llevaran dulcemente al manicomio.

Luis Bonafoux



DESPUES DE LA PAZ

(Por S. Ramón y Cajal)

Del libro de ese titulo aparecido recientemente

Para mí la raza humana sólo ha creado dos valores dignos de estima: la Ciencia y el Arte. En lo demás continúa el hombre siendo **el último animal de presa** aparecido. Y como habrá de perseverar irremediablemente en su condición de animal de malos instintos, conjeturo que, cualquiera que sea el resultado de la monstruosa lucha, cambiarán muy poco las normas ideales y morales de la Humanidad. Fúndome en este hecho biológico desconsolador: la desesperante resistencia evolutiva del cerebro. A despecho de la influencia educadora de la Filosofía, del Derecho y del Arte; á pesar de las maravillosas conquistas de la Ciencia y de la Técnica, nuestras células nerviosas continúan reaccionando casi lo mismo que en la época neolítica; igual tendencia irresistible hacia el robo en cuadrilla, la misma afición al vaho de la sangre ajena, idéntica aversión hacia los pueblos que hablan otra lengua ó habitan del otro lado de un río ó de una cordillera. En ese ritmo perpetuo de persuasión y acometimiento á que parece sujeto, por ley biológica ineluctable, el espíritu individual y colectivo, todo lo conseguido por nuestra decantada civilización para aquietar y regular las codicias y odios internacionales redúcese á haber prolongado un tanto los períodos de pausa, esto es, la **fase pacífica** ó discursiva, haciendo más explosiva y desoladora la **fase destructiva**. Igualmente irrisorio aparece este otro **progreso**: nuestro antepasado cavernícola expoliaba y asesinaba franca y sinceramente, sin atormentar á sus víctimas con ninguna teoría antropológica; hoy los agresores, cuando son fuertes, escriben libros eruditos, repletos de alta filosofía política, no sólo para cohonestar sus atropellos é iniquidades, sino para presentarse ante el mundo como una raza superior, á la que todo está permitido.

Es que, por desgracia — permítaseme un poco de pedantismo —, ninguna de las adaptaciones culturales y sociales del hombre

se ha transmitido todavía á las células germinales, como diría Weismann, y adquirido, por tanto, caracter hereditario.

Consolémonos, pues, pensando que, por imposición fatal de la inercia nerviosa, nuestros descendientes serán tan perversos como nosotros.

Sólo nos superarán en una cosa: á fuerza de progresos fisiológicos y psicológicos llegarán quizás á averiguar cómo y por qué son crueles y malvados; pero, con toda su admirable ciencia, continuarán también sujetos al susodicho ritmo, bañándose, por tanto, en sangre caliente y aspirando el olor de la pólvora cada veinte ó treinta años.

Doloroso es confesar que hemos puesto demasiada confianza en la eficacia educadora de la Religión, de la Moral y del Arte. Nuestra tan encarecida cultura se ha constituído por acumulación coordenada de nociones relativas al mundo. Ella nos permite actuar sobre él, pero no sobre nosotros mismos. El sombrío y trágico **yo** que llevamos incrustado en el cerebro, permanece intangible y hermético.

Nadie ha logrado suprimir ó corregir una de esas células nerviosas portadoras de instintos crueles, legado de la más remota animalidad, y creados durante períodos geológicos, de rudo batallar contra la vida ajena.

Sentadas estas premisas, y viniendo ahora á la cuestión, dedúcese fácilmente que, triunfe Alemania, ó triunfe Inglaterra, el ambiente ideal y sentimental de Europa cambiará muy poca cosa. Se ha afirmado por muchos que la victoria de los imperios centrales traerá consigo el recrudecimiento de la autocracia y del militarismo y la exacerbación del sentimiento patriótico; mientras que el triunfo de los aliados equivaldría al prevalecimiento de los augustos principios de la democracia y de la justicia, amén del respeto á la autonomía de los pueblos débiles y del desarme casi general. Ello es posible, pero yo no puedo creerlo.

El vencedor deberá, incuestionablemente, sus éxitos á su poderío industrial y militar, á la excelencia de la técnica en sus aplicaciones al arte de la guerra, á la superioridad de su organización política y administrativa. Por consiguiente, y á menos de quedar

literalmente aniquilado un grupo de naciones beligerantes (hipótesis sumamente improbable), los pueblos vencidos se entregarán inmediatamente á la imitación concienzuda de los métodos del afortunado conquistador. Alemania, humillada, promoverá, gracias á la laboriosidad é ingenio de sus sabios y técnicos, progresos estupendos en orden á la fabricación de máquinas guerreras. A su vez, Inglaterra, escarmentada, acabará por armarse hasta los dientes, estableciendo quizás el servicio militar obligatorio. Rusia, desgarrada en la Polonia, explotará sabiamente sus inagotables recursos materiales y organizará exquisitamente su reserva formidable de vidas humanas. En fin: Francia, expoliada, llevará su patriotismo y su ciencia al más alto grado de tensión y de eficacia bélica. En cuanto á las naciones neutrales, estimuladas por el miedo, ingresarán **motu propio** ó á la fuerza, en los grandes sistemas de alianzas internacionales. Sin duda, algunas de ellas lograrán mantener su neutralidad; pero todas habrán de soportar gastos militares abrumadores y agotantes.

En suma: como resultado político y sentimental de la guerra, se nos ofrece el desmayo del pacifismo y humanitarismo, y el regreso, según el genio y los hábitos sociales de cada pueblo, á los excesos del **chauvinismo y del imperialismo.**

Y dentro de veinte ó treinta años, cuando los huérfanos de la guerra actual sean hombres, se repetirá la estupenda matanza. Y así sucesivamente, según el ritmo de pausa nutritiva y de acción devoradora — ley que rige desde el infusorio al mamífero —, hasta que un milagro divino haga surgir de la impura materia nerviosa del hombre algo mejor. Si es que sale, que lo dudo también...

¡Honda pena da pensar en la cantidad de energía cósmica y de energía moral despilfarradas en las horrendas hecatombes de la guerra!... ¡Qué de inestimables beneficios realizaría la Humanidad si la mitad solamente del tesoro gastado en imbéciles é infecundas matanzas se empleara en las nobles empresas de la higiene, de la cultura y del bienestar colectivos!...

S. Ramón y Cajal.

LAS MUJERES

La razón y la inteligencia del hombre no llegan á su auge hasta la edad de veintiocho años; por el contrario, en la mujer la madurez de espíritu llega á la de diez y ocho.

Por eso tiene siempre un juicio de diez y ocho años, medido muy estrictamente, y por eso las mujeres son toda su vida verdaderos niños.

No ven más que lo que tienen delante de los ojos, se fijan sólo en lo presente, toman las apariencias por la realidad y prefieren las fruslerías á las cosas más importantes. Lo que distingue al hombre del animal es la razón. Confinado en el presente, se vuelve hacia el pasado y sueña con el porvenir: de ahí su prudencia, sus cuidados, sus frecuentes aprensiones.

La débil razón de la mujer no participa de esas ventajas ni de esos inconvenientes. Padece miopía intelectual que, por una especie de intuición, le permite ver de un modo penetrante las cosas próximas; pero su horizonte es muy pequeño y se le escapan las cosas lejanas. De ahí viene el que todo cuanto no es inmediato, ó sea lo pasado y lo venidero, obre más débilmente sobre la mujer que sobre nosotros. De ahí también esa frecuente inclinación á la prodigalidad, que á veces confina con la demencia.

En el fondo de su corazón, las mujeres se imaginan que los hombres han venido al mundo para ganar dinero y las mujeres para gastarlo. Si se ven impedidas de hacerlo mientras vive su marido, se desquitan después de muerto éste. Y lo que contribuye á confirmarlas en esta convicción, es que el marido les da el dinero y las encarga de los gastos de la casa.

Tantas partes defectuosas se compensan, sin embargo, con un mérito. La mujer, más absorta por el momento presente, goza más de él que nosotros. De ahí esa jovialidad que les es propia y las hace ser capaces de distraer y á veces consolar al hombre abrumado de preocupaciones y penas.

En las circunstancias difíciles no hay que desdeñar la costumbre de recurrir, como en otros tiempos los germanos, al consejo de las mujeres, porque tienen una manera de concebir las cosas enteramente diferente de la nuestra. Van derechas al fin por el camino más corto, porque, en general, sus miradas se detienen en lo que está á su mano. Por el contrario, nuestra mirada pasa sin fijarse por encima de las cosas que se nos meten por los ojos, y buscan mucho más allá. Necesitamos que se nos traiga á una manera de ver más sencilla y más rápida. Añádase á eso que las mujeres tienen positivamente un juicio más aplomado, y no ven en las cosas nada más que lo que hay en ellas en realidad, al paso que nosotros, por influjo de nuestras pasiones excitadas, amplificamos los objetos y nos fingimos quimeras.

Las mismas actitudes nativas explican la conmiseración, la humanidad, la simpatía que las mujeres manifiestan por los desgraciados. Pero son inferiores á los hombres en todo lo que atañe á la equidad, á la rectitud y á la probidad escrupulosa. A causa de lo débil de su razón, todo lo que es de presente, visible é inmediato ejerce en ellas un imperio contra el cual no pueden prevalecer las abstracciones, las máximas establecidas, las resoluciones enérgicas ni ninguna consideración de lo pasado á lo venidero, de lo lejano á lo ausente. Tienen las primeras y principales cualidades de la virtud, pero les faltan las secundarias y accesorias... Por eso la injusticia es el defecto capital de las naturalezas femeninas. Eso proviene de sus escasos buen sentido y reflexión que hemos señalado, y lo que agrava aún más este defecto es que, al negarles fuerza la Naturaleza, les ha dado como patrimonio la astucia para proteger su debilidad, y de ahí su falacia habitual y su invencible tendencia al embuste. El león tiene dientes y garras, el elefante y el jabalí colmillos de defensa, cuernos el toro, la jibia tiene su tinta con que enturbiar el agua en torno suyo; la Naturaleza no ha dado á la mujer más que el disimulo para defenderse y protegerse. Esta facultad suple á la fuerza que el hombre toma del vigor de sus miembros y de su razón.

El disimulo es innato en la mujer, lo mismo en la más aguda que en la más torpe. Es en ella tan natural su uso en todas ocasio-

nes, como en un animal atacado el defenderse al punto con sus armas naturales. Obrando así, tiene hasta cierto punto conciencia de sus derechos, lo cual hace que sea casi imposible encontrar una mujer absolutamente verídica y sincera.

Por eso precisamente es por lo que con tanta facilidad comprende el disimulo ajeno, y por lo que no es fácil usarlo con ella.

De este defecto fundamental y de sus consecuencias nacen la falsía, la infidelidad, la traición, la ingratitud, etc.

Los hombres son naturalmente indiferentes entre sí; las mujeres son enemigas por naturaleza. Esto debe depender de que el odium figulinum, la rivalidad, que está restringida entre los hombres á los de cada oficio, abarca en las mujeres á toda la especie, porque todas ellas no tienen más que un mismo oficio y un mismo negocio. Basta que se encuentren en la calle para que crucen miradas de güelfos y gibelinos.

Salta á los ojos que en la primera entrevista de dos mujeres hay más contención, disimulo y reserva que en una primera entrevista entre hombres.

Adviértase además que, en general, el hombre habla con algunas atenciones y cierta humanidad á sus subordinados, hasta á los más ínfimos; pero es insoportable ver con qué altanería se dirige una mujer de sociedad á una mujer de clase inferior.

Preciso ha sido que el entendimiento del hombre se obscureciese por el amor para llamar bello á ese sexo de corta estatura, estrechos hombros, anchas caderas y piernas cortas. Toda su belleza reside en el instinto del amor que nos empuja á ellas.

Las mujeres no tienen el sentimiento ni la inteligencia de la música, así como tampoco de la poesía y las artes plásticas. En ellas todo es pura imitación, puro pretexto, pura afectación explotada por su deseo de agradar. Son incapaces de tomar parte con desinterés en nada, sea lo que fuere, y he aquí la razón: el hombre se esfuerza en todo por dominar directamente, ya por la inteligencia, ya por la fuerza; la mujer, por el contrario, siempre y en todas partes, está reducida á una dominación en absoluto indirecta, es decir, no tiene poder sino por medio del hombre; sólo sobre él ejerce una influencia

inmediata. Por consiguiente, la Naturaleza lleva á las mujeres á buscar en todas las cosas un medio de conquistar al hombre, y el interés que parecen tomarse por las cosas exteriores siempre es un fingimiento, un rodeo, es decir, pura coquetería y pura monada. Rousseau lo ha dicho: "Las mujeres, en general, no aman ningún arte, no son inteligentes en ninguno y no tienen ningún genio. Basta observar, por ejemplo, lo que ocupa y atrae su atención en un concierto, en la ópera ó en la comedia, advertir el descaro con que continúan su cháchara en los lugares más hermosos de las más grandes obras maestras. Si es cierto que los griegos no admitían á las mujeres en los espectáculos, tuvieron mucha razón: á lo menos, en sus teatros se podría oír alguna cosa".

Pero ¿qué puede esperarse de las mujeres, si se reflexiona que en el mundo entero no ha podido producir este sexo un solo genio verdaderamente grande, ni una obra completa y original en las bellas artes, ni un solo trabajo de valor duradero, sea en lo que fuere? Esto es muy notable en la pintura. Son tan aptas como nosotros para aprender la parte técnica, y cultivan con asiduidad este arte, sin poder gloriarse de una sola obra maestra, precisamente porque les falta aquella objetividad del espíritu que es necesaria, sobre todo para la pintura.

Excepciones aisladas y parciales no cambian las cosas en nada: tomadas en conjunto, las mujeres son y serán las nulidades más cabales é incurables.

Gracias á nuestra organización social, absurda en el mayor grado, que las hace participar del título y la situación del hombre, por elevados que sean, excitan con encarnizamiento las menos nobles ambiciones de éste, y por una consecuencia natural de este absurdo, su dominio y el tono que imponen ellas corrompen la sociedad moderna.

Debiera tomarse como norma esta sentencia de Napoleón I: "Las mujeres no tienen categoría."

Las mujeres son el **sexus sequior**, el sexo segundo, desde todos puntos de vista, hecho para estar á un lado y en segundo término. Cierto que se deben tener consideraciones á su debilidad; pero,

es ridículo rendirles pleito homenaje, y eso mismo nos degrada á sus ojos.

La mujer en Occidente, lo que se llama la **señora**, se encuentra en una posición enteramente falsa. Porque la mujer, el sexus **sequior** de los antiguos, no está en manera alguna formada para inspirar veneración y recibir homenajes, ni para llevar la cabeza más alta que el hombre, ni para tener iguales derechos que éste.

Las consecuencias de **esta falsa posición** son harto evidentes. Sería de desear que en Europa se volviese á su puesto natural á ese número dos de la especie humana y que suprimiera la señora, objeto de mofa para el Asia entera, y de la cual también se hubieran burlado Roma y Grecia.

Desde el punto de vista político y social, esta reforma sería un verdadero beneficio. El principio de la ley sálica es tan evidente, tan indiscutible, que parece inútil formularlo. Lo que se llama propiamente la dama europea es una especie de ser que no debiera existir. No debería haber en el mundo más que mujeres de interior, aplicadas á los quehaceres domésticos, y jóvenes que se formasen, no en la arrogancia, sino en el trabajo y en la sumisión.

Lord Byron dice: "He meditado en la situación de las mujeres bajo los antiguos griegos, y es bastante conveniente. El estado actual, resto de la barbarie feudal de la Edad Media, es artificial y contrario á la Naturaleza. Las mujeres debieran ocuparse en los quehaceres de su casa; se las debería alimentar y vestir bien, pero no mezclarlas en la sociedad. También deberían estar instruidas en la religión, pero ignorar la poesía y la política: no leer más que libros devotos y de cocina. Música, dibujo, baile, y también un poco de jardines y labores del campo de tiempo en tiempo. Las he visto en Epiro trabajar con fruto en el arreglo de los caminos. ¿Y por qué no? ¿No barren las hojas secas y extienden el heno para que se seque? ¿No son lecheras?"

En nuestro hemisferio monógamo, casarse es perder la mitad de sus derechos y duplicar sus deberes. En todo caso, puesto que las leyes han concedido á las mujeres los mismos derechos que á los hombres, hubieran debido también conferirles una razón viril.

La ventaja que la monogamia ó las leyes resultantes de ella conceden á la mujer, proclamándola igual al hombre, produce la consecuencia de que los hombres sensatos y prudentes vacilan á menudo en dejarse arrastrar á un sacrificio tan grande, á un pacto tan desigual.

En los pueblos polígamos cada mujer encuentra alguien que cargue con ella; entre nosotros, por el contrario, es muy restringido el número de las mujeres casadas, y hay infinito número de mujeres que permanecen sin protección, solteronas que vegetan tristemente en las clases altas de la sociedad, pobres criaturas sometidas á rudos y penosos trabajos en las filas inferiores. O bien se truecan en misérables prostitutas, que arrastran una vida vergonzosa y se ven conducidas por la fuerza de las circunstancias á formar una especie de clase pública y reconocida, cuyo fin especial es el de preservar de los riesgós de seducción á las felices mujeres que han pescado marido ó que pueden esperarlo. Sólo en la ciudad de Londres hay ochenta mil mujeres públicas, verdaderas víctimas de la monogamia, cruelmente inmoladas en el altar del matrimonio. Todas esas infelices son la compensación inevitable de la dama europea, con su arrogancia y sus pretensiones. Por eso la poligamia es un verdadero beneficio para las mujeres, consideradas en conjunto.

Además, desde el punto de vista racional, no se ve por qué cuando una mujer sufre algún mal crónico, ó no tiene hijos, ó se ha hecho vieja, no había de tomar su marido otra más. Lo que dió prestigio á los mormones fué precisamente la supresión de esta monstruosa monogamia.

Es inútil disputar acerca de la poligamia, puesto que de hecho existe en todas partes y sólo se trata de organizarla.

¿Dónde se encuentran verdaderos monógamos? Todos, á lo menos durante algún tiempo, y la mayoría casi siempre, vivimos en la poligamia.

Si todo hombre tiene necesidad de varias mujeres, justo es que sea libre y hasta que se le obligue á cargar con varias mujeres. Estas quedarán de ese modo reducidas á su verdadero papel, que es el de un ser subordinado, y se verá desaparecer de este mundo la dama,

ese monstruo de la civilización europea y de la estolidez germano-cristiana, con sus ridículas pretensiones al respeto y al honor. ¡No más señoras, pero también no más esas infelices mujeres que llenan al presente la Europa!...

Es evidente que, por naturaleza, la mujer está destinada á obedecer, y prueba de ello que la que está colocada en ese estado de independencia absoluta, contrario á su naturaleza, se enreda en seguida, no importa con qué hombre, por quien se deja dirigir y dominar, porque necesita un amo. Si es joven, toma un amante; si es vieja, un confesor.

El matrimonio es una celada que nos tiende la Naturaleza.

Las mujeres esperan y exigen de los hombres todo lo que ellas necesitan y apetecen. El hombre, en el fondo, no exige de la mujer más que una sola cosa.

Así, pues, las mujeres tienen que amañárselas de tal modo que los hombres no puedan obtener de ellas esa cosa única sino á cambio de encargarse de ellas y de los hijos futuros.

A. Schopenhauer.



Mujeres que Matan

En el mismo momento,
hoy cuando tú pasabas...
hoy cuando se cruzaron
nuestras miradas...
muy cerca de nosotros
su amado amor una mujer mataba
y en un charco de sangre
lo dejó que espirara.

En el mismo momento, tú no me sonreías
y alevosa tu amor también matabas...
¡Y á esta mujer á la prisión la llevan
y á tí no te hacen nada!...

A su amor adorado, porque no la quería,
esta mujer lo mata...
¡tú, en cambio, desdeñosa,
matas á un pobre amor porque te amaba!

O. Morunave.



Tus Uñitas

Me odias... ¿Por qué? No tienes
motivo contra mí justificado.
Me odias... ¿Por qué? Quizás... quizás.. quién sabe
si es porque me has querido demasiado.
Yo tengo un misión y he de cumplirla,
pese á tu desagrado:
la de ser bueno siempre
y la de en bueno convertir lo malo.

No te canses; tus furias desatadas
no torcerán mis ánimos
¡y he de estimarte hasta endulzar tu genio
y convertir tus furias en halagos!

Ya has visto que no puedes tus delicadas uñas
hincarlas en mi espíritu de mármol;
rotas y doloridas
quedan de tus rabiosos arañazos
y me produces pena y me sonrío triste
¡al ver que sangran tus divinas manos!

Mateo Panedi.



INANIDAD

Es lo frecuente que ante mí yo mismo
me encuentre como
ante un extraño á quien extraño miro
pareciéndome yo mismo ser otro...

—¿Quién soy?—yo me pregunto en este instante.
Y no sé á quién pregunto... ¡Pues me encuentro de solo
tal como si conmigo no estuviera
ni yo mismo tampoco!

Y ya no me entristezco
ni lloro...
¡Yo sin mí!... ¡Ni conmigo!...
¡¿Pero qué somos?!

Vicente Medina



La Amada Rie

La amada es adorada y ríe...
Su adorador le ha puesto á los pies
su nombre, su fortuna, su decoro...
La amada es adorada y ríe... ríe...
Su adorador sufre,
implora una mirada,
una sonrisa...
La amada ríe...
¿Pensáis que dirá: "¡Pobre!"?
¿Pensáis que dirá: "¡Cuánto me quiere!"?
Sí lo dirá: pero burlándose,
riendo,
hallándolo ridículo
cuando otro galán llegue...
¿Pensáis que dirá: "¡Qué bueno,
qué delicado! Lo estimo...
Lamento no poder corresponderle,
pues lo merece todo..."? No lo dirá.
La amada es adorada y ríe... ríe...
Y dirá:
"Ese pelele me quería...
¡Qué ridículo!"

Eden Metavinci.



El temido amor

No era que Ninón fuese una mujercita sin alma, la tenía y había asomado muchas veces á sus ojos en forma de lágrimas ó á sus labios en fervorosa plegaria de bienestar para todos. Pero de sus muchos y rendidos adoradores, ni uno solo logró turbar la paz de aquel corazón. Y Ninón sonreía feliz. No tenía más que diez y siete años; á su radiante primavera sonreía la vida brindándole rosas y más rosas...

"¿En qué pasará las mañanas Ninón, y muchas tardes, y casi todas las noches que tampoco se la ve?"

Así se preguntaban los galanes añorando el fulgor y las caricias de los ojos de Ninón.

Estaba en el secreto Magda, su amiga predilecta. A Ninón le habían regalado un Bebé con una cabecita ideal de porcelana; todo él era un primor. La niña quiso vestirlo bien y Bebé parecía un príncipe. De este modo invertía su tiempo la codiciada mujercita. Una noche llegó á su casa muy seria. Unas palabras conturbadoras alteraron por siempre la luminosa serenidad de sus ojos. Cuando fué á saludar á Bebé, el beso de todas las noches, expiró en sus labios sin tocar la carita ideal de porcelana. Y contemplándolo, ya sin ternura, lloró sobre la seda de su vestido por la razón de aquel desamor.

¿Sospechaba Ninón que muriendo aquel sereno y dulce amor, nacía otro más dolorido é inquietante?

Amelia Riera.



HAY QUE MATAR

—Cuando una persona me estorba en el mundo, yo la mato.

—¡Matar!

—Sí: la mato dentro de mí mismo, que es donde puede estorbarme y donde está mi mundo.

La muerte no nos librará de las cosas si no las matamos en nosotros, porque es en nosotros en donde está la vida de las cosas.

Vicente Medina.



PALABRAS DE PASION

Te resuelves en mis sueños como un ardiente beso inacabable.

En las horas que me esperas y no voy, mi carne tremante sabe de deseos dolorosos.

No temo mostrarme ante tí como soy, para que me quieras así, ó no me quieras.

Desde que te beso padezco una aguda hiperestesia de amor.

Hoy me muero por estar en tus brazos y no podrá ser.

Temo tu contrariedad: que no sea así porque á tu vivo recuerdo se ponen quemantes mis labios y una dulce languidez déjame postrada. Tú has sentido rencor? Ingrato! en lugar de devolverme el beso que te he enviado.

Odio con toda mi alma lo que ata mi libertad y no me deja vivir mi mágica vida intensa. Yo quisiera absorber la sonrisa de tu boca para que viviera perennemente en mí. Yo quisiera besar en tus ojos las chispas de luz que engendran mi cariño porque no se si son ellas que me ciegan, ó es el iris maravilloso de tus pupilas.

Yo quisiera que nadie más que yo gozara de tus palabras porque tu voz es un hechizo; de tus afectos porque son tus afectos todo un sueño maravilloso y yo sola quisiera estar en ellos; de tu influjo que esclaviza y me hace sentil la suprema dulzura de morir á él encadenada.

Adria de Villalaz.

LA TIRANA

Su brazo abraza mi cuello
como nadie lo abrazó...
al mío junta su rostro
como nadie lo juntó...
mesadas están mis barbas
por las manos de mi amor...
¡Ay, corazón!

Corazón, traidoramente
su mimo te esclavizó...
Preso, tirana, me tienes...
¡tirana, qué te hice yo!
Aunque me tienes cautivo
yo no te guardo rencor...
¡Ay, tirana
dulce de mi corazón!

Corazón, yo te hablaría
para hablarte de mi amor,
de los capullos de rosa
y de los rayos del sol...
de perlas y de corales
y del pío
divino del ruiseñor...
¡que eso es su voz!
¡Ay, corazón!
¡Ay, tirana
dulce de mi corazón!

Tirana, quiero saber
quién te quiere como yo.
¿Para qué ¡Para quererlo
con todo mi corazón!
Reina de mis alegrías,
dime á quién quieres, mi amor...
¿Para qué? ¡Para quererlo
con todo mí corazón!
¡Ay, mi tirana. de qué
manera te quiero yo!

¿Tirana, cómo te quiero
que no hay celos en mi amor?
Yo deseo que te quieran
todos, todos, más que yo...
y deseo
de tus brazos la prisión...
¡Ay, tirana
dulce de mi corazón!

¡Ay los brazos que me abrazan
como nadie me abrazó!...
Su cabecita y la mía
juntitas están las dos
y sueñan un mismo sueño
¡un mismo sueño de amor!
Ay, amor!...
¡Ay, tirana
dulce de mi corazón!

¿Corazón, cómo la quieres
que te sales de tu cárcel,
corazón?
¿Corazón, cómo la miras

que te sales por los ojos,
    corazón?
¡Ay, tirana, de qué modo
tan tierno te quiero yo!

    ¡Ay amor!
    ¡Mi puro amor!
¡Ay, capullito de rosa!...
¡Ay mi rayito de sol!...
    ¡estrellita!...
¡Lucerito encantador,
en la noche de la pena,
qué bello es tu resplandor!

¡Ay mi nieta la tirana!
Mesadas están mis barbas
por las manos de mi amor...
¡Ay, corazón, cómo tiras!...
¡ay, corazón, me haces daño...
pero qué dulce el dolor!...
    ¡Ay, tirana
mía de mi corazón!

Vicente MEDINA



Feminismo en acción

La aparición de la mujer barbero entre nosotros ha sido saludada con exclamaciones de escándalo. No se había pensado jamás aquí que el clásico "Fígaro" pudiese tornarse en hembra. Era, quizás, lo más privativo, lo más exclusivo del hombre.

Ha sido una valentía inaudita, un rasgo verdaderamente revolucionario, el de atreverse á tener en una barbería mujeres en lugar de hombres. El que tal ha hecho se ha expuesto á ver cerrado su establecimiento entre el escándalo del atraso y de la gazmoñería.

Las damas no se sienten ya tranquilas cuando sus esposos salen á afeitarse. Las inquieta el pensar que se dejen pelar ó hacer la barba por mujeres, aunque ellos tengan la tolerancia de no privarlas de sus peluqueros, sastres y masajistas.

Está visto que la mujer es mucho más intolerante para con las de su sexo. Ninguna consentiría que sus maridos se vistieran en casa de una "modista para caballeros", como ellos toleran el "tailleur pour dames".

Frente á la puerta de la barbería donde se ha hecho esta innovación hay siempre una multitud de curiosos, que miran como cosa rara á las cuatro jóvenes, de aspecto algo parecido al de las enfermeras, quizás por su atavío de trabajo, que, muy serias y circunspectas, enjabonan y rasuran los rostros de los que se han atrevido á ponerse en sus manos, desafiando la curiosidad general.

Indudablemente, la mano femenina, más fina y experta, sabe desempeñar la delicada misión con más lijereza y suavidad que la de la mayoría de los hombres; pero existe un prejuicio que considera inmoral esta aproximación de los dos sexos y juzga que es

más natural que sea otro hombre el que preste sus servicios á los que se afeitan, cuando, realmente, en nuestra sociedad actual la intervención de la mujer resulta hasta moralizadora.

No es, no puede ser, esta una cuestión de moralidad; es una cuestión de competencia. Estas mujeres honestas, trabajadoras, que buscan un oficio que las libre de la miseria y les dé la independencia, inquietan seriamente á los hombres en su egoísmo, y ellos hacen sus aliadas á las otras mujeres, á las vagas, á las inútiles, á las que sólo saben escandalizarse y cuya inconsciente pudibundez se explota.

Se ha tratado de impedir el ejercicio de este nuevo oficio á las mujeres que lo han emprendido. No han tenido sólo que luchar con la mala educación de muchos de los que se les aproximan, y que tienen la idea de ejercer un derecho al vejar á la mujer que trabaja; de los señores que las tutean, ó de las inoportunidades de los que las ofenden con sus piropos. Las persigue también, las acosa, la envidia y la competencia. Se ha intentado invocar una ley de La Cierva para impedirles su profesión; se ha querido humillarlas dándoles un "carnet" infamante por atreverse á trabajar digna y serenamente, á la vista de todos, en un oficio al que hasta ahora no habían tenido acceso.

Ante esta injusticia de los hombres, por dolorosa que sea, se necesita tener la tolerancia de los vencedores con el vencido. Los vencedores en este caso son las mujeres. La guerra ha decidido la causa de la mujer, le ha dado el triunfo, le ha hecho conquistar un puesto social que luego no se le podrá arrebatar.

La mujer, en los países beligerantes, lo es ya todo; reemplaza á los hombres en todos los servicios, desde las oficinas hasta las fábricas. Existe la mujer herrero, la mujer bombero, la mujer albañil; es decir, que llega á desempeñar los oficios más rudos, más en pugna con su naturaleza y sus costumbres.

La guerra ha sido, quizás, cruelmente justiciera permitiendo la expansión de esa inmensa masa de mujeres, aplastada por el poder de la tiranía masculina é inutilizada, destrozada, entre una inmunda galantería.

Esa masa de mujeres oprimidas. desvalidas, impotentes, existe aquí también. Será inútil oponerse á su paso, á sus reivindicaciones. Estas tímidas tentativas, estos chispazos aislados, son el alborear de las nuevas costumbres, en las que ni una falsa moral ni una ruin competencia podrán establecer divisiones de sexo que impidan desempeñar todos los oficios y ejercer todas las carreras, sin más limitación que aquella que establezca la inteligencia y la laboriosidad de cada uno.

Creemos que el ejemplo de las jóvenes barberas cundirá, no sólo dando mayor contingente de "Fígaras", como las hay en otros países, sino extendiéndose á los demás oficios. El triunfo de la mujer es seguro cuando ella se decida á seguir su camino rectamente, sin auxiliarse de la galantería, sin volverse al oir las voces de los que les gritan, para impedirles subir la montaña, como en los cuentos de los príncipes persas, que se convertían en piedras por pararse y mirar.

Carmen de Burgos (Colombine)

"Heraldo de Madrid" 9-V-1918.



AMOR LIBRE

Los **soviets** (¿será la traducción literal **los desaprensivos?**) han declarado el amor libre en una vieja población rusa. Después de hacer traición á los aliados, esos **soviets** han querido engañarse á sí mismos declarándose leales á los instintos de la naturaleza. En su opinión, el amor ha sido siempre esclavo, desde el principio de los siglos, y es absolutamente preciso libertarlo imponiendo la pena de azotes á la mujer casada que quiera ser fiel á su marido y obligándola á someterse, en cuerpo y espíritu, á la turba desenfrenada de anarquistas que quiera rendirla á su momentáneo capricho.

¡El amor libre á palos! Con perdón de los defensores de la tesis rusa, no ha sido otra la teoría de todos los partidarios de la emancipación de los amantes. Porque el amor ha sido libre siempre, y lo que se quiere es que se someta. Los asesinos de mujeres también son partidarios del amor libre, es decir, libre para el hombre. A la pobre mujer no toca sino obedecer y abandonarse ó ser sacrificada como las reses del matadero.

Un simpático y llorado literato revolucionario se obstinó, hace ya muchos años, en explicarme lo que era el amor libre; no pude entenderle; por fin, en un momento de cándida sinceridad, me confesó que lo que deseaba es que fueran suyas, á la fuerza, las mujeres bonitas; porque las pícaras se obstinaban en no rendírsele por la persuasión. ¡Pobre amigo mío! ¡Tan bueno, tan abnegado, tan bohemio y tan ciego de sensualidad! En verdad, merecía una mujer para él solo, cosa más difícil de conseguir que lo que se figura la gente.

Porque el amor siempre ha sido libre. En su acepción más elevada, la palabra amor expresa algo que no admite coacción ni exigencia. Se ama ó no se ama, y todas las fuerzas del mundo no bastan á impedir que se quiera con toda el alma ó que se pueda dejar de amar. Quien escribió esta frase "más fuerte que el amor",

dijo una tontería; él es el porqué de la vida y la explicación de la muerte. Se vive sólo porque hay que amar, y se muere por eso, porque se ama. Y para darnos una idea remota de la supervivencia y la inmortalidad, han tenido las religiones que dar forma al concepto inefable del amor infinito.

Más fuerte que la muerte, **piu che la morte**, escribe el poeta. El amor no reconoce trabas ni limitaciones. Deshecho el universo, bastaría á reconstruirlo la palabra amor, que fué, sin duda, el verbo taumaturgo del Génesis. El vate más moderno, Campoamor, lo dijo en las graves estrofas de **El almez**. Cuando el mundo sea extinguido, otro árbol nacerá de la semilla del viejo tronco, y un hervor universal irá diciendo: "¡Amor, amor, amor!" Los partidarios del amor libre saben que ya lo es. Lo que quieren es que pueda ser satisfecho. Digamos que lo ha sido siempre.

Con sanción ó sin ella, los amantes que se lo proponen vencen todo género de obstáculos. En el siglo de la tiranía paternal y marital escribió, para demostrarlo, más de mil comedias Lope de Vega. Marsilla, detenido por su padre ante los muros de Teruel, sabe que Isabel se ha casado en lazo indisoluble. — En presencia de Dios, formado ha sido — exclama el anciano. Y Marsilla, en un arranque impío, aplaudido por nuestros católicos abuelos, ruge desesperado:
— ¡Con mi presencia queda destruído!

Y este es el sentido de los dramas de Esquilo y de Sófocles y Terencio y Shakespeare y Schiller y el mismo Calderón. Esta es la signficación de **La Celestina** y **Romeo y Julieta** y **Las afinidades electivas**. El amor es libre, lo ha sido y lo será. Dios te libre, ¡oh, mujer casada!, de que tu esposo se enamore de otra. Verás hasta dónde llega el Concilio de Trento. Guárdete tu sino, ¡oh, marido alegre y confiado como la ciudad benaventina!, de que tu mujer se proponga engañarte. Podrás matarla; evitar el perjurio, no. Y esto en los pueblos en donde el matrimonio no es indisoluble y para las personas que no permanecen en soltería. Muy torpe ha de ser

en cualquier rincón del planeta, joven ó viejo, gallardo ó deforme, sano ó enfermo, rico ó pobre, derecho ó tuerto, quien no halle para su descosido un roto.

Entonces, ¿qué pretenden los partidarios del amor libre? Muy sencillo. Ellas, que han sido libres, ¡demasiado libres!, para pertenecer á medio mundo, quieren una ley que las declare honradas. Y eso ya es demasiado. Muy bien que emulen las glorias de Safo, Lais, Lesbia y demás señoras **ejusdem farinae** pero que no pretendan que nos inclinemos ante su virtud de real orden ó de mandato revolucionario. Son... lo que son. Si las tributásemos el homenaje de la santidad, ¿qué íbamos á dejar para nuestras madres?

Ellos también saben que el amor es libre, y precisamente ahí les duele. En la Naturaleza todo animal encuentra una hembra. Cuando un hombre es tan bruto ó tan repulsivo ó tan miserable que no halla mujer que le conceda el beneficio de una sonrisa desinteresada, entonces quiere que las casadas no sean fieles á sus maridos y que se le entreguen bajo la pena de veinticinco palos. ¡Y tampoco se le entregarían! Tal es el sentido de la anarquía práctica. La riqueza, el amor, la felicidad para todos, es decir, para el más osado y más fuerte. Y lo peor es que ya nadie se atreve á decirlo por temor á recibir centenares de anónimos y á leer las increpaciones de los ácratas de Buenos Aires y las burlas de los ingenios trasnochados del **boulevard.**

El amor libre... Está muy bien; pero libre para las mujeres. ¿En virtud de qué ley ni de qué principio Rosa ha de esperar á que salga su amante del presidio cuando no la ha dado su nombre, ni la puede alimentar, ni ella lo ama? ¡Pena de muerte á la mujer que no es fiel, al estilo calderoniano, y al hombre libertad absoluta para que la arroje como á la protagonista de **El asno muerto**, diciéndola con frase despectiva, como en Nasón, **displicet masus tua!** Entregarse bajo pena de azotes... Eso es muy avanzado y muy

soviet, pero es una iniquidad y un atropello. Por fortuna no puede suceder ni en Rusia. Ocurrirá en momentos de desorden, como ocurren las violaciones y los sacrilegios, pero nunca podrá revestirse de forma legal.

Tenorio era también partidario del amor libre, con escalamientos, raptos, suplantaciones y asesinatos. Siempre por la fuerza, jamás por el propio merecimiento. Pero el amor es libre siempre para quien sabe hacerse amar; y esto, ¡oh, soviets latinos y rusos!, es muy fácil ó es imposible.

Antonio Zozaya.

"Mundo Gráfico", No. 344.

ETERNO AMOR

"Adoro el bello sexo, y en más de una ocasión he experimentado el deseo de parodiar á aquel tirano que sentía que el género humano no tuviese una sola cabeza para cortarla de un golpe. Mi deseo también es gigantesco pero menos bárbaro, y en realidad más tierno que cruel; consiste ó mejor dicho consistía cuando yo era adolescente, en que todas las mujeres tuviesen una sola boca de rosa para besar al mismo tiempo á todas las que existen del Norte al Mediodía.

***

El amor y el matrimonio aunque nacidos en el mismo clima rara vez pueden vivir juntos: el matrimonio procede del amor como el vinagre del vino.

***

Eso que se llama Inconstancia no es otra cosa que la admiración justa que nos arranca todo ser privilegiado para quien la Naturaleza ha sido pródiga de belleza y juventud.

Lord Byron.





Dolor de Bonafoux

CRÓNICA

"El penoso mirar de aquellos ojos dorados... ¡por la angustia agrandados!..."

París-Londres 16 de Junio.

Antes los tiempos eran otros, ahora los tiempos son otros, y ahora va apareciendo quién quería á Francia, y quién, si no quería su mal, tampoco se preocupaba de su bien.

Al principio de mi residencia en Londres iba yo á una tienda cuyo dueño, francés, es un antiguo conocido mío, de vista y por sus ideas radicalísimas, al que ví repetidas veces cuando iba á visitarlo un español, desterrado de Montjuich..., Fernando Tarrida; y al volverme á ver, recién llegado á Londres, el francés, transformado en nacionalista furibundo, mirábame de soslayo y con mal reprimido enojo, bien que como si antes no me hubiese visto en los días de su vida. Y yo lo miraba á él con desdén, con desdén muy grande, pero no exento de tristeza...

Una tarde de estas en que los periódicos han voceado noticias amargas y peligros inminentes (1) —¡ahora que se han despejado tantas incógnitas, y que nadie se puede llamar á engaño! —, al verme en su tienda dicho ex internacionalista alargóme la mano y díjome, con un sollozo en la garganta:

—¡Cuánta razón tenía usted, Sr. Bonafoux! Era la primera vez

(1) Alude a la última ofensiva de los alemanes, cuando estos ya se aproximaban a París

que se acordaba de mí. Horas después, aquella misma tarde, tomaba yo el tren para Emsworth, y por el camino iba pensando en que yo también tengo cosas en aquella Francia en peligro; y pensaba en los cuatro muros — ¡tan roídos ya por la humedad! — de humilde casita que se irguió en los lomos de mis libros, en los cuadros, (selectos), que adornan mi sala, en mis rosales, ya tronzados por el olvido, y, más que en todo, en una tumba querida á la orilla de una senda abrupta, tumba á la que no puede llevar flores, hace mucho tiempo, la compañera de mi vida; y pensando así pasó por mi pupila, como una ráfaga, una estación y un jardín de rosas: Emsworth.

Desperté, al día siguiente, entre el canto de un mirlo y el canto de un cuco, y, asomándome al balcón, bajo un sol violento, ví todo el pueblo colgado de rosas, como si la población fuese una novia aparejada para ir al altar: colgaduras de rosas, ramos agobiados por el peso de las rosas, rosas entrelazadas, en aromosa cópula, por el amor del campo, bóvedas de rosas, y por las anchas rutas, tapizadas de yerba, aparecía una lejanía de rosas. Entonces mi compañera, pálida como un cirio, fijó en mí sus ojos dorados, agrandados por la angustia de la enfermedad, y entonces fué cuando comprendí bien todo el lirismo bendito que entrañan las rimas de Medina por la compañera de su vida...

¡Qué viejo es todo esto! Las uniones sentimentales están mandadas recoger, por ahora. El amor no existe más que como vehículo para la procreación de la especie. Es verdad, es atroz, pero es sano. El cariño, como la perla, es una enfermedad, un sufrimiento; y mientras más se quiere, más se sufre. Ahora es otra cosa, ahora se lee:

"Organizaciones de repoblación intensiva que funcionan con ardimiento y disciplina... Canalización, por la Patria, de las necesidades genésicas... ¡Que las viudas no pierdan tiempo en derramar lágrimas, y se aphresten á la cópula patriótica!... ¡Que las mozas realicen matrimonios provisionales y esponsales acelerados!..."

De los matrimonios llamados **de guerra** pasan ya de un millón los divorciados al mes de unidos (el tiempo más ó menos indispen-

sable para que la hembra se empreñe), y en el espacio de 4 meses, ante un sólo tribunal de Berlín, se han tramitado 700 divorcios "por hechos espantosos", insinúa la "Gaceta de la Cruz", de aquella ciudad. La inmoralidad en otras capitales europeas no tiene atadero...

Con estos hechos, de un materialismo grosero, que relegan la condición de la mujer á la condición de la perra salida, contrastan los amoríos — ¡cuán ridículos, pero cuán hermosos! — de una parisiense, quincuagenaria, con un mozalbete, de dieciocho abriles, el cual no se enteraba de la pasión ardorosa que había inspirado. Desolada, acudió ella á un embaucador, de los muchos que medran con malas artes en la villa luminosa, el cual vió en los amoríos seniles un filón que explotar, y lo explotó de firme, dándole largas al asunto y esperanzas de ser correspondida á la vetusta dama; hasta que ésta, cayendo de su burro — á pesar de que era fuertecilla la venda que le puso Cupido, — acudió á los tribunales en demanda de que le devolviesen el dinero que diera al mago bribón.

Una boca ajada murmurando amores parece ridículo, pero, en realidad, es como una rosa que se marchita en su tallo y cae, deshojada, en el polvo de su propio perfume.

En lo que no ha estado bien, á mi juicio, dicha dama es en haberse querellado judicialmente contra el embaucador que le estafó unos miles de francos (¡taday pobreza!), á cambio de darle la multimillonaria ilusión de ser amada. ¡Hasta en plena juventud, una mujer debe agradecer siempre las dulces mentiras!...



Una española sentimental ha dado un fruto de bendición; sí, la señora Zenobia Camprubi ha vertido al castellano las poesías, emanadas, como de un manantial del gran corazón que se llama Rabindranath Tagore, de quien dice el comentador de la traducción:

> "Nadie como él profesa ese suave panteísmo secreto, íntimo y más ó menos consciente, que hace y convierte en poesía todas las cosas. Y nadie lo pone más al alcance de todas las almas, por ingenuas

ó áridas que sean, de modo que, hablando al par á los sentimientos y á la mente, á lo emotivo y á lo intelectual, nos impregna el espíritu todo del divino encanto.

Ingenuo y tierno en la apariencia, como el niño, por cuya boca gusta de hablar tantas veces, son sus palabras transcendentales y definitivas, como depuradas por la más alta sabiduría. Es para todos, empero, porque él parece repetirnos eso que dicen los vientos y las aguas en su corriente gárrula, el sol en su hervor luminoso y, sobre todo, la noche en su silencio. Algo, en fin, que está en el fondo de nosotros mismos y que sólo él sabe despertar con su palabra clara''.

LETRAS, que tanto, y de tan bella manera, viene contribuyendo á divulgar á Tagore en lengua castellana, debe vestir gala; y también la escritora Zenobia Camprubi. Dar á luz un Tagore, aunque sea traducido, es un parto precioso cuando se exige á las alemanas que paran reses para engrosar el ganado humano con dirección á los mataderos.

Luis Bonafoux.

***

LA CARTA TRISTE

De Junio.

Sr. Dn. Vicente Medina.

Amigo y Comp.:

Habiendo recibido yo una felicitación de Miguel Moya, por mis artículos, le digo así:

''Lo creo, porque es conocido quien me lo dice; pero no sé como ''cada día se leen con mayor encanto mis artículos'', pues los escribo, casi siempre, á salto de mata, y, á veces, con la pluma llena de lágrimas.

¡Sí, amigo Moya! Después de todo lo pasado, de ser nosotros, como Vd. me ha dicho ''unas de las dolorosas víctimas de la guerra'',

hace unos 2 meses que no se vive, sino que en pena, en casa. Mi compañera está grave y peligrosamente enferma".

Este tremendo clima, tan perjudicial á su salud, 2 grippes infecciosas que ha tenido aquí, grippes rudas y peligrosas, el cambio absoluto de vida y costumbres; y luego el desgarro moral que le produjo el aislamiento de su casa y de sus cosas, el angustioso sufrir por la trágica odisea de Tulio, y, en fin, mis propias vicisitudes, el verme tan calumniado, tan perseguido, tan atropellado, fueron comiendo su salud, siempre endeble.

Lo peor del caso es que se ha perdido un tiempo precioso, porque el doctor inglés que le ha asistido de cuando en cuando durante un año de malestar, no acertó con la enfermedad; la cual, previo examen de los esputos, y según diagnóstico del Dr. Chacin, buen médico venezolano, resulta ser tuberculosis, bastante avanzada."

Coincidencias extrañas, que dan miedo: En su penúltima carta me deseaba usted salud... salud....

Mi mano y mis afectos.

L. Bonafoux

⁂

DESAHOGO....

Para Vicente Medina.

¡Cuántas veces, amigo Medina, nos deseó usted, á mí y á los míos, mucha salud "para poder contarlo".

¿Se acuerda usted?

Pues uno de nosotros, el principal de todos, el mejor de todos, porque era el alma del hogar — de un hogar levantado y sostenido en treinta años de trabajo y esfuerzo, — la compañera de mi vida de rudos azares, no podrá contarlo...

El 31 de Julio fueron mis pobres hijas á escojer un pedazo de tierra inglesa para sepultura de su madre, que era tan española —

como castellana vieja,—y al día siguiente dejábamos allí lo que más amamos y respetamos en el mundo, con esta inscripción:

RICARDA BONAFOUX.

Usted sabe lo que es perder una compañera verdadera, porque usted perdió la suya.

La mía no era solamente mi mujer, sino también mi gran amiga, mi mejor amiga, mi confidente de todos los días, de todos los momentos, mi alma gemela en el cuadro de mi hogar. Al separarnos un destino cruel, dijérase que han cortado una cosa que estaba soldada á mí mismo, y, en vez de sentirme más ligero, siéntome más tardo para marchar á través de la vida. Su silueta, aunque tan frágil, llena con su sombra benéfica la casa toda; yo la veo por doquiera y, al encontrármela, lloro perdidamente como un niño...

Como Restrepo Gómez, en sus **Solariegas**, yo no encuentro modo de llenar el vacío que dejó la compañera en el hogar:

Un vago tinte de aparante calma
Se filtra en pinceladas misteriosas,
y hasta parece á ratos que las cosas
lloran también cual si tuvieran alma.

Yo no sé... tengo miedo, me tortura
Un pavor agresivo;
esta casa, sin tí, se me figura
una enorme y extraña sepultura
en que me hubieran enterrado vivo.

Abro impaciente las doradas puertas
del ensueño, y al punto alborotado
entre un olor como de rosas muertas
que viene del Pasado.

. . . .

En la alcoba, sarcófago que guarda,
sin tí, la soledad de los desiertos,

el Crucifijo, como yo, te aguarda
con los brazos abiertos.

¡Los hogares unidos, muy unidos, son una dicha ó, más bien, una pena! Lo último, cuando la muerte viene á separarlos.

Aunque piadosos para afuera, nosotros, los Bonafoux constituíamos una familia que vivía para adentro.

Las amistades, todas afectuosas, ninguna íntima, que formó mi compañera en más de veinte años de residencia en París, podían contarse por los dedos de una mano. Mis hijas solían encontrarse, pero muy de raro en raro con alguna amiguita. En cuanto a mí, la obra que tengo dispersa en libros y periódicos habla muy claro de mi aislamiento, de mi soledad.

—Es un solitario; se ha dicho siempre de mí, como reprochándomelo.

Y yo no estaba tan solo, puesto que tenía hogar.

En la intimidad de él desdoblábanse nuestras almas, y el hogar, á veces riendo, á veces llorando, era el símbolo de nuestros corazones ,la expresión genuina de nuestra vida.

...Perdone usted, mi amigo muy querido —¡mi compañero de tantas cosas!—, perdone este desahogo penoso. Si no con usted, ¿con quién había yo de desahogarme?

Luis Bonaofux

***

PÉSAME

Sr. Luis Bonafoux
3 Addison Bridge Place
London | w.

Amigo mío:

¡Bien me hago cargo de cómo estarán su espíritu y su casita!...

¡Y qué decirle más! Consuelos, paliativos... Lo que es nada para los demás, es todo para nosotros... Vea si puede hacer Vd. algo sobre su temperamento, que es el que manda, y mire hacia sus

hijos, hacia sus hijas... Ese grupito doloroso que fué á elegir un pedacito de tierra para que duerma su madre... Esa pena de los hogares unidos es el perfume de la vida...

Y ahora le repito ¡Animos! ¡Salud! ¡Serenidad!

Yo, el del dolor ¡ya ve Vd.! soy un optimista sentimental... Y le mando á Vd. adjuntos, versos optimistas para consolarlo... Y, á falta de mi ramito de rosas para la venerada muerta, pensando en ella, le pregunto á Vd. por Tulio, soldado en el frente.... ¡Aquel hijo por ella tan llorado!...

Adiós.

Vicente Medina.





PIECECITOS

Piececitos de nene,
piececitos descalzos, violáceos de frío,
piececitos desnudos, ¡¿cómo os ven y no os cubren,
Dios mío?!

Piececitos punzados
por los guijarros todos
y ultrajados de nieves
y lodos...

El hombre ciego ignora
que por donde pasáis
una flor de luz viva
dejáis...

Que allí donde ponéis
la plantita sangrante,
el nardo nace más
fragante...

Piececitos que echáis
por los caminos rectos
y enseñáis á ser puros
y perfectos...

Piececitos de nene, piececitos descalzos,
joyitas sufrientes,
¿¡cómo pasan sin veros
las gentes!?

Gabriela Mistral.

Directora del "Liceo de niñas" de Punta Arenas (Chile)

LA PUERTA

Ante mi puerta,
los que pasan detiénense á mirar,
alguno á murmurar:
"Dentro de aquella casa
la gente ha de estar muerta...
no se abre jamás aquella puerta...
¡Jamás! jamás! jamás!"

¡Ay, pobre puerta mía!
grande portón oscuro
traspasado por tantos
clavos descomunales,
oír no puedes ya roce de sedas.

Puerta de hojas enormes,
de hierro que el martillo golpeara,
que ya nadie golpea,
que nadie ha golpeado
tiempo ha.

Roída de carcomas,
llena de telarañas,
nadie te abrió,
de un año en otro año,
ni el polvo te quitó...
¡nadie vino á cuidar
de tu tocado!

La gente pasa y mira,
párase á murmurar:
"Dentro de aquella casa
la gente ha de estar muerta;
no se abre jamás aquella puerta...
¡Jamás! jamás! jamás!"

Aldo Palazzeschi.



Del poeta festivo Juan Pérez Zúñiga

por el Caballero Audaz

—¿Cómo hace usted las **Cosquillas** del **Heraldo**?

—Cojo los periódicos de la noche, los leo en la cama, y de lo que arrojan, pergeño lo que he de decir al día siguiente, y por la mañana, en cuanto me levanto, las hago y las mando al periódico antes de ir á la oficina.

—¿Cómo á la oficina?—pregunté sorprendido.

—Sí, señor—repuso D. Juan sonriendo—. La mañana entera la destino al destino.

Reímos el chiste; él continuó:

—Soy jefe de Hacienda en la Intervención de la Deuda, empleo que, después de haber hecho mi carrera administrativa en el Ministerio de Ultramar, al suprimirse éste, me proporcionó la Reina Cristina, á quien debo eterna gratitud.

—Diga usted, D. Juan, y en estos treinta y ocho años, durante los cuales ha tenido usted que hacer á diario chistes y versos humorísticos con la pluma, ¿habrá usted tenido duelos de familia y días amargos?

El rostro serio de don Juan adquirió más gravedad.

—¡Oh!, ya lo creo. Eso ha sido lo peor. Muchas veces he teni-

do que hacer reir á mis lectores mientras que yo lloraba. ¡Eso es espantoso! En otras ocasiones enfermé con fiebre; pero ningún día he abandonado mi pluma. Y figúrese usted las cosas tristes que me habrán pasado en estos treinta y tantos años. A propósito de este contraste le escribí á mi hija unos versos titulados **Lágrimas ocultas,** los únicos serios que habré escrito en mi vida; oígalos usted:

Y el poeta de la risa, con voz muy triste y emocionada, comenzó á recitarlos.

¿Piensas que es, pobre hija mía,
franca siempre mi alegría
porque jamás me ves triste
y vivo explotando el chiste?
¡Cómo te engañas, María!
¿Me ves trabajar contento?
Pues siempre, al coger la pluma,
camina mi pensamiento
entre una chanza que invento
y un malestar que me abruma.
Suele ser mi malestar
hijo de penas ó apuros
que no pueda remediar,
pues por los trances más duros
me obliga Dios á pasar.
¡Cuántos días de amargura
pasé finigendo ventura!
Sí; ¡cuántos mientras tu madre,
tus hermanas ó mi padre
ardían en calentura,
disimulando temores
y dominando dolores,
tuve que hacer que mi mente
soltase el chiste corriente
pedido por mis lectores!...
De la muerte en el dintel

te vi un día, y aquel día,
llorando sobre el papel,
hice chistes á granel
para comer, ¡hija mía!
¿Y crees que es desdicha escasa,
llorando, escribir en guasa?
Pues mayor pena no cabe.
¡Eso, niña, no lo sabe
nadie más que el que lo pasa!
Aunque me sienta morir,
tal sacrificio es forzoso;
pero, al ver que hago reír,
da todo el mundo en decir
que soy un hombre dichoso.
Esto creen, y no hacen bien,
y es porque no consideran
que en mí hay lágrimas también
¡lágrimas que ya quisieran
ser de esas que todos ven!
Esas acusan un duelo,
que puede encontrar consuelo
si alguno en ellas repara,
y hacen un surco en la cara
que pronto borra el pañuelo;
pero las otras que, ardientes,
brotan como avergonzadas
y se ocultan á las gentes
entre risas aparentes
y venturas no gozadas,
¡esas, no sabes, María,
todo lo amargas que son;
porque un día y otro día
caen hacia dentro, hija mía,
y abrasan el corazón.

EL NIÑO ES ASI...

Si el niño quisiera, podria volar al cielo en este instante. Pero por algo no se va. ¡Le gusta tanto doblar la cabeza en el regazo de su madre, y mirarla y mirarla sin descanso!

Sabe un sin fin de palabras maravillosas. Pero como son tan pocos los que en este mundo entienden lo que él dice, no quiere nunca hablar.

Lo que anhela es aprender palabras de labios de su madre. ¡Así pone ese aire tan inocente!

Tenía un montón de oro y de perlas, y se vino á esta vida como un pordioserillo. ¡Pordioserillo desnudo, que se hace el desvalido para pedirle á su madre el tesoro de su amor!

¿Por qué sacrificó su libertad si estaba tan á gusto en la tierra de la lunita nueva? ¡Ay!, ¡él sabe bien qué goce infinito tiene al esconderse en el corazón de su madre, y cuánto más dulce que la libertad es sentirse preso entre sus brazos amados!

Antes vivía en el mundo de la alegría perfecta, y no sabía llorar. Pero eligió las lágrimas, porque si, con su sonreir, se ganaba el corazón anhelante de su madre, sus gemidos por cualquier penilla le tejen un doble lazo de amor y de piedad.

(Del libro "La Luna Nueva", de Rabindranath Tagore).



PFEMFERT

Franz Pfemfert es un hombre sin importancia que vive en Berlín. Carece Pfemfert de importancia, pero tiene en su mano, que no ha trazado línea alguna digna de la fama ni del recuerdo, los hilos de la literatura alemana del futuro. Los escritores de espíritu nuevo se han agrupado alrededor de "Die Aktion", semanario que Pfemfert publica en Berlín.

De estos escritores unos, declarada la guerra, siguen perteneciendo al grupo. Otros se han separado de él, cuando el tronar de los cañones, y la invención del 42, les revelaron un corazón germano y una pluma que era fácil cronista de bárbaras hazañas y dúctil instrumento para zaherir viejos amores. De otros ha prescindido Pfemfert por no perdonarles ligeras claudicaciones. "Hay que mantenerse puros en estos momentos." Y los desertores de la causa dejaban de recibir la "Aktion" metida en la faja que invariablemente escribía y pegaba el mismo Pfemfert. Y si el castigado trataba en la calle, ó en el café, casi siempre el del "Westens", de abordar al juez, éste le repelía diciéndole:

—"Mein Herr... ¡Entre nosotros todo ha acabado!"

Y Pfemfert arqueaba los ojos y hacía temblar el mechón de pelo que cae sobre su frente.

Pfemfert tiene unas tijeras con las cuales "recorta el tiempo". Este "Tiempo" es la expresión del rebajamiento de los literatos alemanes destiladores de tinta patriótica. Pfemfert lee los periódicos armado de sus tijeras. Cuando descubre un concepto atentatorio á las convicciones de un "buen europeo", recorta el suelto.

Va á la sección "Yo recorto el tiempo". En ella figuran Meier Graffe, junto con Franz Blei, y hasta el mismo Heinrich Mann, Teodor Wolff, Kurt Hiller... ¡La lista es innumerable! Las columnas de "Yo recorto el tiempo" pudieron ser los autos de la causa criminal que las futuras generaciones alemanas incoaran contra los que renegaron del respeto debido al espíritu.

Antes de la guerra "Die Aktion" trataba de política. En uno de los números de 1912 Pfemfert, en profético artículo, adivinó la defección de los socialistas. Sometida á la censura y no queriendo torcer sus convicciones, Pfemfert ha excluído los temas de política, pero hace política publicando literatura: versos del campo de batalla. Estos forman ya una "Antología de lírica de la guerra", publicado en volumen aparte, que es ramillete de la protesta poética contra la barbarie patria. Hojeando esta pequeña Antología, se leen los nombres de los poetas muertos en flor. El primero de ellos Ernst Stadler, alsaciano de corazón y de amores francés, alma llena de murmullos de paz. Cayó frente á las trincheras francesas. Tenía per vecino en éstas á su amigo Charles Peguy, que murió atravesado por una bala casi al mismo tiempo que Stadler.

Pfemfert anunciaba en el periódico la muerte de un colaborador en esta forma: "Ernst Stadler, poeta. Obligado á tomar las armas fué muerto en..." Una orla negra. Nada más. Los anuncios se repetían con frecuencia. Como la "Kommandantur" de Berlín no creyera que éste era un procedimiento para fomentar el heroísmo, prohibió la publicación de tales esquelas.

Cuando los patriotas radicales querían librar á Alemania del contagio del mundo y prescribían beber cerveza ó vino solo alemanes, no amar mujeres de raza extranjera y no leer más que á Lutero ó á Félix Dahn, para virilizar el patriotismo. Pfemfert publicaba números extraordinarios de la "Aktion" consagrados á Francia, Inglaterra, Rusia, Italia... En estos números aparecían, como protesta contra el raquitismo nacional, traducciones de los grandes genios extranjeros, clásicos y modernos.

Pfemfert ha dado á conocer á su país algunos capítulos de la

obra de Nicolai, "Biología de la guerra", hoy proesripta en Alemania. Hasta unas caricaturas de Bagaría aparecieron en "Die Aktion", pero quitando las puntas á los cascos...

La desazón de la juventud literaria alemana dió, á principios de la guerra, ocasión de vida á otras dos revistas que pretendían emular "Die Aktion". Fueron "Forum", que Wilhelm Herzog publicaba en Munich y "Die neue Jugend", que Wieland Hertzfeld editó en Berlín. "Forum" fué suprimido á los pocos números por las autoridades militares, y "Die neue Jugend" languideció para morir por falta de talentos. Fué el pecado de ambas revistas el hermanar compromisos. Carecieron de un hombre como Pfemfert, austero hasta el fanatismo, enérgico y lleno de voluntad hasta la intolerancia. Por él "Aktion" vive y es hoy la única protesta latente en Alemania.

Representa "Die Aktion" la proyección del espíritu nuevo. Lo mismo en literatura que en sentimiento político. Al hojear las colecciones de esta revista, que tanto quisimos, podríamos encontrar los nombres de la literatura de mañana.

En las páginas de la "Aktion" aparece Franz Werfel, el enorme poeta, el genio de la lírica alemana. El ha traducido durante la lucha **Las Troyanas**, de Eurípides, con una libertad que fué latigazo para el público corrompido por la guerra. Y Willamowitz Moellendorf, una de las víctimas de la psicosis guerrera, se atrevió a invocar la figura de Eurípides, para castigar á un genio mozo, que no pudo leer las páginas del viejo rebelde sin sentir la miseria del tiempo presente.

En "Die Aktion" firman también Elsa Lasker Schuler, la gran poetisa, toda judaísmo y perfume del Oriente: Ferdinand Hardekopff, el delicado estilista, la prosa del cual no es por nadie aventajada, que reúne sus obras completas en las 48 páginas de los **Lesestücke**; Ludwig Rubiner, espíritu profundo y rebelde, con toda la rebeldía de que sería capaz un alma rusa, y que ahora emigrado en Zurich, publica allí el "Zeit Echo"; y, en fin, dejando pocos nombres de lado, Leonhard Frank, no hace muchos años ce-

rrajero en Wurzburg, hoy con **Die Ursache** y sus novelas cortas **Der Mensch ist gut** el mejor novelista alemán y que además llegará á tener renombre universal.

No se crea que estos literatos representan un estado de opinión en Alemania. No. Políticamente carecen de influencia. Literariamente son desconocidos de las masas. Sus obras apenas han roto la costra de algunos espíritus curiosos. Pero su valor está en ser anunciadores de lo futuro. Su mérito, en haberse librado del contagio mortífero que estraga la inteligencia alemana.

Puede decirse que Pfemfert, ha lanzado al mundo á casi todos estos nombres. De la obra literaria alemana no podrá hablarse en lo futuro sin citar la "Aktion". Y la "Aktion" no existiría sin Pfemfert.

Manuel Pedroso

"España" No. 176.



POR SER ALEMAN

Me dijo así:

Soy alemán, amo mi patria, estoy lejos de ella y sueño con ella... Salí de mi patria asqueado de su imperialismo, de su militarismo... Tengo ideas de fraternidad universal... No le doy valor á las nacionalidades... Creo — en un pensar extremo — que todo colectivismo es punible... Aun el colectivismo con fines altruistas... Todo colectivismo tiene un fin impositivo, despótico, de agresividad cobarde á fuerza de número, no de razón... El colectivismo es unidad de manada, pero no unidad de pensamiento... Son algo de bestias las mayorías aplastantes...

Soy alemán, — repitió — amo mi patria como amamos nuestro hogar, nuestro jardín, nuestras plantitas, nuestras cosas íntimas... ¡Pero amo el mundo!... Amo los míos, amo mi idioma, amo mis canciones, porque todo eso está amasado con mi sangre y con mi sentimiento y con mis ilusiones... Pero me emocionan las penas de todos los hombres y quisiera decir con mi lengua en todos los idiomas las benditas palabras de fraternidad, y cantar con mi acento todos los triunfos espirituales y redentores de la Humanidad entera.

Soy alemán, no he de negarlo; pero desearía que la cultura borrase el tilde inclemente de reprobación que ponen circunstancias de guerra en los no beligerantes de una nacionalidad enemiga.

Comprendo el caso de la guerra actual; me resigno agobiado por la fatalidad de este conflicto humano tan idiota ante una razón serena; de este conflicto que tan sencillo hubiese sido el evitarlo y que á pesar de tanta razón humana ha sido tan inevitable. Acepto serena y razonablemente que de las armas menos crueles empleadas

en esta guerra de la ciencia bárbara, es una la de perseguirnos y acosarnos fuera de los territorios en guerra, en campo neutral y en nuestros pobres y pacíficos hogares... ¡Pero es un dolor que haya que llegar á tales extremos!...

Yo abomino de la guerra y de las nacionalidades que nos hacen adversarios á unos hombres de otros y, sin embargo, se me persigue y se me acosa porque soy alemán, como en otras partes son perseguidos y acosados otros hombres porque son ingleses, franceses ó de otra nacionalidad cualquiera...

Y he perdido mi empleo: me han echado..." ¡por ser alemán!"

Y en mi casa careceremos del pan... Y mi esposa y mis hijos, que ya ni son alemanes, me preguntarán:

"¿Pero qué hemos hecho nosotros?"

Y yo, que me precio de razonable y de sereno, no sabré qué decirles.

Vicente Medina.



LAS CIEGAS

Ciegas, ciegas silenciosas, dejadme que yo os diga la tragedia de vuestra vida.

He llegado hasta vosotras y he sorprendido vuestro dolor. He visto desde mi noche la tragedia de vuestra vida y he bebido vuestra amargura, que silenciosa y serena desgarró mi corazón de hombre joven, despertando en él una gran preocupación que mi voluntad y la ceguera de mis ojos han unido á vuestro destino.

Hermanas ciegas, yo os he visto: resplandecientes de bondad y de ternura, encerradas en un cuerpo delicado y elegante, inteligentes y nerviosas, estudiar; abatidas y tristes, rezar; vivas y decididas, arreglar todos los pormenores de vuestras casas; bellas, cuidar de vuestra hermosura y pasearla como reinas destronadas que mantienen su realeza más pura y más ideal en el destierro; sensuales, gozar de la materia con refinamiento; trabajadoras, coser de sol á sol; alegres, bailar; atentas, escuchar una sonata de Beethoven y una poesía de Heine; gastadas, mendigar; he oído hablar de Sor Brígida y de las hermanas ciegas de Saint Paul y os he visto borrachas, tiradas en la puerta de la iglesia de San Martín

Todas tenéis un gesto adecuado á las circunstancias que os rodean; pero todas sois hermanas en vuestra sonrisa trágica denunciadora de las hondas preocupaciones de vuestro espíritu.

La ceguera no os creó ni os quitó nada: sólo tuvo la virtud como siempre de agrandaros lo que fomenta la obscuridad y amortiguar lo que sin la luz muere.

La luz, el color y las perspectivas: únicas cosas que están

fuera de vuestro mundo perceptible, ó no son nada ó son recuerdos torturadores de vuestras almas.

Sobre vuestros hombros débiles de mujeres, descansa doble el problema social de la ceguera; estudiais, trabajáis, meditáis, rezáis, os emborracháis y mendigáis con más amor y con más dolor.

Alrededor de vuestras pasiones, siempre gira una honda tragedia, y cuando llegáis al matrimonio, lo hacéis impulsadas por la fuerza misteriosa y fatal de vuestro destino.

Con los pies ensangrentados, sin luz en los ojos y sin esperanzas en el corazón, yo os veo andar por el único camino de vuestra vida, el de la consumación y el sacrificio, desierto de voces justas que se alcen en demanda de vuestra felicidad.

Yo creo en vosotras como en mí mismo, os creo capaces, como Planes, en su ciega ideal, hasta de sojuzgar la ceguera á la belleza de vuestro rostro; creo que preparadas podéis ser útiles para muchas cosas y que organizadas convenientemente podéis encontrar independencia económica y sobre los demás problemas ha de triunfar vuestro gran espíritu y exquisita sensibilidad.

Ciegas, ciegas silenciosas dejadme que yo descifre la sonrisa misteriosa de vuestra boca.

El Conde de la Fé.

"Los Ciegos" Enero 1918.



La ciega que veía cómo era el amor

Era ciega de nacimiento y yo, ya que no á sus ojos, quise llevar luz á su alma y le pinté con bellas palabras cómo era la luz de los cielos: el sol, las estrellas, las nubes encendidas, las noches de luna...

Y la ciega no pudo comprenderme porque había vivido siempre en la noche negra y no tenía la sensación luminosa de los colores.

Pero un día le hablé de otra cosa á la ciega: le hablé de amor y me dijo exaltada:

"Oh, sí, lo comprendo muy bien. El amor debe ser como la luz de los cielos... ¡como el sol, como las estrellas, como las nubes encendidas, como las noches de luna!..."

Y se quedó extasíada...

Vicente Medina.



EN EL VIA-CRUCIS

El ex Zar Nicolás

"Triste destino el de este príncipe, monarca omnímodo, que nunca pudo gobernar su imperio, el imperio más extenso del globo, y que vió su país dividido y destrozado de pronto como por una violenta explosión de odios. Hijo de Alejandro III, el zar Nicolás II ereció entre las intrigas palaciegas de una burocracia feroz, rodeado por los ritos protocolares de una aristocracia llena de prejuicios, llamado á ser un día jefe de religión y jefe de gobierno en un organismo social cuyos resortes dirigentes ignoraban ó combatían los anhelos de la nación. Se educó y vivió sin conocer su pueblo, puesto que hasta él no llegaba sino el rumor de las versiones oficiales entre los eufemismos de la prosa administrativa, y así como Potemkin construía felices aldeas decorativas en el camino de Catalina la Grande, los ministros no dejaban que transpiraran en Zarskoe Selo sino las noticias favorables.

Nadie pudo sorprenderse más que él mismo, cuando en su último viaje impèrial á Petrogrado se le notificó de pronto que había cesado de reinar.

Llevado por las turbas de soldados de un punto á otro del vasto territorio, sin otra voluntad que la ajena; miserablemente arras-

LOS ÚLTIMOS MOMENTOS DEL ZAR Y SU HEREDERO



Después de Luis XVI de Francia, Nicolás II de Rusia ha sido el soberano para quien más dura fué la suerte contraria. En su destierro de Siberia, el zar con los suyos ocupaba un viejo caserón tan mal acondicionado, que, á consecuencia del frío sufrido durante el pasado invierno, el pequeño príncipe Alejo contrajo la grave enfermedad que, según las últimas noticias, le ha causado la muerte á los pocos días de haber sido asesinado su padre

trado á través de las estepas de Siberia, "nuestro padre el zar" era el último de los rusos. Rehén de todos los partidos, representante de la antigua tiranía, símbolo de la servidumbre, su vida estuvo siempre á merced de sus guardianes, y, según un rumor de que da cuenta nuestro servicio telegráfico, éstos han hecho uso de ella, con la indiferencia de un ahorcamiento de perro, así que supieron la proximidad del general Alexieff y de las tropas checo-eslovacas a Ekaterinburg.

La muerte del zar era un acontecimiento esperado, día más día menos, en la situación caótica de Rusia. Su probable realización, sin embargo, origina el vago sentimiento compasivo de las injusticias fatales".

Nación 26|6|1918.

"Las hijas del zar recorrieron con su padre, acompañándolo en la desgracia, el calvario de Petrogrado á Tebolks y de la apartada estación á la ciudad — llamemos así aquel blanco sudario de nieve — cargando con las maletas de mano por entre barrizales infectos". — **De los diarios.**

Las hijas del zar. las grandes duquesas, acompañaron á su padre en el destierro... Estas princesas hicieron á pié el camino desde una estación de la Siberia á un lejano pueblo en donde fué recluída la familia imperial... El camino era un barrizal inmundo y las princesas reales lo recorrieron cargadas con sus propios hatos y hundiéndose y resvalando en el lodo...

Como muchas cosas, el dolor también es relativo y éste es un enorme dolor...

¡Qué sabían aquellas reales personas, el zar, la zarina, el zarevich, las grandes duquesas, de vejámenes y de humillaciones y de ir arrastrándose por la nieve y los lodazales con el fardo á cuestas ... con su cruz á cuestas!...

Ellos no se habrían imaginado nunca semejantes penas...

Y no habría para ellos, seguramente, una pena mayor que la de verse tan bajo, habiéndose visto tan alto...

***

Eduquemos á nuestros hijos en el sufrimiento: en la privación, en la fatiga, en la humildad... Porque nadie puede decir: "De esta agua no beberé". Y el mundo está lleno de grandes duquesas (grandes duquesas por el regalo y comodidad con que se criaron) y ya se vén muchas de ellas Dios sabe cómo, quedando muchas más que Dios sabe cómo pueden verse.

Seamos piadosos.

Es enorme aquel dolor de las hijas del zar de todas las Rusias haciendo á pié un largo camino de fango y nieve, cargadas con sus propias valijas y dobladas y humilladas, más que al peso del hato, al peso de toda una vida de poderíos y grandezas que se hundió sobre ellas mismas.

> "**El fusilamiento del ex-zar Nicolás.**
>
> Ginebra, 27 — La oficina de Ukrania en Laussanne recibió la confirmación de que el ex zar Nicolás ha sido fusilado después de un corto proceso".
>
> "Miserablemente arrastrado á través de las estepas de la Siberia, el zar era ya el último de los rusos".

La fantasía popular es grande.

Dicen que el Zar de todas las Rusias huyó despavorido cuando iba á ser coronado y que casi á la pura fuerza lo arrastraron á la ceremonia... ¡Arrastrado!...

Dicen que no sabía la triste verdad de la vida de su pueblo, esclavizado y mísero, y que servía los viles intereses de los autócra-

tas y burócratas, llevado y arrastrado como un autómata... ¡Arrastrado!...

Dicen que su hijo no era su hijo y era su nombre vilipendiado y su honor traído y llevado y en la ignominia arrastrado... ¡Arrastrado!...

Y un día el Zar de todas las Rusias fué destronado .

Y los siervos mandaron en él.

Y el Zar de todas las Rusias dijo humildemente á los siervos:

"Mandadme; haré lo que me ordeneis".

Y fué mandado y traído y llevado y arrastrado... Arrastrado!...

¡Arrastrado, sí! Por los caminos de la Siberia se arrastró también su planta imperial...

Nadie dirá "De esta agua no beberé".

Por los caminos de la Siberia se arrastró humilde y humillado el Zar de todas las Rusias, besando, quizás expiatoriamente una por una, las huellas incontables de los tristes que mandó á la Siberia el imperio de los Zares.

¡Pobre Zar autómata, Cristo de las autocracias y burocracias!

Yo te he seguido ¡pobre Zar! hombre al fin, en tu Vía crucis de la Siberia, como Cristo, sí, ¡cuántos Cristos! traído, llevado y arrastrado... ¡Arrastrado!...

¡Pero Dios fué también arrastrado!

Nadie dirá: "De esta agua no beberé".

¡Pobre Zar, hombre al fin... y esposo... y padre!...

¿Y su esposa, la Emperatriz? ¿Y el Zarevich, su hijo, que murmuraban que no era su hijo? ¿Y sus bellas hijas las imperiales Duquesas? ¡Ay! Todos, ya, víctimas, por el camino de las víctimas, traídos y llevados y arrastrados... ¡Arrastrados!...

Y el corazón del Zar, hombre al fin, palpitaría de esperanza presintiendo cerca sus libertadores; pero los guardianes del Zar, hombres también, han hecho parar aquellos latidos y han matado aquella esperanza... Porque aquella esperanza, aquella suspirada libertad para unos, se trocaría en esclavitud llorada de otros que, co-

mo nuevos Cristos, serían apresados y amarrados y traídos y llevados y arrastrados...

Arrastrados hácia la pavorosa Siberia en donde lo mismo se pueden escuchar ayes de esclavitud que gritos de liberación...

Arrastrados hacia la Siberia en cuyos caminos dolorosos ya se mezclaron las huellas penosas de las víctimas con las huellas penosas de los Zares.

Ay, Siberia, ay Mundo, ¿estará en esa mezcla de huellas penosas, de opresores y oprimidos, la redención suspirada?

***

Y fueron todos glorificados en su Gólgota y purificados en el fuego :

> **"El fin de la ex zarina y otros aristócratas — Nueva versión**
>
> Un corersponsal de la Asocieted Press telegrafía que un mes después del fusilamiento del ex-zar Nicolás, la ex-zarina, tres princesas y dos grandes duquesas fueron quemadas vivas, muriendo en las llamas."

Descansen en paz y sea pronto la paz con todos .

Resurrexit

> Amsterdam, Octubre 5.—Comunican de Berlín que el "Reichs Post" publica un despacho de Moscú, anunciando que durante el traslado de Ekaterinburg á un lugar seguro, la ex-zarina y sus hijos desaparecieron.
>
> Existe la creencia, — agrega el citado despacho, — de que la escolta fué sobornada y que la ex-zarina y sus hijos se ocultaron en los Urales.

¡Loado sea Dios!

Viecnte Medina.



Después de la Guerra

El interés cultural de la gran guerra de hoy — y la guerra es también acto de cultura — estriba en que en ella lucha la democracia popular contra el imperialismo de Estado. Y la fórmula de este imperialismo no es otra que la de Marx — fórmula profundamente conservadora —, la de la llamada interpretación materialista de la Historia. Llámesele racionalismo ó idealismo, en el fondo no es sino determinismo, impersonalismo, antiespiritualismo. Los apóstoles del imperialismo prusiano no se hartan de decir que han sido llevados á la agresión guerrera por una necesidad — **Nothigung** — histórica, por un hado. Es la lucha por la vida, entendida á lo animal, como imposición natural, no como una creación del espíritu. Carecen de fe en el libre albedrío. Y el libre albedrío no es sino la fe en él, el querer y creer ser libre. No creen en la libre espontaneidad, en la intuición, en la creación, en el divino azar. La lógica es una opresión. Oprimen á la personalidad con la realidad (de res, cosa), á los hombres con las cosas, á los sentimientos con los conceptos, á las opiniones con los dogmas, á las herejías con una pura ortodoxia. Tal ha sido la obra de la Europa germanizada fin de siglo XIX, época de epigonos, críticos, eruditos, especialistas, comentadores, abogados, catedráticos, ingenieros y drogueros. Francia (y con ella Italia, etc.), creyendo después del 70 en aquella tontería de que le había vencido el maestro de escuela prusiano, dejó que invadiese su Universidad la técnica inespiritual del mandarinato tudesco. El siglo de las luces... eléctricas amenazaba dejar que se apagase el hogar. Y hay que reencenderlo.

El deseo me hace acaso presentir un nuevo período román-

tico y democrático, de evolución creadora, de fe en el libre albedrío y en la genialidad, de intuición, de anhelos de un más allá, acaso de locuras, puede ser que también de supersticiones. No se olvide que van á entrar en juego pueblos eslavos. Irá oscureciéndose aquella ramplonísima filosofía sedicente, científica, aquella nueva y no menos bárbara escolástica, y la Filosofía volverá á ser, ante todo, creación, poesía. Y cumplirá su fin supremo, que no es explicar el Universo, sino inventar una finalidad para él y forjar nuevos y más hermosos ensueños — remozando los antiguos —, que den á la Humanidad ganas de vivir. Después de haber casi enterrado á Dios, sea afirmándole ó negándole, pero ambas cosas con dogmatismo escolástico — con pruebas á lo abogado —, volveremos á nuestra más noble misión, que es seguir haciéndole. Yo, por mi parte, me preparo á resurgir, romántico y herético.

Miguel de Unamuno.

Del libro "Después de la guerra".



Amaos los unos a los otros

Así se titula nuestro último libro puesto al público en todas las librerías y el cual contiene nuestras más piadosas composiciones en prosa y verso abogando por la cordialidad y fraternidad humanas.

Lo hemos dado como "Libro de escuela" porque creemos que es el momento de orientar á los niños por senderos de universal armonía, haciéndoles sentir lo abominable de las guerras á base de ambiciosas hegemonías y de imperialismos y militarismos.

Todos los grandes hombres del mundo entero preconizan hoy que luchamos por establecer en el globo una paz definitiva y una era de libertades y democracias.

Pues en esta lucha actual, en la que todos somos contendientes, nuestro libro es arma también que esgrimimos combatiendo por esa suspirada y definitiva paz.

Alguien ha pensado si el hálito de horrores de nuestro libro sería demasiado fuerte para los tiernos corazones de los niños, y queremos especificar que nuestro libro es para niños-hombres, y también para los hombres-niños que sientan delicada y noblemente.

Y también queremos dejar constancia de que tales escrúpulos nunca han sido tenidos al enseñar á los niños religión á base de persecuciones, herejías, martirilogios, hogueras y tormentos inquisitoreales, santos y santas profanados, mutilados, y torturados, y cristos azotados, abofeteados, arrastrados, lanceados y enclavados en cruces ignominiosas.

Y tampoco hubo escrúpulos para enseñar á los niños patriotismo á base (no de engrandecimiento moral y generoso) sino de

himnos perpetuadores de odios y rencores y rivalidades y antipatías, ascuas permanentes del fuego sagrado de las abominables guerras.

Generosidad, tolerancia y altruismo es lo que hay que enseñar á las almas infantiles y repulsión á la crueldad, á la tiranía y á la injusticia.

¡Y, después de la gloria de matar la guerra, no más gloria por matar!

Vicente Medina.





Crónicas de Bonafoux

ESPAÑA EN LA GUERRA

Con los americanos coinciden, en simpatías, por Francia, los catalanes. Son numerosas las familias de Barcelona que se han aprestado voluntariamente á asilar durante este verano á niños de París, evacuados de esta ciudad por el bombardeo. La infancia francesa recaba así una piedad que no ha recabado del mundo la infancia alemana, de cuyas vicisitudes nadie se ha ocupado lo más mínimo; y cuando yo escribí, en el "Heraldo de Madrid", que había que **llorar por todos**, por todos los niños menesterosos y tristes, se levantó una polvareda contra mí. Y es que yo creía que un niño, aunque fuese hijo del mayor de los monstruos, era sagrado. Yo estaba en un error, sin embargo, y me lo prueba el hecho de que un juez de Northampton ha condenado á Mr. Thomas Wern á pagar á Mr. L. Seinberg, en concepto de daños y perjuicios, la suma de 240 y tantas libras esterlinas por haberle llamado **alemán,** "considerando — dice la sentencia — que el llamarle á uno **alemán** equivale á inferirle el más vil de los insultos."

Pero, aún así y todo, yo, que creo conocer un poco el carácter inglés, que sé cuán buenas madres son las inglesas, y cuánto es el cariño, mezclado de respeto, que se tiene aquí por el **baby,** tengo por bien averiguado que si apareciese en cualquier barrio de Londres un niñito alemán pidiendo leche, no habría una madre inglesa — ¡ni una sola! — que no le llevara á la boca el jarrito de leche de su propio hijo.

***

"El Ministro de España en Bruselas participa haberse logrado la conmutación de la pena de muerte pronunciada contra el

capellán de la marina belga M. Weravesse y su hermana Margarita.''

Noticias así léense frecuentemente en la prensa europea, y por eso decía yo, en carta anterior, que el Rey de España y sus representantes en el extranjero han hecho mucho bien, con sus iniciativas altruistas, en este destructor período de la Historia. Lo han hecho — y continúan haciéndolo — con apartar la muerte de gentes condenadas á perecer á través del tropel armado de los consejos de guerra, curando heridas, socorriendo á los que de auxilio están necesitados, consolando á miles y miles de madres que escriben al monarca español para que averigüe el paradero de sus hijos, desaparecidos en el fragor de los combates.

Esto parece nada, y es una inmensidad. Aquí, en casa, lo sabemos bien. Cuando mi hijo Luis Tulio, que formaba parte de la fuerza expedicionaria británica en la ofensiva del Somme, fué dado por desaparecido durante algún tiempo, y se nos devolvían las cartas que le escribíamos, con la mención de no haber traza de él en ninguno de los hospitales ¡qué bendiciones le hubiéramos echado á quien nos hubiera traído una noticia cualquiera para calmar nuestra inquietud y zozobra, por fortuna pasajeras!

Más tarde, cuando se conozcan bien los beneficios que los representantes españoles han hecho en esta guerra, se comprenderá mejor que España tenga, como tiene ya, un altar en el corazón — ¡tan resentido antaño! — de Bélgica.

''Diario de la Marina'', de la Habana.

BARCELONA

Leyendo un artículo de tres columnas sobre Barcelona, en un periódico de Londres, pensaba yo ayer que Barcelona le ha echado la pata á Madrid en Europa, no ya por el movimiento político, que eso ni qué decir tiene, sino, además, por las costumbres y el aspecto pintoresco de la población. De mi pobre Madrid, del

Madrid que me pareció tan típico cuando llegué á sus aulas universitarias, nadie dice nada...

El cronista extranjero extasíase ante el millón de almas que anidan en la Ciudad Condal, ante el profundo torbellino de sus ramblas, ante sus coruscantes palacios de indianos, y, también, ante sus costumbres noctámbulas, que antaño fueron privilegio de Madrid, por lo que llamaron la atención de los Dumas y Gautier.

Actualmente, cuando se habla de **España**, quiere decir que se habla de **Barcelona**, y cuenta que yo no lo consigno con fruición, porque no coincide ese movimiento general con los recuerdos que Barcelona dejó en mi mente y en mi corazón. Sin quitarle un ápice de su grandeza y poderío, preferí con mucho otras ciudades españolas, porque, al igual de Nueva York, Barcelona no deja en el alma más que una sensación de algo nuevo y fuerte.

Pero no se trata ahora de lo que yo pensé y sentí, sino de lo que el público europeo piensa y siente, y, para este público, Barcelona es lo primero de España.

Lo es por su europeización en general y su afrancesamiento en particular. Lo es por su movimiento político, cuyo cambismo se considera igualmente favorable a los intereses de Europa. Lo es por su industria, su comercio y su lujo. Lo es, en fin, por sus placeres. Ya en tiempos de Mr. Goron, este famoso prefecto consiguió, para su museo sádico, que la Embajada de España en París le cediese un instrumento extraño que se había inventado en Barcelona contra la decrepitud.

Los **cabarets** y cines barceloneses tienen reputación (esta es la palabra), reputación en las principales capitales de Europa. Maravíllanse las gentes ante ciertos establecimientos barceloneses servidos por legiones de camareras, de cuyas faldas sale, traspasando los Pirineos, un vaho de la diosa Lujuria; ante la costumbre de pernoctar en sitios recreativos, de afeitarse á la una de la madrugada y limpiarse las botas al alborear el día. ¡Y Europa se hace cruces de asombro!

—No sólo tiene Cambó, se dice, sino limpiabotas que operan toda la noche.

Y yo no recuerdo de Barcelona, como encanto, más que un aspecto de ciudad misteriosa—¡sepulcro blanqueado!,—con las cortinas muy echadas sobre muchas cosas, una esfinge con la procesión por dentro, un muro de lujo tras el cual pasaba algo. Y me digo:

—¡No! Por mucho y bien que la hayan cambiado, Barcelona no será nunca una ciudad típica, como Madrid con su atmósfera de nirvana estupendo, con su indiferencia desdeñosa y aristocrática, con sus verbenas de la Paloma, con sus chulas no falsificadas en provincias, esas chulas de cuyo pregonado desaliño decía un sudamericano, cadencioso:

—Pero ese **sucito** tiene también su encanto...

***

Yo espero á estar muy viejo, muy **viejísimo,** á cuando nadie pueda conocerme, para volver silenciosamente á Madrid, y, á tientas en la calle, cogerla de las manos, abrazarla con el corazón, levantarle, tembloroso, la negra cabellera y besarla en la frente.

Porque Madrid es mi juventud, mi vida entre los quince y treinta años, es decir, ¡mi vida toda!; y me imprimió tal carácter, que desde entonces he vivido desorientado y desterrado en todas partes...

De "Evolución".

Luis Bonafoux

Y Bonafoux que esperaba á estar muy viejo para volver á su Madrid, está muriéndose de pena entre las nieblas de Londres...

PIÑERICO

Piñerico era Pepe Piñero, hijo de Don José Piñero.

Piñerico gastaba gafas y ceceaba un poco al hablar... Piñerico era muy bueno y no se peleaba nunca con nadie. Solían gastarle alguna broma pesada, á veces se metían con él... y Piñerico, entonces, sonreía... Piñerico nada lo tomaba á mal...

Y, sin embargo, Piñerico tenía su genio... genio interior... una ira santa contra la brutalidad, contra la injusticia, contra la deslealtad...

Buscad en las páginas de "La Tierra" y allí encontraréis rastros del genio y de la manera de ser de Piñerico. Allí encontraréis sus crónicas suaves, circunspectas, mesuradas y caballerescamente irónicas, con las que libraba lances de honor en defensa de extremos ideales, esgrimiendo la pluma con la gracia y pulcritud que debe esgrimirse un florete en un salón.

Pues bien: Piñerico se ha muerto.

—¿¡Que se ha muerto Piñerico!?...

—Sí: á los treinta y siete años, lleno de ilusiones, y feliz con su compañera y con su nene Pepe-Luis.

Ahora, su nene Pepe-Luis, Pepico, será el Piñerico que nos quedará...

***

Y ya está Piñerico también por allá, por el otro mundo, por donde andan mi mujer y Chantilly y Adolfico Vaso y tantos otros...

De tal manera se van yendo que, cuando buscamos afectos y

amistades, más que á la vida ya se vuelven nuestros ojos á la muerte...

Se fué Piñerico á buscar á su madre y detrasico de su hermana que tan jovencica — ¡quince años! — se fué también seis días antes...

Y el padre de Piñerico nos dice: "El día cuatro falleció mi hija menor, de quince años y medio y, á los seis días, el día diez, se murió Pepe... ¡En una semana los dos!"

***

Y Pura, la mujer de Piñerico, que sin padre ni madre ni más familia, no tenía en el mundo más que á su Pepe y á su Pepico, se fué con su suegro y con la familia de su suegro al campo...

Pura no tenía en el mundo más que su marido, que era su mundo y, al verse sin él, apretaba al hijico contra el corazón y le parecía que á la soledad del campo, ella llevaba, todavía, más soledad...

Vicente Medina.



MORIR HABEMOS

¡Y este loco afán!...

La vida es un momentito... quizás ese brève tránsito que dicen....

Si supiéramos con certeza lo que iba á durar nuestra vida, nos regiríamos en todo con una sensatez plausible.

Y diríamos:

¿A qué ambicionar tanto, si nuestra vida ha de ser tan corta? ¿Y á qué las violencias, los odios, la sordidez?

¡Bien, bien, — agregaríamos — accedemos, nos conformamos, nos resignamos, queremos reposo y armonía y un poco de cariño y de alegría y de paz!...

Y añadiríamos finalmente:

¡Bueno, bueno, renunciamos á todo: lo que nos interesa es este poquito de vida!

¿Pero qué más certeza que la que ya tenemos del corto momento que ha de durar nuestra vida? No nos queda más que vivir el poco tiempo con aquella sensatez que tal certeza requiere.

Tomaremos, si es preciso, el ejemplo de un sentenciado á muerte. El sentenciado á muerte, á todo resignado, se encogerá de hombros... ¿Y qué somos todos, á más ó menos plazo, sino sentenciados á muerte?

La única diferencia, entre uno que está sentenciado á muerte y otro que no lo está, consiste en que mientras el no sentenciado

olvida la muerte, el sentenciado tiene bien presente que ha de morir...

Y, como lo tiene bien presente, dá la importancia que en verdad merecen á la muerte y á la vida.

Y, si tomamos con serenidad la muerte, es muy bueno que no olvidemos que hemos de morir...

Pero no hagamos como aquellos (los suicidas) que, impacientes por la lentitud de la muerte, se precipitan á encontrarla...

Triste impaciencia! No es tan largo el camino y tampoco tan cierto nada, como que Ella, la infaltable, ha de salirnos al encuentro.

Vicente Medina.



GITANJALI

Deja ya esa salmodia, ese canturreo, ese pasar y repasar rosarios. ¿A quién adoras, dí, en ese oscuro rincón solitario del templo cerrado? ¡Abre tus ojos, y ve que tu Dios no está ante tí!

Dios está donde el labrador cava la tierra dura, donde el picapedrero pica la piedra; está, con ellos, en el sol y en la lluvia, lleno de polvo el vestido. ¡Quítate ese manto sagrado y baja con tu Dios al terruño polvoriento!

¿Libertad? ¿Dónde quieres encontrar libertad? ¿No se ha atado él mismo, lleno de alegría, a la Creación? ¡Sí, él está atado a nosotros todos para siempre!

¡Sal ya de tu éstasis, déjate ya de flores y de incienso! ¿Qué importa que tus ropas se manchen o se andrajen? ¡Ve a su encuentro, ponte á su lado, y trabaja, y que sude tu frente!

***

Firmes son mis ataduras; pero mi corazón me duele si trato de romperlas.

No deseo más que libertad; pero me da vergüenza su esperanza.

Sé bien qué tesoro inapreciable es el tuyo, que tú eres mi mejor amigo; pero no tengo corazón para barrer el oropel que llena mi casa.

De polvo y muerte es el sudario que me cubre. ¡Qué odio le tengo! Y sin embargo, lo abrazo enamorado.

Mis deudas son grandes, infinitos mis fracasos, secreta mi vergüenza y dura. Pero cuando vengo á pedir mi bien, tiemblo temeroso, no vaya á ser oída mi oración.

***

Estoy llorando, encerrado en la mazmorra de mi nombre. Día tras día, levanto, sin descanso, este muro á mi alrededor; y á

medida que sube al cielo, se me esconde mi ser verdadero en la sombra oscura.

Este hermoso muro es mi orgullo, y lo enluzco con cal y arena, no vaya á quedar el más leve resquicio. Y con tanto y tanto cuidado, pierdo de vista mi verdadero ser.

***

Creí que mi último viaje tocaba ya á su fin, gastado todo mi poder; que mi sendero estaba ya cerrado, que había ya consumido todas mis provisiones, que era el momento de guarecerme en la silenciosa oscuridad.

Pero he visto que tu voluntad no se acaba nunca en mí. Y cuando las palabras viejas se caen secas de mi lengua, nuevas melodías estallan en mi corazón; y donde las veredas antiguas se borran, aparece otra tierra maravillosa.

Rabindranath Tagore.

De "Ofrenda lírica", páginas 27, 28, 51, 52 y 61.

Traducción de Zenobia Camprubí de Jiménez.



PENSANDO

Me decía mi amigo, hablando de la prolongada monotonía de su existencia: "Es como una larga carretera blanca, despejada... Por encima vuelan algunos pájaros: son las ideas, las lecturas ó la contemplación de la naturaleza. Por la carretera no pasa nadie..."

El tedio empieza siempre por preguntarse: "¿con qué objeto?", y acaba por el desengaño absoluto de toda labor.

Con esa pregunta destruiríamos el universo y quitaríamos el sabor á la vida. Nada y todo tiene objeto y tan esencial acaso es para el ritmo del mundo el canto del ruiseñor como el pensamiento de Newton.

***

No nos apresuremos á censurar á aquel que se contradice: la contradicción suele ser uno de los mejores signos de sinceridad. El hombre que afirma pensar hoy como pensaba hace diez años, ó miente ó es un majadero al cual nada le enseña la vida, múltiple, diversa, varia, llena de cosas imprevistas y formidables, que modifican á cada instante el medio, las almas, el universo entero...

***

Como una gran ave que anida en una torre, ve la progresiva ruina de ésta y aguarda el instante del total derrumbamiento para emprender el vuelo, así el hombre de genio contempla el desastre de su pobre cuerpo envejecido.

De "La Nación".

Amado Nervo.

Pertenézcale a cada uno su vida

No vivimos si no nos vivimos... y si no vivimos también íntima y directamente las cosas...

La verdadera vida está en lo íntimo, en el recogimiento, en el yo interior. ..

Hemos querido vivir la vida y, erróneamente, para ello, nos hemos salido de nuestra vida y ya no hemos vivido.

Un gran hombre público decía lamentándose: "¡No vivo!... ¡No me dejan vivir los demás!... ¡No soy dueño de mí mismo!... ¡Yo no mando en mi persona!... Tan requerido estoy, que muchas veces procedo como un autómata y hago y digo las cosas maquinalmente"...

Y nosotros nos imaginábamos aquel hombre que no se pertenecía... que, siendo tanto para los demás, no era nada para sí mismo... y que tanto vivía en los demás y para los demás que, desviviéndose, no vivía...

Hagamos cuanto nos sea posible por prescindir de los demás...

Porque no es propiamente de nosotros nuestra vida si está atenida á los demás, ni tampoco nos pertenece si hacemos que los demás estén á ella atenidos...

Cada cual que viva su vida y defienda su vida... No es lo humanitario sostener á los débiles manteniendo esta debilidad, sino el darles armas despertando su fuerza.

El altruismo por excelencia será el que procure que cada ser humano se baste á sí mismo.

Vicente Medina.



En la Legión Extranjera

Los Hispanos - Americanos

. . . .

Me sorprende y me encanta la novedad de esta tertulia aristocrática en pleno campamento. No hay nadie que diga "Boches". Algunos, por el contrario, ponen un poco de coquetería en mostrarse corteses con el enemigo, reconociendo sus cualidades de método, sus virtudes de disciplina social. "Yo, que he vivido en Alemania — exclama uno, — no me extrañó la fuerza de ese pueblo. Si los franceses y los británicos hubieran querido ver de cerca lo que se preparaba ultra Rhin, no habrían sido cogidos desprevenidos. Es un pueblo que se ha creado un misticismo de la guerra, de la conquista. El milagro fué vencerlos". Otro murmura: "Yo tenía admiración por la patria de Goethe". El que hablaba antes, lo interrumpe asegurándole. "Es lo mismo de hoy, es lo mismo de siempre... No hay, no habrá nunca más que una Alemania que por desgracia seguirá preparando la dominación universal, no sólo con sus cañones, sino también con su ciencia, con su industria, con su comercio. Entre los generales que lucharon contra César y el mariscal Hindenburg, existen veinte siglos de distancia, pero las almas son las mismas. Es terrible para el porvenir". ¡Ah! si mis rudos voluntarios catalanes estuvieran presentes, yo sé lo que contestarían. Haciendo ademán de atacar á la bayoneta, gritarían en coro: "¡Pues no importa, nosotros les enseñaremos á no ser bárbaros, á fuerza de palos!" Y no es que el odio sea mayor

en aquellos hombres simples que en estos intelectuales. No. El guerrero no odia nunca á su enemigo, y como lo hace notar el Sr. Elie Faure, en cuanto lo ve herido, se enternece, lo cuida, lo acaricia. Lo que unos y otros detestan, éstos inconscientemente, por instinto de libertad y de derecho, los otros por mil razones filosóficas y sentimentales, es el espíritu germánico, hecho de orgullo de raza, de desprecio por los demás pueblos, de apetitos de ave de rapiña. El ejemplo de José García Calderón, que escribía en las trincheras, entre dos combates, el panegírico de la música wagneriana, es un ejemplo típico. El del médico argentino que hoy me explica los progresos admirables de la cirugía en las ambulancias alemanas, es otro ejemplo significativo.

—Si hubiéramos venido á ofrecer nuestras vidas por odio — me dice uno de los mejicanos, — no tendría ningún mérito nuestro sacrificio. Lo que nos ha conducido aquí es el amor. Francia es para nosotros la patria de nuestra alma y de nuestra inteligencia. Somos hijos de la revolución francesa en política, hijos de Víctor Hugo, de Baudelaire, de Verlaine, en poesía.

Nuestras primeras emociones las hemos sentido en París. Muchos de nosotros piensan en francés. Porque Francia es, en los tiempos nuevos, lo que fué Grecia en la antigüedad, el crisol de las ideas generosas, de las nobles pasiones, de las imágenes armoniosas, de las libertades profundas. Figúrese usted que la guerra hubiera sido ruso-alemana nada más. ¿Habríamos vestido el uniforme ruso? No. Es Francia la que nos interesa, á nosotros lo mismo que á todos los seres conscientes del universo, porque Francia es la tierra santa de la cultura humana, del ideal humano. Sólo por ella, odiando la guerra, hacemos la guerra.

Es curioso y es hermoso notar el horror que la idea de la guerra inspira á estos guerreros. Ni el coronel Villeno, ni el teniente Sánchez Carrero, que son militares profesionales, tienen instintos guerreros. Como sus demás compañeros que salen de las universidades, saben que la guerra es horrible, que la guerra es un crimen, que la guerra es indigna de hombres civilizados. Pero

¿qué hacer mientras la bestia humana no se haya domado á sí misma?...

—Para darse uno cuenta exacta de lo que es la guerra — exclamó el médico argentino — hay que verla donde yo la veo, en las ambulancias, en los hospitales de campaña... ¿Ha leído usted la "Santa Paz"? Eso es la guerra, eso es la plaga que los alemanes han desencadenado sobre Europa. Yo querría llevarle á usted una tarde de verano, después de una batalla, á una de esas iglesias de aldea en las cuales curamos á los heridos. En la paja húmeda de sangre, los cuerpos mutilados se retuercen de dolor y de fiebre. La sed devora todos los pechos. Las maldiciones se mezclan con los lamentos, las súplicas se confunden con las preces. Ahí ya no hay amigos ni enemigos, ya no hay más que miserias comunes vestidas de azul ó de gris. Todas iguales, todas desgarradoras. El soldado francés de quien habla el Dr. Elie Faure, y que, abrazado á un soldado alemán, gemía pidiendo que no lo separaran de su compañero de desgracia, es un símbolo. El dolor borra el odio. Los que un momento antes se atacaban á cuchilladas, llenos de rabia, al caer doloridos, al ver acercarse la muerte, se reconcilian con una mirada de lástima.

De "La Nación".

E. Gómez Carrillo.



LA TRINCHERA

Dos peludos duermen, otros dos vigilan
á través de un árbol agujereado;
cuatro más blasfeman sin gran convicción
por una confusa jugada de cartas.
El teniente lee; el sargento escribe
su postal diaria para la madrina.
Los otros soldados empuñan la pipa
y se hablan sin gana con frases precisas.
El perro-mascota duerme en un rincón.
....

Un timbre apagado se escucha en la tierra;
un soldado sale de la madriguera
y llama al teniente.
Silencio.
... ¡Hay orden de avance!
Brillan las pupilas; todos se preparan:
se atan las correas, cuélganse los sacos,
las máscaras hacen su mueca grotesca;
los hombres, febriles, empuñan el arma.
....

El joven teniente asciende el primero por el parapeto,
que asoma á la Gloria y asoma á la Muerte.

P. E. M.

Agosto, 1918. — "España Nº. 178.

GUIA DE LECTORES

"Diario de un poeta recién casado", por J. R. JIMÉNEZ

Al mencionar esta obra del ilustre poeta en el resumen bibliográfico de 1917, publicado en estas columnas, anoté provisionalmente: "Obra de franca decadencia." Hoy acudo a explicar aquel breve juicio; pero antes quiero desvanecer el equívoco sutil con que el Sr. Cansinos-Assens, ingenioso y malévolo, ha pretendido enturbiar la absoluta diafanidad de las cuatro palabras arriba transcritas. He aquí cómo las comenta: "¿Decadente otra vez? Pocos escritores habrán sido tan perseguidos por el ambiguo espíteto como este Juan Ramón, decadente al publicar sus "Ninfeas", decadente ahora al publicar este original **Diario.**" No está mal el juego de manos; mas, ¿quién no advertirá el escamoteo de la noción usual de "decadencia" y su substitución por un significado circunstancial y restringido del adjetivo "decadente"?

Todo el mundo sabe ya, por fortuna, que en los últimos lustros del siglo pasado estalló en Francia una revolución poética, cuyos caudillos, antes de ser llamados "simbolistas", aceptaron de grado y lucieron con orgullo la denominación de "decadentes". También es cosa averiguada que el influjo de este movimiento, detenido durante algunos años en los Pirineos, nos llegó, ya traducido y asimilado, de la América española, cuando aun no apuntaban por acá los primeros imitadores directos de Verlaine y de Mallarmé. ¿En qué consistía la reforma? Exteriormente, en el empleo de vocablos raros ó exóticos; en el menosprecio de la sintáxis; en la arbitraria é irregular alternación de metros; en la consonancia in-

termitente, defectuosa ó nula; en la concesión de los honores de la rima á meras partículas gramaticales ó á trozos de palabras; en el abuso de asonancias internas; en la disolución de cesuras y acentos; en la supresión de las pausas de sentido, y, para acabar pronto, en la violación constante y jactanciosa de todas las reglas y formas de la poesía clásica. Interiormente... ¡Ah! Esto no era tan fácil de percibir á primera vista. Sólo más tarde, moderada la gesticulación y gritería de los innovadores y agotadas las burlas con que los recibió la crítica, pudo advertirse en la poesía de los "decadentes" un fervoroso anhelo de espiritualidad, una concentración de todas las potencias encaminada á descubrir lo más íntimo y personal del respectivo temperamento, y, sobre todo, una exaltación casi dolorosa de la capacidad sensual y emotiva siempre en acecho de ritmos, de matices y de imágenes con que expresar lo fugaz, lo impreciso, lo subconsciente, aquello, en fin, que, en la Naturaleza, no logra una realización definitiva.

Si en Francia, en la propia cuna de la reforma, fué saludada ésta con una general rechifla, ¿cómo maravillarse de que nuestro público, del todo ajeno á la reacción determinante de la nueva lírica, se mostrase con ella singularmente receloso é incomprensivo? Y, en efecto, al comenzar el siglo XX, cuando D. Juan R. Jiménez, publicó sus **Ninfeas**, poeta "decadente" era, según el vulgo literario (comprendidos casi todos los críticos), un "melenudo" que hacía versos cojos y escribía "nenúfar", "lilial", "glauco", etc.

Pues bien, esta acepción despectiva y ya olvidada del adjetivo "decadente" es la que el Sr. Cansinos-Assens, diestro prestidigitador, traía oculta en la manga para fingir que la sacaba de mi pluma. "He aquí — parecía decir — cómo la incomprensión de hace veinte años retoña hoy para "perseguir" de nuevo á un poeta ilustre con el "ambiguo epíteto" de "decadente". ¿Qué tendrá que ver todo esto con que determinada obra de un autor — músico, arquitecto ó literato — presente señales de "franca decadencia" en relación con sus producciones anteriores?"

El **Diario de un poeta recién casado** es una serie inconexa de

pensamientos y notas de color, trazados en las hojas de un álbum y referentes á un viaje de ida y vuelta á los Estados Unidos. El itinerario se deduce de la indicación de lugar y fecha que precede á cada composición; lo de que el vate esté recién casado consta en el título del libro. Y por si alguien pensase hallar realmente en este **Diario** las dulces emociones de una luna de miel poética, advertiré que el autor está ausente de su obra y habla por él su "alma viajera, atada al centro de lo único por un hilo elástico de gracia; pobre alma rica que, yendo á lo suyo, se figuraba que iba á otra cosa... ó al revés, ¡ay!, si queréis". Después de esto, nadie podrá llamarse á engaño.

De las composiciones que forman este libro, unas están, al parecer, en verso, y otras, en prosa. Digo "al parecer", porque, miradas las cosas más de cerca, no sabe uno á qué atenerse. Ejemplos cantan:

Ya la nieve ha dejado
al sol las hojas secas
del otoño pasado,
que conservaba iguales é intactas
bajo su frío blanco... (pág. 138)
Sobre la yerba verdeoro,
en que la luz decae y se enfría,
verde que aún no ha igualado la guadaña,
oro que el sol complica... (pág. 141).

Yo no aseguro que estos versos sean impecables, pero sí que son versos, y que lo son, en todo caso, con mejor título que la mayoría de los que figuran en el **Diario**. ¿Por qué los habrá escrito como prosa el Sr. Jiménez? Veamos ahora el caso opuesto.

"El mar de olas de cinc y espumas de cal, nos sitia con su inmensa desolación. Todo está igual — al Norte, al Este, al Sur, al Oeste, cielo y agua —, gris y duro, seco y blanco. ¡Nunca un bostezo mayor ha abierto de este modo el mundo!"

Por muchas vueltas que dé el lector á este trozo de prosa, es seguro que no hallará por dónde partirlo, para que le resulten versos. Tampoco lo consigue, ni siquiera remotamente, nuestro poeta; pero, como nadie le impide distribuir esas palabras en rengloncitos y ponerlos unos debajo de otros, lo hace así y se queda tan ancho.

En cuanto al contenido de las composiciones, es curioso observar que, mientras los pensamientos abstrusos y metafísicos se visten, tipográficamente, al menos, con las galas de la poesía métrica, los temas y procedimientos verdaderamente poéticos se refugian en la prosa. Así abundan en ésta las metáforas, las transposiciones sensitivas y las imágenes de todas clases, visuales, olfativas, sonoras, táctiles y hasta alimenticias. En cierto amanecer le parece al Sr. Jiménez que "el cielo se ha roto como un **gran huevo fresco**, y que una **yema sorprendente** y nunca presumida cuelga por doquiera del **inmenso cascarón**..."; otras veces compara la tarde con "una inmensa **media naranja**" que "lo gotea todo, **fresca y rica**", y el "mar amarillo" con una "**gaseosa de limón**".

Como tipo de la nueva modalidad, lapidaria y profunda, de nuestro vate, citaré sólo dos poesías. Una:

Mar llano. Cielo liso.
—No parece un día...
—¡Ni falta que hace!

Otra:

La rosa has hecho
esparto.
Tendrás amor.
amargo.

No sigue nada más. Ambas composiciones están así completas y llevan su número romano y su fecha correspondiente. El poeta, no sólo las creyó dignas de ocupar una página de su álbum, sino que la segunda de ellas cuenta que la grabó "en un palo del barco, á navaja". ¡Lástima de navaja y lástima de... palo!

Se me acaba el espacio sin poder completar mi demostración. "¡Ni falta que hace!", pensará algún lector, repitiendo para sus adentros la armoniosa y poética expresión antes copiada. ¿Tuve razón para escribir que el **Diario de un poeta recién casado** es una obra de franca decadencia? Díganlo los admiradores del poeta, si, como yo, guardan aún el recuerdo inefable de aquellas **Rimas** y **Arias tristes**, tan íntimas, tan tiernas y tan noblemente sentimentales.

Julio Casares.

De "A. B. C." N°. 4616.



La Niña Precoz

Pequeñita la frente,
indiscreta la boca,
eres una gentil impertinente
y una adorable loca.

En tu mirada tierna
cierta malicia pones;
y si luces un poco de la pierna,
ya tienes tus razones.

Te gusta la Claudina,
viciosa flor francesa,
y escondes en tu boca purpurina
una golosa fresa

que tu reir incitador me ofrece
como esperando, en broma
—y si no lo deseas, lo parece—,
á que yo me la coma.

Con igual desenfado,
más gentil que indiscreto,
criticas al amigo ilusionado
que te envió un soneto;

ó á aquel con mucho ingenio y poca plata
que vino á visitarte,

y llevaba mal puesta la corbata
ó hecha con poco arte;

ó estotro, á quien envías noramala
con displicente mueca,
porque, "si son tus días", te regala
una imbécil muñeca...

Eres chiquilla; pero
—lo sé, gentil amiga—,
siempre te enojará que un majadero,
creyendo ser galante, te lo diga.

Mucho más que de músicas y flores
—que es lo que le interesa á casi todas—
gustas que hablen de amigos y de amores,
de valses y de modas.

Serás, acaso, poco sensitiva
y hasta poco letrada;
mas conoces la fuerza decisiva
de una media calada;

y aprendiste á sentarte
de tan perverso modo,
que, á veces, del tobillo enseñas parte,
y otras veces lo enseñas casi todo.

Tu madre te reprende con frecuencia
presintiendo que vas por mal camino;
pero sabes fingir tal inocencia,
que es disipar recelos tu destino.

Tu alucinante voz de presentida,
desorienta y agobia,
porque tienes un poco de querida
y otro poco de novia.

Pequeñita la frente,
indiscreta la boca,
eres una gentil impertinente
y una atrevida loca;

nena precoz, que no vas al colegio
porque de algunas cosas "te haces cargo",
y presientes el dulce sortilegio
de ir vestida de largo;

que, lejos de la charla inofensiva
y sin salacidad de los chiquillos,
nunca á bordar te pones, pensativa,
junto á la castidad de los visillos;

nena precoz, que con mirada fría
y altanera, defines
á esas nenas que cantan todavía,
bajo el atardecer, en los jardines...

E. Ramírez Angel

"La Esfera" Nº. 239.




JOU.

¿POR QUÉ ME QUIERES?

¿Hay verdaderamente alguien que tiemble si acaricia despacito mi frente ó si esconde sus manecitas entre mis cabellos? ¿Existe, realmente, un rostro que se ponga colorado cuando mi voz confiesa una ternura involuntaria? ¿Hay, en efecto, un pecho que suspire y se agite si lo recuesto y lo empujo con violencia á mi pecho, y labios que se tornan cálidos y puros si los toco con mis labios?

Piensa, piensa bien. No me respondas en seguida. No me digas que todo esto es verdad y que no sueño. No tengas piedad de mí. Que nadie tenga piedad de mí. No quiero que nadie me consuele. Mis lágrimas son "mías"; brotan de "mi" corazón; descienden lentas de "mis" ojos. ¿Por qué me acaricia suavemente esta mano para ser bañada por este llanto, que es "mío", "mío" solo?

¿Es posible que alguien quiera robarme una parte de mi dolor? ¿Es posible que alguien me aguarde con impaciencia, con ansiedad, espiándome de lejos con sus ojos claros, escuchando con respiración anhelosa el acercarse de mis pasos? ¿Es posible que sean recordadas mis palabras más indiferentes? ¿Que una mirada mía pueda dar la alegría, una sonrisa mía la promesa de la alegría, una ademán mío la seguridad de la alegría?

No me respondas aún.

No me digas que todo esto es posible y que otras cosas, que no conozco, son también posibles. No podría creerte; no quiero creer. ¡Piensa, piénsalo bien!

Se tratará de un caso maravilloso, increíble; tal vez único,

tal vez nuevo. Pero piensa por un momento en lo que eso significaría si fuera verdad.

Otro sér — un sér distinto de mí, no conocido antes de mí — vive únicamente para mí, piensa con mi pensar, siente con mis sentidos, con mis suplicios se atormenta, con mis alegrías se alegra, recuesta su cuerpo junto al mío, penetra en mi alma con la suya... Y me ofrece todo aquello que posee, todo aquello que tendrá y lo que yo podré darle.

Y ¿tú crees que eso puede ser verdad, un momento, un instante, un minuto siquiera? Recuerdo, ¡ay! que he apoyado mi cabeza sobre sus hombros, que he apretado á la vez sus frágiles manecitas veladas, que he besado muchas veces su boca y que he escuchado, horas enteras, la dulcísima música de su palabra. . Mas todo esto, ¿qué significa? ¿Era, verdaderamente, yo, yo mismo, en aquellos momentos? ¿Y eso quiere decir todo lo que yo quise imaginar en la inconsciencia de mi felicidad efímera?

No sonrías, no sacudas la cabeza, no respondas aún que sí. Sabes de sobra que todo esto no es más que una sutil tela de sueños, tejida por las blancas manos del ocio.

¿Por qué debiera convertirse en llana para mí una cosa tan imposible? ¿Qué he hecho para poder recibir una vida en holocausto? ¿Soy algo más que un pobre poeta vergonzoso que esconde sus torturas como una mujer guarda sus collares? ¿Soy algo más que un peregrino trágico, fiero en su manto amplio, pero que no sabe topar con su casa y con su lecho?

¿He realizado algo grande? ¿He dicho una palabra que no hayan olvidado los hombres? ¿He hecho olvidar á mis hermanos uno solo de sus pesares?

¡Si supieras cuánto me desprecio y qué desesperado disgusto tengo con mi alma! Cuando los demás me juzgan soberbio, orgulloso, satisfecho, estoy cavilando el modo de hacer menos despreciable mi vida y mi espíritu menos descontentadizo. Solamente soy sincero una sola vez: con el sincero y profundo desprecio que tengo por mí mismo.

¿Qué hay, pues, en mí que puede hacerme amado? ¿Qué encuentras en mi espíritu insaciable y vil que pueda darme el derecho de atormentar tu alma? ¿Qué puede interesarte entre mis alegrías olvidadas, entre mis sueños siempre rotos, entre mi voluntad impotente, entre los recuerdos que yo mismo ahuyento para no verlos resucitar?

No, no; no es posible que alguien me ame. No quiero sentir nada, no quiero ver á nadie. No sé cómo despreciar vuestras caritas sentimentales y vuestros períodos entrecortados de suspiros. ¡No sabéis qué voluptuosa es la soledad voluntaria! ¡Qué dulzura deja en el espíritu que no quiere esperar más!

Pero ¿todavía estás aquí? ¿No te había arrojado de mí sin mirarte? ¿Por qué me miras como si no quisieras mirar más que por mis ojos? ¿Por qué son tan finos tus cabellos y por qué son tan bobas casi todas las rubias? ¡No abras la boca! Ni respires demasiado fuerte. Tu mano es santa, lo sé. Pero ¿por qué vienes tan cerca de mí? ¿Por qué tu cuerpo se estremece ahora? No me mires así... No me aprietes así la mano... Tú sabes, ¡ay! que yo te quiero y que no quiero amarte...

Pero... bésame. ¿No ves que ya no puedo resistir? No me digas que sí. Bésame más, más, todavía más... Bésame en los ojos. Ciérralos con tus labios y que yo no vea nada, ni sepa nada. Que sienta solamente que tu corazón late — tu corazón apresurado, furioso, frenético, — que tu corazón late y que late para mí, para mí solo.

De "Ediciones mínimas": "La oración del buzo".

Giovanni Papini



Miserere

I

No hay un quicio de puerta
Donde no haya caído
Con la esperanza muerta
El cuerpo de un vencido.

No hay un solo rincón sin un andrajo,
Ni un umbral sin su lote de amargura.
¡No es hombre, es un pingajo
Eso que se deshace en la basura!

Aquí, carne doliente
Y tierna, está el infante
Implorando al transeunte
Con voz agonizante.

Allí, lívido anciano,
Trágico y taciturno,
Bandera de dolor tiende su mano
Inútilmente al gozador nocturno.

Y allá, montón aullante,
Carnaza sin ventura,
La que pudo ser madre de un gigante
Muere de hambre, de frío y de locura.

II

Este cuadro sombrío,
Que en estrofa candente
Quiero fijar como en desquite mío—
Venganza ó luz de un corazón sufriente—,

Es verdad cotidiana,
Es la verdad terrible, transparente,
De una ciudad cristiana
Del siglo que corremos: ¡siglo XX!

Alberto Ghiraldo.

"España" N°. 161.



El yugo y el deber

Es necesario trocar el humillante yugo por el honroso deber cumplido.

Dependemos de un salario y de un hombre: he aquí la desigualdad social, la esclavitud social.

Trabajemos lo mismo pero cambiando las condiciones morales del trabajo:

Trabajemos no por un salario, sino por la justa reciprocidad de beneficios sociales.

Dependamos no de un hombre, sino de la convicción de nuestro deber social.

Y así nos habremos redimido.

Vicente Medina.



DIARIO DE AMOR

27 Setiembre 1918.

¡27 Setiembre! Hoy es mi cumpleaños. En el camino recorrido he sufrido dolores y amarguras sin cuenta; decepciones y desengaños; he tenido pocos instantes de verdadera felicidad.

Hoy, parece que el Destino se apiada de mí, estoy con el espíritu más sereno; he disciplinado mi carácter orientándolo hacia la calma y paciencia. Mi salud, á Dios gracias, es perfecta, sostenida por un régimen severo de temperancia. Busco contantemente de alegrar mi temperamento, ante la observación de los seres y las cosas, agradables al cuerpo y al espíritu.

Y ante todo y debo decirlo! Ahora tengo una Esperanza, un Ideal, que es lo que me sostiene y hace que ame la Vida.

Amo! Amo á una virgen ingenua y pura, aun más idealizada ante mis ojos, por el amor casto y purísimo que por ella siento!

En momentos que sentí flaquear mi ánimo, que me ví espantosamente solo en la vida, sin un amor, sin un afecto sincero, (excepto el de mi madre!) se presentó ante mis ojos esta criatura angelical que parecía que el Destino mandaba á consolar mi corazón lacerado.

Y así fué; así lo dispuso Dios!

. . . .

Cómo nos conocimos, cómo hemos llegado á amarnos, con este amor tan suave y puro, ya lo tengo extensamente descripto en páginas que leo constantemente y fortalecen más mi fé y amor por ella.

Por un momento dudé (¡pobre de mí!) de la consistencia y finalidad de este afecto.

¡Pero hoy, Dios mío, con las pruebas de ella recibidas constantemente, tengo fé y esperanzas y espero en un porvenir no lejano, verme ya al lado de ella, unidos para siempre, por toda la vida! Y bien! ¿Todo lo que había soñado respecto de ella, no resultó, paulatinamente es verdad, pero resultó cierto?

¿No pensaba yo, no soñaba, mejor dicho, constantemente en hablar con ella, decirla amantes frases, visitarla en su casa, estar con ella, á su lado en el Cine, luego acompañarla de retorno á su hogar, lentamente, muy juntitos los dos, hablando muy quedo; y cruzar aquella hermosa plaza, bajo los rayos de una espléndida luna, diciéndonos dulces cosas, más con los ojos y el corazón que con los labios?

Todo eso que yo había soñado, resultó exactamente cierto hasta en sus detalles más nimios. — Hasta las frases y sonrisas cambiadas, todo se desarrolló según yo lo había pensado.

Por lo tanto: ¿no tengo el derecho ahora de pensar para el porvenir, verme ya dueño completo de su amor, reunidos para siempre, marchando así unidos en estrecho abrazo, ella apoyando su rubia y delicada cabeza en mi pecho, yo sintiéndome fuerte y dispuesto á defenderla de la maldad del mundo, de los embates de la vida?

Y vivir así, tranquilos y felices, en un rinconcito muy florido, lejos del ruido, de la vanidad y egoísmos humanos!

Enrique Aguirre.





Crónicas de Bonafoux

La pelota en el tejado

El mejor discurso de Mr. Lloyd George, desde que subió al Poder, es, á mi juicio, el que echó el otro día en Manchester, porque mira al porvenir social, sin olvidar el presente guerrero.

"A continuación de la guerra—dijo—el Imperio británico debe desarrollarse, fortificarse, enriquecerse y, sobre todo, permanecer unido. El Estado debe interesarse con más constancia y con más inteligencia en la salud del pueblo. Hay que atender mucho á la higiene pública. Las habitaciones deben mejorarse; los salarios deben ser suficientes para mantener al obrero y á su familia en pleno vigor; las condiciones del taller deben ser más sanas; la instrucción debe ser más atendida.

El Estado debe animar la producción asegurando la confianza y la seguridad que son esenciales á la producción. Deben mejorarse los medios de transporte y protegerse las industrias esenciales."

¿Por qué pide Lloyd George este mejoramiento de la clase obrera?

"Porque de una producción abundante—ha dicho—depende el bienestar, y el bienestar es la mejor medida preventiva contra la anarquía. De la producción depende igualmente la posibilidad para la nación de soportar la deuda de la guerra y la carga de la reconstrucción.

Y curándose en salud, añadió:

"Hay grandes perturbaciones atmosféricas en el mundo social y económico. Podéis, si tenéis cuidado á tiempo, evitar la tempes-

tad, y si así lo hacéis, tendremos buen tiempo para la gran cosecha venidera."

El Kaiser—también el Kaiser—en su discurso á los obreros de la fábrica Krupp, preocupado hondamente de la revolución social, elogió la democracia del bolschevismo.

¿Qué prueban estos actos y otros parecidos? Que, como vulgarmente se dice, está el rabo por desollar. La guerra alejó por el momento, el peligro de la revolución social para la burguesía militante; pero subsiste el peligro de una revolución violenta, como la de Rusia, á despecho de quienes, como Samuel Gompers, predican el mejoramiento social por evolución. Estadistas previsores é inteligentes procuran sofocar aquí y allá incendios parciales que denotan la existencia de un gran foco interior, y con tal fin atienden al obrero, lo sirven en todo, lo elogian, lo miman y hasta lo adulan. Un obrero, comparado con un burguesillo, es hoy un rey. Una obrera comparada con una burguesilla es hoy una reina. Tienen consideraciones y respetos. Ganan lo que quieren. Y por eso Gompers ha podido decir que el proletariado en Inglaterra y Estados Unidos de América está de corazón con la guerra. Pero Lloyd George, en su mencionado discurso de Manchester, advirtió:

"En este país hay demasiados bolschevistas, y con demasiada frecuencia están en situación de hacer mucho daño."

¡El bolschevismo; es decir, la pesadilla, la "bete noire"! Porque el bolschevismo en Rusia, con la amenaza de extenderse por Europa, es la primera manifestación violenta de la revolución social latente en el mundo. He aquí la razón de que el previsor Lloyd George se ocupe y se preocupe tanto de mejorar la clase obrera.

Si terminada la guerra, la guerra que ha servido para alejar el movimiento revolucionario del proletariado, las huestes de los pueblos que pelean se pronunciasen revolucionariamente al restituirse á sus respectivos lares, ¿de qué serviría la pirámide de cráneos que se ha levantado en Europa como un muro de contención? Labor de go-

bernante ducho es preveerlo, encauzarlo y evitarlo. No hay que echarlo todo á barato, ó fiarse exclusivamente en la actitud del proletariado que vegeta en poblado y en la de internacionalistas de relumbrón como Aulard en la cátedra, Brating en la tribuna, Hervé en el libro, etc., etc.

En la lucha entre la burguesía y la revolución social, aquélla, hasta ahora, ha vencido en todas partes, con excepción de Rusia.

"La juventud que había de alistarse en el nuevo movimiento revolucionario ha desaparecido en las huestes atrincheradas—ha dicho un órgano del internacionalismo puro;—los hombres viriles que fueron los iniciadores de esa juventud han quedado agotados, y las nuevas generaciones, de las que se podía esperar la acción final transformadora, esas crecen ahora mústias, embrutecidas para continuar así quien sabe cuántos años, dándose con ello ocasión á la burguesía á reponerse. Que esto debe ser tal y como se deja expuesto, no hay duda. Ahí está para demostrarlo el conato de revolución rusa."

Cuando se escribía ésto, Kerensky estaba en el poder. Más tarde, el conato se convirtió en hecho, y la burguesía que resultó vencedora en el primer acto de la tragedia, tropieza con nuevas y arduas dificultades.

Porque como predijo el coronel Choumsky en "Le Matin" y recordé yo en otra ocasión, "si la situación continúa grave es porque Rusia está en vísperas de la revolución social, y la lucha se ha declarado entre los socialistas burgueses y los socialistas revolucionarios."

Los primeros votan por la "evolución" y los segundos por la "revolución". Por eso y á pesar de la guerra, sigue la pelota en el tejado.

Londres, 16 de Septiembre de 1918.

DEMOCRACIA

Son del cronista de "Le Journal", de Paris, aliado, nacionalista, patriota, "chauvin" estas apreciaciones, que coinciden con algunas mías sobre la Democracia publicadas en este periódico.

"Yo desearía ver al ministro de la guerra.

—¿Su tarjeta?

—Aquí la tiene usted.

Dos minutos después está usted frente á un señor que le alarga la diestra, le indica una silla y le pregunta:

—"What is ut"?

Ese ministro tan asequible es el señor Baker, el "wer secretary" americano, actualmente en París.

Tampoco el presidente Wilson, en la Casa Blanca, hace el papel de dios invisible. Se llega á él con suma facilidad; nada de etiqueta, nada de chambelanes solemnes, nada de aparato escénico, simplicidad verdaderamente democrática".

Y aunque las comparaciones son odiosas, el cronista compara:

"El Sr. Alberto Thomas, socialista, ha sido ministro del armamento. Yo no he tenido cosa que proponerle; pero para el caso habría sido igual. Jamás hubiera yo podido franquear los siete recintos que protegen á nuestros grandes demócratas contra los vulgares ciudadanos.

Con toda seguridad era más fácil hablar á Luis XIV que al más insignificante de nuestros subsecretarios de Estado".

¿Eh? ¿Qué dice usted? ¿Exageraban mis pinturas, mis cuadros sociales, de la burguesía, de los demócratas de más fuste, etc.? He recordado que queriendo D. José Canalejas publicar en el "Heraldo" las opiniones de los más conspícuos internacionalistas franceses—cuando los había,—empezando por monsieur Briand, tuve yo que desistir de pedirle á éste una conferencia de pago.

—Trabajo le mando á usted para ponerse al habla con él, me advirtió mi cicerone.

¿Pero puede darse un caso más típico que el del general Guzmán Blanco, que se llamaba á sí mismo "Gran Demócrata" en sus decretos presidenciales? Pues para ver al Gran Demócrata, me ha contado alguien, había que echarle unas cuantas solicitudes; luego le recibía á usted un tío chambelán, con calzón corto, y le dejaba en una sala; después, otro tío chambelán le sacaba á usted de la sala y le dejaba en otra, y, por último, un tercer tío chambelán le sacaba á usted de la sala tercera y le dejaba en otra, definitiva, hasta que aparecía el Gran Demócrata en la actitud de Budha.

Algo peor por el estilo, según he leído, pasa con Cambó cuando va á Barcelona.

Los nuevos ricos—caballeros porque lo es poderoso don Dinero—son grotescos, birriosos, imposibles; pero tienen la excusa de carecer de talento para no enseñar la oreja, y demuestran en el trato con los pobres, que no hay peor cuña que la de la misma madera. ¡Pero que incurran en tan ridículos amaneramientos gentes que pasan por "cumbres" de la política, de la literatura, etc.!

La democracia no está en la palabra sino en los hechos. ¡Hay que ver los Pericles que gastamos ahora, y sobre todo, sus reinas consortes!....

Y contra eso que escarnece merecidamente el cronista de "Le Journal" hemos chillado unos cuantos, granjeándonos odios y antipatías del pandillaje democrático, que no se compone de tales demócratas, al revés de los que lo somos de veras, y, por serlo chillamos contra los mistificadores. La mejor prueba de democratización está en bajar de su clase para codearse con lo inferior, ya que los nuevos demócratas, como los nuevos ricos, prueban con sus actos que no hay modo de abolir las clases.

Cuando en aras de la Democracia se sacrifican millones de hombres y miles de millones de dineros, será para constituir una democracia verdadera.

Londres, 5 de Octubre de 1918. **Luis Bonafoux.**

La Paz Universal soñada por Victor Hugo

De hoy más habrá dos formidables naciones en Europa: una porque será victoriosa, la otra porque será vencida.

De esas dos naciones la una, la victoriosa, la Alemania, tendrá el imperio, la servidumbre, el yugo soldadesco, el embrutecimiento del cuartel, la disciplina hasta en las inteligencias, un Parlamento dominado por la encarcelación de los oradores....

Esa nación, la nación victoriosa, tendrá un Emperador de fábrica militar á la vez que de derecho divino; el César vizantino forrado en el César germánico; tendrá la consigna en estado de dogma, el sable convertido en cetro, la palabra amordazada, el pensamiento agarrotado, la conciencia arrodillada. ¡No habrá tribuna, no habrá prensa! ¡Tinieblas por todas partes!

La otra, la vencida, tendrá la luz. Tendrá la libertad, tendrá la República; tendrá, no el derecho divino, sino el derecho humano; tendrá la tribuna libre, la prensa libre, libres la palabra y la conciencia, el alma elevada. Tendrá y conservará la iniciativa del progreso, la impulsión de las ideas nuevas y la clientela de las razas oprimidas. Y en tanto que la nación victoriosa, la Alemania, bajará la frente bajo su pesado casco de esclava, la sublime vencida, la Francia, tendrá sobre su cabeza la corona de pueblo soberano.

Y la civilización, frente á frente de la barbarie, buscará su camino entre esas dos naciones, de las cuales una ha sido la luz de Europa y la otra será la oscuridad.

De esas dos naciones, la una triunfante y vasalla, la otra vencida y soberana, ¿á cuál es preciso compadecer? A las dos.

Séale permitido á Alemania considerarse feliz y estar orgullo-

sa con dos provincias más y la libertad de menos. Nosotros la compadecemos; la compadeceremos por ese engrandecimiento que envuelve tanta bajeza; la compadecemos porque, habiendo sido un pueblo, no es más que un Imperio.

Acabo de decir: la Alemania tendrá dos provincias más. Pero esto todavía no se ha realizado y añado que no se realizará. ¡Jamás, jamás! Tomar no es poseer. Posesión supone consentimiento. ¿Acaso el Austria poseía á Venecia? Acaso España posee Cuba? Acaso Inglaterra posee á Gibraltar? De echo sí, de derecho no.

La conquista es la rapiña, nada más. Es un hecho, sea; el derecho no nace del hecho. La Alsacia y la Lorena quieren continuar siendo Francia; continuarán siendo Francia apesar de todo, porque Francia se llama república y civilización. La Francia por su parte no abandonará ninguno de sus deberes para con la Alsacia y la Lorena, para consigo misma, para con el mundo.

En Straburgo, en esa gloriosa Straburgo, aplastada bajo las bombas prusianas, hay dos estátuas: Guttemberg y Kleber. Pues bien, nosotros sentinos en nuestros pechos una voz que se alza y que jura á Gutemberg no dejar ahogar la civilización, y que jura á Kleber no dejar ahogar la República.

Una paz infame no es ya la guerra, pero es el odio. El odio, ¿contra quién? ¿Contra los pueblos? ¡No! ¡Contra los reyes! Que los reyes recojan lo que han sembrado. Haced, príncipes: mutilad, cortad partid, robad, anexionad, desmembrad. Crearéis el odio profundo, indignaréis la conciencia universal. La venganza germina, la explosión será en razón de la opresión. Todo lo que Francia pierda, la Revolución lo ganará.

¡Oh! Sonará una hora — nosotros la sentimos acercarse — para esta revancha prodigiosa. Oimos desde ahora andar á grandes pasos en la historia, nuestro triunfante porvenir. Sí, desde mañana empezaremos; desde mañana la Francia no tendrá mas que un pensamiento: recogerse, reposar enmedio de la terrible tranquilidad de la desesperación, adquirir nuevas fuerzas, educar sus hijos, alimentar

con santas iras á esos niños que llegarán á ser hombres, forjar cañones y formar ciudadanos, crear un ejército que sea un pueblo, llamar la ciencia en auxilio de la guerra, estudiar el procedimiento púnico; fortificarse, fortalecerse, regenerarse, volver á ser la gran Francia, la Francia del 92, la Francia de la idea y de la espada.

¡Después vendrá un día en que ella se erguirá! ¡Oh! ¡Será invencible! Se la verá de un salto recoger la Lorena, recoger la Alsacia!

Y después, ¿es esto todo? No... se apoderará de Trévieres, Mayence, Cologne, Coblentz, toda la orilla izquierda del Rhin... Y se oirá exclamar á Francia: ¡Ahora me toca á mi! Alemania, mírame! ¿Soy tu enemiga? ¡No! Soy tu hermana. Te he tomado todo y todo te lo devuelvo con una sola condición: la de que no constituiremos más que un solo pueblo, una sola familia, una sola República. Voy á destruir mis fortalezas, tú vas á destruir las tuyas. Mi venganza es la fraternidad! ¡No más frontera! Seamos los Estados Unidos de Europa, seamos la federación continental, seamos la libertad europea, seamos la paz universal.

Victor Hugo.

13 de Marzo de 1871.

Visión de Paz

Hundidos en la tierra,
muerden, al fin, el polvo los cañones...
A la sombra benigna
de un tanque fatigado de hacer fuego,
da lección, á unos niños, un anciano....
Una jóven sentada
en el dintel quemado
de un hogar en ruinas,
dá el pecho á un niño hermoso...
Arando está la tierra,

erizada de abrojos homicidas,
(bayonetas, alambres espinosos
y cascos de granada.)
un hombre que aún conserva
prendas de su uniforme de soldado,
y que su brazo apoya
en un fusil inútil y herrumbroso,
del que se sirve á modo de aguijada....
En camiones guerreros
vuelven de la jornada campesina
los hombres y mujeres·
sobre la pila de hacinados cestos
de rebosantes uvas,
de las que se derrama
el mosto que parece
la roja y santa sangre
de que empapada fué la madre tierra....
Una tierna pareja rezagada
canta un duo de amor....
                                        Forman cercados
los claavdos cañones y alambradas,
en donde se recogen
los rebaños pacíficos....
De la noble jornada campesina,
que acaba con el sol en el ocaso,
retornan en la nueva
conquista de la tierra laborada
los braceros agrícolas,
los modernos soldados,
en cuya improvisada vestimenta
aun se conservan restos
de astrosos uniformes que recuerdan
las luchas inhumanas...
Del ardoroso día,

en un limpio horizonte
ya hundido el sol sangriento,
sobre el cielo purísimo
un lucero de plata resplandece...
quizás la estrella
que guía á los pastores de los pueblos
hacia el Betlen soñado....
Y, lejos, á las luces
del divino crepúsculo,
la ciudad resucita
entre los esqueletos
de las negras ruinas de la guerra,
y se yerguen con bríos indomables,
cual fortificaciones
de paz y de progreso,
gloriosas é invencibles,
las universidades redentoras
y museos y fábricas,
destacando sus cúpulas brillantes....

Vicente Medina.



Inocencio Medina Vera

Ha dicho el "Diario Español"—de Buenos Aires—el 27-X de 1918:

En el pueblo de Archena ha fallecido hace pocos dias el gran artista, que fué nuestro colaborador artístico y gran amigo, Inocencio Medina Vera.

Hace cuatro meses, no más, trabajaba del modo infatigable que era su hábito peculiar, en la posesión de campo que tiene en Rosario de Santa Fe el ilustre Poeta don Vicente Medina, deudo del finado.

Mientras uno rimaba sentimientos y añoranzas murcianas, que acabamos de leer en el tomo que titula "Abonico", el otro pintaba escenas y tipos que representan la alegría del trabajo.

Un padecimiento, que en su orígen pareció de escasa importancia, le sugirió la idea de pasar una temporada de Campo. Don Vicente Medina le obligó á dejar la casa de Arte que regenteaba en la calle de Santa Fe, y se lo llevó á su posesión de Rosario. Entre los dos juntaron un arsenal de Arte, en la soledad apacible de la vida agraria. El rudo invierno agravó el padecimiento estomacal de Medina Vera, y los médicos le aconsejaron que buscara alivio en el clima murciano. Inocencio Medina Vera embarcó hace cuatro meses buscando alivio al lado de los suyos, rumbo á Archena (Murcia) su pueblo natal. La primera noticia que hemos tenido, después de su partida, es la de su muerte.

Para Medina Vera, morir fué descansar. Acaso fué este el único descanso de su vida.

Era un formidable trabajador, de múltiples é inteligentes aptitudes.

La revista "Blanco y Negro", de Madrid, de que fué director artístico muchos años, debe á Medina Vera las bellas iniciativas que le convirtieron en exposición permanente: unas veces de páginas de color; de portadas polícromas, otras, y siempre de estímulo y aliciente para encauzar aptitudes de los artistas jóvenes que se lanzan á la lucha, guiados por la inspiración de la belleza.

Sin desatender los compromisos periodísticos, Medina Vera entró resuelto en el campo del Arte grande y serio, en el que descollaba como un virtuoso. En varias exposiciones nacionales ha obtenido recompensas justificadas.

Medina Vera era, sobre todo, un gran dibujante.

Hace unos siete años, el poeta Cavestany le invitó á venir á Buenos Aires para dirigir la parte artística de "Semana Universal". La seducción que América ejerce sobre la juventud artística de nuestra patria, atrajo á Medina Vera á Buenos Aires. Dejando posiciones ventajosas de artista mimado en Madrid, vino á Buenos Aires. A poco inauguró una exposición de cuadros en la calle Florida, que fué un éxito artístico.

Pintó para el Club Español un magnífico cuadro de escenas murcianas. Dirigió la "Semana Universal". Y fundó una casa de arte retrospectivo, en la que fué dando á conocer maravillosos ejemplares del arte moviliario, decorativo y suntuario de los estilos más castizos, netamente españoles.

Regresó nuevamente á España, donde inauguró una exposición de pinturas, hechas en la Argentina, ocupando los puestos que había dejado, al venir á Buenos Aires.

Y un año después volvió á fundar la casa de arte que sostenía en la calle Santa Fe, en compañía de su sobrino, el inteligente artista don Laureano Medina, que continúa al frente de ella.

Cuando su esfuerzo había logrado dominar la crisis producida por la guerra, su actividad encontró el mas terrible de los obstáculos; la enfermedad larga y traidora que tronchó una existencia tan noble.

Medina Vera era un español castizo: modesto, infatigable,



INOCENCIO MEDINA VERA

preparado para vencer las mayores dificultades. Su carácter noble su clara visión de la lucha por la vida, le obligaban á seguir con tenacidad un método de trabajo, en que el esfuerzo callado y silencioso vence siempre.

Su muerte es una pérdida irreparable para el arte español en la Argentina.

Enviamos nuestras condolencias más cordiales al insigne poeta, don Vicente Medina y al inteligente artista, don Laureano Medina, únicos parientes que sepamos contaba en la Argentina.

Arte y Artistas

En Archena á donde había acudido en busca de remedio á su penosa enfermedad, ha fallecido el famoso dibujante Inocencio Medina Vera.

Acababa de regresar de la Argentina, en donde el notable artista había encontrado un mercado franco á sus producciones. Fué á Murcia, su tierra natal, en busca del descanso necesario á su quebrantada salud, y en ella tropezó con la muerte, que se nos lleva un artista de los más nobles y honrados de nuestra Escuela clásica.

Era Medina Vera, como dibujante, un correctísimo artista, de gran inspiración. En sus obras brilla la distinción y elegancia con que trata los asuntos de sociedad y la gracia con que resuelve las escenas picarescas.

Sin llegar á la caricatura, Medina Vera hacía apuntes ligeros admirables, era un devoto del natural, un sacerdote del realismo, un excelente dibujante, de la estructura de Urrabieta Vierge, de Apeles Mestre y de Pellicer.

En justo torneo artístico ganó Medina Vera, como pintor, una segunda medalla por su cuadro "La paz de la aldea", y de entre sus obras mas notables de pintura recordamos "El dia de San Eugenio en El Pardo" y "A casa, que llueve." Pero el malogrado artista murciano no podía dedicar sus atenciones á la pintura, contra todos sus deseos y entusiasmos; su colaboración como dibujante de la Prensa

gráfica le obligaba á abandonar largas temporadas los pinceles y la paleta, por el lápiz y los difuminos.

Medina Vera era fácil produciendo, trabajaba mucho de memoria, era un virtuoso de la profesión, un inspirado cuya desaparición es muy sensible, porque era jóven y podía esperarse mucho de sus grandes dotes y talento.

Muy de veras lamentamos su muerte·

J. B. C.

"Heraldo de Madrid, 30-X-1918.

INTIMIDADES DEL PINTOR.

Querido Vicente:

El cuadro "Un día más" me lo adquirió el Estado, y el de la "Fuensantica" lo tengo; he podido defenderlo todavía, pues con lo que he pasado. no sé cómo he podido prescindir de la venta. Ya sabes que, para mí, es lo mejor que he pintado y lo que ha gustado (acá). Yo me temo que lo tenga que vender, y lo sentiría; es decir lo sentiríamos todos en casa; y, se me ocurre, si tú estarás en condiciones de hacerte con él. Hoy lo tengo en Barcelona, donde están haciendo unas reproducciones en color; y como me lo quieren comprar yo no sé si podré resistir.

***

Estimado Inocencio:

Recibí tu carta de 3 Julio ppdo.

"La Fuensantica" preciosa. creo también que es de lo mejor que has pintado; la tengo en la quinta en sitio de honor. La quinta es una capilla de arte adonde va la gente que sabe distinguir. Ante tu cuadro se quitará el sombrero lo mejorcito de Rosario y algo de la República.

Aquí en la quinta, como un rey chico podrías pasar tres ó cuatro meses pintando, pues hay local, comodidad, ferrocarril á la puerta y lo que tú no te imaginas:

Barracas y paisajes, huertanos, gentes huertanas, viejos y jó-

venes, mozas, mozos y ropas; refajos, mantas, pañuelos, zaragüelles, monteras, mantellinas, etc. etc.

Al venir tú, yo me decidiría á ilustrar el poema "La Compañera", que puedes ir estudiando si quieres por "Letras" y abocetando algunos dibujos.

Con que anímate y pinta vertiginosamente tres meses en Archena, tipos y costumbres, que serán tu gloria y tu dinero; varios buenos cuadros que te traerás. ¡Alma, vida, sentimiento! Tanto te diría!...

21 Septiembre 1916.

***

Querido Vicente: He recibido tu carta, y no puedes figurarte la satisfacción que me produce. Desde luego acepto y veo ya completamente resuelto mi porvenir, pues lo de Buenos Aires es un negocio grande en mis manos.

Yo tenía ya preparada una exposición, en la que he trabajado con gran entusiasmo. Ayer precisamente estuvieron á ver los trabajos, el director de "La Esfera" Verdugo y el crítico José Francés, y se entusiasmaron.

Quedé con ellos en mandarles 3 cuadros, para su reproducción, y así lo voy á hacer, pues es muy conveniente para que vean en esa la importancia de las obras.

Quiero hablarte de una de ellas. Es la "Fuensantica", ya madre, la titulada "Santica" y las dos complementan el tipo de moza murciana.

Yo he querido representar la santidad de la madre jóven, y con el acierto de la línea, va el del fondo que recuerda la pintura de Murillo, y sobre las cabezas de ella y del chico, se adivina un nimbo de luz que completa el cuadro dándole un carácter semireligioso.

En fin, chico, veo completamente asegurado el porvenir y la "Gloria" porque estoy con más entusiasmo que nunca, y tengo el aplomo y la seguridad en arte, que no tenía antes. Además haré el

cuadro que yo tenía pensado hace mucho tiempo; y que necesariamente lo tengo que hacer en esa. Ya te lo diré.

⁂

29 Septiembre 1916.

Esta tarde me he encontrado con Vaso en la Puerta del Sol y hemos charlado mucho de tí y de mis asuntos.

Yo sigo entusiasmado y tengo la seguridad de vencer ahí en los dos aspectos de mi viaje: en el artístico y en el mercantil.

Me voy á llevar todo lo que pueda de antigüedades y cerámica, y dejar esto preparado para que me manden más.

Pienso ir unos días á Segovia y Toledo.

⁂

Madrid, 12 Noviembre 1916.

Querido Vicente: Acabo de recibir tu carta.

Vamos á Archena y ya te iré contando todo lo que haga y lo que vaya adquiriendo.

Del viaje, tenía pensado marcharme en Diciembre, pero es imposible, ahora pienso en Enero, para esto ví á Don Amalio Jimeno (Ministro de Estado), que es amigo que me quiere mucho, y, como los billetes que hay gratis se han terminado (por este año) me ha pedido un pasaje en segunda á mitad de precio, y me dice que si me espero me dará uno en primera ida y vuelta.

Tengo en mi poder un cuadrito (de lo mejor mío) que ya te hablé de él en Rosario. Se titula "Amor" y es muy artístico. Lo he defendido á capa y espada y á pesar de la falta de dinero nunca lo he querido vender.

Así es que tendré el gusto de regalártelo. Hace dos ó tres años cuando estuve aquí, lo publicó el "Blanco y Negro".

Es de esas cosas pequeñas que uno les toma gran cariño por el sentimiento.

⁂

Y volvió Inocencio á la Argentina y luchó año y medio más: Pintó, abocetó, soñó... Hizo preciosas exposiciones, tanto en

Buenos Aires como en Rosario, de las que no sacó un centavo de provecho...

Y, finalmente, enfermó... ¿De qué? Su enfermedad de origen ha sido, posiblemente, envenenamiento por los colores...

¡Y seguramente, Inocencio enfermó de tanto pintar y de tanto soñar!....

EN LAS ÚLTIMAS

Buenos Aires, 27 Junio de 1918.

Querido Vicente:

Como te dije, llegué sin novedad; demasiado bien. Anduve una hora ó dos buscando hotel con calefacción y todos estaban sin una pieza que alquilar; por fin vine á éste.

Ayer te pensaba escribir pero tuve muchas visitas y acabé cansadísimo. Hoy lo hago temprano, y me encuentro perfectamente. Hace buen día y sobre todo este calorcito de la pieza me da la vida.

Estoy contentísimo y me parece que he de ponerme bueno rápidamente.

Todavía hoy no pienso salir de casa. Mañana iré á "Caras y Caretas".

Ya tengo el pasaje en el bolsillo.

Del negocio, dentro de las dificultades con que luchamos, estoy bien impresionado. Es cuestión de un poco más de resistencia.

Inocencio.

***

Buenos Aires, 2 Julio de 1918.

Querido Vicente:

Continúo bien, gracias al cuidado que llevo, pues el tiempo es muy malo por aquí.

Mañana pienso ir por "Caras y Caretas". He pensado llevarme la poesía "¡Y yo no estaba!" para ilustrarla allá, pues ahora tengo una pereza grandísima. Estoy más fuerte y siento más la debilidad. Siento un deseo grande de reposo.

Me olvidé de traerme las cajas de pintura pastel, que deben

estar en el campo; si puedes mandármelas, todavía llegarían á tiempo.

La otra tarde me visitaron Senac y su familia y Lilí y su mamá.

Inocencio.

***

Buenos Aires, 10 Julio de 1918.

Querido Vicente:

Recibí tu carta. Me encuentro regular del estómago. Pero, en fin, esto no es grave; de lo demás voy bien, aunque no tan aprisa como yo quisiera.

El domingo estuvieron aquí y almorzaron conmigo, Mayol, Sirio y Alonso; se llevaron para reproducir en "Plus Ultra", el labrador que tiene las gaviotas y dos cositas de baile flamenco.

Recibí "Letras" y no conocía "¡Carne mía!" No te puedes dar idea de la impresión que me hizo su lectura. Es de lo grande que has escrito.

Estuve á ver á Senac y se habían marchado el día anterior; si lo ves, díselo, aunque yo voy á escribir á su hermana Amanda.

Adiós.

Inocencio.

***

Y partió, por fin, para la tierra natal, para la tierra querida del ensueño, para la tierra del color y de la luz... la huerta, el cielo, los montes, los ríos, los interiores huertanos, los tipos casi árabes, la borrachera colorista de refajos, mantas, pañuelos, lentejuelas...

Y desde allí escribió las moribundas y tristes líneas que siguen:

***

Archena, 4 Septiembre de 1918.

Querido Vicente:

Por fin creo que podré escribirte una carta después de mi salida de ésa.

El viaje fué desastroso para mí, á pesar de las atenciones que

tuvieron conmigo en el barco. ¡Para qué contarte los sufrimientos y amarguras que he pasado! Los nervios me han sostenido. Llegue aquí más muerto que vivo. Hoy voy, por fin, saliendo otra vez, esperando que el invierno de aquí acabe de curarme, pues tampoco me han favorecido nada los calores que han hecho hasta ahora.

A Madrid no he podido ir, ni sé cuándo podré. Yo trato de no preocuparme nada pero, ¡claro! me es imposible.

Me canso en seguida de escribir y de pensar.

El correo próximo podré escribir más extensamente.

Respecto á mi tarea artística, me entusiasmo al ver las cosas que podré hacer aquí.

¡Qué ganas tengo de poder empezar á pintar!

Perdóname que no te escriba más, pero no puedo.

Inocencio.

***

Inocencio soñaba... Yo soñaba con él.

Nos dimos á conocer con el primer tomo de la "Biblioteca Mignon": él con sus dibujos, yo con mis versos.

En Cartagena fué soldado y, el pobre, para granjearse estima y tolerancia en la vida de cuartel, tuvo que retratar á muchos oficiales y algunas señoras y niños de sus jefes, todo gratis.

Para ganar algún dinero pintaba Inocencio, entonces, algunos bodegones, en mi casa.

Yo iba á la pescadería y compraba bonitos pescados y langostas que nos los comíamos después de pintados. Luego, mirando los cuadros, decíamos: "Ese pescado estaba muy bueno". Y no sabíamos bien si regustábamos la exacta pintura que nos avivaba la sensación de haber comido, ó si el recuerdo de haber comido aquel pescado avivaba su pintura.

Inocencio empezó siendo un gran dibujante. Yo iba á estrenar en Cartagena mi drama "El Rento" y fuí á nuestro pueblo á traerme algunas ropas típicas de huertanos. Inocencio estaba entonces en el pueblo y le pedí que me hiciese algunos apuntes de los tipos aldeanos. Era un domingo y, desde la puerta de la botica, en

un momento me hizo una porción de apuntes de las gentes de la huerta, que pasaban ó se detenían.

Hacíamos correrías por la huerta y por los pueblecillos, entusiasmados con los paisajes, con los interiores de las viviendas huertanas y con los tipos.

Tengo una porción de ilustraciones que Inocencio me hizo para mi poema "La compañera" y para otros libros. Una de estas para la poesía "El tesoro" se ha publicado á dos tintas en "Plus Ultra" y es todo un cuadro, tan lleno de emoción, que habla más que la propia poesía... Y tan sentido que, borrosas é indeterminadas las figuras en una ejecución valiente, son sin embargo un retrato de por sí cada una.

Inocencio estaba en toda su fuerza de artista, proyectaba cuadros y exposiciones y pintaba y obocetaba sin descanso... finalmente, enfermo y todo.

Su ilusión era el pueblo, la huerta... Pintaría "El baño de la cruz", "La procesión de la Candelaria", "La vuelta del mercado", "La visita á los amos", etc., etc.

Tomaba apuntes para una exposición de paisajes y costumbres de la Argentina....

Yo siento la muerte de mi primo Inocencio... siento la falta del amigo en las ideas y en los sueños... pero siento más que todo el gran artista que nos falta cuando sus sueños iban á ser una bella realización.

Vicente Medina.



COPLAS DEL DIA

Medina, ha muerto

Duerme en paz el alma de Medina Vera
(Muchos españoles no sabrán quien era)
Aquí los artistas, de laurel ceñidos,
son, en estos tiempos, poco conocidos.....
Aquí gozan fama, más que los pintores,
los politicastros y los oradores...
El triunfo es, hoy día, de la gente huera;
y el pobre Medina sólo pintor era!
¡El pobre Medina!... Tras horas fatales
de lucha y trabajo, murió sin dos reales...
Tan solo ahorró, en vida, sueños y quimeras....
El arte da poco... (Dan más las navieras).
Enfermó en la lucha, buscando acomodos;
y murió arruinado, como mueren todos...
¡Cuatro niñas lloran al que en paz reposa!
Cuatro mujercitas y una santa esposa!
Yo, que he sido amigo del pintor murciano,
por esas mujeres extiendo mi mano...
Aquí hay, como siempre (y el caso contrista)
que pedir limosna si muere un artista...
Yo el amparo justo, y oficial, reclamo
del ilustre y noble ministro del ramo.
Yo al de Bellas Artes, Círculo opulento,
y á su presidente, alzo mi lamento...
Seguro del triunfo, yo acudo á la buena
alma generosa de Luca de Tena...
A todo el que tenga corazón hidalgo

no sé qué pedirle; pero pido algo...
¡Cuatro niñas lloran al que en paz reposa!
¡Para esas mujeres, venga cualquier cosa!...
Hasta que cumplamos la misión augusta,
de dar á esas nenas amparo y caricia,
la paz en que él duerme no será paz justa.
(Y ahora está de moda la paz de Justicia).

Luis de Tapia.

"El Imparcial", 11-XI-1918.

Canto a la salud

Eterno padre que nos das la vida,
eterno padre que los mundos crea,
savia robusta en nuestras venas pone
sangre longeva
Padre de la salud, vierte tu mano
en el embrión de nuestras pobres vidas
buena semilla...
Salud, salud. La grey humana aliente
con la fuerza vital de las montañas,
con el vigor sagrado de los árboles
fuente de gracia.
El inmortal secreto de los campos,
la sanidad divina de los frutos
pon en las carnes frágiles del hombre
en todo día.
Que el risueño misterio de la vida
no nos haga pensar á cada hora
con dolores crueles en el hondo
misterio de la muerte.
Que la existencia sea una gloriosa

floración saludable. Como eternas
espigas de oro con el santo grano
abierto...
Salud, salud. Sobre la vieja ruta
del hombre enciende la feliz hoguera
que con su llama ha de matar por siempre
el sufrimiento.
Salud, salud. Fecunda madre única,
tesoro excelso, misteriosa esencia,
manantial infinito de alegría
y don sencillo.
Salud, salud. Derrámate copiosa,
que es derecho del hombre poseerte;
venturosa riqueza más sabida
cuando se pierde....
Eterno padre que nos das la vida,
eterno padre que los mundos creas,
savia robusta en nuestras venas pone
sangre longeva....

Luis Doreste.

"España" No. 178.

AMEMOS

Si nadie sabe ni por qué reimos
ni por qué lloramos;
ni nadie sabe ni por qué vivimos
ni por qué nos vamos;
Si en un mar de tinieblas nos movemos,
si todo es noche en rededor y arcano,
¡á lo menos, amemos!
¡Quizás no sea en vano!

Amado Nervo.

De su libro "Serenidad".

DEL LIBRO "ELOGIOS"

Por el gran poeta catalán Juan Maragall.

...Ella es tan joven que olvidará fácilmente; pero él no olvidará, no; al contrario, avivará la llama, para consumirse quizás en ella, pero echando luz. Hará de su recuedo el alma de toda su obra, y una vez más el amor creará, de uno ú otro modo.

Y ella, entre tanto, ni memoria guardará quizás de aquel que le hizo exclamar en pureza: — ¡Ay madre, la hora que he pasado!....

No puede ser que un hombre arda en la soledad, como una pira de amor, por una mujer, y que ella lo ignore absolutamente. Yo creo que así estuviera en la parte más lejana del mundo, una hora ú otra tendría señal de lo que por amor de ella sucede. ¿Cómo? Yo no lo sé. Pero ¿no os ha sucedido alguna vez que desprevenidamente os ha invadido una oleada invisible de ternura, que, suspirando y alzando los ojos al cielo os habéis dicho:—¡Dios mío! ¿qué es esto, esa inmotivada beatitud que siento?—Yo, cada vez que eso me pasa, juzgo que alguno en la tierra ó en el cielo piensa muy bien de mí, y á través de la distancia... ó de lo que sea, saludo sonriendo al alma hermana. Pues cuando un hombre ama como este amigo nuestro, en los momentos más altos de su amor yo no puedo imaginar de la mujer amada sino que, por lejos y olvidada que de él esté, y en cualquier atención retenida, súbitamente su mirada se extraviará en el vacío, refrenará el paso si está andando, quedará con la mano inmóvil, levantada sobre su quehacer, si lo tiene; una oleada de sangre subirá á su frente y á sus labios, brillarán sus ojos con brillo inusitado, su pecho subirá y bajará con más fuerza y más aprisa unas cuantas veces, y al fin, una sonri-

sa de bienaventuranza moverá su boca suavemente...

—Sí; ¿pero sabrá de dónde le viene la misteriosa oleada?... ¿pensará siquiera que sea el amor quien de lejos se la envía? Y aún pareciéndole cosa de amor... ¡Oh!... quizás entonces crea que tal bienestar le proviene de los suspiros de cualquier cadete tronera, el que la miró con insistencia en el teatro el día antes, y que quizás á tales horas se halle entre mujeres mundanas. ¡Qué asco!... No, no os hagáis ilusiones: la ausencia no es sino vacío, enfriamiento y olvido. Nuestro amigo ha llenado este vacío de tal manera, con su genio y con su corazón, porque él es quien es, y también seguramente por el momento de su vida en que fué tocado de ese amor. Pero ella ¡pobre criatura! ella no habrá podido sino obedecer á la naturaleza tal como todos la vemos obrar claramente. Si los dos hubieran seguido tratándose como empezaron, ella hubiera sido iluminada también por el amor, y en el mundo existiría una bella pasión más, correspondida, y un corazón de mujer ennoblecido por esta correspondencia... ¡Que volvieran á encontrarse, que se vieran, que se hablaran, y las mismas fuerzas de atracción que obraron al conocerse volverían á obrar y de nuevo á enamorarlos!



ODA PRIMAVERAL

Las golondrinas llegan. Oh, el retorno salubre
Y fragante de la primavera que cubre
Los cercos familiares con las rosas de Octubre.
Belén, yo quiero ahora celebrarte en mi canto
Buena aldea que tienes tanto del Belén santo,
En tus olivos graves y en el sencillo encanto.
Del rebaño de ovejas que retorna paciente,
De las buenas mujeres que van hacia la fuente,
Mientras la esquila tañe evangélicamente.
Y asimismo recuerdas, en tu amable sosiego,
Tus viñas, tus higueras, tus cigarras de fuego,
Tu azul profundo y puro, tanto del suelo griego.
Sobre todos tus barrios, tu Huaco y tu Cañada,
Tu Banda y tu Altoverde, como alegre alborada
Echan los durazneros su floración rosada.

Por el buen callejón donde voy de paseo,
Oigo gozoso el grito jovial del venteveo
Y me llega hasta el alma el olor de poleo.
Y tiene la muchacha que ha cruzado á mi vera
Y que viste de rosa como la primavera
La fresca gracia de una flor que recien se abriera.
En busca de semilla de alfalfa y de mostaza,
Venida de los campos profundos, la torcaza
Ya en los potreros verdes ofrece buena caza.
Y en los rastrojos silba también ya la perdiz,

Y animando sus bueyes, el labriego feliz
al alba abre los surcos fragantes de maíz.
  La viña que la poda mutilara, destila
Gota á gota su llanto, y en sus gajos tranquila
Bajo el sol de la tarde se compunge la urpila.
  El ocaso se abisma. Un álamo distante
Se eleva, allá, en el fondo. Y el cielo, en ese instante,
Asume una profunda limpidez de diamante.
  Y en el vasto silencio, desde el cañaveral,
Maravillosamente, da su trino el zorzal,
(Tres martillazos sobre su yunque de cristal...)
  Las golondrinas llegan. Oh el retorno salubre
Y fragante de la primavera que cubre
Los cercos familiares con las rosas de Octubre.

Luis Franco.

Poesía premiada en los juegos florales de Tucumán.

Luis L. Franco reside en Belén, provincia de Catamarca. Adepto al arte nuevo, traduce del francés á Baudelaire y del inglés á Poe. La mayoría de sus composiciones se hallan aún inéditas. Hace algunos meses obtuvo un primer premio en el concurso abierto por la biblioteca estudiantil Leopoldo Lugones. con un soneto. El poeta no cuenta más que 19 años. La poesía que transcribimos puede ser considerada como una bella promesa.

De "La Razón"



Las Mujeres en la revolución

Un héroe de Dotoyevsky ha dicho que la mujer es siempre superior al hombre... hasta cuando es inferior (esto es, hasta cuando posee una cultura intelectual más restringida que la del hombre.

Otro héroe del mismo autor expresa su esperanza de que el buen Dios perdonará al pueblo ruso muchos pecados en consideración á la belleza del alma y al espíritu de abnegación y de sacrificio de la mujer rusa.

Puschkin, Lermontof, Dostoyevsky, Tolstoi, Checof, Gorki, para nombrar solamente á los más grandes escritores, tienen un gran amor para la mujer rusa. Trazan los retratos femeninos con la misma devoción con que los pintores religiosos, en los tiempos antiguos, dibujaban las vírgenes. No conozco ninguna otra literatura en que la mujer esté á tal punto idealizada é idolatrada. Los retratos de mujeres pintados por los grandes maestros rusos, formarían una bella colección que provocaría la admiración del mundo entero.

Las heroinas de Tolstoi, Turguenef y otros grandes maestros merecerán largos estudios especiales. Nosotros, en estos breves ensayos, nos ocuparemos, no de las novelas, sino de la mujer rusa real, especialmente de la mujer intelectual que ha desempeñado y desempeña actualmente tan importante papel en todos los dominios de la vida social y política.

Hace su aparición en la escena política hacia el comienzo del siglo XIX. No toma aún una parte activa en el movimiento revolucionario de esta época; no está suficientemente emancipada é instruida para ocupar un sitio en las filas de los que combaten contra el antiguo régimen. Pero, llena de devoción y de admiración, sigue á los hombres en sus luchas. Después de la célebre



sublevación armada de los decembristas contra Nicolás I (1825), al ser condenados á los presidios centenas de intelectuales que pertenecían, principalmente, á la alta nobleza, muchos de ellos fueron seguidos por sus mujeres á las estepas glaciales de Siberia. En esta época, cuando no había en Siberia líneas ferroviarias, ni caminos practicables; cuando el viaje, aún en el sur de aquel país, presentaba casi las mismas dificultades que una expedición al Polo Norte, esto era un gran sacrificio para una mujer. El poeta ruso Nekrasof ha descripto en dos vibrantes poemas el viaje á Siberia de las princesas Volkousky y Trubetsky, dos mujeres admirables, prontas á todos los sacrificios y que no se detenían ante ningún obstáculo.

Durante el período de sombría reacción que siguió al movimiento decembrista, la mujer rusa, junto al hombre, procura instruirse, romper las cadenas de la esclavitud que la sujetaron durante siglos enteros. Hacia la mitad del siglo XIX, empieza, declarando la guerra á todos los prejuicios, á frecuentar las universidades de la Europa oriental, especialmente de Suiza. Allí casi todas son arrastradas por la corriente revolucionaria y vuelven á Rusia con la firme decisión de emprender la lucha por la libertad del pueblo. Forman parte de los primeros grupos revolucionarios surgidos en Petrogrado, Moscú y otros centros, hacia 1865. Los círculos socialistas de Chaikovsky (actual gefe del gobierno del Norte de Rusia), cuenta entre sus miembros no pocas mujeres.

Esta época señala una etapa decisiva en la historia de la mujer rusa: ha inscripto su nombre en el libro de oro de los que combaten por la emancipación del pueblo. Ha conquistado su puesto legítimo al lado del hombre, reclamando su parte de sufrimientos y de sacrificios. Y el Gobierno ruso las concedió ampliamente esta parte: pronto estuvieron la Siberia y las prisiones pobladas de mujeres revolucionarias. Su entusiasmo no tenía límites. Lo sacrificaban todo: riqueza, libertad, afectos personales; renunciaban al amor, á la familia, á todos los goces de la vida. Numerosas jóvenes de las mejores familias encontraron la muerte en las pri-

siones ó en Siberia.

En la misma época, los revolucionarios rusos empezaron á ir hacia el pueblo, por las aldeas, para hacer en ellas propaganda socialista. A fin de burlar la vigilancia de los gendarmes, había que disfrazarse de labradores, de herradores, de peones, vivir entre los campesinos, en sus casas, compartir todas las miserias de su vida. Este ejército de voluntarios propagandistas estaba compuesto en su mitad por mujeres. Como Sofía Perovskuya, casi todas eran de familias nobles y ricas y, por consecuencia, podían vivir felices y tranquilas; pero preferían la vida de privaciones y de rudo trabajo, disfrazadas de mozas de labranza en alguna aldea miserable. por llevar la buena nueva á los que sufren . La mayor parte de estas humildes heroinas acabaron sus días en las mazmorras del tsarismo.

Cuando los revolucionarios rusos, desanimados por el fracaso de su propaganda entre los campesinos, adoptaron, hacia 1878, la táctica terrorista, que consideraban un medio seguro de combatir el tsarismo, las mujeres rusas se situaron en las primeras filas de estos heróicos batallones. El primer atentado terrorista fué realizado por Vera Susulich (23 Enero de 1897) contra el gobernador general de Petrogrado, Trepof. Otros muchos atentados fueron igualmente dirigidos y ejecutados por mujeres. El gran complot triunfante de la Narodnaya Volia (que así se llamaba esta famosa organización terrorista), esto es, el asesinato del tsar Alejandro II, tuvo por principales autores á dos mujeres, Perovskaya y Helfman. Otras mujeres, como Vera Figuer, Luduisla Volkenstein, Brechko-Brechkoskaya (á la que se ha dado por sobrenombre el de "abuela de la revolución rusa"), tomaban asimismo una parte muy activa en las reorganizaciones terroristas.

Pero todos estos enormes sacrificios quedaban sin fruto: el tsarismo, en vez de retroceder ante los actos terroristas, respondía á ellos con represiones furiosas. Después del asesinato de Alejandro II, las filas de los revolucionarios quedaron diezmadas. La "Narodstya Volia" estaba destruida. Hacia 1882, no existía

ya. Un silencio de cementerio pasó, durante largos años, sobre toda Rusia.

Pero en este silencio germinaban nuevas ideas. Las masas obreras, con la ayuda de los intelectuales, se preparaban para nuevas luchas. Hacia 1895, el espectro ruso, tan temido por el antiguo régimen, hace de nuevo su aparición, esta vez bajo le forma de un movimiento social-demócrata. Y eran también las mujeres quienes tenían una gran parte en este movimiento. Ahora no eran solamente las mujeres intelectuales, las estudiantes, las institutrices, quienes s·epusieron bajo la bandera socialista: numerosas obreras sacrificaron su libertad y frecuentemente su vida, en el altar de la patria. Las manifestaciones políticas, que en esta época se hicieron muy frecuentes, estaban formadas en gran parte por mujeres que desafiaban las "nagaikas" de los cosacos y los sables de los gendarmes.

El partido socialista revolucionario, que ha sucedido á la Narodstya Volia", cuenta igualmente con numerosas mujeres; muchas de ellas se han hecho célebres por actos terroristas resonantes. Algunas han perecido en el cadalso, otras en los terribles calabozos de la fortaleza de Pedro y Pablo y de Schlisselburgo, millares fueron deportadas á Siberia.

En suma, la mujer rusa ha ganado ya bien el derecho de que se le trate igual que al hombre. Es la mujer más emancipada del mundo entero. El pueblo ruso lo había reconocido y no le discute la plena y entera igualdad. Esta cuestión ni siquiera se presenta en Rusia: es allí de todo punto natural que la mujer posea todos los derechos políticos y civiles, el de votar, el de ser elegida representante del pueblo ,aun el de ocupar los puestos más altos en las cimas del Poder.

Sí, lo ha ganado bien. La última revolución ha costado á la mujer rusa enormes sacrificios. En esta hora trágica, en que Rusia está desgarrada por luchas terribles, la mujar rusa paga aun su tributo de sangre. Las mujeres heróicas que se sacrificaron y continúan sacrificándose por sus ideales son legión. Vera Saxsulich,

Sofía Perovskaya, Vera Figuer, María Spiridonova, Brechko-Brechkouskaya, Frunkina, Kollontany, Ragozinnikova, Ludnila Volkenstein, Dora Kaplan y tantas y tantas mujeres menos conocidas, han glorificado la mujer rusa.

N. Tasin.

"España" No. 182.



¿Ha muerto Bonafoux?

Por telégrafo llega la terrible noticia... ¿Será posible? Reina tal confusión en el mundo... ¿Habrá muerto su hijo Luis Tulio Bonafoux, que estaba en el frente? ¡Pobre casa de Bonafoux... sobre ella se cierne la desgracia!... Ayer su compañera... hoy ¡quién sabe! él!... su hijo quizás!...

Y sobre las penas en la vida, el que se muere no puede decir que ha dejado de penar... porque, aunqu se va, se queda en el mundo su espíritu junto á los que ama penando con ellos las mismas penas...

Si ha muerto Bonafoux, su espíritu dolorido irá atribulado de un hijo en otro; acechará las balas en el frente, subirá la cuesta del Sanatorium y seguirá vigilante el grupo enlutado de sus hijitas en las desamparadas calles de Londres...

Si se confirma la fatal noticia, dedicaremos nuestro próximo número á la memoria del cronista insustituible, del egregio humorista, del exquisito sentimental.

Vicente Medina



FIN DE AÑO

Por dificultades para imprimir esta revista, ha venido sufriendo retrasos su aparición mensual.

Esto mismo nos obliga a finalizar el año 1918 con este número 37, resumiendo en él Noviembre y Diciembre.

Procuraremos de algún modo ser más puntuales en el año 1919.

Bonafoux muriéndose de pena

En Londres ha muerto súbitamente uno de los cronistas más brillantes, uno de los espíritus más cultos, uno de los hombres más laboriosos, de alma recia, de cerebro más jugoso, que escribieron en nuestro tiempo en castellano: Luis Bonafoux.

La muerte de la compañera de su vida ha acelerado la de Bonafoux.

Nació el ilustre periodista en un pueblo cercano de Burdeos. Pasó su infancia en Puerto Rico, donde cursó el bachillerato. Luego estudió en España la carrera de Derecho en la gloriosa Universidad de Salamanca y en la Central.

Los primeros escritos de Bonafoux se publicaron en "El Eco del Tormes", de Salamanca.

Establecido en Madrid, dedicóse al periodismo. Colaboró en "El Solfeo", "La Unión" y "El Mundo Moderno"; fundó los semanarios "El Español" y "El Intransigente", y fué redactor de "El Globo" y de "El Resumen".

Fué registrador de la Propiedad en Puerto Rico y desempeñó otros puestos oficiales de importancia en La Habana y Santander.

En París, donde residió gran parte de su vida, fué corresponsal de "El Liberal" y luego del "Heraldo de Madrid".

Sus escritos, llenos siempre de ingenio, de intención, de ironía, en que manifestaba con valor lo que él creía bueno y verdadero, acarreáronle muchos enemigos y no pocas persecuciones, disgustos y procesos.

Memorable y popularísima fué su polémica con el gran es-

critor Leopoldo Alas "Clarín". Bonafoux escribió el folleto titulado "Yo y el plagiario "Clarín".

Las crónicas, los artículos, las críticas de Bonafoux, firmadas algunas con los seudónimos de "Luis de Madrid" y "Aramis", son innumerables; sus libros y folletos, algunos muy conocidos, son muestra de la admirable fecundidad del ilustre cronista que acaba de fallecer.

Con verdadero y profundo sentimiento nos asociamos a la pena de la distinguida familia de Luis Bonafoux.—"El Imparcial"—30 X-1918.

BONAFOUX EMINENTE

Se ha muerto Bonafoux y los periódicos han dicho unas cuantas frases de cajón.

Bonafoux era algo más que un rey y algo más que cualquier sucio político intrigante, jefe de gabinete, presidente ó lo que sea. Bonafoux ha sido durante veinte ó treinta años una inteligencia clara y sutil y un corazón puro, por medio de los que percibíamos la fina pulsación del mundo en Londres y París...

Bonafoux era el cronista de lo universal para los que hablamos castellano...

Bonafoux hacía su ofrenda diaria en el altar de la razón y del sentimiento, recogiendo en sus crónicas — que eran ramilletes inimitables—la rara flor de la grotesca farándula universal y la flor venenosa de la perversión universal y la flor pasionaria cuajada de llanto del dolor universal...

Bonafoux nos daba en una temblorosa lágrima ó en una escéptica sonrisa la clara visión deplorable y el amargo sabor del mundo al día...

"París al día" creo que antes de la guerra llamaba Bonafoux á sus crónicas: París, cerebro del mundo... París, corazón del mundo... "París al día"... La fina pulsación de París nos daba Bonafoux... la pulsación del mundo...

Los que hablamos castellano ya no percibiremos la fina pulsación á través de la sutileza y sensibilidad de aquel privilegiado temperamento de crítico y de artista.

Vicente Medina.

BONAFOUX INTIMO

3 Addison Bridge Place
London—vv.

8 de Julio de 1917.

Amigo Medina:

He recibido su carta fecha 1°. de Julio y días antes un giro. Como quiera y pueda, yo ya le he dicho que con sueldo ó sin él seré el cronista de LETRAS en Londres y París.

A estas fechas puede que sepa Vd. que el "Mundo Argentino" me ha nombrado crítico literario para su sección bibliográfica, y al efecto, me envía libros argentinos y uruguayos. También he aceptado la corresponsalía de "El Liberal" de Bilbao. El encarecimiento de la vida me demandaba aumento de trabajo. En cuanto á la amenaza de los nuevos "raids" ya supondrá Vd. algo por lo que le cuenten los periódicos. El "raid" de ayer mismo fué horroroso. Desde la ventana de mi despacho llegué á contar unos veinte aeroplanos que producían el efecto de un enjambre de abejas. El anterior "raid", el del 13 de Junio, que mató muchos niños, fué nna pena muy grande.

¡Qué cosas, amigo Medina! ¡Y qué rugoso se me ha puesto el corazón! En cuanto á mi compañera—que agradece el recuerdo de Vd., sus ojos no tienen ya lágrimas que llorar.

De Tulio sabemos periódicamente. Hasta ahora va saliendo bien de tan duro y peligroso trance. Yo le diré que Vd. le recuerda y se pondrá muy contento y orondo porque él, tan sentimental y delicado, le quiere y admira. Ese mismo aspecto "infantil" que tie-

ne la vida de Vd., segun Vd. mismo me dice, le subyuga.

Y á propósito: el folleto de Noel de Lara se titula: "Martín Fierro" (Consideraciones sobre un estudio del Dr. Carlos O. Bunge), y el párrafo donde alude á Vd. dice así:

> A juzgar por el número de trabajos sobre la materia que el Dr. Argerich ha publicado, será una autoridad: empero, aunque peque de pedante me atrevo á asegurar que todas las afirmaciones que ha hecho por el estilo de las citadas, carecen de toda consistencia y no resisten el más pequeño análisis Tildar de **prosaicos** los versos de "Martín Fierro", que como los admirables "Aires Murcianos", de Vicente Medina llevan la inflexión de las coplas regionales, es un delito de **lesa crítica.** Y condenar las glorificaciones de la bravura y rebeldía del que predominó en las praderas americanas ébrio de un sano romanticismo, es más aún: es olvidar que "su huella ha sido la del martirio abnegado, su vida la del combate con la adversidad, su destino el de los eternamente desheredados". De aquellos que **siendo dueños de todo no poseían nada,** y estaban olvidados por la justicia que los conceptuaba simples intrusos á quienes había que castigar y someter á los más denigrantes vejámenes, so pena de que se perpetuara una raza viril, idealista...

Vaya, adiós, y sin hablarle de España porque no puedo. La infeliz está pasando por un trance parecido al de Grecia. Malos hijos tiene. Y por un mal cocido...

Su amigo.

Bonafoux

Sello del Correo

11 Sept. 1918

158 King Street.

Hammersmith vv. 6.

Amigo Medina:

A fines de Julio recibí su carta fecha 27 de Junio y hace pocos días recibí su carta del 3 de Agosto.

También llegó la Compañera, con su "Rinconcito de paz" y con otras coincidencias que me han agudizado recuerdos muy dolorosos y un artículo de Vd. acerca del Zar, artículo que incluí en uno mío para "Evolución", de la Habana, por no haberse publicado en "Heraldo" uno que envié á este periódico con una nota parecida á la que da Vd.

¿Qué más le diré á Vd? Que le debo, y le pagaré un día de estos, un desahogo de penas. Hoy no, porque no quiero escarbar con la pluma mi herida, que es peligrosa...

También diré á Vd. que á fines de este mes, tal vez antes, me trasladaré á las señas arriba indicadas y que son las de un modesto piso. En tierra mi compañera, en el frente mi hijo mayor, en un sanatorio el menor de mis hijos, por haberse contagiado de la tuberculosis que tuvo su madre y que no le conoció el médico—por lo que no se tomaron precauciones,— mi hogar se ha reducido á la mitad... Este golpe, cruel y certero, me ha herido en el corazón y ha deshecho la casa que, con la solidaridad de Ella, formé en treinta años de trabajo y sacrificio.

Creo que ya le he dicho á Vd. todo esto, y se lo repito, y se lo repetiré ¡qué remedio!; es la obsesión, la tristeza eterna... Perdóneme.

Hasta pronto.

Un abrazo de

Luis Bonafoux

158 King Street,
Hammersmith
London. vv. 6.

15 de Septiembre.

Amigo Medina:

Ahí va una crónica. Voy trabajando, pero ¡con cuánto trabajo! Es el mayor esfuerzo mental y moral que he hecho en mi vida. Y si hay alguien que lo comprenda, ese es Vd. Si no le he escrito todavía, si no le he mandado el "Desahogo de lágrimas", que le ofrecí, es porque procuro olvidar, al menos por ahora. Para todo hay tiempo.

Adiós. Cordial abrazo de

Luis Bonafoux

***

158 King Street
Hammersmith
London vv. 6.

20 de Octubre—(Seis días antes de morir).

Amigo Medina:

No sé de Vd. ni de sus LETRAS. ¿Pero hay correo? La correspondencia de Madrid tarda, por lo general, un mes.

Aquí me tiene Vd. en el "mustio collado" de mi hogar, antes tan feliz y ahora con el hijo mayor en la guerra, la madre enterrada, el hijo menor en un sanatorio, donde ha tenido dos hemorragias, las dos chicas muy apesadumbradas, y yo sin poder quejarme porque nadie quiere servir de paño de lágrimas y raro es el amigo á quien se le pueden contar desgracias de familia. Pero de estas cosas ¿qué le he de decir yo á Vd. que Vd. no sepa?...

No sé si le conté—y no lo sé porque mi cabeza está como un reloj roto—que por un rapport del médico de la familia de mi mujer allá en Reinosa, he venido á descubrir que mi suegra murió de tuberculosis intestinal. No nos lo dijeron porque en España no se declara esta enfermedad. Nos escribieron que la abuela había muerto de "tumores en el estómago". Esta misma "enferme-

dad del estómago'' venía minando, desde hace años, á mi compañera. Vivía en estado bacilar, que se desarrolló con las vicisitudes morales y materiales de la guerra, con las crisis del tubo digestivo. con una grippe violenta, larga y mal cuidada en un invierno asesino y en un clima húmedo y bajo. Con la desgracia, pues. ¡Con la Fatalidad!

La prole tiene, en consecuencia, predisposición constitucional. Por eso está tuberculoso el menor de mis hijos.

El luto por mi compañera no se aliviará nunca en mi alma. Porque nuestra armonía y compenetración era excepcional. Y porque la muerte fué muy cruel con ella. Como ya dije á Vd. y lo repito por si no le llegó la carta,—murió sin volver á ver á Tulio, sin volver á ver nuestra cabaña de Varenseville, que era su obsesión, y para donde había de ir el mismo mes que cayó mortalmente herida; murió sin poder combatir la enfermedad, que no fué descubierta por el médico sino dos meses antes del desenlace, y lejos de la tierra donde ella quería reposar. ¿Qué cómo y por qué vivo? Por los hijos; pero, aun así y todo, no sé si podré seguir, porque la pena no se me quita; ¡me ahoga!

''Le he visto á Vd. en un estado de tristeza y desaliento grave á nuestra edad—me escribe Moya.—Sus crónicas y su carta me prueban que poco á poco va Vd. triunfando del dolor.''

Desgraciadamente no es verdad, y digo ''desgraciadamente'' por mis hijos. Lo que hay es que, gastando energías inconmensurables, voy escribiendo de cosas que no son los duelos y quebrantos de mi espíritu, irremisiblemente roto...

Adiós mi amigo.

Le abraza **cordialmente**

Luis Bonafoux.

París—Londres, 20 de Octubre.
(Seis días antes de morir)

ZOLA CON LOS JUDIOS

Tal es el título de una noticia en forma de suelto, que publica la Prensa de esta mañana: Zola con los judíos, es decir, Zola en cinematógrafos de Whitachapel; y con esta ocasión la prensa recuerda que Whitachapel era lo que más le interesaba á Zola en Londres y en el mundo, y que proyectaba escribir una novela que tuviera de escenario el populoso y extraño barrio israelita, cuando la muerte lo suprimió, soplando por una chimenea mal acondicionada.

"Su alma no es francesa", escribió Mauricio Barrés, y sí era francés por muchos aspectos, más no por la melancolía del alma, que, por atavismo, á veces semejaba una góndola veneciana. ¡Pensar y sentir en un Whitachapel, refugiarse en el corazón polvoriento y sucio de Whitachapel en plena brillantez de la vida londinense! Porqué Whitachapel es una gran berruga de la bella cara de Londres; pero berruga extraña que, en vez de afearla, la embellece más por el contraste.

Londres, que sirvió de asilo á un Víctor Hugo, á un Jules Vallés, á un Rochefort, á tantos otros ilustres proscriptos de Francia, también asiló á Zola de regreso de las tristezas y de las persecuciones sin cuento que le produjo el asunto Dreyfus: difamaciones horrendas en la tribuna, en el libro, en la Prensa, enderezadas contra él mismo, contra su hogar y contra el hogar de sus antepasados; calumnias relativas á mentidas venalidades; amenazas de carácter personal, apartamiento desdeñoso de la escuela literaria que lo aclamó Pontífice; un silencio sepulcral alrededor de su nombre, que llenaba con su fama el mundo, unos cuantos curiosos que le seguían siseando, cuando iba por la calle con la cabeza baja, como toro herido en la cerviz... Y luego, la pública almoneda de su casa de Medan, de sus recuerdos más íntimos; y enseguida la muerte oscura entre miasmas de una chimenea asesina, un breve y anodino epitafio en la Prensa, un surco, un punto final.

¡Punto final, no! De aquel gran naufragio en el proceloso mar del nacionalismo militarista á todo trance, ha vuelto Zola á surgir en Francia y en el mundo, quedando probado una vez más que hay muertos que mandan; y—aparte su mucho genio literario—Zola perdurará en la historia de Francia por su actitud en aquel turbulento período en que lucharon á brazo partido el nacionalismo y el internacionalismo; y aunque la victoria, al parecer fué del internacionalismo, con la rehabilitación de Dreyfus, el verdadero triunfador resultó ser el nacionalismo, como probado queda en el curso de esta guerra.

La inmensa mayoría de los franceses en aquella convulsión en la que Dreyfus sirvió de pretexto más bien que de motivo, era entonces nacionalista y militarista, y la totalidad de los franceses en esta monstruosa convulsión que dura desde 1914, y á la que tantas cosas están sirviendo de pretexto, es nacionalista y militarista hasta los tuétanos.

***

Está visto que los escritores, cualquiera que sea su país y su clase, no prosperan con las convulsiones políticas. Los periódicos de París narran un caso de una gran melancolía y de una profunda enseñanza.

Un periodista del "Telegraf", de Amsterdan, el Sr. Coen, corresponsal de dicho periódico en París, consagró sus economías á comprar una huerta á orillas del Marne. Allá iba atardecido, después de trabajar todo el día en la urbe, y los domingos—¡era su delicia!—quedábase en casa labrando la tierra.

No estaba solo.

"Mi mujer y yo—escribía él—trabajábamos, cavábamos, sembrábamos, plantábamos. Vino el desastre, el rápido avance alemán de fin de Mayo. Tuvimos que dejar la huerta, y al volver á ella, después de la salida de los alemanes, la encontramos convertida en un montón de ruinas. ¡Lo he perdido todo, todo!"

Todo, menos la compañera...

***

Lectora: Podía haberte hablado de cosas femeninas, por ejemplo: del mensaje que la asamblea nacional de guerra de las madres de América ha enviado al general Pershing, clamando porque no se haga la paz antes que Alemania se rinda sin condiciones; el relato de un corresponsal de "Le Matin", relativo á que durante toda una jornada que pasó en Oyster-Bay, quinta de los señores de Roosevelt, no se habló palabra del hijo muerto en el campo de batalla, y la señora, que no gasta luto, vestía traje blanco con rosas Pompadour; de la señorita Albertina Lalande, que ha concebido y parido tres veces y otras tantas extranguló el fruto de sus entrañas; de Eugenia Daguin, que con una albarca le trituró la cabeza á su madre, le hundió el cráneo con tal violencia y ensañamiento que la sangre salpicó las paredes y los muebles del cuarto.

—¡Haced hijos! Aconseja el presidente Deschanel á las mujeres.

Haced hijos... ¿Para esto?

Preferible resulta el consejo de la rusa Clara Zedkine, preconizando la violencia como "única paridora de un nuevo orden social".

Luis Bonafoux.

MI POSICION... (¡Pon!)

(Último artículo escrito por Bonafoux)

Acababa yo de evacuar—militarmente hablando— el campo de batalla que han levantado en Trafalgar Square para reclamo del nuevo empréstito; campo de batalla en miniatura, que parece un nacimiento del Niño Dios, con una iglesia bombardeada, y una casa rústica en cuya techumbre no ha quedado una teja, y otras cosas así, cuando oí que voceaban el "Times" "con la captura de las escuadras francesa y española". ¡Cielos!—exclamé, y me abalancé al periódico.

Era un "Times" por el que pedían 60 céntimos, un facsímile del "Times" de Noviembre 7 de 1805, un "Times" chiquitín de cuerpo como "El Motín"; pero ¡qué serio, y qué distinguido, y qué

inglés clásico, y qué tiempos aquellos! La cortesía y la caballerosidad en el trato con los dos enemigos y singularmente con el español, era característica de una raza y de una gran época, y al hablar de Nelson dice "The Times" que tan gran victoria es menor que la muerte de él...

Me gustó, y salí de allí pensando qué dirían de mis gustos añejos las izquierdas españolas. Porque me preocupan, si señor.

Advierte un periódico suizo que vamos á entrar en la época más pasional y tambien más peligrosa, de la guerra; y como susúrrase que los Gobiernos van a dar más soltura a la Prensa—que no tiene demasiada que digamos,—es claro que yo, como cada hijo de vecino, que he visto, oído y observado, me propongo decir algo, y aún algos, de lo mucho que he ido dejando en el tintero. Bueno será pues, que, curándome en salud, empiece por explicar mi "posición" con las derechas españolas á las que nunca pertenecí, y con las izquierdas españolas, a las que tampoco pertenecí en la vida, aunque me dispensan el disparatado honor de reclamarme como suyo. ¡No es a la República burguesa, capitalista y militarista á quien defendía mi "Campaña", mi "Heraldo de París", etc.!

Por una defensa que Angel Samblancat hizo de mí en "El Diluvio" me enteré:

I.—De que me han atacado las izquierdas sin duda por no querer ser menos que las derechas, que tanto y tan bien me atacaron antaño.

II.—De que una revista socialista sacó su primer número ó sea para entrenarse, con un foribundo artículo contra mí.

Mi "posición" por este concepto ha crecido considerablemente. Si los ataques convienen al atacado, porque prueban que está vivo y coleando, el hecho de sacarlo á la calle una revista como "atracción" de su primer número prueba la mucha estima en que el público lo tiene y la mucha popularidad de que goza. Si dicha revista necesitara otra "atracción" para otro número soso y anodino, yo podría hacerle una diatriba contra mí mismo, y resultaría mejor que el mencionado artículo.

"En España no se ha hecho á Bonafoux un solo momento de justicia"—ha escrito alguien—; y así se explica que consignando la Prensa republicana que he hecho grandes servicios á la causa, jamás tuve, no ya un medro personal—que de eso no hay que hablar—, pero tampoco la menor mención honorífica. Es más; el único destino público humilde y efímero he tenido como abogado, en mi larga y asendereada vida de periodista, me lo dieron las derechas, los reaccionarios, D. Antonio Cánovas del Castillo, á quien según es fama, hizo gracia una solicitud mía, con el desplante de que me reventaban los conservadores en general y D. Antonio en particular; pero que necesitando un destino, y siendo él quien los daba, á él me dirigía. Monárquicos son los periódicos, como este Heraldo, que me han remunerado mi trabajo y dado libertad de emitir ideas que, en muchos casos, no son las suyas.

¿Qué por qué siendo esto así no soy monárquico, conservador, reaccionario, en fin? Pues... porque no me da la gana. ¿Que por qué ataco ahora á los republicanos no españoles, puesto que los republicanos españoles son sencillamente un mito? Porque tales republicanos en su mayoría son unos indecentísimos burgueses, y porque, conmigo en particular, se han portado como unos cerdos. ¿Y que por qué ataca ahora a los socialistas no españoles de quienes no tengo la menor noticia? Porque no son tales socialistas—como lo era Jaurés, a quien no me he cansado de elogiar—sinó nacionalistas disfrazados de socialistas.

"Si Bonafoux ha fustigado a tales y cuales gobernantes republicanos, será porque los ha encontrado poco radicales. De esto no me cabe duda—dice Samblancat—. Nosotros no podremos olvidar que las palabras más acres y más fuertes que se han escrito en castellano contra los reyes y contra los sacerdotes las ha escrito él; no podremos dejar de ver en él al defensor de Dreyfus, al defensor de Ferrer, al defensor de los martirizados de Montjuich, al defensor de los revolucionarios rusos y de los desesperados de la Comuna; no podremos menos de tener en cuenta que las condenaciones más severas y los juicios más implacables sobre los políticos de la Restauración y los



hombres de nuestra "debacle" los fulminó su pluma "sans peur et sans pitié", como la espada de nuestros voluntarios."

Abranse los periódicos internacionalistas puros del Sur americano, y raro será aquel que actualmente no reproduzca un artículo de los míos. ¿Qué me importa, pues, esa patulea de huelefondillos de ministros y de embajadores, esa rosca de chanchulleros que viven con vilipendio de suvencioncillas y momios? ¿Que se diputan grandes liberales, grandes demócratas, grandes izquierdistas? ¡Grandes farsantes si qué! Por lo demás, ¡si nadie sabe de ellos en ninguna parte! ¡Tanto hablar de liberalismo! ¿Qué saben esos ni qué les importa?

Cuando se recobre, si se restablece algún día, la libertad de escribir; cuando dejen hablar, de las cosas pasadas y de las cosas presentes, de un mundo de cosas de las que esos caballeritos no tienen la menor idea, yo les limpiaré la vista de telarañas con el escobón de la cocina.

Entretanto, ¿qué hacer? Ellos se lo guisan y ellos se lo comen, puesto que pueden decir lo que les da la gana y nosotros no podemos decir esta boca es mía, ni siquiera para justificar nuestras intenciones.

Las cuales, por equivocadas que fuesen, siempre serían rectas y a prueba de vicisitudes y de amarguras, y no estarían incondicionalmente al servicio de ningún Gobierno ni de ningún partido. Porque la librea, tan lacayuna nos resulta en un palacio real como en un palacio presidencial.

Luis **BONAFOUX.**

Londres, 20 de Octubre.—"Heraldo de Madrid" —13-XI-1918.

***

Bonafoux publicó en París "La Campaña" y "Heraldo de París". De este último reproducimos el siguiente recorte:

PÉLE-MÉLE

Para el Sr. Canalejas.

Ni pública ni privadamente felicitamos al Sr. Canalejas por su advenimiento al poder, porque de sobra sabíamos que sus tendencias eran incompatibles con las vetusteces de los hombres-fósiles que forman el gobierno mal llamado liberal.

Privadamente hemos felicitado y públicamente felicitamos ahora al Sr. Canalejas por haber caído á tiempo con el respeto de muchos, el aplauso de no pocos y hasta la consideración de los mismos clericales, que reconocen que ha procedido dignamente.

Ahora solo falta que el señor Canalejas se convenza de que en compañía de momias no se va más que á un museo, y de que el sol, en virtud de los cataclismos geológicos que actualmente pasa el planeta, no saldrá en España por Oriente....

París 8 Junio 1902.

Origen de la expatriación de Bonafoux en Londres

(Los siguientes recortes justifican las vicisitudes del Bonafoux sincero).

COMPRAVENTA DE CONCIENCIAS

"Yo puedo en rigor comprender el estado de espíritu de un hombre que por razones de conciencia se opone á toda guerra y que hasta no apruebe la guerra actual".

Lo ha declarado Lloyd George en solemne discurso, y resulta una contestación indirecta á los citados politicastros y gaceteros que vienen predicando que "hay que afiliarse á uno de los dos bandos en que se ha dividido la Humanidad."

Los bajos fondos de estas y de otras conminaciones, así como también del "tropo amore" de ciertos entusiasmos, van saliendo á luz en la propia Prensa. La inglesa ha dicho ayer, textualmente:

"Según los términos de una interpelación que los socialistas disidentes van á dirigir al Reichstag, el Gobierno alemán ha gastado en los dos primeros años de la guerra, y para la propaganda de prensa en países extranjeros, 250 millones de francos, repartidos de esta manera:

En la Prensa de los Estados Unidos, 50 millones.

En la Prensa de Grecia, 25 millones.

En la Prensa de Turquía, 12 y medio millones.

En la Prensa de Bulgaria, 12 y medio millones.

En la Prensa de Austria, 15 millones.

En la Prensa de Hungría, 17 y medio millones.

En la Prensa de la Suiza alemana, siete y medio millones".

(De los millones que faltan hasta 250 no se dice la destinación.

"Jolis neutres!...—exclama un periódico.

Y "Le Matin" inserta un informe sobre los negocios de las Empresas periodísticas de los Rudolf Mosse y de los Ulstein, y aquel periódico hace bueno cuanto los Schopenhauer, Platen y Lasalle han dicho sobre "la miserable Prensa" de Berlin.

***

Si la Prensa universal no se decide á volver por la dignidad de su profesión, aunque la considere oficio, ¿quién va á hacer caso luego de la mayoría de los periódicos y qué periodista se atreverá á salirle al encuentro á las preocupaciones, á las mentiras, á las calumnias, á tanta porquería como se imprime en letras de molde?

De seguir así si la guerra se prolonga, y con ella el excepcional estado de la sociedad europea, va á ocurrir con los periódicos, en general, lo propio que con las naciones beligerantes. Acúsanse éstas diariamente de hacer todas las canalladas y porquerías imaginables, que cuando las hacen los individuos llevan aparejadas el desprecio público, si no el presidio. ¿Quién va á creer, pues á las grandísimas potencias cuando, pasada que sea la guerra, quieran hablar de honor, de dignidad, de lealtad, de vergüenza, etc.?

***

Cuando el espíritu sanguinario haya desaparecido, se recordarán con respeto los nombres de los setenta y dos diputados que votaron contra la guerra en la Cámara romana.

En el mejor de los casos, el de la victoria harto problemática para las armas italianas, ¡qué torrentes de sangre y lágrimas habrá costado el triunfo, qué ruinas morales y materiales, que quisieron impedir los votos de aquellos diputados!

¡"EL HOMBRE ENCADENADO", ENCADENANDO!

En "L'Homme Enchainé", del reputado iconoclasta G. Clemenceau, se ha publicado, con fecha 11 del corriente, una denuncia que traducida textualmente, dice así:

"Un gesto que hay que hacer.

¿Conoce usted al Sr. Luis Bonafoux? No, sin duda. Pero en España es él quien informa la opinión de los lectores del "Heraldo", periódico importante de Madrid, sobre Francia y sus aliados. Ahora bien; el Sr. Bonafoux, es violentamente é "irreductiblemente" hostil á nuestro país. ¿Por qué? nadie lo sabe, siendo así que tampoco sienta plaza de partidario de Alemania. Es un pacifista. Refugiado político, antaño inculpado de anarquía, ha conocido la hospitalidad francesa, habiendo sido recibido con los brazos abiertos y habiéndose sentado á todas nuestras mesas. Sin duda la gratitud le parece un fardo demasiado pesado. El hecho es que el humorismo del Sr. Bonafoux se ejerce á costa nuestra, con una cortesía y un gusto más bien dudosos."

... ...

Mi contestación:

Señor director del periódico "El Hombre Encadenado".

Señor:

Creo que basta con hacer un llamamiento á la cortesía de usted con un compañero injustamente acusado en su periódico para consignar:

1°. Que no soy refugiado político. Soy un escritor que, por no haber querido encadenar su pensamiento, vino á París creyendo que aquí podría escribir libremente.

2°. Que jamás, en ningún país y en ninguna época, he sido inculpado de anarquía, lo que no me ha impedido el defender, al igual que M. Clemenceau, á libertarios que, como los de Montjuich, han sido víctimas.

3°. Que jamás he publicado ningún artículo hostil á este país, pero sí contra políticos y literatos que me disgustan. En cambio he defendido durante veinte años, en mis artículos del "Heraldo de Madrid" y en mis libros—como "Francesas y franceses", editado por la Casa editorial Ollendorf,—á literatos como el inolvidable Zola y á políticos como M. Clemenceau, á cuyo lado, bien que modestamente luché por el derecho que asistía á la causa Dreyfus.

Permítame usted, señor, que termine haciéndole notar una pequeña contradicción que hallo en el interesante suelto "Un gesto que hay que hacer", en el que, al mismo tiempo que se advierte que soy un desconocido en París, se dice que me he sentado á todas las mesas de ustedes, aunque no he concurrido á ninguna.

Inclínome á creer que usted me dejará el honor de que me conozcan, al menos, los maestresalas y camareros que me han servido.

Anticipando á usted, señor, las gracias por la inserción de estas líneas, sírvase aceptar un saludo de

Luis Bonafoux.

CARTA DEL HIJO DE BONAFOUX

18, Cromwell Crescent,
Earl's Court,
London, S. W. 5

9 de Noviembre de 1918.

Mi querido Vicente:

Cuando yo era pequeño usted me enviaba sus poesías, con dedicatorias cariñosas que me enorgullecían. Papá me leía esas poe-

sias, y en ellas aprendí muchas cosas bellas.

Vicente Medina: el poeta de los tristes, el poeta de los humildes... Desde niño ese nombre ha acariciado mis oídos, dulcemente, como la música del clavicordio de la abuela; dulcemente, en el infierno de la vida...

¡Qué amigo leal de papá ha sido usted siempre! Cuando pensamos en su afecto fraternal por papá, nuestros ojos se empañan de lágrimas. Papá quería á usted entrañablemente y nosotros sentimos por usted el mismo afecto.

Tengo que dar á usted la noticia trágica que ha cubierto nuestro hogar con un sudario de lágrimas. Pero usted la habrá recibido antes de que llegue esta carta: papá ha muerto...

Vine del frente a tiempo para acompañar su féretro al cementerio de Kensal Green, en Londres. ¡Yo que amaba tanto á papá, que deseaba tanto acompañarle y alentarle con mi cariño, yo que, por exigencias militares que me impidieron venir á Londres, no pude ver á mamá durante su dolorosa enfermedad, ni acudir á su entierro, no tuve sino el triste consuelo de besar la frente bella y fría como el mármol, de mi padre... Papá, minado por el dolor profundo que le produjo la muerte trágica de su compañera, sentía aproximarse la Segadora, á pasos agigantados. Deseaba hablar conmigo de mamá y de sus libros inéditos, que yo editaré cuando esté libre. Vivíamos contando las horas que nos separaban. Pero la Muerte, la Muerte inexorable con la cual he vivido dos años en los campos de batalla de Francia y de Flandes, nos quitó ese dulce consuelo. Papá decía á mis hermanos:

—Si Luisito no viene pronto no lo veré.

¡Destino cruel!

Papá vivía pensando en Ella, hablando de Ella. De noche veía, en la sombra, los ojos dulces y tristes que El tanto amó; y ya no cerraba los suyos. Lloraba como un niño frente á su retrato. Recorría como un alma en pena los lugares por donde se paseaba Ella. Su vida era un Calvario... Su única distracción consistía en visitar todos los Domingos á mi hermano Ricardo, que se encuentra

gravemente enfermo en el Sanatorium de Nosthwood. Subía á pié, penosamente, algunas veces bajo la lluvia, la cuesta del Sanatorium. Su Muerta, su enfermito: mi ausencia inevitable... Sí, su vida era un Calvario. El sábado 26 de Octubre se acostó á eso de las diez de la noche, pensando en ese viaje al Sanatorium, y una hora después emprendió el Otro, el que no tiene vuelta... Descansa, descansa en paz, padre querido!

Colocamos á papá en el mismo rinconcito de tierra inglesa donde duerme el dulce sueño la compañera de su vida hermosa. Quedan así unidos en la Muerte como lo estuvieron en todo el curso de su vida ejemplar.

Momentos antes de morir papá dijo á mis hermanas:

—El día de todos los Santos llevaremos flores á mamá...

Y quiso el Destino que ese día lleváseos á la tumba de mamá, que lo es también de nuestra felicidad, el corazón amantísimo de papá ¡nuestra flor más bonita!

... ...

Lágrima y Clemencia acompañaron conmigo el féretro de papá á través de esas calles de Londres por las cuales le gustaba pasearse, observando el panorama trágico-cómico de la vida. Cumplimos así su deseo de que no le acompañasen sino sus hijos.

Como usted sabe, hace más de dos años que estoy en Francia con los ejércitos británicos en campaña. En Enero de este año ví á mis padres por última vez. Desde esa fecha la Fatalidad ha visitado nuestro hogar como el cuervo siniestro de Edgar Allan Poe... El día 30 de Julio murió mi querida y santa madre. Papá me escribió:

"Yo sentí que al irse Ella se llevó mi alma".

Era tan hermoso y profundo el afecto que unía á mis padres que yo comprendí entonces que papá no sobreviviría á su dolor; y lloré por El al llorar por Ella.

Pocos días después de la muerte de mamá, Ricardo, herido á traición en plena fuerza, ingresó en un Sanatorium particular, á donde le llevó papá haciendo un último sacrificio. Aunque papá anhelaba el gran sueño porque, á pesar de nuestro cariño, no com-

prendía la vida sin su Compañera, hizo por nosotros un esfuerzo supremo para ahogar el dolor que sollozaba dentro de su corazón divinamente bueno. Aunque la risa había huído para siempre de sus labios se impuso la tortura de seguir escribiendo. Y ese esfuerzo sobrehumano le desquició el corazón. Murió casi repentinamente, de aneurisma de la aorta. Tenía 63 años y hubiera podido vivir mucho más.

Papá se sintió morir. Miró á mis hermanitas con sus ojos profundos (tan tiernos para quienes amaba como eran orgullosos para quienes odiaba) y cayó muerto... ¡de pena! Su corazón lleno de dulzura y de lágrimas "saltó de dolor". Su muerte trágicamente triste, fué una liberación. Pero no nos consolaremos nunca de haber perdido los dos seres que más amábamos y respetábamos en el mundo.

Así, querido Vicente, terminó la vida noble, abnegada y laboriosa de quien fué padre amantísimo, amigo leal, defensor tan generoso de los humildes contra los tiranos y campeón incansable de toda causa justa y humanitaria. Ni las traiciones de sus enemigos, ni las persecuciones que le ocasionaron sus campañas valientes, ni las vicisitudes de sus últimos años pudieron con él. Solo una pena profunda como la que le produjo la muerte de mamá pudo desgarrar su corazón y apagar para siempre su hermosa inteligencia.

El dolor me tritura el alma. Lucho sin embargo contra ese dolor porque tengo que hacer frente á grandes responsabilidades. Yo debo reemplazar á papá en mi hogar y haré cuantas cosas él me hubiese pedido de haber podido comunicarme sus últimos deseos. Pido á las autoridades que me libren de mis obligaciones militares y he solicitado la corresponsalía de "Heraldo de Madrid" en Londres. Eso me ayudará á mantener mi hogar, y á papá le gustaría ver el nombre de su hijo mayor en el periódico al cual dedicó lo mejor de su gigantesca labor periodística. Si yo estuviese solo, el nombre que me ha legado papá, y que tanto y tan legítimamente me enorgullece, sería para mí la herencia más rica del mundo. Pero tengo á dos hermanas delicadas de salud y Ricardo tendrá que per-

manecer un año más en el Sanatorium, en el mejor de los casos. Es necesario que el hogar de Bonafoux siga siendo lo que fué siempre. Yo se lo prometí á papá frente á su féretro.

Ruego á usted que me dispense por no haberle escrito antes. ¡Tengo que hacer tantas cosas antes de regresar al frente el 13 de este mes! He tenido, entre otras cosas, que buscar un piso, más pequeño y menos triste, para mis queridas huerfanitas, un "nido" mientras pasa la tormenta.

Le deseo, muy de corazón, toda la felicidad.

Luis Tulio Bonafoux.

***

Bonafoux, que al parecer se reía de todo, se ha muerto de pena.

EL SOBRE VACIO

Y Luis Tulio, el hijo de Bonafoux, me dice en otra carta:

"Acompaño á la presente un sobre dirigido á Vd., que papá tenía sobre la humilde mesa de trabajo el día de su muerte (26 de Octubre)".

¿Qué pensó escribirme el cronista incomparable? ¿Qué pensó escribirme que no escribió? ¿Pensó en la muerte? la sintió próxima y preparó el sobre para recoger en él un pensamiento ya hecho ó una voluntad postrera?

Los desolados hijos de Bonafoux Luis y Ricardo, las hijas Lágrima y Clemencia (símbolo éstas, con sus nombres, del alma de su padre) habrán mirado con perplejidad este sobre vacío que no encierra nada, al parecer, y que contiene, con seguridad, el último pensamiento y el último suspiro de aquel gran corazón y de aquella sutil mentalidad.

Y yo también doy vueltas á este sobre en mis manos, mirándolo perplejo, y siento ante él un religioso respeto y la misteriosa certidumbre de que contiene algo...

—A mí vienes dirigido... destinado estabas á traerme pensamiento y corazón... ¿Qué encierras, sobre vacío?

Vicente Medina.

LA FLOR DE MAMÁ

Canción de niños para los hijos de Luis Bonafoux

Con harta frecuencia nuestra pobre casa
vino á visitar
—como el cuervo en el cuento de Poe—
la Fatalidad.

El esposo ha perdido la esposa
y siente que el golpe no soportará...
lo mismo que un niño,
frente á su retrato se pone á llorar...
Dice que Ella, al irse, se llevó su alma
y que mucho no le sobrevivirá...

De noche, en la sombra, vé los ojos de Ella
que amantes lo miran en la soledad...
y, ante los queridos apenados ojos,
¡ya los suyos no puede cerrar!...
Se le siente dando vueltas en la cama...
se le oye, á deshora, triste suspirar...

Un hijo en la guerra y otro que un lecho
de dolor está...
Dice nuestro padre: "Si en volver del frente
se tarda el soldado, no me encontrará...
y si este hijo enfermo no se sana pronto,
mis ojos tampoco sano lo verán"...
¡Como el cuervo siniestro de Poe,
ronda nuestra casa la Fatalidad!...

"Mañana domingo—dice nuestro padre—

iré á ver mi hijo...” Y piensa llegar
hasta el Sanatorio... Subirá la cuesta...
lloviendo quizás...
transido, cansado, como nazareno:
calvario la cuesta, cruz pesada en los hombros de pena
que hundiéndolo vá...
“Ya está cerca el día de Todos los Santos...
—dice nuestro padre—iremos allá...
y le llevaremos
flores á mamá”...

Pero el delicado corazón amante
reventó de pena... Y fuimos allá...
Fué el viaje más triste de lo que pensábamos,
pues fuimos llevando al pobre papá,
¡que no volverá!...

Al esposo, junto con la amada esposa
fuimos á enterrar...
Fué en la fiesta de todos los Santos
¡qué casualidad!...
“nuestra flor más bonita” llevábamos
á nuestra mamá:
¡era el delicado corazón herido
de nuestro papá!

Vicente Medina



EL ÚLTIMO ADIOS

(Versos que escribió Rizal momentos antes de ser fusilado).

—

¡Adios, patria adorada· región del sol querida!
perla del mar de Oriente, nuestro perdido edén,
á darte voy alegre la triste, mustia vida;
si fuera más brillante, más fresea, más florida,
también por tí la diera, la diera por tu bien.

En campo de batalla luchando con delirio
otros te dan sus vidas, sin dudas, sin pesar;
el sitio nada importa, ciprés, laurel ó lirio·
cadalso ó campo abierto, combate ó cruel martirio
lo mismo es, si la piden la patria y el hogar.

Yo muero cuando veo que el cielo se colora
y el fin anuncia el día tras lóbrego capúz;
si grana necesitas para teñir tu aurora,
vierte la sangre mía, derrámala en buena hora,
y dórela un reflejo de la naciente luz.

Mis sueños cuando apenas muchacho adolescente,
mis sueños cuando jóven ya lleno de vigor,
fueron el verte un día, joya del mar de Oriente,
secos los negros ojos, alta la tersa frente·
sin ceños, sin arrugas, ni manchas de rubor.

¡Ensueño de mi viad! mi ardiente y vivo anhelo!
¡Salud! te grita el alma que pronto va á partir.
¡Salud! ¡Oh! que es hermoso caer por darte vuelo,
morir por darte vida, morir bajo tu cielo,
y en tu encantada tierra la eternidad dormír.

Si sobre mi sepulcro vieses brotar un día
entre la espesa hierva, sencilla, humilde flor,
acércala á tus labios, que es flor del alma mía,
y sienta yo en mi frente, bajo la tumba fría,
de la ternura el soplo, de tu hálito el calor.

Deja á la luna verme con luz tranquila y suave;
deja que el alba envíe su resplandor fugaz;
deja gemir al viento con su murmullo grave,
y si desciende y posa sobre mi cruz un ave,
deja que el ave entone un cántico de paz.

Deja que el sol ardiente las lluvias evapore,
y al cielo tornen puras con mi clamor en pos ;
deja que un ser amigo mi fin temprano llore,
y en las serenas tardes, cuando por mí alguien ore,
ora también ¡oh patria! por mi descanso, á Dios.

Ora por cuantos tristes murieron sin ventura;
por cuantos padecieron tormentos sin igual;
por nuestras pobres madres que lloran su amargura;
por huérfanos y viudas, por presos en tortura
y porque pronto veas tu redención final.

Y cuando en noche oscura se envuelva el cementerio
y sólo restos yertos queden velando allí,
no turbes el reposo, no turbes el misterio;
pero si acordes oyes de cítara ó salterio,
soy yo, querida patria, yo, que te canto á tí.

Y cuando ya mi tumba de todos olvidada,
no tenga cruz, ni piedra que marquen su lugar,
deja que la are el hombre, la esparza con la azada,
que todas mis cenizas se vuelvan á la nada,
y en polvo de tu alfombra se vayan á formar.
Entonces nada importa que llegues al olvido;
tu atmósfera, tus campos, tus valles cruzaré,
vibrante y limpia nota seré para tu oído...
aroma, luz, colores, rumor, canto, gemido,

constante repitiendo la esencia de mi fé.
¡Mi patria idolatrada, dolor de mis dolores;
querida Filipinas, oye el postrer adiós! !
Ahí te lo dejo todo: mis padres, mis amores;
voy donde no hay esclavos, verdugos ni opresores,
donde la fé no mata, donde el que reina es Dios.
¡Adiós padres, hermanos, trozos del alma mía,
amigos de la infancia en el perdido hogar!
Dad gracias; ya descanso del fatigoso día.
¡Adiós, dulce extranjera, mi amiga, mi alegría!
¡Adiós, queridos seres!... ¡Morir es descansar!

Dr. José Rizal.



¡YO, QUÉ SÉ!

—¿Por qué cantas, zagalica,
todo el día sin cansarte,
desde el mismo amanecer?
¿Por qué tan alegre cantas?
—Yo, qué sé!

—¿Por qué, sin cesar te ríes,
tan á gusto y con tal gana
que te vas á deshacer?
¿De qué ríes, zagalica?
—Yo, qué sé!

—¿Qué miras que á todos miras
y con los ojos, zagala,
te los quisieras comer?
¿Qué miras, cuando así miras?
—Yo, qué sé!

—¿Qué es lo que decir quisieras
cuando salen á tu boca
las palabras en tropel
y hablas y hablas, zagalica?
—Yo, qué sé!

... ...

¿ —¿Qué te pasa, zagalica?
¿Qué te ha trocado hasta el punto
que no se encontrara quien
dijera que eres la misma?
—Yo, qué sé!

—¿Por qué ya no se te siente,
de tal modo, que tu boca,
si por suspirar no es,
no se abre ya, zagalica?
—Yo, qué sé!

—¿Por qué estás triste, tan triste
que tu tristeza, hasta el alma
va de los demás también?
Qué te falta? qué deseas?
—Yo, qué sé!

—¿Por qué no cantas ni ríes?
¿A dónde los ruiseñores
fueron sus nidos á hacer?
¿A dónde fué tu alegría?
—Yo, qué sé!

—¿Por qué lloras sin consuelo?
¿Qué fuente de penas tienes
que nunca secos se ven
ya tus ojos, zagalica?
—Yo, qué sé!

—¿Por qué adelgazan tus manos?
¿Por qué se ha vuelto azucena
tu cara que era un clavel?
¿De qué dañada te sientes?
—Yo, qué sé!

—¿Por qué fijas en los cielos
tus ojos esperanzados?
¿Cuál es tu mal ó tu bien?
¿De qué mueres, zagalica?
—Yo, qué sé!

Vicente Medina.



INDICE DE ESTE TOMO

"Letras" año de 1918

(P indica prosa y V versos) Páginas



AP
63
L35
año 3

Letras; revista de
Vicente Medina

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

948. 3t. 200
VII

